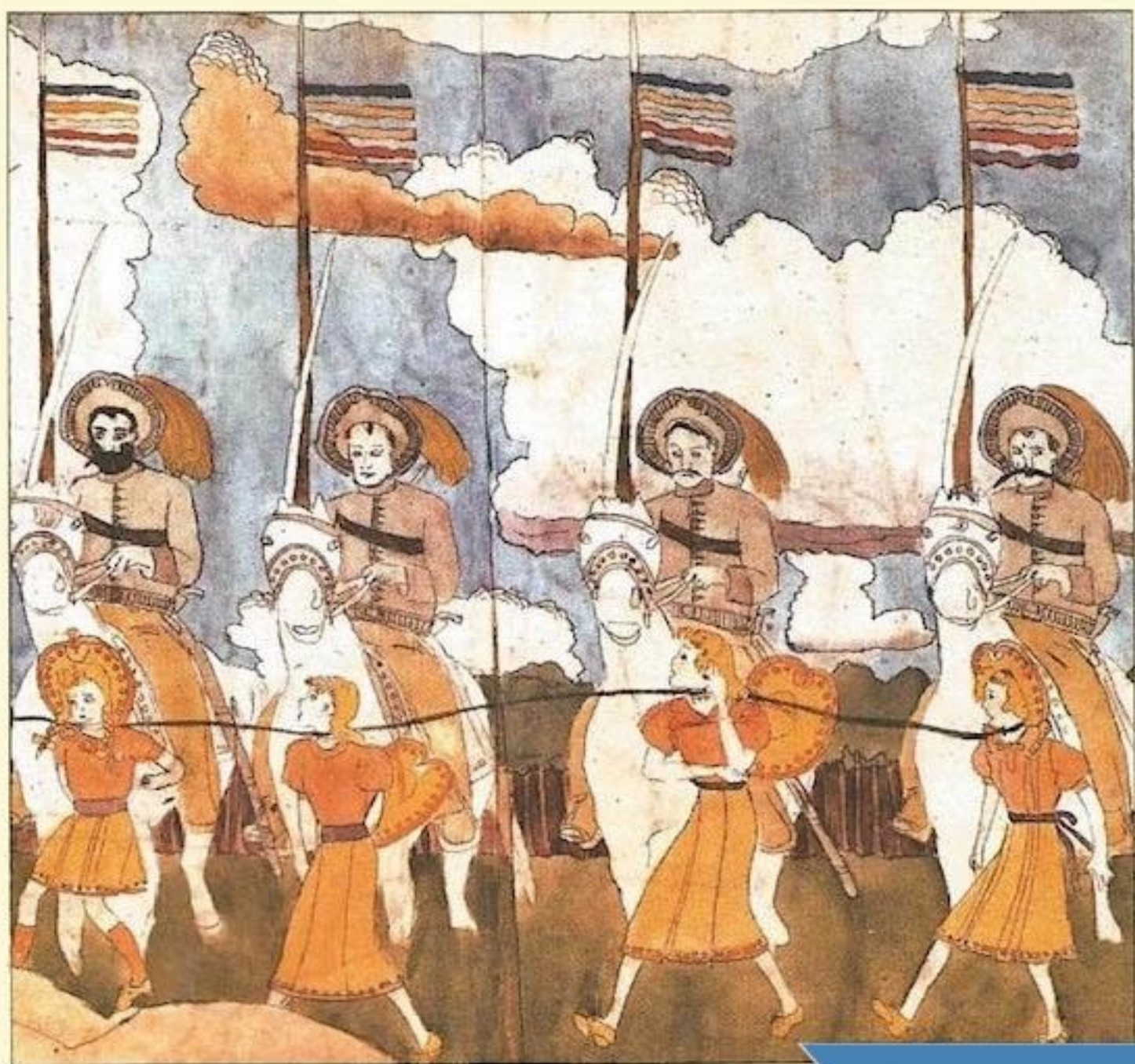


Ignacio Vidal-Folch
Turistas del ideal



La novela es la primera de un trilogía sobre la España actual: una visión satírica de los «intelectuales comprometidos».

Con ingredientes de humor negro y sano escepticismo, se explica aquí la historia de Vigil, escritor de novelas policíacas vinculado con el Partido Comunista que viaja al país centroamericano de Tierras Calientes para apoyar con su presencia la marcha revolucionaria liderada por su amigo el Capitán, un Che Guevara posmoderno, que se presenta ante el mundo con el rostro siempre cubierto por un capucha y lanzando poéticas soflamas políticas. Allí se encontrará con otros mandarines culturales europeos: un cantautor noctámbulo, con afición a la cocaína y a las mujeres, y un refinado, pomposo y melancólico escritor portugués, todos muy contentos de asistir a las vísperas de la revolución desde la primera fila de platea, o sea, desde la terraza del hotel Savoy. A ellos se unirá una variopinta fauna de «turistas del ideal»: un cineasta hollywoodiense con vocación radical, un cocinero francés antihamburguesa, miembros de varias ONG, organismos internacionales y grupúsculos antisistema...

Lectulandia

Ignacio Vidal-Folch

Turistas del ideal

ePub r1.0

Titivillus 25.01.2017

Título original: *Turistas del ideal*
Ignacio Vidal-Folch, 2005
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En cada ciudad encontraba parecida audiencia sentimental, idealista, anhelante de justicia y de redención. El mismo erudito tartamudo, el mismo paranoico de las conspiraciones mediáticas, idéntica maestra. Pero aquella vez Vigil vio a alguien diferente.

Allí, en la librería Cosmos de Valladolid, se produjo su primer encuentro con el revolucionario que pasaría a la historia de las postrimerías del siglo xx bajo el alias de El Capitán. Éste todavía era un estudiante de filosofía, y Vigil participaba en un coloquio informal sobre su primera novela.

La Cosmos es una de esas librerías literarias de antes de la guerra que siguen resistiendo el embate de comercios más modernos e impersonales en casi todas las capitales de provincia españolas: viejas tiendas con el escaparate abigarrado de novelas recién llegadas, aún calentitas, y de clásicos descoloridos de la etnografía y del pintoresquismo comarcal; en el interior el pavimento está gastado, las estanterías oscuras se comban bajo el peso de los libros, y hay libros por todas partes, en montones precarios por el suelo, asomando por arriba como gárgolas, libros, libros, un pequeño laberinto de libros. El dueño suele ser un progresista con gafas de muchas dioptrías, camisa a cuadros que retiene una tripa sedentaria, barba frondosa y pujos de agitador social, que gustosamente dialoga con la clientela o discurrea sobre el retraso de la provincia, los males del caciquismo, la especulación inmobiliaria, la falta de iniciativa de las clases dominantes y el peso aplastante que a estas alturas del siglo todavía conserva la Iglesia Católica, esa retrógrada institución.

El maestro de ceremonias de la Cosmos se llama Sancho, y al presentar a Vigil al público que abarrotaba su estrecho local mencionó la coincidencia de que en aquel mismo instante, en la sección de libros —«o más propiamente, de papelería»— de unos muy conocidos y muy grandes almacenes, Cela estuviera presentando su nueva novela, rodeado de lo que se ha dado en llamar «las fuerzas vivas» locales, o sea, el alcalde y las autoridades, y que sin duda habría congregado un público mucho más numeroso. Pero él, Sancho, prefería la reducida, fraternal comunidad de clientes y amigos de la Cosmos, y a Vigil, al que tal vez los menos jóvenes recordasen por sus valientes artículos en la revista *Talleres para el Debate*, que durante la larga noche del franquismo fue una lucecita de esperanza, encendida cada semana salvo cuando la secuestraba la autoridad. Bien: pues ahora aquel periodista combativo, comprometido, insobornable, estaba aquí, convertido en espléndida realidad literaria y presentando su primera novela.

La hija del general^[1], explicó Sancho, entrelazando los brazos como si hablase desde una tribuna, se adscribe a la mejor tradición de novela negra americana, la de Hammett y Chandler, autores que al mismo tiempo que entretienen al lector con argumentos de mucho suspense y asesinatos al por mayor, denuncian el sistema, el

capitalismo monopolista de Estado, por usar una terminología que otros, muchos, querrían enterrar, pero que a él seguía pareciéndole muy válida y útil para nombrar las relaciones de producción y de explotación propias de la sociedad en la que nos ha tocado vivir... ¡Pero basta de rollos! Ahora tenía el honor y el gustazo de cederle la palabra al autor, al camarada Vigil (¡sí, él le llama «camarada», y al que le pique que se rasque!), que era a quien al fin y al cabo todos habían venido a escuchar. ¿Quizá para romper el hielo, el invitado podía empezar explicando su postura en el debate sobre el ingreso de España en la OTAN?

Pese a la vehemencia del librero discursivo la tertulia en la Cosmos fue más bien desangelada y decepcionante: un joven de aspecto consumido le preguntó a Vigil dónde quedaba para él el problema de Dios, que tanto interesa a otro autor de novela criminal, como es Graham Greene. Respondió que para su detective, para «Cóndor», ese problema está superado: Dios ha muerto y su puesto ahora lo ocupan la gastronomía y el sexo.

Hubo algunas risas, un murmullo. Y una tosecita.

El joven pálido insistió:

—Ésa es la opinión de, entre comillas, «Cóndor»; pero ¿cuál es la opinión de, entre comillas, «Vigil»?

Una anécdota de su infancia explicaba la posición de Vigil en el tema religioso: siendo niño, y hallándose en casa una mañana de domingo, fue a la cocina, y aun a sabiendas de que al cabo de una hora iba a comulgar y que la ingesta de cualquier alimento rompía el ayuno y le haría incurrir en pecado mortal, se tragó un tembloroso puñado de azúcar. Vigil no sabía por qué lo hizo. Quizá era una manera inconsciente de quejarse a Dios por la pérdida de su madre. El caso es que se condenó adrede, y durante varios años cada vez que lo recordaba, esto es, cada mañana, al dar el primer mordisco al pan con aceite y azúcar que le preparaba su padre para desayunar, recordaba también que si aquel día se moría iría de patitas al infierno para abrasarse durante toda la eternidad. Vivió varios años sufriendo intermitentes ataques de pánico, viéndose en un caldero, rodeado de un mar de llamas y de demonios horribles. Y el día que decidió que ya estaba bien, que tenía que librarse de aquella opresión, de aquel infierno horroroso, de aquel caldero llameante y tumultuoso, fue el último día que pensó en Dios.

—Lo que quiero decir —concluyó en voz más baja, avergonzado por haberse dejado arrastrar a las confidencias— es que suelo sentirme culpable siempre, aun cuando obre en conciencia. Quizá esa culpabilidad sea lo único que me queda de mi formación en el nacional-catolicismo.

Esta anécdota hizo sonreír al público y le granjeó la simpatía de las mujeres. No faltaba entre ese público el cabal aficionado a la literatura y a los más herméticos arcanos de la filosofía —desdichadamente tartamudo—, que formulaba preguntas muy penetrantes pero de interminable exposición; ni el paranoide empeñado en denunciar, con voz percutante y torrencial, como si sólo le quedasen unos minutos

antes de que un par de corpulentos enfermeros lo embutiesen en una camisa de fuerza, las conspiraciones de los grandes grupos editoriales y los críticos venales para destruir a los buenos escritores y exaltar a las medianías; ni la maestra interesada en conocer la opinión del autor sobre la literatura femenina. A Vigil, aquella buena gente le parecía conmovedora pero repetida. Lejos de imaginar que aquellas fotocopias humanas harían su fortuna, le decepcionaba reconocerlas en cada etapa de su viaje de promoción. Y luego aún tendría que cenar con Sancho y sus amigos y contarles qué se cuece en el mundillo literario barcelonés. Y para conformarse pensaba ya en el menú... Pero entonces un joven estudiante de rizos negros y rebeldes sentado en la última fila le dirigió una pregunta y una contrarréplica juiciosas y pertinentes, imbuidas de sólidos conocimientos en dialéctica marxista y reveladoras de una mentalidad de izquierda sin concesiones. Concluido el acto y aprovechando que Sancho estaba distraído charlando con sus clientes sobre la última cacicada del ayuntamiento y vendiendo algunos libros, salió con el joven a tomar el aire, recorrieron al trote cien metros de la calle Mayor, se refugiaron en el salón del Casino Municipal y, después de que un camarero antediluviano les trajese unos vasos de vino y unos pinchos, mantuvieron un diálogo febril, de aires clandestinos, bajo oscuros retratos de próceres patilludos y entre ancianos aletargados en los butacones o fumando puros en torno a los tableros de un ajedrez intemporal.

El joven le habló de un desconocido pueblo mesoamericano que después de sufrir en silencio, durante siglos, los abusos y expolios de sus pobres tierras a manos de los latifundistas y de los hacendados del narcotráfico, ahora evangelizado por unos curitas ardorosos que animaban a sus pobladores a no dejarse avasallar, estaba maduro para levantarse en armas. Aquel pueblo indígena, que el joven había conocido por pura casualidad durante el viaje de fin de carrera, retomaba en Tierras Calientes el espíritu revolucionario que se ha manifestado tantas veces en Chile, en Colombia, en Oriente Medio, en África, y otras tantas ha fracasado, aplastado de forma inmisericorde por el Departamento de Estado de Washington. Él y cuatro amigos más estaban ayudando a los indígenas a preparar la guerra: habían pasado unos meses en Corea recibiendo instrucción militar y ahora estaban reuniendo un arsenal y acumulando fuerzas para cuando llegase el momento de levantarse en armas.

De regreso a Barcelona, Vigil pensó en escribir algo sobre aquellos indios, pero en alguna estación de su peregrinaje por las librerías provinciales había perdido las señas del apasionado muchacho de los rizos. Pasó una tarde en la biblioteca buscando documentación y encontró en un número de una revista de la universidad de Harvard un *Report on a Tierras Calientes' Indian tribe* firmado por la etnóloga y antropóloga Lawson; dicho Informe venía ilustrado con las fotos de algunas piezas de alfarería y la de una cabeza de mujer muy hermosa y remota, que parecía una imagen captada en el estudio de un fotógrafo surrealista, hasta que, observando bien, uno se daba cuenta de que la hermosa imagen daba fe de una tragedia violenta: la cabeza había sido

limpiamente cercenada del cuerpo con algún arma de hoja muy afilada.

Se aplicó a traducir el texto, con la laboriosa ayuda de su diccionario inglés-español.

Maravillosa excepción, dice Lawson, en la miríada de pueblos y de tribus que desde la noche de los tiempos han vagado sobre la Tierra sufriendo miedo y necesidad, estos indios constituyen una tribu próspera, menos dedicada al pastoreo, la pesca y la labrantía que a la holganza y la especulación meditativa. En su época de mayor esplendor, es decir, hacia el siglo xv de nuestra era, se extienden por los valles fluviales del sureste de Tierras Calientes, fértiles y cubiertos de una frondosa vegetación tropical rica en árboles frutales.

Tratándose del informe de un etnólogo era curioso que antes de dar cuenta de la estructura mítica y religiosa de la tribu, Lawson se entretuviese durante unas cuantas páginas arrobadas en recrear la extraordinaria belleza física de los indígenas. Una belleza, dice, que te deja sin aliento. Se trata de una etnia alta, fibrosa, atlética, semejante a los Nuba africanos, aunque su piel es cobriza, los rasgos faciales nobles, armoniosos, y la expresión, serena; los ojos, oscuros, profundos, líquidos, parecen irradiar luz interior; tienen los pómulos altos; la nariz, recta y fina; los labios, bien dibujados y ligeramente prominentes, parecen ofrecerse permanentemente a la sonrisa y al beso; la dentadura es blanca y pareja. Beneficiándose del benigno clima, hombres y mujeres andan desnudos todo el año. Los hombres se distinguen por las escoriaciones rituales en el pecho, y las mujeres por los abalorios vegetales, la suave plenitud de sus formas curvilíneas y las cabelleras undosas, negras y relucientes, que dejan crecer hasta la altura de las caderas, rotundas y pronunciadas, y que descansan sobre piernas largas, fuertes y torneadas, muy torneadas, como de madera fina.

En cuanto a la religión: a diferencia de otros pueblos menos afortunados de aquellas latitudes, que viven y mueren creyendo en dioses malvados y sometidos a los dogmas y caprichos de enfermizas castas sacerdotales que celebran sacrificios humanos y predicán el terror, estos indios creen en Urú, o Urú-Tsá, diosa del amor y de la paz que rige, benévola y alegremente promiscua, sobre una pléyade de divinidades del bosque, protectores de la casa, traviesos espíritus fluviales, animales y vegetales. En ese panteón selvático, cuyas aventuras, viajes chamánicos y enredos amorosos celebran varios centenares de delicadas canciones, riquísimo corpus lírico que cada generación transmite —o gorjea— a la siguiente, todo está animado, todo lleno de vida palpitante y entusiasta. Cuando uno muere va directo al paraíso, porque Urú comprende y excusa todos los pecados.

En las fiestas del solsticio, la ceremonia religiosa más importante y la más larga del año, hombres y mujeres se aparean a voluntad, sin consideración con los lazos matrimoniales o familiares, en una orgía pánica que se prolonga durante varios días. Aquellos a los que las fieras o algún accidente han dejado tullidos o mutilados, y también los contrahechos y minusválidos de nacimiento, son considerados, como los locos en la Europa medieval, «tocados por Dios», intermediarios con el más allá y

depositarios de fuerzas telúricas, y son especialmente solicitados como compañeros de juegos amorosos durante los que se cree que transmiten buena suerte.

Esa religión tan benigna; el aislamiento de la zona, protegida por las cordilleras volcánicas de aquellas otras tribus más dolientes y belicosas, así como la amena fertilidad de los valles que entregan varias cosechas al año y sobreabundan en árboles frutales; y la orografía rica en corrientes fluviales llenas de peces de sabrosas especies autóctonas, determinaron que las estructuras familiares y sociales de la tribu adoptasen desde antiguo una organización «horizontal», sin apenas jerarquía, y que pudiesen distraer para el ocio y las artes el tiempo que otros dedican a luchar por la subsistencia. A la sombra del ombú, decía Lawson, el indio de esta tribu cantaba melodiosos romances, acompañándose de un arpa elemental llamada *tui* y de largas flautas de sonoridad grave y dulce. La letra y la música de estas composiciones se han perdido en el tiempo y el espacio. Las vasijas de barro cocido, pintadas de rojo y barnizadas con resina negra, de motivos geométricos y vegetales, muestran el gusto refinado, delicado, de unos artesanos esenciales y cercanos a la abstracción. Una piragua de estilizado casco con vestigios de pintura que podía admirarse en la vitrina R-152 del museo etnológico de Washington confirmaba esa destreza. Por cierto que las piraguas constituían el medio privilegiado de transporte y comunicación entre las distintas comunidades de la tribu, y el instrumento de su deporte o juego preferido, las regatas. Las mismas piraguas, con el fondo cubierto por una alfombra de hojas y de flores, y con la proa engalanada de guirnaldas, se usaban a menudo como tálamo, y en las noches de plenilunio se veían las elegantes siluetas de esos lechos móviles deslizándose a la deriva, con el remo suelto, por la mansa superficie de las lagunas, que transmitía al aire perfumado que envuelve los sauces de la orilla, y más allá, a tierra firme, los dulces gemidos y suspiros que exhalaban los amantes, y era como si la selva entera se entregase al amor.

Según la *Crónica* del primer europeo que entra en contacto con ellos, el descubridor Cabezales, los atributos del espíritu más característicos de estos indios son la piedad —cuyo beneficio tiene ocasión de experimentar en carne propia, ya que hallándose solo y perdido, después del naufragio de su carabela y de andar un mes perdido y sin rumbo, le acogen como a uno de los suyos—; un sentido del humor un poco infantil —«carente de malizia»— y una inteligencia creativa que se manifiesta en la complejidad de su lenguaje y en sus notables conocimientos de astronomía, ciencia que cultivan por pura afición a especular. Entre sus defectos o vicios el descubridor destaca la pereza y un fondo de resignación o fatalismo ante las adversidades, cercano a la indiferencia de matriz estoica, que les ayudará, no cabe duda, a soportar los efectos devastadores de la plaga de sífilis que Cabezales les transmite y que gracias a la mencionada ligereza de hábitos sexuales se propaga como reguero de pólvora por las aldeas, con consecuencias catastróficas.

Lo inaccesible de los asentamientos y su distancia de las rutas comerciales del imperio vuelve a aislarles durante casi un siglo. Finalmente, cuando llega a esas

regiones un destacamento de tropas imperiales y de padres jesuitas, los pocos centenares de indígenas supervivientes de la que había sido floreciente civilización se someten sin combatir a la autoridad implacable de la cruz y la espada. Ni siquiera se registran protestas cuando las nuevas autoridades seleccionan entre los individuos más hermosos y robustos a una docena de muchachos y muchachas para llevarlos a Europa y mostrarlos en la corte del Emperador a modo de ejemplo de los prodigios que la naturaleza del Nuevo Mundo sigue ofreciendo, inagotablemente, tanto tiempo después del Descubrimiento, y como señuelo, acicate o persuasiva invitación viviente a viajar a aquellas tierras pródigas en tan admirable mano de obra.

La disentería, la tristeza, el mal de mar caen sobre ellos como hachazos. El océano engulle a uno tras otro, entre las algas del fondo abisal tienen sus tumbas. Sólo llegan vivos al puerto de Palos dos gigantes, una hembra y un varón que el canónigo Gamero —el mismo que pocos años más tarde se ganaría una reputación terrible como caudillo de bandoleros— bautiza con los nombres de Juan y María, antes de ser llevados a presencia de Su Majestad el Rey, en Madrid. Concluida la audiencia, el Rey, admirado de su porte, figura y entendimiento, y compadecido de su desamparo, manda que se les devuelva la libertad para que regresen con los suyos, si tal es su deseo. Al cabo de unos meses, hallándose convaleciente de una enfermedad que le indujo un ánimo meditativo, Su Majestad llama a un chambelán junto a su lecho y se interesa por la suerte de aquellos simples y si han regresado con los suyos, «pues no deseo que se inflija a los más remotos de mis súbditos padecimientos innecesarios», y se le informa de que conforme a la voluntad de Su Majestad se ofreció a los gigantes pasaje en un barco que zarpaba hacia América, pero antes de volver a su tierra quisieron ver mundo, y que a tal efecto se habían enrolado en el circo Colcherán.

Se exhiben como fenómenos de feria en Zaragoza y Barcelona, como parte del elenco de enanos, hermanos siameses, viragos, tragasables, mujeres barbudas, monstruos y muñecos mecánicos del señor Colcherán, que los presenta ante el público en una jaula, ataviados con capas doradas, como «Pepito y María, los príncipes del imperio ignoto de Ultramar», de los que cuenta una historia prodigiosa, de hechizos, oro y amor. Como el respetable público no responde con el deseado entusiasmo, una noche el astuto empresario ordena a su banda de enanos que inmovilicen con sogas a Pepito y María y los tiendan sobre sendos bancos, y, tomando prestada la espada del tragasables y un kris malayo del fakir, practica en sus omóplatos largas y sañudas incisiones. A continuación, ese hombre sin escrúpulos cierra las heridas con sal para obtener cicatrices impresionantes. En adelante afirma que Gabriel y Esperanza (tal como Pepito y María se llaman a partir de entonces) son ángeles caídos del cielo durante una noche de furiosa tormenta en el corazón del gueto de Gerona, donde los judíos les amputaron las alas y los esclavizaron en sus sinagogas. En el cielo y en el gueto vieron cosas magníficas y horribles, que ahora mismo les van a contar...

Como ángeles caídos Gabriel y Esperanza recitan los textos disparatados que Colcherán, estimulada su fantasía con las drogas más fuertes y ponzoñosas, escribe para ellos, y siembran la admiración en las ciudades del camino del norte, en Génova, Lyon, Estrasburgo, Amsterdam y Hamburgo, lugares que van abandonando según las autoridades eclesiásticas empiezan a protestar contra la angélica impostura. Esta época venturosa para el empresario Colcherán dura poco. La muchacha muere de una enfermedad (probablemente gripe) y es enterrada en la fosa común del cementerio de Gdansk. Desde el momento en que pierde a su compañera, Gabriel manifiesta ciertas dificultades psicomotrices y menciona más frecuentemente su deseo de regresar a América para reunirse con los suyos. No hay, sin embargo, constancia de que tome iniciativa alguna a tal fin.

Mientras, llega a oídos de la emperatriz rusa noticia de aquel ángel de belleza física incomparable. Mediante presiones diplomáticas irresistibles (y a las que por otra parte Gabriel tampoco opone resistencia) la autócrata le obliga a romper su contrato con el circo y viajar a San Petersburgo. Y el ángel viaja, viaja a Petersburgo. Cuando llega a la ciudad del Neva, los doctores de la corte y el obispo de la ciudad examinan las cicatrices que supuestamente causó la amputación de las alas y descubren de inmediato la impostura, pero la emperatriz nada más verle se encariña con él y le muestra sus elefantes africanos, su carroza de oro, la cámara del tesoro, le enseña a bailar la polka, le regala abrigos de pieles. En los círculos aristocráticos se dice que la temperamental autócrata, gran admiradora y usuaria de los cuerpos jóvenes, le hace caminar por sus salones, arriba y abajo, arriba y abajo, vestido con el uniforme de tal o cual regimiento, e incluso con el manto de armiño, o desnudo y trabado por sogas y cadenas, para solazarse con sus elegantes movimientos. Se ignora lo que piensa el indio de esta vida palaciega que le ha tocado en suerte, y a la que, en cualquier caso, se adapta sin quejas.

Cuando la emperatriz se cansa de él, le adjudica un cargo como funcionario de séptimo nivel, pero Gabriel porfía hasta emplearse como guardabosques en las afueras de la ciudad. Entonces su vida entra en una etapa de oscuridad de la que se sabe poco, salvo que vive treinta años más añorando a los suyos, que se le aparecen en sueños, y una noche de niebla muere congelado, tras dormirse completamente borracho, a apenas dos metros de la puerta de la taberna de Piotr el demente, sin haberse enterado, claro está, de que desde hacía dos décadas se había convertido en el último superviviente de su tribu: todos los demás varones y hembras fueron exterminados por las partidas de asesinos y «despobladores» al servicio de las compañías madereras y frutales del Norte.

De la existencia de aquella civilización feliz no queda otro vestigio que los que conserva el mencionado museo de Washington: las cinco vasijas, la piragua y el daguerrotipo (de contemplación reservada a especialistas) en el que se ve la cabeza de una hermosa muchacha, inclinada sobre el largo cuello limpiamente segado por un golpe de machete. Aunque el rostro, enmarcado por la larga y lustrosa cabellera

negra, está contraído en una mueca de sufrimiento y tristeza, los rasgos son de una armonía y belleza sobrecogedoras.

Así concluía el texto de Lawson, que Vigil leyó preguntándose cómo era posible que cuanto decía cuadrara, ni remotamente, con lo que le había dicho sobre aquellos indios el joven estudiante en el salón del casino municipal de Valladolid. Una tribu extinguida mal puede sublevarse, se dijo, aquí tiene que haber alguna confusión. Al fin se percató de que el texto estaba publicado en una revista universitaria de Harvard, ciertamente, pero se trataba de la revista del campus de la facultad de literatura. Vigil se reprochó su credulidad y aunque archivó el «ensayo», que podría servirle para escribir, algún día, una novela histórica, de momento eran otros los asuntos que le importaban.

No volvió a pensar en los indios de Tierras Calientes hasta que en la prensa, arrinconadas entre los reportajes sensacionales sobre la caída de los regímenes comunistas (o de las «democracias populares», como él prefería llamarlas) en Europa Oriental, sobre la entropía del imperio soviético, sobre la sórdida, navideña ejecución de Nicolae y de Elena Ceaucescu, fusilados contra una tapia mientras la banda militar tocaba villancicos... empezaron a aparecer breves notas, ecos tenues de las escaramuzas que una guerrilla de indígenas muy bien organizada y muy bien dirigida libraba en las selvas sureñas de aquel país contra el ejército regular.

Naturalmente, estas noticias —el robo de un vehículo de intendencia, la incursión en la selva, en busca de campamentos guerrilleros, de una patrulla del ejército de la que sólo se recuperaron los seis cadáveres desnudos— llegaron también al sótano en Pueblo Nuevo donde tenía su redacción *Estrella Roja*, el voluntarioso semanario del Partido Comunista de España Auténtico que Vigil se había resignado a dirigir, por amor a la causa y gratuitamente. Aunque el Partido era ya poco menos que testimonial, los lectores de la revista escasísimos y las finanzas tan precarias que apenas alcanzaban para pagar una nómina de dos redactores a media jornada —los gemelos Valdemont, solterones ya entrados en la cincuentena, ineptos, pero a los que no se podía despedir sin entrar en contradicción con la ideología que la revista pregonaba—, sacrificar algunas horas en aquel altar le hacía sentirse en paz consigo mismo. Tal como él lo veía, era una cuestión de lealtad con la clase obrera y de coherencia con la imagen que tenía de sí mismo como miembro de su vanguardia. Tal como lo veían su mujer y algunos amigos suyos, era en el fondo un empecinamiento sentimental y masoquista.

Aquel subsuelo iluminado con dos tubos de neón que emitían un zumbido permanente, donde olía a humedad, donde nadie llamaba a la puerta, donde el teléfono permanecía mudo, donde el tiempo se había detenido, ofrecía además el morboso espectáculo de la decadencia irreversible de la prole del escritor Valdemont, el olvidado autor de *La Avenida de los Álamos* y *Los álamos talados*. Los gemelos crecieron en el barrio de Tres Torres, en una casa con jardín, pérgola y pista de tenis y una glorieta de laurel donde Valdemont padre se hacía fotografiar para las revistas, escribiendo ante una mesa de piedra: la pluma suspendida en alto, a punto de clavar sobre el papel la palabra precisa, y en la ancha frente pensativa un encaje de claridades y sombras que dibujaban los rayos de sol después de atravesar la frondosa enramada. Mientras Vigil, hijo único de un suboficial del ejército republicano, de un contable, de un viudo doliente siete veces vencido, huroneaba en el piso estrecho de una calleja del Barrio Chino. Pero en los años confusos y delirantes de la Transición, cuando Valdemont tenía la edad en que los hombres de su clase suelen irse preparando para una ancianidad beata, demente o vegetativa ante el televisor, renegando contra los nuevos ministros, todos sospechosos de alta traición y

merecedores del cadalso, desapareció misteriosamente sin dejar más rastro que el rumor, que corrió por los salones del Círculo del Liceo, el Círculo Ecuéstre y diversos cenáculos literarios, de que andaba siguiendo a una cabaretera por hoteles y antros de toda Europa, cual profesor Unrath de Heinrich Mann, hasta que un infarto le fulminó entre las bambalinas de un teatro de Estambul. A la sazón estaba arruinado. Dejaba deudas cuantiosas y dos hijos a su viuda, que hubo de malvender la casa en Tres Torres y trasladarse al piso de la calle Aribau donde el novelista tuvo su despacho, recibía a sus amigos y a los jerarcas del régimen y celebraba francachelas. Un día en que Vigil les invitó al aperitivo los gemelos le explicaron que fue la miseria en que el padre dejó a la familia lo que les abrió los ojos a las injusticias de este mundo y a la escolástica marxista. Combatían contra esas injusticias todas las mañanas, desde *Estrella Roja*, y luego, tras meter en el bolsillo trasero del pantalón sendas frascas de ginebra que quedaban perfectamente disimuladas bajo los guardapolvos azules, se encaminaban a la sede de la farmacéutica Bauwer, donde las últimas influencias de su madre habían arañado para ellos —las había suplicado a los amigos de su marido, la pobre viuda; las había arrancado con la punta de las uñas— sendas plazas de bedel. Por la noche, más o menos borrachos, regresaban a casa cantando las canciones de protesta del trovador Fortún (*El pastor se va a enterar, No era esto, compañeros, no era esto, Mi abuelo me aconsejaba y A Cuba no la para ni Dios*), hasta el piso, el espléndido piso en cuyos salones más de una vez bailó descalza Ava Gardner, ahora sombrío y desconchado. Cuando no atinaban con la llave en la cerradura su madre les abría, les daba de cenar bajo una polvorienta araña de Murano que había perdido la mitad de las lágrimas y la mitad de las bombillas y les ayudaba a acostarse.

Los domingos por la mañana, Vigil observaba sus rostros abotargados, sus ojos inyectados en sangre, y la evidencia de que el escritor fascista había degenerado en aquellas postrimerías que se movían a trompicones por la redacción, entre los ordenadores, la máquina de café, la mesa de composición y las impresoras, y que caían enfermos y se rompían huesos con singular frecuencia, mientras él, gracias a sus tribunas en la prensa, sus ensayos políticos y su primera novela, progresaba hacia la cima, donde mejor se respira, le provocaba sensaciones cosquilleantes e ideas agri dulces. En la divergencia de sus trayectorias (ellos, cayendo más y más abajo, y él proyectándose hacia el barrio del Putxet, donde se había comprado una torre) creía ver cumplirse, en el reducido terreno de los destinos individuales, los designios de una justicia poética aunque cruel que desde luego no funcionaba en términos generales y sociales, pues España seguía en manos de los mismos franquistas con distintos collares, a los que la izquierda socialdemócrata y claudicante que Marx estigmatizó en la *Crítica del programa de Gotha* se apresuraba a legitimar con una democracia formal...

Los domingos, de nueve a dos, escribía las piezas más sustanciales de cada número (el inflamado editorial, un análisis político en clave marxista y una columna humorística llena de pullas contra el Gobierno español y el imperialismo made in

USA, firmada con el pseudónimo «P. Grillo»), mientras con el rabillo del ojo controlaba a los hermanos Valdemont, que transcribían los debates del Comité Central, componían la «Revista de prensa» con pegotes de los diarios y traducían y fusilaban noticias de agencias del Este. A mediodía, sintiéndose en paz con la causa de la Revolución, Vigil se iba a almorzar con su esposa a alguno de aquellos restaurantes de moda donde empezaba a ser conocido y apreciado.

Sus soflamas en *Estrella Roja*, sus predicciones de una crisis del capitalismo y el advenimiento de una civilización más austera, moralista y solidaria, le compensaban (aunque tal crisis no llegase nunca ni se produjese ese advenimiento) por los momentos de desánimo en que sospechaba, con una mezcla de amargura y de indignación, que sus incesantes aportaciones a la prensa de mayor difusión, o sea la tribuna de los lunes en *El Diario*, la página de los sábados en *La Gaceta Semanal* y muchas otras colaboraciones puntuales en revistas y periódicos, servían menos para convencer a los lectores de lo que él pensaba sobre los últimos acontecimientos y la perversa mecánica del mundo como mercado que para dar una imagen de ecuanimidad al propietario de esas cabeceras: tan liberal y tolerante era el magnate, que incluso daba cabida en sus páginas a un marxista irredento como él, un entrañable y en el fondo inofensivo anacronismo, de la misma forma que tenía sección de horóscopos y columnas de chismes sobre la vida social y los romances y divorcios de los actores de Hollywood. Sí, tanto valía su tribuna como la del «Profesor Merlinus», tanto sus argumentos contra Reagan y la «Guerra de las galaxias» como las profecías de aquel orate que él, sucumbiendo a la atracción casi irresistible del abismo de la necesidad, leía cada semana: «Piscis.— Crisis en tu horizonte sentimental, tendrás que saldar una cuenta de afecto olvidada. Buenas expectativas profesionales y económicas». A veces Vigil se imaginaba al magnate de la prensa paseando con otros plutócratas por un campo de golf, o durante el receso de algún foro internacional de reyes Midas y capomaffiosi, y explicándoles su vida triunfal:

—*La Gaceta* tiene una fórmula secreta e infalible, como el refresco Coca-cola. Fíjense: en portada y en páginas centrales tiene que venir una moza despampanante, con los pechos como zeppelines. Luego reportajes más o menos escandalosos, aviones siniestrados, etc. O sea erótica y crueldad, amor y muerte. Ustedes me dirán: bah, lo de siempre. Sí, lo de siempre, pero aliñado de tribunas de escritores que le dan al producto un aire intelectual. ¡Algunos son muy agudos y ni yo entiendo lo que dicen! En la última página, por ejemplo, viene la tribuna de un comunista, pero ojo, comunista de verdad, de la vieja escuela. En mi país, saben ustedes, quedan aún muchos nostálgicos de ciertas ideas caducas; les llamamos «progres» y constituyen un buen nicho de mercado: hay que darles lo que piden. Y lo que piden es él, Vigil. Cada viernes, sin falta, nos envía su articulito, y cada fin de mes los cobra. Y así cada mes, y año tras año. No falla nunca. Muy formal. Pero ¿saben ustedes? Estoy convencido de que si en España estallase una revolución bolchevique él sería el

primero en denunciarme a los comisarios políticos y exigir que me ahorcasen (risas). Sí, me mandaría al patíbulo sin pestañear... —Al llegar a estas palabras, el magnate, que en la imaginación de Vigil ya se había trasladado con sus interlocutores a una salita con chimenea y sillones chester, encendía un habano, le daba los primeros chupetones y proseguía—: Y lo más cómico es que la víspera de mi ejecución, Vigil pasaría la noche en mi celda, me ofrecería un habano tan bueno como éste, y me aseguraría que no se trataría de nada personal, que me hacía fusilar por una necesidad objetiva de la coyuntura histórica. (Carcajadas.)

¡Por supuesto que si por un improbable milagro estallase una revolución te mandaría ahorcar!, pensaba Vigil. Pero mientras eso no sucediese él se mantenía despierto y alerta, atento a los nuevos fenómenos y movimientos sociales, al menor indicio que sugiriese hacia dónde apunta la flecha de la Historia, dónde se iba a manifestar de nuevo el deseo, consustancial a todas las colectividades humanas desde la noche de los tiempos, de que se produjera un cambio radical, una explosión, una catarsis, un despilfarro sin tasa. Una vez desplomado el mundo comunista, desacreditada su historia y sus valores, ¿dónde estaban las grietas del Sistema? Vigil olfateaba como un perdiguero y proclamaba que estaban en todas partes, y aunque la pared permaneciese inalterable también era posible que se desplomase en el momento menos pensado, porque la Historia no suele avisar de lo que les espera a quienes van a padecer los cataclismos que Ella les prepara. A Ella le gusta cogernos por sorpresa.

Cuando llegaron noticias de que aquellos indios, tras una fiera batalla en la que sorprendieron al ejército regular por su ordenada táctica, habían tomado una ciudad, fusilado a las autoridades e impuesto en ella un régimen autogestionario, pensó que ya no podía demorarlo más, tenía que ver con sus propios ojos lo que estaba sucediendo.

Pero los compromisos previos le forzaron a posponer el viaje una y otra vez mientras redactaba la segunda novela con las aventuras de Cóndor, *Muérete, querida*^[2].

Muérete, querida obtuvo el premio Universo (de conformidad con el curso de los acontecimientos generales, ahora que gobernaba el partido socialista tocaba premiar a los escritores de izquierdas), que le consagró como el mejor autor español de género policial; un cineasta que fue su compañero de colegio y luego se inventó lo que algunos llamaron el «porno progre», hombre lacónico como Kubrick y corpulento como Hitchcock y como Welles, aunque nada más tenía de esos gigantes, adaptó la novela a la pantalla deleitándose en los pasajes eróticos y cerrando la historia con un final feliz; en resumen, un despropósito y un taquillazo.

La veterana agente literaria de Vigil le invitó a almorzar para celebrar el premio, que había gestionado para él. Matilde era una mujer muy delgada, eléctrica, de edad incierta; era un consuelo para sus autores, a muchos de los cuales había rescatado de la ruina o de la depresión, y una negociadora temida por los editores. En un piso de la Puerta de la Paz que fue oficina aduanera tenía a veinte jóvenes suramericanos, todos

caracterizados con gafitas redondas, coleta y barbita a lo Trotski, cada uno sentado a un pupitre, cada uno bajo la luz de un flexo, dispuestos en cinco hileras, frente a una pared de cristal que daba a un patio interior donde unas plantas violáceas se marchitaban en sus macetas; estos jóvenes llegados a Barcelona en la estela de Vargas Llosa y con la cabeza llena de ideas románticas y engañosas sobre la bohemia literaria en la ciudad leían 24 horas al día, en tres turnos sucesivos, los miles de manuscritos que otros tantos autores noveles de todo el mundo enviaban cada año a la agencia. Quizá alguno de aquellos jóvenes o alguno de los lectores externos de la absoluta confianza de Matilde, generalmente viejas glorias pasadas de moda y retiradas de la competición, pero en cuyo criterio confiaba y a los que recurría para despejar dudas con una segunda lectura, descubriría la obra maestra desconocida o el best seller que cuantos trabajan en la industria editorial anhelan descubrir y temen que pase inadvertido ante sus ojos, para ser en cambio descubierto por los lectores de la competencia.

Matilde y Vigil almorzaban en una terraza del Tibidabo. A sus pies la ladera del monte bajaba entre bosques de pinos, huertas y descampados, hasta topar, bajo una alargada y oscura nube de smog, con la densidad constructiva de la ciudad, apretada contra el litoral de perfiles imprecisos y volúmenes amontonados y confusos, temblorosos en la calina. Más allá de aquellas estrecheces se abría la atmósfera diáfana sobre el mar con sus islas invisibles y sus promesas de plenitud. Vigil estaba contando que para describir la ejecución del personaje de «Pedro» se había inspirado en la de un homicida a la que asistió, una madrugada, cuando era joven, desde la ventana de su celda en la cárcel Modelo. Y Matilde le aseguraba que eso no le sorprendía en absoluto porque tanto ella como su lector habían llorado al leer aquellas páginas sobrecogedoras...

—Pero la crítica seria no me toma en consideración —se quejó Vigil, ocultando el lamento bajo una mueca burlona.

—¿A ti qué más te da la opinión de unos cuantos críticos piojosos? —le animó Matilde—. ¡Piensa en tus lectores! ¡Son muchísimos más!

—No, si tienes razón, pero... me fastidia. Por ejemplo, ese de la revista *Antorcha*. Un cretino de veinte años, un hijo de papá, me trata con una condescendencia... ¡Como un señorito a su aparcero!

—Pero querido, por favor, sé razonable. ¿Cuánto vende *Antorcha*? ¿Mil ejemplares, dos mil?...

—... El padre de ese niñato fue... ¿Sabes quién? Bueno, fue delegado de Falange, supernumerario del Opus, secretario del TOP. ¡Tiene en el Ampurdán una finca que es un latifundio!

—¿Sabes que hemos vendido *Adiós, muñeca* a seis países?

—*Muérete, querida* —le corrigió Vigil—. Se titula *Muérete, querida*.

—Pues eso, claro. ¿Qué es lo que he dicho?...

—Has dicho *Adiós, muñeca*. *Adiós, muñeca* es de Chandler. —Vigil se había

puesto de mal humor.

—Yo lo que quiero es que seas consciente de que con ese detective tuyo podemos ganar muchos millones... millones de conciencias. Lo que tienes que decir puede ser escuchado mundialmente.

Vigil se sonrió.

—La verdad es que sí que está gustando. Ayer mismo, en la calle, un tipo se me acerca y me dice: «¡Dales caña, Cóndor! ¡Duro con esos cabrones!».

—¿Lo ves? ¿Lo ves?

—Como si yo fuese Cóndor. —Se quedó pensando un momento—. Claro que soy y no soy Cóndor. Ocurrió a la salida del restaurante. «¡Dales caña, Cóndor!».

—¿Lo ves? Si es lo que te vengo diciendo. ¿Por qué no te olvidas de una vez del periodismo? Entrégame cada año una nueva novela de policías y ladrones, y yo te garantizo que ganarás mucho más... mucha más resonancia que con esos artículos tuyos que...

No juzgó necesario acabar la frase; ya sabía él lo que ella pensaba sobre esos textos de circunstancias que pasan de moda y no pueden encuadernarse y venderse.

Pero no tenía ninguna intención de renunciar a sus tribunas en la prensa, respondió Vigil, ni era necesario porque las novelas las escribía sin despeinarse, en un par de meses. Podía comprometerse a entregarle no una, sino dos o tres al año.

—Estoy cuadrando el argumento de la próxima, que se titulará *El asesino de viejos*. Verás: Cóndor investiga la misteriosa muerte de un anciano, y descubre que anda suelto un asesino especializado en matar a gente que vive sola, generalmente ancianos. ¿Un psicópata?, ¿un *serial-killer*? No: es el sicario de una inmobiliaria sin escrúpulos. El presidente del consejo de administración le encarga que elimine a los inquilinos de renta baja de ciertos edificios, para apropiarse de los pisos y revenderlos a precios fabulosos. ¿Qué te parece?

—Fenómeno, fenómeno. Pero ¿no hay mujeres? —Matilde estaba distraída en cálculos mentales de futuras ventas—. Mete chicas guapas, por favor, sin ellas las novelas negras resultan siniestras. No olvides sazonarlo con un poco de erotismo, ya me entiendes. Y cámbiame el título, por el amor de Dios, que los viejos deprimen. ¿Tomarás postre?

—Oh, puedo hacer que Cóndor se acueste con la gerente de la inmobiliaria ¿no? Una mujer bella, pérfida, irresistible...

—¿Por qué no? Tú eres el autor, puedes hacer lo que te venga en gana.

—O mejor, que se acueste con la hija del presidente del consejo, una rubia, lánguida, ninfómana... ¿Sabes? El comisario Cerdosa no va a tener un gran papel.

—¿No? —Matilde ahogó un bostezo—. Pues vaya.

—No, se me ha ocurrido que mientras en Barcelona se suceden los asesinatos, Cerdosa estará en Dublín, tomando vana y ridículamente lecciones de inglés en una academia. Es que quiere pedir el traslado a la Interpol, pero se le exige conocimiento de idiomas. El comisario se confunde de academia y toma lecciones de esperanto. Se

aloja en una pensión, y la patrona, una borrachina con bigudíes y bigote, se enamora de él. Puede ser divertido, ¿no?

—Fenómeno —Matilde se puso a hablar con voz ronca—: Pero, ya que me pides mi opinión, ella, la patrona, no lleva bigudíes ni tiene bigote ni es una borrachina, al contrario, es una mujer de cierta edad pero espléndida, con ojos verdes, boca grande de labios adorables y curvas peligrosas. Se llama... Gladys. Ella y el comisario viven una relación apasionada, que saben que sólo durará ese verano, porque luego él tiene que regresar a Barcelona con su mujer. Gladys podría ser ninfómana, y tiene que tener una minusvalía física. A Cerdosa le sorbe hasta el tuétano, lo deja seco, lo vuelve loco de placer. De niña, a Gladys le arrolló un tren, le cercenó las piernas, ahora tiene piernas ortopédicas. Para hacer el amor, se las saca. Las desenrosca. Así, sin piernas, es muy liviana, y Cerdosa puede manejarla a su gusto, ponerla aquí y allá...

—Deberías escribir —Vigil tragó saliva. Nunca se había asomado a las fantasías que su agente guardaba tras sus ojos verdes—. Deberías escribir una novela expresionista. Las piernas de Gladys, ¿son de metal o de madera?

—De madera —respondió Matilde sin vacilar—. De noche, en la oscuridad de la alcoba, Cerdosa oye crujir la madera.

Suspiró de nuevo:

—De regreso en Barcelona, por siempre más añoró esos crujidos en la oscuridad...

Vigil miraba la ciudad a sus pies, coronada por la nube de smog, y con el rabillo del ojo espiaba a su agente. No sabía qué pensar.

—No me hagas caso, soy grotesca. Tú en la novela mete erotismo, pero del tuyo, del suavequito.

Al día siguiente le llegó una carta, remitida «desde algún lugar en la selva», donde un desconocido que se presentaba como jefe supremo de la guerrilla india y firmaba «El capitán», después de informarle de que leía con mucho interés y provecho sus tribunas y que sus novelas le habían hecho «reír pensativamente y pensar risueño», se ofrecía para concederle una entrevista en exclusiva, la primera que concedía, que él podría publicar donde gustase. Las enigmáticas alusiones a una «conversación interrumpida», a un «Casino» y a la «sangre de un toro» (o sea al local donde se habían conocido y al vino que habían compartido), y otras claves y juegos de palabras hicieron comprender a Vigil quién era el remitente. Sintió una inefable iluminación, una pura alegría. La carta le devolvía el sabor de una tarde lluviosa de otoño en una pétrea ciudad castellana, la remota época de cuando era infeliz y soltero y tenía expectativas de la victoria final, en vez de ser desdichado, estar casado con una mujer tranquila, servicial, eficiente, y hallarse al borde de esa desesperación que según cuenta el doctor Quatermain en *Un malestar difuso* es característica de algunas personas que obtienen demasiado fácilmente unos triunfos por los que han luchado con gran denuedo y que en el fondo desprecian.

Vigil escribió, cifró y envió su respuesta a las señas que se le indicaban: las del párroco de una aldea que no aparecía en su atlas, y eso que buscó minucioso, con ojos y gafas y dedito obsesivo, en sus atlas escolares, en las ediciones a todo color de Océano y Planeta, incluso en algunos números del *National Geographic*. Siguió un febril intercambio epistolar, con muchos mensajes cifrados y medidas de seguridad para concertar fecha y hora de la cita, y por fin metió en su bolsa de viaje un par de mudas de ropa, el magnetófono, cintas y pilas de recambio, un paquete de morcillas y una botella de Vega Sicilia, y se fue al aeropuerto.

En el aeropuerto de llegada le esperaba, entre la multitud que había ido a recibir a sus parientes y amigos, una muchacha menuda, de piel cobriza, que sostenía a la altura del pecho un cartel con su nombre: «Sr. VIJIL».

—Yo soy ese del cartel, ¿usted es Lupita?

—El aeródromo está lleno de militares —respondió con una sonrisa asustada; y en efecto, en los rincones estaban apostadas parejas de soldados metralleta al hombro y policías con extravagancia de cinchas y correaes, altas gorras de plato y grandes pistolas al cinto—. Si te preguntan, nos conocimos por internet, hemos chateado sobre literatura hasta que ha surgido el amor, y ahorita nos estamos viendo por primera vez. Ahora nos abrazamos. Así. Estamos muy contentos de conocernos al fin. Así. Ahora me pasas el brazo sobre los hombros y me acompañas a mi casa para cenar e ir conociéndonos mejor. Ir intimando. Ver si somos compatibles.

Vestía traje chaqueta gris sobre una blusa blanca, y zapatos planos. Eran prendas modosas, un poco monjiles. El rostro parecía cortado al hacha como el de un ídolo brutal.

—Como usted diga, Lupita. Aunque hambre no tengo, ya me han dado de cenar en el avión. En cambio apreciaría mucho un baño y una taza de café...

—Eso mañana, eso mañana. Tutéame. Cariño. Estás muy alegre y me cuentas cosas tuyas, anécdotas de la literatura. —Hablaba con los dientes apretados en una sonrisa de psicópata. Él asintió. Tenía la experiencia de la clandestinidad del antifranquismo. Pero ¿qué contarle?

—Habla —le apremió ella—, ándele, ándele, habla nomás, huevón.

—Un, dos, tres, probando, probando...

—Ah, qué gracioso —dijo ella—. Como un cantante.

—Probando, probando. Me llamo Vigil. Estoy casado, sin hijos. Me encanta viajar y escaparme, aunque ya sé que de uno mismo no se escapa uno nunca. Lo dicen Horacio, Kavafis, y también lo dejan entender Pavese, Machado... «Cambian los climas, no las almas, para quienes atraviesan los mares», y...

—Ajá, ajá —dijo ella. Avanzaba por el vestíbulo hacia las puertas de cristal, el rostro contraído en aquella sonrisa de loca y espiando con el rabillo del ojo los

movimientos de alrededor, la gente arrastrando maletas, las parejas fundiéndose en abrazos, los soldados fumando.

—De joven combatí a Franco y su régimen con todas mis fuerzas, y es curioso, tantos años después de su muerte, aún sueño con él de vez en cuando. Una pesadilla: caminamos juntos por una carretera desierta, él va recitando su testamento político, y cuando llega a aquello de *perdono a cuantos se declararon mis enemigos sin que yo los tuviera como a tales*, le derribo, lo reviento a puntapiés, del pecho le brota un líquido que me mancha... Creo que debería dedicarle un libro. O hacerme una lobotomía. ¿Tú qué crees que sería mejor, Lupita?

—Ajá, ajá.

Aunque se daba cuenta de que no le escuchaba, o precisamente por ello, Vigil se lanzó a hablar:

—¿Mi color preferido? El rojo. Hecho histórico que prefiero, la toma del Palacio de Invierno. Hecho histórico que desprecio, el cuartelazo de Franco. Y lo que me indigna es que los hijos, nietos y sobrinos de sus ministros participen en la vida política como si tal cosa...

—Ajá. Por aquí, al tercer sótano.

—... Lo más sangrante de todo es que son precisamente ellos, ellos, los que exigen que nosotros, los intelectuales progresistas, los que fuimos perseguidos por sus padres y enmohecimos en prisión mientras ellos cursaban masters y cursos de postgrado en Boston, pidamos perdón por las penurias que están pasando la Unión Soviética y los demás países que decidieron correr la gran aventura del siglo, la aventura formidable del comunismo. A ellos, en cambio, ni se le pasa por las mientes pedir perdón por el daño irreparable que sus papás le hicieron a España o el que sus amigos americanos han hecho en África y en América Latina...

—¿Tú quieres que nos prendan? —le temblaban de miedo los labios sonrientes—. Cambia de tema.

Vigil tardó un instante en reaccionar.

—Ay, perdón —pensó en algún tema sobre el que monologar, y se encontró otra vez a sí mismo—. ¿Mi rasgo de carácter principal? La laboriosidad. O quizá la amargura. ¿Cualidad que prefiero en un hombre? Yo diría que la puntualidad; con que no me tengan esperando me conformo, porque conozco un poco a la gente y no me hago ilusiones. En fin, quizá sí que soy amargo.

—Ajá, ajá. —Avanzando entre la gente por aquel espacio abierto, camino a unas lejanas puertas de cristal, Vigil reconocía la olvidada voluptuosidad de confesarse.

—... Mi esposa a veces me lo reprocha: «¿Tienes que pensar siempre mal de todo y de todos? ¿Tienes que ser siempre tan negativo, tan destructivo?». Yo le digo: Mercedes, no puedo evitarlo, a mí no me culpes, me modelaron Marx y Freud, que fueron los grandes cirujanos de nuestro tiempo, los grandes destructores de ideas ilusorias, yo lo único que hago es pensar con coherencia a partir de ellos, que es más de lo que muchos pueden decir. Ya se sabe que la manzana del árbol del bien y del

mal tenía un sabor ácido... ¿Cualidad que prefiero en una mujer? Las que tú tienes. Tal como te veo, Lupita, eres perfecta. ¿Me estás escuchando? No, no me has oído, estás sorda, a solas con tu miedo. Podría decirte cualquier barbaridad y tú seguirías sonriendo. Eres bella, joven, combativa, con ideales que comparto plenamente, que son los míos. Tú y yo, los dos, hemos dicho «no» al sistema. Se te nota en la cara que has estudiado y que tienes vida interior. Seguro que tus padres son pobres. Tus jefes te han encomendado una tarea comprometida, te han dicho: ve al aeropuerto, tráenos al escritor español, y tú lo haces como otras van al cine o cotorrean sobre ropa y chicos de moda. Mientras ellas sueñan con echarse un novio, tú luchas. Me encanta tu perfil. Te voy a suscribir gratis a una revista que dirijo. Tengo allí trabajando a dos especies de lemures, dos hermanos. Son gemelos. Son raritos, coleccionan paraguas, tienen más de trescientos; han de ser usados, de segunda mano. Y juegan al parchís por Internet.

Habían llegado al parking. Lupita suspiró aliviada al sentarse al volante de una ranchera Chevrolet.

—Ya, ya, no hace falta que sigas hablando paja. Calladito nomás ahora.

Condujo por una de las autovías, atestadas a aquella hora crepuscular, que circunvalan la capital y corren entre los barrios en busca de la Interestatal. De las pardas colinas cubiertas de chabolas de adobe o cartón bajaban regatos de color azul eléctrico, hasta confluir en un ancho río que trazaba una majestuosa curva abierta y se iba aproximando, lanzando vivos destellos plateados, hasta discurrir paralela a la autopista. En su vida Vigil había admirado un azul tan puro, un río más hermoso.

—¿Y tú, Lupita, llevas mucho tiempo en la lucha?

No respondió. Con los labios apretados y la mirada fija en la carretera, aún recordaba más un tótem primitivo. Vigil se repantigó en el asiento; sobre los interminables arrabales gravitaba un cielo encapotado, oscuro. Alrededor se deslizaban las colmenas humanas, los descampados y los barrancos; a un lado desfilaban los bloques como ejércitos de gigantes, al otro se extendía un mar de chabolas techadas con uralita; los volúmenes se alternaban sin ritmo, en un amontonamiento caótico que encogía el ánimo. Si naces aquí entre este lumpen ya estás listo, pensó; para salir te has de abrir paso con lanzallamas. Él, por lo menos, había tenido la suerte de crecer en la vieja Europa, lejos del Pentágono, cuando aún existían redes de solidaridad obrera, donde el temor a otra Revolución imponía al capitalismo cierto respeto y moderación... Y también se había sabido ayudar a sí mismo...

La corriente azul se aproximaba a la autopista lanzando destellos incesantes. Ahora se dio cuenta de que no se trataba de un río caudaloso, sino de un aluvión de bolsas de plástico, millones de bolsas de basura azules que la ciudad expulsa hacia las afueras y que el viento reúne al pie de las colinas.

—Supongo que no vamos a ir hasta la selva en coche.

—No —respondió ella, exhalando humo—, ahorita lo abandonamos en el arcén,

nos bajamos y seguimos a pie hasta la selva.

—¿A pie? ¿Cómo a pie? ¿Mil kilómetros a pie?

Estaba trastornado: no era aquello lo acordado con el Capitán. Sin duda los mensajes cifrados se habían malinterpretado.

—Es que el lunes, sin falta, tengo que estar de vuelta en casa.

Ese lunes tenía que firmar el contrato y pagar las arras de la masía en el Ampurdán de la que su mujer se había encaprichado. Las ventas de *El asesino de viejos* iban asombrosamente bien, Vigil empezaba a ser un escritor adinerado, y aquel caserón de piedra, poco más que una ruina con una alberca, rodeada de encinas y de madroños, tenía «muchas posibilidades» y era una ganga que no se les podía escapar, según aseguraban Mercedes, y su prima la arquitecta que se iba a encargar de las obras de restauración, y los juglares Fortún y Colores, y Matilde, y su hermana la rarita, y el cineasta inventor del porno progre, o sea, todos los propietarios de masías en aquel ameno rincón cerca del Mediterráneo.

A modo de respuesta le llegó de la oscuridad de la cabina la voz de Lupita, con un tono despectivo.

—Pero hombre, ¿a ti te parece que un auto como éste lo puedo dejar abandonado en la cuneta? ¿Te figuras que el Movimiento nada en la abundancia? ¡Los «compa» me fusilaban nomás, y sin consejo de guerra!

Pero cien kilómetros más adelante, al enterarse de que Vigil vivía en Barcelona, manifestó un cándido interés por la ciudad. Había visto en televisión la ceremonia de la apertura de los Juegos Olímpicos y para ella sería un sueño visitar un día aquel lugar tan lindo y tan moderno, con playas, palmeras y universidades, y conocer la obra de Gaudí, el arquitecto loco. Sí, admitió Vigil, a regañadientes pues lo último que quería aquella noche era acordarse de Barcelona. Sí, su ciudad estaba recién pintada, el clima era benigno, la comida sabrosa. ¿Seguramente ella no habría probado nunca una buena *escudella i carn d'olla*? ¿No? Si algún día cumplía ese sueño y visitaba Barcelona, él le llevaría a un restaurante donde la cocinaban sin parangón. ¡Qué garbanzos, qué tocino y qué *pilota*! Aunque, claro, no era oro todo lo que relucía. Las clases populares, de las que él procedía, habían pagado muy cara la construcción de esas playas artificiales y esas universidades asépticas. Los paisajes de su infancia, por ejemplo, ya no existían: esas callejas insalubres del barrio Chino, aquellas casas leprosas, pensiones mugrientas, putas ancianas, tuertas y cojas, roídas por la enfermedad, que le dieron a sus esquinas tanto sabor, todo se lo llevó el progreso implacable. Todo era nuevo, aséptico, pulcro, irreconocible. Y ahora cuando paseaba por su ciudad, exactamente igual que cuando visitaba cualquier otra metrópolis opulenta de Europa, fuese Viena, Venecia, París, Milán o Amsterdam... uno sentía, ¿no es verdad?, una sensación de extrañamiento, como si pasease entre decorados teatrales.

Ella respondió con un suspiro que Vigil no supo cómo interpretar. Supuso que era comprensivo y empático. A su vez, le preguntó un par de cosas, pero como a todas

respondía «tengo órdenes de callar» o «ya lo verás cuando llegue el momento», suspiró a su vez y se arrellanó en su asiento. Habían salido de la autopista y circulaban con los faros apagados por un camino de tierra en la noche cerrada, negra. Al fondo de aquella oscuridad podían acechar peligros ignotos, como los bandidos de la autopista que cruzan un árbol en la ruta para detener un auto, desvalijar y degollar a sus ocupantes e irse con el coche, pero Vigil se sentía junto a la hermosa guerrillera tan a salvo como el año pasado en el safari fotográfico en Kenia, cuando Mercedes y él miraban las fieras al otro lado del parabrisas, aburridas en su mundo sin progreso ni Historia. Fue tomando notas mentales para algún relato breve o algunos artículos, hasta caer dormido.

Bájate, corazón, ya llegamos, y no olvides tu bolsa, dijo Lupita. El coche estaba detenido. Se oía el ruido fuerte y monótono de un motor en marcha. Vigil se ofreció a enviar al párroco de la aldea que no aparecía en sus atlas algunos números atrasados de *Estrella Roja* y una novela de Cóndor, para que Lupita pudiese ver qué clase de cosas escribía, pero ella repitió: «Ahorita, ahorita, bájate», y se encontró en el relente de la noche, empujado por el viento, envuelto en el estrépito de un helicóptero con la hélice en marcha que le estaba aguardando. Vaciló unos instantes, hasta comprender que Lupita se había ido sin despedirse, y entonces se encogió y avanzó hacia la portezuela abierta. El piloto que le dio la bienvenida alzando una mano enguantada estaba enmascarado tras el casco, las gafas y una bufanda. Alzaron el vuelo. El ruido en la cabina era tan fuerte que no valía la pena intentar hablar.

Dos horas más tarde, el helicóptero descendió sobre la selva, aterrizó en un calvero, y después de depositar a Vigil volvió a levantar el vuelo.

Cuando el rugido de los motores se apagó en la distancia se encontró sumido en un silencio sobrenatural y rodeado de un muro de vegetación aparentemente impenetrable, un círculo de espesa maleza y de altos árboles con raíces nudosas y retorcidas como grandes serpientes. En una de aquellas raíces se sentó a esperar. La salida del sol tiñó de azul el calvero. Un rato después el aire era un delirio de trinos, graznidos y zumbidos de insectos y el sol se encaramó al cielo a gran velocidad. Atravesada por los oblicuos rayos de luz que caían como columnas de humo desde la enramada, la reverberante fronda se desplegaba alrededor de Vigil atravesada por el vuelo de grandes moscas y de enormes mariposas de alas amarillas en tembloroso zigzag. A sus pies la hierba también parecía estremecerse, hirviente de insectos.

Dos rostros se asomaron desde el muro de vegetación: dos niños que le observaban con alegre timidez. Respondiendo a una invitación de Vigil, ingresaron cautelosamente en el calvero. Vestían camisetas y pantalones cortos, andrajosos, descoloridos, y parloteaban entre sí en una lengua incomprensible, doblándose de la risa. A la espalda llevaban colgadas unas escopetas de pega, de madera tallada. Se acercaban un poco a él, luego volvían atrás, avanzaban de nuevo en diagonal, empujándose y arrastrándose el uno al otro hacia la zona de peligro, hacia el forastero, lanzando risas y grititos de pánico; se contorsionaban para escurrirse de la

presa y en seguida volvían corriendo al muro vegetal.

De éste surgió, al cabo de un buen rato, una mujer vestida con una especie de túnica que dejó una vasija y una escudilla sobre la maleza, a los pies de Vigil. Éste desfallecía de hambre y se zampó en dos bocados aquella pasta insípida y gomosa que se le quedaba pegada al paladar.

Un viejo apoyado en un largo cayado apareció por la izquierda y se acercó a hablarle; como no lograban entenderse, gesticuló mucho, con el mismo resultado, y al fin se encogió de hombros y dándole la espalda desapareció por la derecha.

Cada aparición era anunciada por un fragor vegetal. Aparecía alguien, miraba de reojo al forastero, y después de un intento más o menos voluntarioso de comunicarse con él volvía a hundirse en la vegetación. Vigil recordaba el texto de Lawson que leyó años atrás y se reprochó su credulidad de entonces: ahora ya sabía que los indígenas de aquella región tan apartada nunca adoraron a ninguna diosa del amor, sino, como los pueblos vecinos, a numerosas divinidades contradictorias y claramente incompetentes, entre las que figuran un jaguar del día y otro de la noche, una serpiente, el sol y la lluvia, y un ser colérico, ávido de sacrificios humanos, llamado «Dos huracanes», y que luego fueron convertidos a la religión católica. Sabía también que aquellos valles donde vivían no eran fértiles y amablemente ondulados como la Toscana, sino escarpados, y la tierra no era fértil, sino avara y sólo apta para una agricultura difícil, al albur de los rigores del clima. Sabía, y ahora lo estaba comprobando con sus propios ojos, que en cuanto a su constitución física no eran altos, fibrosos y extremadamente bellos y armoniosos de rasgos, «escandinavos morenos, de paso largo, elegante, despreocupado», como los imaginó la fantasiosa estudiante americana, sino —de forma parecida a las demás tribus mongolas que en la noche de los tiempos migraron a través del estrecho de Bering a Mesoamérica— de baja estatura, de rostro ancho, frente inclinada, ojos rasgados, nariz chata, mentón huido, vientre abombado y piernas cortas y robustas.

Pasó una mujer con una vasija en la cabeza, las ubres bamboleándose bajo la ropa suelta y sucia. Todo canon de belleza, pensó Vigil, es relativo, aleatorio, fruto de las condiciones históricas. Despreciando como él despreciaba la sociedad de consumo y del espectáculo en la que había crecido y vivía, era una triste gracia que después de combatir y escribir contra su ética y su estética no pudiese zafarse de sus patrones de belleza convencionales, ni engañarse al respecto. Le enternecía la fealdad que atribuía a aquellos indios, porque él también se consideraba —quizá injustamente— desdichadamente feo y esto había sido la causa de hondo sufrimiento hasta que el éxito literario y social vino a rescatarle. Éxito y belleza debían de tener algún punto en común.

—Hay que asumir las propias contradicciones —se dijo, con un suspiro. Entonces recordó con un estremecimiento (¿cuántos años hacía de aquello? Fue durante la larga época en que tenía miedo a diario: décadas atrás; y desde aquella lejanía, como luz de una estrella muerta, le llegaba el escalofrío) a una camarada que le manoseó

los mofletes como si le modelase un nuevo rostro, mientras repetía, llorosa y poniendo en juego toda su capacidad de persuasión:

—¿Por qué pones siempre esta cara tan triste? Tú eres precioso, Vigil... ¿No te das cuenta? Eres precioso.

Eran muy jóvenes. Y él contuvo el aliento, sofocado por la emoción. Luego pensó: «la pobre debe de estar loca». En efecto, estaba desequilibrada; poco después sufrió una crisis muy violenta y la encerraron. En prenda de gratitud él la visitó, llevándole un pastel de hojaldre, todos los sábados por la mañana de un largo invierno. Ahora se veía a sí mismo con el paquete de la pastelería en la mano, avanzando por el sendero que cruza el espacioso parque de la Casa de Salud, observado por los locos entre los árboles, y se sentía conmovido, bonísimo.

¿Y por qué dejaste de ir a visitarla? ¿Y por qué piensas ahora en ella? No pienses en eso. Mira la naturaleza, se dijo. ¿Cómo la describirías?

—«Árboles frondosos» —dijo—; «vegetación lujuriente». —Entonces oyó piafar un caballo.

—¡Vigil, compañero, hermano!

En el límite del calvero había aparecido la estampa formidable de un jinete sobre un percherón de gran envergadura, de un color blanco sucio, hundido en la maleza hasta las rodillas, que sacudía la larga crin y resoplaba con vigor de fiera mitológica. El jinete, vestido con ropa militar, tenía una mano apoyada en la hebilla del cinturón y la otra en la cadera, en una pose desenvuelta, algo arrogante. El rostro quedaba oculto por un pasamontañas negro, coronado por una boina también negra, en la que destacaba la insignia de una estrella roja.

—Bienvenido al laboratorio del futuro —su voz era inesperadamente jovial. Puso pie a tierra de un salto y avanzó hacia Vigil, haciendo tintinear el cinturón con la cartuchera de la pistola y el largo machete. Se detuvo, llevó la mano al cuello, y después de dejar pasar unos segundos vacilantes, se arrancó el pasamontañas. La rizada y negra barba le crecía prácticamente desde los pómulos, como una segunda máscara, y Vigil no supo con certeza si aquel hombre curtido era o no el estudiante de Valladolid al que vio una sola vez, años atrás, pero enseguida sintió la confortante presión de hebillas y cananas contra su pecho, la fuerza de la inesperada musculatura y el intenso olor a animal, a cuero, a tabaco, que emanaba de él.

—Bueno, compañero, ¿qué te parece este sitio donde vivimos y morimos, la tierra que nutre nuestra esperanza? ¿Te han enseñado algo los muchachos? ¿No? ¿Los alrededores, la escuelita autogestionaria, el hospital volante, el campo de tiro? ¿No?

—Me hago cargo de que estáis todos muy ocupados.

—Has de perdonarnos, nunca habíamos hecho una revolución y todavía estamos aprendiendo. —Le dio una afectuosa palmada al árbol donde le había estado aguardando, lo acarició como a una bestia leal—. Debe de tener 700 años, como la catedral de León, pero estas bóvedas vegetales ya no las cambiaría por aquellas tres naves, ni esta luz transparente por la de sus famosas vidrieras... —dijo

soñadoramente—. Cuando termine esta guerra, si no me matan, me perderé aquí. Me he vuelto un salvaje, una alimaña intratable...

Calló un instante para recordar un verso y agregó:

—... Soy como el barco ebrio: *Si je désire une eau d'Europe, c'est la flache...* Nada, no me acuerdo. A propósito de literatura, *Adiós, muñeca* me ha encantado.

A Vigil le asombró que se las apañara para conseguir libros y encontrar tiempo para leer.

—Amigo, las noches en la selva son muy, muy, muy largas. Si antes de dormir no pudiera leer un par de horas, esta vida tan ruda me volvería aún más bruto.

—No eres bruto —a Vigil le salió la voz extraña, estrangulada.

Se habían echado a caminar. De la maleza asomaban algunas tiendas de campaña. Al pasar ante una cabaña de paja el Capitán alzó el brazo para saludar a un par de mujeres en cuclillas que trajinaban con un mortero. Patria o muerte, compañeras, las saludó. Patria o muerte, respondieron.

—... Sí, por los pueblos del linde de la selva circula la biblioteca móvil de «Bibliotecarios sin límites», una ONG, pero nadie le hace caso, aquí nadie sabe leer, nadie habla siquiera en castilla. Eso, por cierto, lo estamos combatiendo nosotros, estamos alfabetizando con la ayuda de unos maestrillos muy bien dispuestos, que se vinieron de la capital a juntar fuerzas. El conductor de la camioneta está muy solo, el pobre, por esos caminos. Le distrae un poco que yo le asalte. «¡Arriba las manos, los libros o la vida!» —lanzó una carcajada breve y tensa, alegre como una ráfaga de metralleta—. El mes pasado le robé *Las afinidades electivas* de Goethe y tu *Cóndor y los especuladores*.

—Goethe... —rezongó Vigil— es un facha y un rancio.

—¿Sí?... No sé, no alcancé a leerlo, perdí el macuto con el libro en la retirada de... —Se le ensombreció el rostro y dejó la frase sin acabar—. El tuyo, en cambio, se lee de corrido. Desde luego, chico, cada año escribes mejor.

Poco le faltó a Vigil para ruborizarse. Desde su encuentro en la librería Cosmos había llovido mucho y la atención paternal que entonces dedicó al muchacho se había trocado en respeto reverente, pero aun así, y a pesar de sus hazañas bélicas y de su corpulencia, le parecía un ser delicado, frágil, que necesitaba protección y cuidados como un niño perdido. Era una pena, y otra causa de oprobio para el sistema, que aquel espíritu fino, inclinado al conocimiento y a las letras (y con tan buen gusto para la literatura) tuviera que vivir emboscado.

—Te he traído de España unos recuerdos... —se palmeó los costados—. ¡Maldita sea!

—¿Una serpiente? —el Capitán desenfundó el machete y escrutó la maleza a sus pies—. ¡Aquí hay que venir con calzado bien recio!

—No, que me he dejado en el helicóptero la bolsa con tus regalos. Te había traído unas morcillas succulentas y una botella de Vega Sicilia...

—No te preocupes, lo recuperaremos. El heli regresa la semana que viene.

—¿La semana que viene? —dijo Vigil—. ¡Pero es que el lunes tengo que estar en Barcelona!

—Bueno, en ese caso los compas se beberán el vino a tu salud. —Habían llegado a otra cabaña, de construcción más sólida, con una veranda en la que había una mesa y unos taburetes. El Capitán se sentó, sacó del bolsillo una pipa muy gastada y se puso a cargarla de tabaco—. Aquí podemos charlar.

—¡También he olvidado la cámara de fotos y el magnetofón! ¿Cómo vamos a hacer la entrevista sin grabarla?

El Capitán fumaba con deleite pensativo, observando la selva.

—¡Escucha ese pájaro, Vigil! —dijo—. Se llama Silvo. Está llamando a la hembra. Siempre que lo oigo me vienen a la memoria los versos de San Juan de la Cruz. ¿Te acuerdas?, *el silbo de los aires amorosos, la música callada, la soledad sonora...* No sé qué pensarás tú, pero yo digo que el *Cántico Espiritual* es la cumbre de la poesía de todos los tiempos... Ahí, en esa rama. ¿Lo ves? Fíjate qué bonito el color de la cola, un rojo tan intenso no se encuentra que yo sepa en ninguna otra figura de la naturaleza... El árbol en que está posado aquí lo llaman árbol de la lluvia. Le dan este nombre porque recoge el rocío en las flores, y cuando amanece y las cierra para protegerse del sol, vuelca el agua sobre el que esté debajo... ¡Si te quedas dormido te despierta con una buena ducha!... Bueno, ¿qué me dices? ¿Te gusta la selva? Esta belleza salvaje le envejece a uno diez años en uno. Y yo llevo seis aquí, así que calcula... Pero no renunciaría a esto por nada del mundo. ¡No te lo cambio por nada! —repitió con vehemencia—. Esa planta de allí, fíjate...

Luego, en un tono más severo, agregó: olvídate del magnetofón, fíate de tu memoria como me fío yo. Atiende. Lo que queremos nosotros... no es ir dejando a los compañeros muertos por los caminos ni matar soldaditos que ninguna culpa tienen los pobres de que un gobierno criminal los envíe contra nosotros... Lo que queremos... lo que exigimos...

Sus declaraciones, tal como las recordó y amorosamente transcribió Vigil nada más regresar a Barcelona (adonde llegó a tiempo para pagar las arras y firmar la compra de aquella ruina en el Ampurdán que su mujer calificaba de «ganga»), cuando se publicaron en cuatro apretadas páginas de *La Gaceta*, transmitieron a los lectores el húmedo calor de la selva, la extrema pobreza en que vivían las comunidades indias, el ambiente de festiva camaradería y entusiasmo combativo que reinaba entre los guerrilleros, la urgencia histórica de la lucha y la evolución personal de un joven que en tan pocos años había pasado de ser un filósofo prometedor a estratega revolucionario, heredero de Che Guevara y Ho Chi Minh, un hombre providencial tan capaz de recitar de memoria los poemas de los místicos españoles como de ponerse al frente de sus guerrilleros para infligir al ejército derrotas humillantes y afirmar la dignidad de unos pueblos indígenas y su derecho a sobrevivir en un mundo globalizado. Su ejemplo podía cundir, provocando insurrecciones en otras provincias del país; y si así fuera, los días del corrupto régimen de Tierras

Calientes estaban contados.

Esta entrevista, románticamente fechada «en algún lugar de la selva», se tradujo y publicó en los medios de comunicación europeos más solventes, y así le fue revelada a las salas de estar de toda Europa la existencia de un genio de la guerrilla revolucionaria que se hacía llamar el Capitán.

A partir de entonces Vigil incorporó al Capitán a su museo imaginario de benefactores de la humanidad. Y mientras, su carrera como novelista iba alcanzando éxitos más grandes a cada nueva entrega de «Los casos de Cóndor», de modo que incluso pudo cumplir el sueño que acariciaba desde niño: regalarle a su padre un piso nuevo —un piso luminoso y confortable en el Ensanche, pero al que el anciano, temeroso de los nuevos espacios, de los estirados vecinos, de las frías costumbres y los caros precios de los artículos en aquellas luminosas charcuterías, se negaba a mudarse—, se erigió en el altavoz español de los éxitos de la guerrilla india; en artículos periodísticos, en charlas radiofónicas, en entrevistas y conferencias, en congresos literarios, glosó sus victorias, reclamó la atención sobre ellas, justificó su violencia, interpretó los comunicados que el Capitán emitía a continuación, celebró su estilo literario.

—¿Os dais cuenta de que estamos asistiendo a algo excepcional? —dijo a los hermanos Valdemont, para galvanizarlos, una mañana en que los vio muy abatidos por la resaca—. Esos indígenas forman un movimiento de masas de verdad. ¡Armados con tres escopetas y una emisora de radio se han erigido en referente mundial del cambio venidero!

—Quizás sí... —dijo uno de los gemelos—. Y me alegro por ellos. Les deseo lo mejor. Pero a nosotros, aquí, poco nos podrán ayudar, esos indios de las capuchas.

—Están demasiado lejos —asintió su hermano.

Vigil quedó atónito.

—Pero si somos nosotros los que debemos ayudarles a ellos —explicó—. Nosotros, los privilegiados ciudadanos del primer mundo, somos los que debemos echarles una mano a ellos, que no tienen de nada y se están jugando la vida. ¿No se os había ocurrido?

Los Valdemont no respondieron. Ellos no se consideraban privilegiados. Se consideraban injustamente maltratados por la vida. Y uno de ellos incluso musitó:

—Yo no he conocido lo que es el amor.

—¡Y aun así, fijaos bien, esos indios semidesnudos, esos muertos de hambre —dijo Vigil, sin oírle—, nos ayudan a nosotros, vaya si nos ayudan!

Se lanzó a explicarles la tesis que luego expuso una y otra vez en tertulias radiofónicas, artículos y conferencias: si las vanguardias izquierdistas europeas estaban desorientadas, desorganizadas y tan bajas de moral combativa que se hallaban prácticamente en estado de catatonía, aquella insurrección era la prueba de que América seguía siendo un volcán dormido que de vez en cuando entraba en erupción. De ahí, de ahí tal vez vendría el Cambio: las clases y pueblos que el imperio ha desahuciado y condenado a formas más modernas, sutiles, hipócritas de colonialismo, saben alzarse, hurgar en las contradicciones del sistema y erigirse en Sujeto de la Historia —una Historia que está lejos de haber llegado al final al que tan

alegremente la condenaba cierto mandarín gringo, el cocacolo predilecto de Tío Sam.

A medida que la guerrilla libraba escaramuzas, el eco de los disparos sonaba cada vez más fuerte en la capital de Tierras Calientes y en los países limítrofes, y a Vigil le encantaba comprobar, por las reacciones y comentarios de sus amigos, que el estilo de las proclamas de Capitán, que poseían una retórica singular, lejos de las fórmulas solemnes de precedentes caudillos revolucionarios, ya trilladas y enfadosas con sus apelaciones al heroísmo y sus promesas de nuevos amaneceres, y cercana más bien a la expresión lírica del poeta y a las ocurrencias efervescentes del publicista en estado de gracia, contribuía en buena medida a esa resonancia. A una civilización mediática y audiovisual, el Capitán le ofrecía una insurgencia mediática y audiovisual.

Muchachos idealistas, universitarios inquietos, curiosos, empezaron a afluir desde la capital hacia las aldeas y ciudades en el lindero de la selva para examinar de cerca cómo era una revolución en marcha. Desde allí, la teniente Lupe los llevaba a visitar los campamentos y las comunidades clandestinas en una especie de circuito turístico-revolucionario que incluía visita a un hospital de campaña, catequesis insurgente y velada con canciones revolucionarias al amor de una fogata, al que pronto se incorporaron grupos de jóvenes europeos. La mayoría regresaba a casa al cabo de un par de semanas y hacían de altavoces de lo que habían visto y oído —la pobreza, el espíritu de lucha, la solidaridad—, pero los más románticos y entusiastas y algunos inadaptados que sentían con más fuerza la llamada atávica de la guerra, encontraban allí una causa para articular su rebeldía y en vez de regresar pedían un arma para incorporarse a la lucha.

Al otro lado del océano, Vigil difundía esas proclamas del guerrillero-poeta con un entusiasmo rejuvenecedor. Incluso propuso a su agente recopilarlas y publicarlas en una edición no venal; él escribiría el prólogo, y el epílogo se lo podían encargar a Augusto, otro destacado cliente de Matilde, con el que coincidía cada año en algunos simposios sobre los nuevos retos que se le plantean a las izquierdas en un mundo unipolar. La agente escuchó con mucho interés este proyecto, pero luego, sin que Vigil entendiese por qué, le fue dando largas hasta que cayó en el olvido.

A mediados de un mes de junio especialmente caluroso, invitó a su masía, que ya estaba en pleno proceso de restauración, a unos cuantos intelectuales progresistas que querían «hacer algo», y no sabían exactamente qué, en favor del Capitán. Fue un fin de semana exaltante: escritores, cantantes y actores conspiraron en torno a una mesa rústica que la esposa de Vigil había instalado a la sombra de una encina y junto a la alberca, comían sentados a esa misma mesa, y luego seguían conspirando. Ahmed, el mayordomo-chófer marroquí, se encargaba de llevar y traer a los invitados a la estación de ferrocarril del pueblo más cercano, y la esposa de Vigil se asomaba de vez en cuando para asegurarse de que todo estaba en orden y no faltaba de nada. El primer día, después de la cena y del reparto de copas de licor y habanos, Vigil hizo escuchar a sus invitados una arenga del Capitán a sus tropas, grabada en magnetofón en las honduras de la selva. La voz crepitante del caudillo insurrecto, quebrada,

afónica, interrumpida por el canto lancinante de un pájaro, parecía llegar desde muy lejos, desde distancias siderales, hasta el jardín donde se hallaban ellos, en bañador, sobrecogidos por la emoción:

—*Somos la dignidad que camina, la esperanza que se organiza, la verdadera democracia en marcha.*

Era tan bello como un poema de Neruda. También se oyó una ráfaga de metralleta, que seguramente se le escapó a un exaltado, a juzgar por algunas blasfemias que se oyeron después.

De aquel fin de semana de ejercicios espirituales salió el «Recital solidario» en una plaza del barrio Gótico de Barcelona, organizado por el trovador Fortún, vieja gloria de la canción protesta, alcoholizada pero indomable, en el que participaron el mismo Fortún, Celeste y su acordeón, Colores, y, en fin, hasta ocho de los más destacados rapsodas y cantantes progresistas de la ciudad... Se habilitó un despacho de bebidas para el público, y en un kiosco se vendía artesanía étnica y pasamontañas «de guerrillero». La velada fue un éxito: los turistas de un tour operator alemán llenaron la plaza y aunque no entendían muy bien de qué iba la cosa y la confundían con una juerga flamenca, salieron satisfechos y contentos de «sangría solidaria».

Junto con la recaudación del concierto era importante hacer llegar a los insurgentes el calor humano de la solidaridad española. Y así, el clown Pastel Pantufla, director en España de la ONG Payasos sin Límites, al frente de una delegación compuesta por el mismo Pastel Pantufla, español; McBuffon, escocés; Kikirikí, holandés; y Patétiq, belga (aunque él prefiriese decir que había nacido «en el planeta Tierra, sistema solar, Vía Láctea, al fondo a la derecha»), pasó un mes en la región, viajando en camioneta de aldea en aldea y de campamento guerrillero en campamento guerrillero para representar un espectáculo a base de aullidos, risotadas dementes y mimo, que dejaba a los indios francamente atónitos.

A su regreso, los payasos dieron muchas entrevistas en las que solían decir que los indios les habían ofrecido de todo corazón lo poco que poseían, que les habían enseñado a valorar las cosas auténticas de la vida, y que junto a ellos habían descubierto que apenas se necesita nada para ser feliz.

Vigil ya no estaba solo en la defensa de la causa en Europa. Intelectuales de muchas disciplinas y varios países, abundantes periodistas y filósofos franceses se solidarizaron con los indios insurrectos; fueron tantos los que siguiendo sus pasos fueron a entrevistarse con el guerrillero encapuchado y a palpar una revolución en marcha, que el viaje de ida y vuelta desde la capital a la selva que seguían politólogos, sociólogos, periodistas, activistas, equipos de televisión y jóvenes en busca de una causa a la que consagrar la vida empezó a ser conocido como el «Capitour». Quienes hablaban con el capitán volvían impresionados por su carisma y sus metáforas:

—¿Cómo se definiría usted, señor Capitán? ¿Como un estratega neomarxista o como un típico caudillo centroamericano?

—*Me definiría como el gatillo de la esperanza.*

—*¿Qué objetivo político persigue exactamente?*

—*Persigo ser innecesario. Pido al Gobierno que actúe de manera que yo sea innecesario.*

Lo que más fascinaba del caudillo guerrillero era su rostro invisible. «Todo lo que es profundo ama la máscara», escribió un sabio antes de enloquecer, y en efecto el pasamontañas negro que cubría la cabeza del guerrillero completamente, salvo por la obertura de los ojos y el tajo de la boca, parecía proteger abismos. El semiótico francés de origen ruso Parlevin deconstruyó en un ensayo esa imagen simbólica, cuyos tres elementos principales representan otras tantas ideas-fuerza o arcanos: en el pasamontañas, *Enigma* y deseo latente; en la pipa, *Pensamiento* reflexivo, y en la pistola, *poder*. Sostiene Parlevin —y a modo de ejemplo recuerda la anécdota de Castro en la Biblioteca Nacional de Cuba, cuando se quitó las cartucheras con las pistolas, las dejó sobre la mesa y les dijo a los intelectuales reunidos: «Con la revolución, todo; fuera de la revolución, nada». ¡Como en los mejores westerns!— que el arma letal en su exhibicionista cartuchera realza la lírica de soflamas y declaraciones, dándoles resonancias de autenticidad y de radicalidad, unas resonancias que de ninguna manera hubiera podido obtener la retórica del Capitán por sí misma. Las volutas de perfumado humo azul que salían de la pipa o de los labios envolvían estas sugerencias subliminales en un celofán de sensualidad soñadora. El Capitán es —así concluye el ensayo— uno de los iconos más complejos y más logrados de la publicidad de las últimas décadas.

En el año en que Vigil publicó *Cóndor y la muñeca rusa*^[3] el Estado de Tierras Calientes se vio sacudido por varios escándalos que hicieron pensar en la posibilidad de implosión de sus estructuras.

Cuatro agentes del FBI norteamericano, traicionados por agentes de la policía nacional, fueron conducidos a una emboscada donde los sicarios de un cartel de la droga los mataron. Una joven promesa de la política, candidato a alcalde de la capital, fue asesinado por un pistolero a plena luz del día, en una plaza abarrotada, cuando estaba pronunciando un discurso en el que prometía limpiar las calles de maleantes. El presidente de un banco regional saqueó su propio banco y huyó en su avión privado, dejando a un millón de clientes en la ruina, y para mayor escarnio, el piloto trenzó algunas alegres piruetas en el contaminado cielo de la capital para escribir allí el nombre de su novia antes de poner rumbo a Davos. Se descubrió que un obispo muy venerado tenía un vicio nefando... Cada nuevo escándalo se declaraba antes de que el Gobierno hubiera podido organizar medidas para paliar los efectos del precedente. A todo lo largo y a lo ancho del país, cuya imagen en el extranjero se había desplomado, se respiraba, pocos meses antes de las elecciones legislativas, un clima de vísperas de Apocalipsis.

En este contexto, una batalla sangrienta en la que murió un número indeterminado de indios y una docena de soldados tuvo una resonancia que el gobierno ya no pudo

acallar. La revista *Time* exhibió en portada la foto de un hombre con pasamontañas, con una pipa humeante asomada a la deshilachada ranura de la boca; y el titular decía: «¿Quién es este hombre? ¿Por qué pelea?». El Presidente, acosado y en entredicho por tantos frentes, suspendió las hostilidades y envió a un «comisionado para la paz» a la región insurrecta. El comisionado era un anciano muy popular en todo el país, porque de joven, negociando con habilidad en piensos y en jabones industriales, amasó una inmensa fortuna y se dedicó a la *dolce vita*, pero tras sufrir una experiencia espiritual, una revelación salvífica de la que se negaba a hablar, le dio la espalda al mundo y se volcó en las obras de caridad. Había repartido millones de litros de una «sopa popular» entre los pobres de la capital, y estaba convencido de que si ahora lograba la paz en el sur se ganaría el cielo. Se llamaba Alvareda. Muchos le consideraban un santo y otros recelaban de ocultas ambiciones políticas.

Alvareda se reunió en una elevada ermita con dos misioneros, discípulos de la «teología de la liberación», que representaban a los rebeldes y le plantearon los «Quince puntos» de un programa de Alternativa Progresista y Democrática en que citaban sus condiciones para declarar una tregua indefinida: reconocimiento institucional de los nombramientos políticos impuestos por los insurrectos, leyes para otorgar más autonomía a la región, protección de las lenguas indígenas, exención de varios tributos, inversiones financieras, escuelas, hospitales, etc.

Todo se puede negociar, todo se puede armonizar si no nos dejamos cegar por el orgullo y a los dos bandos nos mueve la misma voluntad de servicio al pueblo, dijo el comisionado. Recemos juntos para que el Señor nos ilumine. A esto se avinieron de mil amores los curitas. Al día siguiente, trasladó las reivindicaciones de los «Quince puntos» al presidente del Gobierno, que demoró la respuesta mientras consultaba con la cúpula militar qué posibilidades había de aplastar la revuelta. En la reunión secreta que el Presidente y los generales del Alto Estado Mayor mantuvieron en el palacio presidencial, los militares más veteranos aseguraron que era factible exterminar al enemigo con una maniobra envolvente, en una guerra relámpago, ya que aquellos facciosos, pese a los incordios que venían causando, no constituían una fuerza en verdad considerable, aunque el operativo presentaba algunas dificultades porque cuando se les acosaba se hundían en la selva con armas y pertrechos, para volver a emerger por sorpresa al amparo de las densas nieblas matinales. Sus colegas más jóvenes, formados en academias militares de Estados Unidos, opinaban que un operativo de aquella índole era desaconsejable en momentos tan delicados para la República, y además no podía llevarse a cabo sin provocar un número de víctimas civiles tan elevado que les granjearía el desprecio del mundo entero, arrastraría su nombre por el lodo y quizá acabaría sentándoles en un banquillo de un tribunal internacional que estaba formándose en La Haya (Holanda).

El Presidente no sabía qué decisión tomar. Y mientras Alvareda viajaba como lanzadera de la capital a la selva y de la selva a la capital, llegaron las elecciones generales e increíblemente, el partido del Gobierno perdió. Era la primera vez que

pasaba en setenta años y a nadie se le escapaba que «la guerra del sur» había influido decisivamente en aquel cataclismo; la oposición, en cuyo programa electoral figuraba como prioridad la paz «sin vencedores ni vencidos», el Diálogo y la Reconciliación Nacional, eligió como Presidente a un empresario de la alimentación, de competencia y prosperidad contrastadas, que había hecho campaña bajo el lema «Las cuentas claras» y se proponía llevar a la política las técnicas de gestión que tan buenos resultados le habían dado en sus supermercados.

En cuanto juró el cargo, el Presidente recibió una solicitud de audiencia del comisionado por la paz, pero se veía reclamado por asuntos más urgentes: tenía que desbaratar nidos de oposición atrincherados en los centros neurálgicos de las estructuras económicas, asegurarse la lealtad de los ejércitos y la neutralidad de la Iglesia, seducir a la prensa, distribuir a los cuadros de su partido por las diferentes instituciones, y sobre todo dar impresión de autoridad, energía y dinamismo.

La situación política era completamente nueva, cada iniciativa y cada declaración gubernamental resultaba llamativa y esperanzadora, la gente confiaba en la buena voluntad del flamante Presidente: y era como si ese nuevo clima de confianza legitimase el desentendimiento y olvido de los viejos problemas, como si fuesen, ya no a ser resueltos, sino —más sencilla y felizmente— a disolverse. En consecuencia, se dejó de hablar y escribir sobre las comunidades indígenas levantiscas y sobre los tiroteos y los muertos ocasionales en las lindes de la selva.

Fue entonces, cuando su máscara empezaba a abandonar las primeras planas de la prensa internacional en beneficio del rostro grande, despejado, de niño viejo, del nuevo Presidente, cuando el Capitán jugó una baza especialmente atrevida que demostró una vez más su talento para la propaganda y la simbiosis entre su inteligencia táctica y los mensajes que el subconsciente colectivo desea recibir.

Al llegar a *Estrella Roja* la noticia de que había clavado una vez más su dardo en la diana del espíritu de la época, Vigil sintió un orgullo paternal no del todo injustificado; y la mirada que echó a los hermanos Valdemont, que creyéndose ocultos a su mirada por la pantalla de un ordenador bebían orujo de sus petacas, iba cargada con el más olímpico de los desprecios hacia el desaparecido autor de *Los álamos talados* y hacia las ideas, la sociedad y el régimen retrógrados que lo sustentaron, de las que aquellos dos infelices eran la patética ilustración.

El Capitán anunció que se ponía en marcha de inmediato, camino a la capital, para negociar con los poderes del Estado, en el mismo Congreso, los quince puntos de su Alternativa Progresista y Democrática. Como muestra de buena voluntad, llegaría desarmado... Desarmado, pero no indefenso: le acompañaría una escolta de un millón de simpatizantes, a la manera china.

Seguramente invocó ese número orondo, «un millón», como un lema propagandístico, sin creer en él; y como una bravata fue acogido en los cuarteles, en los despachos de las administraciones públicas, en las redacciones. Por eso sería tan sorprendente para todos, empezando por el mismo Capitán, ir constatando que a medida que la «Marcha por la dignidad» pasaba del cauce de un río seco a un camino forestal, y de éste a una pista de tierra, y luego entraba en la red de las carreteras provinciales, iba engordando como un río que va recibiendo afluentes.

Y esto no sólo ocurría en las regiones de las montañas, dejadas de la mano de Dios, donde la miseria está instalada desde tiempo inmemorial. También según cruzaba los Estados centrales, por donde la columna serpeó más perezosamente (porque se detenía en la plaza mayor de las ciudades para celebrar mítines, animados con cánticos, castillos de fuegos artificiales y fiestas populares) también allí redoblaban las campanas en lo alto de los campanarios blancos a la vista de la columna, y los trabajadores en las fábricas soltaron las herramientas y los dependientes de los pequeños comercios soñolientos saltaron los mostradores, y las criadas del servicio doméstico de los burgueses se arrancaron el delantal y la cofia, y hasta los seminaristas de los conventos se arremangaban las sotanas para salir corriendo porque habían oído la irresistible llamada de un atavismo vagabundo. Al amanecer, cuando la Marcha de la Dignidad volvía a ponerse en camino, había crecido.

Los dietarios de algunos escritores que participaron en ella confirman que se respiraba un clima evangélico, y algunos la vivieron como un prolongado éxtasis. Otros se quejan de la rutina. Hubo también rumores y presagios que recorrían la columna de la cabeza a la cola y estampidas despavoridas cada vez que aparecía en el cielo un helicóptero o una avioneta; entonces la columna se disolvía como un hormiguero aplastado. Pero luego volvía a formarse más compacta, y la marcha proseguía con más determinación.

Ya entonces, pocas semanas después de su investidura, el Presidente empezaba a dar los primeros síntomas de esa pasividad que luego tanto le reprocharían: el estupor rayano en depresión con que afrontaba los problemas, inducido por los calmantes a los que empezó a hacerse adicto desde que comprendió que gobernar era imposible. Pero aún tenía reflejos y voluntad, y se hizo cargo de que aquella fuerza en marcha no podía ser ignorada. Convocó al comisionado para la paz. Al poco rato de conversar con Alvareda se convenció de que éste era un hombre muy cabal —acaso algo beato

y proclive a las jaculatorias— y políticamente inofensivo, pues carecía de toda ambición salvo la de zanjar el problema indígena de forma incruenta. Su opinión de que los guerrilleros bien podían exponer sus reclamaciones en el Parlamento sin que a los congresistas se les cayeran los anillos le pareció de puro sentido común. Que vengan con capucha o sin capucha, nosotros les recibiremos igual, hizo saber. Sin embargo en algunos círculos políticos y sociales capitalinos crecía el nerviosismo, pues algunos temían que la columna ocultase una maniobra páfida, que desembocase en un audaz golpe de mano contra las instituciones. Tal vez en cuanto aquellos desharapados pisasen las calles se entregarían al pillaje y todo acabase en un baño de sangre. Había poca confianza en la capacidad de unos y otros para moderarse, miedo a las agendas ocultas y a intereses secretos de entidades misteriosas. *Se sabía de buena tinta*, además, que los indios celebraban hecatombes de reses, rituales satánicos e incluso en las horas más oscuras de la noche sacrificios humanos a los dioses prehistóricos. Otros creían en la buena voluntad de los insurgentes y su disposición al diálogo, pero vaticinaban que a la vista de las resplandecientes maravillas que alberga la capital, por fuerza enloquecerían de codicia y se lanzarían al pillaje; cuando se retirasen de la ciudad como una plaga de langosta de un sembrado, no quedaría piedra sobre piedra.

La inmensa mayoría de los vecinos de la capital, sin embargo, ni siquiera llegaron a enterarse del acontecimiento, de sus causas ni de las consecuencias que de él pudieran derivarse. Trataban de mantener a flote sus vidas y sus familias y embrutecerse por las noches bebiendo licor y mirando el televisor, especialmente el culebrón *Mujeres engañadas*, sobre los amoríos e infortunios de una muchacha que, pese a los errores cometidos en el pasado, no merecía tanta adversidad.

No fue al frente de un millón de hombres, pero sí de una multitud considerable, como el Estado Mayor insurgente llegó por fin a los cerros que rodean la capital. Más adelante el Capitán le contaría a Vigil que en aquel momento tan solemne sintió la necesidad de apartarse de sus compañeros y quedarse solo por unos instantes. Se adelantó unos pasos para asomarse a un alto promontorio y contemplar la megalópolis que se extendía a sus pies, hirviente de vida invisible. La luz de la luna llena refractaba en la nube de polución que la envolvía con un halo de claridad lechosa, a través de la cual parpadeaban millones de luces cubriendo toda la extensión de la tierra hasta el horizonte; la capital le pareció vasta como la misma Vía Láctea, sufrió el vértigo de la duda, y volviéndose a sus compañeros comentó, en tono jocos, que aún estaban a tiempo de dar media vuelta y volver a la protección de la selva. Nadie le respondió.

Al día siguiente, a media mañana, el cuerpo central de la Marcha alcanzó los barrios de la periferia y fue avanzando lateralmente hacia el centro. A su paso el gentío atestaba las aceras y desde las ventanas altas no llovían sobre los peregrinos los balazos de los temidos francotiradores sino el confeti; flameaban los pendones rojos y las banderas con los colores de la patria; los globos de colores se perdían en el

cielo, la fanfarria de las orquestinas se confundía con las tracas de cohetes, las crepitantes carracas, los gritos y las consignas; los mazos de octavillas se desbarataban en vuelo fragoroso, anunciando los «Quince puntos», que también anunciaban las paredes, los postes y farolas, las ventanillas de los autos aparcados.

El ruido, los cánticos, las consignas, las apreturas y empujones, los abrazos, el calor, las banderas, el confeti, todo esto era a la vez dichoso y agotador para los capitanes guerrilleros. Los más veteranos coronaban con aquel lento avance hacia el centro de la capital diecisiete años de lucha, años de aprendizaje y endurecimiento, años de malas comidas, de acostarse en el suelo o en catres castrenses, y antes de dormirse fantasear con jornadas victoriosas, con entradas en la ciudad muy diferentes, a tiro limpio y poniendo en fuga al enemigo. Años de pasar frío y miedo. Hacia ahí, hacia esos momentos conducían los mejores años de sus vidas, sacrificados al ideal; cuando se abría entre cántico y cántico un lapso de silencio les parecía que el mundo suspendía el latir de su corazón y contenía el aliento, pendiente de ellos: sentían sobre los hombros el peso de la responsabilidad no sólo para con la multitud que les había acompañado hasta aquellas calles inciertas sino también para los innumerables simpatizantes que en lugares remotos se sentían vinculados a su causa, desde el resabiado periodista de izquierdas que anhela dar por fin a sus lectores una buena noticia después de décadas enteras informando sobre derrotas, cada una calcada sobre las otras, hasta el niño esclavizado en cualquier factoría infernal de Malasia o de Corea que escucha en el transistor las andanzas de unos hermanos que han roto sus cadenas, pasando por las multitudes oprimidas dispersas sobre el Globo que simplemente esperan que se levante un soplo de aire fresco. Temían defraudar tantas esperanzas. No podían imaginar que aquella exaltación multiforme en cuyo interior avanzaban como por un túnel sonoro fluía por un corredor relativamente angosto de la ciudad, bien represado por miles de agentes de la policía y de soldados para que no se derramase hacia sus áreas productivas ni hacia los bulevares más acomodados, y que en el resto de su vasto perímetro los ciudadanos seguían entregados a sus negocios y sus placeres cotidianos, y apenas consideraban su presencia en la ciudad como una pasajera perturbación del tráfico.

En los hoteles-rascacielos se alojaban los observadores de los organismos internacionales que ambas partes habían invitado a velar y dar testimonio de la limpieza del proceso de diálogo. La delegación de la Unesco ocupaba varios cuartos del vigésimo piso del Sheraton, y la de Amnistía Internacional estaba en el piso de encima. Las agencias internacionales de prensa y una docena de equipos de televisión coparon los últimos pisos y la terraza del hotel Savoy, que era el mejor observatorio de la ciudad, frente a la Catedral y en el extremo opuesto de la plaza.

Por los hoteles del centro histórico, más modestos pero pulcros y llenos de encanto colonial, se distribuían los contingentes de media docena de ONG, grupos de jóvenes inquietos, luchadores de la antiglobalización, católicos por el progresismo, juventudes socialistas, rebeldes con o sin causa y turistas del ideal de todo pelaje y condición. Y en tres hoteles de ralea ínfima donde el gerente no se toma en serio las formalidades de pasaporte y uno se registra con el nombre que le venga en gana se alojaron los delegados de algunos grupúsculos revolucionarios del Viejo Continente; habían acudido como los fabricantes a una feria de muestras o los propietarios de automóviles antiguos a una gincama: era una ocasión excelente para tomar contacto con movimientos fraternos, establecer complicidades y sinergias y extraer sus propias consecuencias geoestratégicas. Porque, aunque improbable, no era descabellada la posibilidad de que a medio o corto plazo los insurrectos tomaran el poder; no sería el primer caso de unos proscritos que pasan directamente desde la clandestinidad al gobierno de un país, y en ese caso sería estupendo haber establecido con ellos buenas relaciones desde el principio.

Una célula irlandesa, compuesta por cuatro «soldados» del IRA, ocupaba dos cuartos con ducha en el hotel El Ceibo incluidos en el pack turístico *América Hechicera*. Francia aportó al teatro de operaciones tres militantes del Frente Nacional Corso que por puro azar se alojaron en el hostel Yuca, puerta por puerta con el anterior, pero esta casualidad no cuajó en nada, pues unos y otros activistas no llegaron a conocerse.

La representación española era la más nutrida. En la pensión Guaraná, higiene garantizada, ambiente familiar, precios imbatibles, los etarras Amaya, Asier y «Señor Tuercas» compartían una habitación doble, implementada con una cama plegable: traían para la colonia de exiliados correspondencia de sus familias e instrucciones de la jefatura de la banda, instrucciones de cierta clase que no se puede confiar a internet; Señor Tuercas, además, tenía que recaudar los beneficios obtenidos durante el último ejercicio contable por los restaurantes que la «organización» financiaba con el dinero de las extorsiones a empresarios vascos. A este efecto, Señor Tuercas vestía un chaleco de fotógrafo y unos pantalones con muchos bolsillos, algunos de ellos exteriores y otros ocultos.

En fin, dos miembros del GRAPO, el camarada Montes y la camarada Jiménez,

especialistas en atracar bancos pero coyunturalmente faltos de liquidez, habían instalado una tienda de campaña en los jardines de una rotonda del bulevar periférico, y allí vivían, bajo la estatua de un espadón a caballo, imponiendo su presencia a la renuente familia de mendigos que de antiguo tenía entre aquellos arbustos y arriates su campamento y su base de operaciones contra dos esquinas muy rentables, presididas por una tienda de bolsos y una floristería. Tras alcanzar un acuerdo con los mendigos, Montes y Jiménez se especializaron en la limpieza de vehículos: apostados junto a un semáforo con un cubo de agua jabonosa y varios trapos, cuando los coches frenaban ante la luz roja ellos se abalanzaban a limpiarles el parabrisas a cambio de unas monedas.

Tanto los irlandeses como los corsos se sintieron especialmente incómodos y desplazados. Como ninguno hablaba español, les resultaba imposible entenderse con los conserjes y las mucamas de sus respectivos hoteles, que les parecían escandalosamente sucios y caros pero de los que apenas se atrevían a alejarse más allá de unas cuantas cuerdas, porque no habían podido llevar sus armas y la ciudad tenía reputación de ser peligrosa para los turistas. Les parecía que los lugareños les miraban con sorna cada vez que ellos preguntaban o pedían algo y se les respondía con aquellos «sí, señor, ahorita nomás» en tono engañosamente complaciente, y que todo el mundo trataba de estafarles. De manera que al abonar la cuenta de comidas o compras contaban tres veces las vueltas y estaban de un humor receloso y a la defensiva. Para los irlandeses fue un alivio descubrir en las inmediaciones de los hoteles El Ceibo y Yuca un pub inglés donde pasaron las tres noches de su odisea americana bebiendo grandes jarras de cerveza negra y siguiendo los partidos de fútbol de la liga inglesa en el televisor.

Los terroristas españoles, en cambio, se encontraban como en casa, hasta el punto de que el camarada Montes y la camarada Jiménez, habiendo notado que su acento afloraba sonrisas alrededor suyo y que caían simpáticos, acariciaron la idea de quedarse allí y empezar una nueva vida, porque ya habían combatido mucho, durante años, con resultados parvos y con terribles sacrificios: ambos eran viudos; Montes vio morir a su mujer en el catastrófico asalto a un furgón blindado en una carretera de Galicia, y al marido de Jiménez estando en casa se le disparó el arma cuando la manipulaba sin prudencia, o tal vez se quitó la vida adrede en un arrebatado de desesperación. Ahora ambos viudos querían dejar atrás el pasado y concederse una nueva oportunidad. Aquel país tan excitante, lleno de contrastes, parecía ofrecer muchas posibilidades a una pareja trabajadora y todavía joven, según le confiaron al agente de la policía secreta asignado a su vigilancia que se hacía el encontradizo en la pileta donde se aseaban.

En cuanto al comando de los etarras, por culpa del operativo policial «Cortafuegos» se encontró en una situación comprometida y fastidiosa: su contacto, el que tenía que traerles el dinero y recibir las instrucciones, no se presentó. El Señor Tuercas y los suyos aguardaron durante horas en el vestíbulo del hotel, que tenía las

paredes forradas de felpa de un enervante color naranja, y luego en su cuarto, tumbados en sus lechos, viendo girar el ventilador en el techo; en vano, pues todos los extranjeros «refugiados» habían sido retenidos en sus casas, privados de telefonar y puesto bajo estrecha vigilancia mientras la Marcha de la Dignidad permaneciese en la ciudad.

A las pocas horas de llegar, Asier y Tuercas, pese a las sensatas advertencias de Amaya, habían apostado y perdido el dinero que llevaban contra un trilero habilísimo que les desplumó cariacontecido, y ahora no les alcanzaba siquiera para tomar un taxi que les condujese a algún restaurante o a alguna casa regional vasca. ¿Qué hacer? Tras largas deliberaciones se resignaron a la idea que propuso la mujer de pedir un préstamo a la embajada de España, pero cuando por fin telefonearon los diplomáticos ya habían salido, los unos hacia sus clubs de golf, los otros hacia sus piscinas y pistas de tenis, y en la cancillería no quedaba nadie para echarles una mano.

—Bueno, pues nada, esta noche nos quedamos aquí, ayunamos, que por eso no nos vamos a morir, y mañana a primera hora de la mañana, si el contacto sigue sin dar señales de vida, volvemos a telefonar a esos cabrones de la embajada —dijo el joven Asier, en un tono despreocupado poco convincente. Amaya, que estaba sentada en el plegatín, se puso en pie de un brinco.

—Qué ayuno ni qué... ¡Me enferma que tengas tan poca iniciativa, Asier! —Lo que tenían que hacer era salir a la calle, despabilar, «dar el palo» en la primera tienda que encontrasen y luego buscar un restaurante para cenar como Dios manda.

—Tienes razón, hostia —dijo Asier, incorporándose también y buscando algo que pudiera servir de arma.

El escrutinio de la habitación fue poco prometedor. Había un crucifijo, un espejo, el cuadro de un ciervo abrevándose en un arroyo del bosque, un armario. Dentro del armario, cuatro perchas de plástico. También estaban las palas del ventilador monótono, girando sobre sus cabezas.

—¿Le pido un cuchillo al conserje?

Amaya le señaló el candil de hojalata sobre la mesita de noche.

—Pilla ese trasto y vamos.

—Si salís de caza —dijo el señor Tuercas desde su cama— los pasaportes se quedan aquí conmigo. Y si os pillan yo no os conozco.

—Descuida, hombre.

—Y en dos horas tenéis que estar de vuelta. —El señor Tuercas se sentó—. A ver, sincronizamos nuestros relojes. En el mío son las once y dieciséis.

—Qué curioso. En el mío son las seis y dieciséis —dijo Asier.

—Es que aún llevas la hora europea, macho.

Tal fue el último diálogo que sostuvieron. De los activistas Asier y Amaya nunca más se supo. A no ser que los dos cuerpos salvajemente mutilados e irreconocibles que la policía exhumó unas semanas más tarde en el estercolero donde algunas pandillas de desvalijadores callejeros suelen arrojar a sus víctimas fueran los suyos.

A las cuatro de la madrugada, exasperado y harto del girar de las aspas sobre su cabeza, el Señor Tuercas descolgó el crucifijo de la pared y tras sopesar sus posibilidades como arma ofensiva lo ocultó debajo de su chaleco y salió del hotel en busca de algún callejón oscuro. Media hora más tarde se encontraba metido en una de aquellas escenas violentas que a veces recordaba con menos malestar o inquietud que incredulidad: el hombre, el «objetivo», caía como un saco. ¿De verdad fue él quien apretó el gatillo? ¿Y ya estaba la cosa hecha? ¿Tan rápido sucedían estas cosas? Ahora, en el oscuro callejón, ¿qué hacía él blandiendo un crucifijo sobre aquel hombre arrodillado y con la cabeza cubierta de sangre?, que suplicaba:

—No me pegue más, por favor. Tenga, tenga, quédese la.

La cartera que agarró de una mano temblorosa apenas contenía unos cuantos pesos. Todo le salía mal al Señor Tuercas. A las cinco de la madrugada intentaba sosegar-se bebiendo tequila sobre el serrín cuajado de vómitos de una cantina pestilente, donde tres jóvenes del movimiento antiglobalizador italiano completamente beodos cantaban a grito pelado *Bandiera rossa*.

La terraza del hotel Savoy —una tarima de un metro de altura, con baranda, como la cubierta de un yate de recreo—, constituye el mejor observatorio sobre la inmensa e histórica plaza y sobre la barroca fachada de la Catedral, famosa por su inclinación hacia el lado derecho, que da la impresión de hundirse en arenas movedizas. El cielo estaba aún oscuro y la plaza completamente desierta pero Vigil, tras pasar una mala noche, como cada vez que cruzaba el Océano, ya se había instalado en ese mirador. Sobre su mesita, entre los platos, tazas y fuentes del desayuno que le iba sirviendo un anciano camarero de raza india, descansaban un cuaderno Moleskine, la pluma de oro que le regaló Matilde en su quincuagésimo aniversario, el teléfono móvil, un pequeño transistor y unos prismáticos militares, pesados y aparatosos, pintados de camuflaje; y en el suelo, entre las patas de su sillón de mimbre, estaba la mochila con la botella de Vega Sicilia y el paquete de morcillas envasadas al vacío y primorosamente envueltas por su dependiente preferido en las Mantequerías Leonesas, que se había traído de Barcelona para zampárselas mano a mano con el Capitán.

Era improbable que pudiera entregarle aquella mañana tales dádivas, pero ¿quién sabía cómo iban a desarrollarse los acontecimientos? A lo mejor, después del discurso que tenía que pronunciar ante la catedral, podían verse un ratito, allí mismo, en el Savoy —por descontado, no en la terraza, donde estaría expuesto a ataques traicioneros, sino en alguno de los salones o incluso en la habitación de Vigil, donde podrían comer o cenar juntos y comentar lo sucedido, que a la fuerza iba a ser apasionante y decisivo.

Conectado al transistor, un pequeño altavoz le transmitía los últimos latidos del mundo directamente dentro de la oreja: un tren descarrila en el Punjab, mueren doscientos pasajeros; un alemán chiflado se come a su novio y los psiquiatras dicen que está cuerdo; la Marcha de la Dignidad avanza hacia la metrópoli sin incidentes reseñables. El día va a ser seco y caluroso.

Queriendo vivir el momento con más intensidad, apagó el transistor. La conciencia de estar a punto de vivir uno de esos raros instantes en que la Historia acelera y el mundo, contra todo pronóstico y todo escepticismo, cambia un poquito, infundía optimismo y gravedad a su ánimo soñoliento. En 1959, cuando Castro entró en La Habana al frente de sus barbudos, él todavía era impúber; en mayo del 68 no pudo participar en los altercados de París porque el gobernador de Barcelona le había retirado el pasaporte «por su propio bien», según le dijo el muy hipócrita; y años más tarde una inoportuna gripe, o, como la calificaría en un artículo jocoso, «una gripe reaccionaria, incluso fascista», le impidió asistir a la entrada de los sandinistas en Managua. Pero esta vez estaba allí, en el lugar del Acontecimiento.

El camarero regresó con los periódicos que le había mandado a buscar. Llevaba en el pecho una placa con su nombre.

—Así que se llama usted Wilbur, ¿no es cierto?

La chaqueta blanca le venía tan grande y tan larga que tenía que llevar doblados los extremos de las mangas.

—Así me pusieron.

—Bueno, pues gracias, Wilbur. ¿Y cómo le va? —Vigil desplegó *El Día*—. ¿Está contento?

—Oh, muy contento y feliz de servirle, señor.

—No, no me ha entendido; quiero decir que cómo van las cosas, en términos generales. El trabajo, por ejemplo. ¿Le alcanza el sueldo?

Le gustaba pulsar la opinión de las llamadas clases subalternas. Se sentía aún a camareros y taxistas. Era su cómplice.

—Estoy vivo, señor... Todo lo demás es un plus.

Vigil levantó la vista del diario. La respuesta no le satisfizo. Mentalidad conformista. ¿Serían todos los indios así? Y con esa edad ya debería estar jubilado.

—Sí, claro. Quédese con el cambio.

Se olvidó de Wilbur y de sus filosofías, porque acababa de localizar la crítica de *Cóndor y la muñeca rusa*, al pie de la entrevista que le hicieron la víspera, nada más llegar del aeropuerto, en el vestíbulo del hotel. Comprobó con alivio que a pesar de la evidente impericia del periodista —un joven patológicamente tímido que sin alzar los ojos de la mesa había empezado haciéndole preguntas estrambóticas sobre el sentido de la vida, si es posible dar la vuelta al tiempo y si estamos solos en el universo—, había sabido reconducir el diálogo para explayarse sobre algunos temas candentes: la situación catastrófica de España gobernada por un ultraderechista bajito y cascarrabias, el movimiento indigenista de Tierras Calientes, el apoyo que le brindaba la *intelligentsia* europea y la instructiva, inolvidable conversación que mantuvo con el Capitán en el mismo corazón de la selva.

Como el periodista —levantando por fin la cabeza y atreviéndose a mirarle— se declaró un «fan de Cóndor», también se explayó sobre el detective, que, como saben sus lectores, sólo cree en la excelencia del whisky Jameson, en la torpeza del comisario Cerdosa y en que en el origen de toda gran fortuna hay un crimen.

A esta última frase reaccionó el periodista de forma inesperada: ¿significaba eso, le preguntó, que había que considerarle a él, Vigil, un... una especie de bandido? Y si así fuera, ¿qué crimen había cometido? Porque con las novelas de Cóndor tenía que haberse hecho fabulosamente rico.

—Desde luego mi vida y mi trayectoria literaria están llenas de paradojas —respondió—, pero yo asumo mis contradicciones.

—El mismo género policial, que exalta y recrea morbosamente la violencia, es, en su esencia, reaccionario —dijo el periodista, con inesperado aplomo, perdida toda timidez—. Representa los conflictos de la vida, les da una explicación racional y los resuelve. El enigma se aclara. El secreto es revelado. Pero las cosas de verdad no son así, ¿no le parece? Quiero decir que el género policiaco denuncia la corrupción en las clases dirigentes y la hipocresía del sistema social, pero al mismo tiempo las reifica

mediante la exaltación del individualismo y el clima fatalista, claramente perceptible en muchas novelas del género, y que tiene sobre el lector efectos desmoralizadores, desmotivadores. El protagonista, el detective, el policía, el investigador, suele ser un solitario que se enfrenta a una sociedad corrupta, y ese duelo, tras provocar algunos cadáveres, queda más o menos en tablas. Todo eso es consolador, pero engañoso, e invita a una lectura cínica del mundo. Perdón que me haya extendido tanto en la pregunta, pero es que estoy haciendo mi tesis doctoral sobre este tema y me interesa su opinión...

—Yo, lo que he tratado de hacer con Cóndor —se defendió Vigil— es subvertir el género popular desde dentro: transmitir mensajes progresistas usando un vehículo reaccionario... Y eso, bueno, pues resulta que encuentra un público interesado, fiel y numeroso. ¿Qué le voy a hacer? ¿Echarme ceniza en la cabeza y renunciar a mis derechos de autor? ¡A mis editores les encantaría, desde luego! Pero no. No. Yo asumo mis contradicciones.

Sí, una entrevista larga y sustanciosa, pensó mientras la leía línea a línea; había dado para hablar de todo, a Matilde le iba a encantar. Había hablado, también, de sus grandes viajes por todo el mundo para promover las aventuras de Cóndor; aquellos viajes se habían convertido en una necesidad, quizá para compensar los tres años de su juventud que pasó entre rejas, sedentario a su pesar.

Al leer estas confidencias a las que se había dejado llevar para compensar el defecto de ser rico, Vigil se mordió los labios. Esto se me escapó, esto hubiera sido mejor callarlo, pensó. Ofendía a su sentido del pudor ventilar en público frustraciones y deseos personales.

Recortó y dobló la página, se la guardó en el bolsillo de la chaqueta y se puso a hojear el resto de la prensa, apuntando algunas ideas que de regreso a España desarrollaría en diferentes artículos.

Las ideas brotaban con fluidez de las noticias sobre el tren descarrilado en el Punjab y sobre el asesinato de un policía en Vizcaya: éstos eran fenómenos derivados de la colisión de energías opuestas, reductibles a esquemas de ideas, codificables en un sistema de signos racional —la lengua española, por ejemplo— y de los que podría inferirse un movimiento en determinada dirección, o en la contraria. En definitiva, acontecimientos sujetos a interpretación. Pero ¿qué podía pensar frente a una noticia como aquella del caníbal alemán? Sintió un cosquilleo en la espina dorsal.

Aquel tal Braun, modesto técnico informático de Rotemburgo, había conocido por internet a un tal Bernd, y acordado con él matarlo y devorarlo la misma noche en que éste fuera a su casa para conocerle. Y eso era exactamente lo que había hecho, como lo demostraba la filmación en vídeo de los hechos que había encontrado la policía.

—Para extraer de este horror alguna idea hubiera tenido que ser un Bataille o un Klossowski —pensó. Asqueado, apartó los periódicos y alzó la vista hacia la fachada de la catedral, en cuyas molduras, columnas y frontones erizados de santos se

reflejaban los primeros rayos de sol de la mañana. El sol reverberaba también sobre el pavimento de la plaza, tan gastado y bruñido que en algunas zonas reflejaba como un espejo las sombras pasajeras de las nubes arrastradas por el viento. A ras de suelo el viento desplazaba de aquí para allá una octavilla o una bolsa de plástico. La idea de Braun, Bernd y las imágenes angustiosas ligadas a ellos se desintegraron sin dejar rastro en la atmósfera rosada del amanecer. A la izquierda de la Catedral apareció un camión cisterna; varios hombres saltaron al suelo, manipularon una manguera y se pusieron a regar la plaza.

En el jardín de su masía, Ahmed, el jardinero magrebí, estaría también regando, o podando plantas y arbustos, y seguro que Chimo, el tonto del pueblo, con su gorra inclinada sobre el cogote y la colilla sempiterna entre los labios, le ayudaba acarreado las cestas de hojas muertas a la fogata.

—¿Estará contenta mi madre? ¿Estará contenta? —suele preguntar a cada viaje de vuelta, con el cesto vacío en una mano.

—Sí, tu madre se poni muy continta como sabe que mi estás ayudando. Anda, Chimo, ricoge estas hojas y llívalas...

Y Chimo deja el cesto, empuña escoba y badil y vuelve a preguntar:

—¿Estará contenta mi madre?

En la puerta de la casa aparece la esposa de Vigil, grita:

—Ahmed, cuando tenga un rato me corta unas rosas, de las rojas, si no le importa, que quiero hacer un ramo.

Porque ahí el tiempo verbal imperativo ha caído en desuso, las órdenes se imparten como si se pidieran favores, «si no le importa», «cuando pueda», «por favor». Vigil vio, alrededor de la casa, la ondulada campiña, fértil y bien cultivada, salpicada de masías como la suya, entre las cuales se multiplican las granjas de cerdos que en los días de viento difunden por toda la comarca un hedor estupefaciente.

Los sábados, por las carreteras recién asfaltadas, negras y relucientes como charol, escoltadas por hileras de acacias y de álamos, circulan automóviles brillantes que transportan a hombres como él, prósperos profesionales del sector terciario, que se dirigen al pueblo más cercano a comprar el periódico y los postres del almuerzo familiar. A la salida de la pastelería, algunos se reúnen en el café de la plaza del ayuntamiento, para compartir el aperitivo. Luego regresan a sus respectivas masías, y entonces las carreteras vuelven a quedar desiertas.

Al anochecer suena en todos los jardines el zumbido binario de los aspersores melodiosos, regando los céspedes. También el suyo.

Fue inspeccionando mentalmente las habitaciones de la masía una por una, el embaldosado de terracota típico de la zona, brillante de cera. Los mazos de romero colgando en las esquinas con estudiada sencillez. La pared de las ollas de bronce con sus destellos de oro oscuro, la colección de cántaros, el grabado de Tàpies, regalo de un banco... Qué poco interesante todo, pensó, y regresó con la imaginación al jardín.

Allí no se sentía más a gusto.

Ahora aquella visión, el fruto de sus esfuerzos, lo que había obtenido a cambio de tanto luchar y escribir, aquella réplica más o menos perfecta de los ámbitos que le hicieron soñar durante sus años de formación, cuando veía alguna película de esas que la crítica define como «suntuoso melodrama», o cuando leía alguna novela de Scott Fitzgerald o de Bassani, le parecía insulsa, una copia de escaso valor aunque carísima: echaba en falta algo que sólo podía ser una pequeñez, una nadería en la que sin duda estribaba toda la gracia del asunto. Quizá se tratase de un cierto desenfado y abandono, él era consciente de que en su finca todo era demasiado deliberado; el césped, demasiado parejo, el sendero que lo cruzaba era de losetas demasiado nuevas, a la red del tenis le faltaba algún roto, y a la estructura de la pérgola, óxido. (¡Culpa suya, por empeñarse en que fuese de pasta, y no de hierro!) Faltaba también una muchacha leyendo en una tumbona —Conchita Casas, ¿dónde estás con tu melena y tu gracioso ceceo? ¿Con quién te casaste? ¿Con algún guaperas cabeza de chorlito? —, y faltaba él, de joven.

No, no: lo que le faltaba, ahora lo comprendía, era que todo aquello le hubiera salido gratis. Esas cosas o se heredan o no valen la pena. Y él había tenido que pagar con páginas y páginas de escritura. A veces, cuando se ponía a pensar en sí mismo, sentía el terror íntimo de ser la víctima de un timo fenomenal, un tocomocho cósmico.

Sí, cuando estaba solo y desocupado coqueteaba peligrosamente con estos estados de ánimo, de los que emergía diciéndose que no podía permitírselos, pues tenía hipotecas que pagar y gente a la que mantener, para lo cual necesitaba de todo su ánimo y toda su energía; además, a sus enemigos les encantaría verle sumido en el desaliento. Sus enemigos: eran esos socialdemócratas, tibios y guasones, que año tras año, siguiendo una tendencia natural y atávica, iban abandonando los territorios de la izquierda y descubriendo pastos más sabrosos cada vez más a la derecha, desde donde ahora, volviendo la vista atrás, le veían a él como una rémora del pasado, simpática e inofensiva aunque con los colmillos tan retorcidos y afilados como siempre. Eran, también, los plumíferos franquistas de siempre, a menudo disfrazados de castizos, de liberales o de «centristas» para intentar, en vano, salir del lazareto de la Historia; a la inquina y al terror sacro con que le observaban desde lejos, él sólo respondía con desprecio. Y eran, en fin, los señoritos literatos del arte por el arte, hijos de «buenas familias» franquistas a los que pesó y encontró demasiado livianos ya en las noches de su juventud, cuando los visitaba en sus pisos del Ensanche, de la Diagonal, de Sarrià; esos intelectuales sin conciencia social, interesadamente apolíticos, a los que imaginaba riéndose en lo alto de sus torres de marfil, con risotadas de borracho, de su prosa comprometida con la realidad, o, peor aún, perdonándole la vida en razón de lo que ellos llamaban su «humilde extracción». ¡Ah, hijos de puta! ¡No les daría el gustazo de estar triste, ni el de estar ocioso! No, no verían hundido en la melancolía y en estériles reflexiones a uno de los pocos

intelectuales de izquierdas, populares e incorruptibles que aún se atrevían a desafiarles.

Por consiguiente, para no darles ese gusto (entre otros motivos) se ocupaba de parecer impasible frente a los reveses de la historia y de la política y en público mostraba un rostro de piedra. Y con ese rostro recibió la llegada de Augusto, que entraba en la terraza muy tieso y arrogante (como una de sus largas oraciones, falsamente dubitativas y flexibles), seguido por Wilbur con la bandeja de su desayuno.

El eminente novelista portugués reprimió un bostezo.

—*Não dormi muito bem. Uma noite de cães. Está-se a ver que hoje vai fazer calor.*

Desde que recogió en un castillo de Baviera el Toisón de Oro de las Letras Europeas, se acabaron para él las poses melancólicas y encogidas, las chaquetas arrugadas con un botón pendiente de un hilo y el hábito de fumar. Ahora respiraba una atmósfera diáfana. Parecía más alto; caminaba muy erguido, con los brazos encogidos y ligeramente separados del tronco, como si se hallase a punto de levantar el vuelo, y la ropa que vestía —aquella mañana, un traje ligero y holgado, de color gris perla, y una camisa de seda blanca— estaba hecha a medida con paño de excelente calidad. Vigil apreciaba esta muda de piel. Cuando se encontraban en algún congreso, feria, seminario, homenaje, simposio, ciclo de conferencias, jornadas de debates, estudio de radio o plató de televisión, o sea media docena de veces al año, el nuevo empaque del camarada portugués (que solía empezar sus discursos mostrando al público que le aplaudía sus manos apretadas en un simulacro de abrazo y suplicando: «No me quieran tanto, amigos míos, no me quieran tanto») proporcionaba algo así como legitimidad estética al ideario que compartían.

Augusto dejó que el solícito Wilbur desplazase su sillón hacia atrás, y con las mil precauciones propias de su edad y de su miopía se sentó de cara a la Catedral, tieso y con la cabeza alta, sacando mentón. Una pose de senador romano, pensó Vigil, a ver si la mantienes hasta el mediodía, que por aquí pasarán muchos fotógrafos y televisiones. El perfil del portugués —blanca melena leonina, frente escarpada, nariz de rapaz, la boca abultada en un rictus censorio, y notable papada— era, en efecto, patricio. Mientras Vigil le explicaba las noticias del día y los últimos rumores sobre el Capitán, Wilbur fue colocando el vaso de la naranjada, la tetera de blanca loza, las tostadas doraditas, una macedonia de fruta fresca, ante el portugués, que asentía a cada fuente con los ojos cerrados. A renglón seguido se puso a desayunar de una forma metódica y concienzuda, como si comulgase con cada manjar. Cuando lo hubo despachado todo se aplicó la servilleta a los labios con unos afectados toquecitos, reclamó a Wilbur otra taza de café «con una gotita de leche, pero atención, una gota solamente», suspiró y se puso a hablar en tono complacido: su avión había aterrizado con mucho retraso, ya de madrugada; cuando por fin llegó al hotel y logró acostarse, prácticamente estaba amaneciendo. Por suerte durante el vuelo había podido dormir e incluso escribir unas frases de la novela que tenía en marcha. Azafatas muy agradables en número indeterminado habían tenido con él infinitas atenciones, hasta el punto de que no le había quedado más remedio que regalarles algunas de sus novelas, que casualmente llevaba consigo, en la cartera de mano. Por culpa de la popularidad que ese malhadado Toisón le había endosado, dijo, le resultaba extremadamente difícil, casi imposible, disfrutar de lo que durante toda su vida había

sido uno de sus más valorados placeres: observar a la gente, a la gente sencilla, a la gente del pueblo llano. Esa elegancia natural y nobleza de espíritu suya tan características, especialmente en el campo, entre los labriegos y los pastores, ¡cuán lejos estaba de esos negociantes internacionales, de esa gente cortada toda por el mismo patrón, esa triste gente que sólo se preocupa y se interesa por el dinero, que se niega a tener alma, a la que no tenía más remedio que ver cuando viajaba en primera clase!

—Créeme, Vigil, que uno viaja en una atmósfera de ambición y de altanería completamente injustificada. La luz es implacable, nada se puede esconder en la sombra, y los rostros no engañan. Están animados de una codicia bestial, una monstruosa ambición. Y pensar que podrían ser ángeles... Ése es el gran misterio de la condición humana: ¿por qué, si todos somos de la naturaleza de los ángeles, nos negamos a darnos cuenta y a actuar en consecuencia? ¿Por qué, teniendo alas como tenemos, no queremos volar? En fin, una experiencia deprimente... *Mas havia-se de fazer, hoje tinha-se de estar aqui. Era a nossa responsabilidade, não achas?*

Como no estaba seguro de qué le estaban preguntando, Vigil dijo:

—Pues yo he venido en clase turista. Pero desde La Habana.

Augusto apretó las mandíbulas y asintió, dándole la venia para que se explicase.

—... Sí, he aprovechado para hacer escala allí y entregarle al Comandante unas galeradas de mi nuevo libro.

—¿Ah? —Augusto subrayó su displicencia—. ¿Al doctor Castro le gustan las novelas policíacas?

—No es una novela, sino un ensayo que acabo de escribir sobre la revolución cubana^[4] —le aclaró Vigil—. Quería que le echase una mirada antes de darlo a imprenta.

—Sí, sí... Y dime, ¿cómo está ese señor, cómo lo has visto?

—Fenómeno, como un potro. Leyó las galeradas en cinco horas y me las estuvo comentando durante otras quince. Mientras él hablaba, ni comíamos, ni bebíamos ni nos movíamos de las sillas. ¡Qué naturaleza! Al final tuve que sacar el pañuelo y decir: «Rendición incondicional, rendición incondicional, mi comandante» —explicó Vigil, sonriendo—. Por cierto que me dio recuerdos para ti, dice que ya no vas nunca a verle...

Mientras repetía el mensaje del dictador, que estaba tan preocupado por el silencio de Augusto y quería saber si es que ya no se acordaba de los viejos amigos, éste se iba poniendo tenso.

—Ese señor y yo hemos terminado —dijo con retintín—. Le he aguantado a ese señor muchos caprichos, pero esos sesenta intelectuales que encarceló el año pasado, la farsa de los juicios, las condenas a cadena perpetua... Todo eso es indefendible... Hasta aquí podíamos llegar. ¡Me han escrito dos mujeres, las esposas de dos presos! ¡El papel está todo emborronado, la tinta, corrida, porque lloraban mientras escribían! ¡Un papel modesto, escaso en ese país!

Carraspeó Vigil, pensando que no hacía falta ponerse melodramático.

—Sí, yo le he dicho que me parece que esas detenciones son un error táctico... —dijo—. Y de hecho, también Gabo le aconseja un gesto de clemencia de cara a la opinión pública, que en estos asuntos es muy sentimental, pero tú ya conoces al Comandante... Es testarudo, y cuando algo se le mete entre ceja y ceja...

La patricia cabeza oscilaba de izquierda a derecha, negando toda posibilidad de componenda:

—Ese señor dirá lo que quiera; y lo que Augusto dice es que si de verdad quiere recuperar la amistad de Augusto, tiene que soltar inmediatamente a sus sesenta presos. —En tono didáctico, recordó a su interlocutor que él apoyó y defendió la revolución incluso cuando Padilla fue conducido al calvario, y eso que si él y su esposa (es decir, su primera esposa, Vigil no la había llegado a conocer, una señorita Marceneiro de los Marceneiro de Coimbra, aunque de la rama humilde), pasaron dos veranos estupendos en Cuba, en un bungaló frente a una playa desierta y con un viejo Cadillac aparcado bajo un cocotero a su disposición, y todo gratis, fue gracias a Padilla. Entonces Augusto era un joven escritor sin blanca, ni en sueños hubiera podido pagarse unos veraneos como aquellos, y se lo debía exclusivamente a él.

Ahora el escritor laureado rememoró cuánto y cómo se amaban en aquellos veraneos irrepetibles él y aquella «señorita Marceneiro» cuyo nombre aún le dolía y por pudor no había querido pronunciar. ¡Tonterías! ¡*Ja morreu!*, muerta está en mí, la desdichada. Pero los recuerdos se agolpaban y entraban en su pensamiento sin llamar: cómo la miraba él, y el nombre cariñoso que ella le daba, el color de su traje de baño y la calidez perfumada del dormitorio a oscuras, con la ventana abierta, por donde entraban efluvios de jazmín, el rumor de mar y la luz de la luna, y se veía la mancha rosada del Cadillac... Y, lo más conmovedor de todo... la incondicional sumisión con la que ella pasaba a limpio sus manuscritos... Quiso ocultar la emoción que sentía:

—Me cambiaron los dientes, gratis total, gracias a Padilla... ¡Mira!

La boca, bien abierta, exhibía dos hileras de dientes blancos y parejos.

—¡Si hoy puedo morder un bistec es gracias a él! Pero aun así, a pesar de todo eso, cuando lo arrastraron por el fango me callé, me callé por lealtad a la Revolución y para que mi defección no proporcionase un magnífico argumento a los yanquis. Al cabo de unos años, cuando a Fidel le dio por enjaular a todos los homosexuales de la isla, seguí callado. Y más tarde, cuando mandó fusilar a aquellos seis infelices que robaron una barca para fugarse, desafiando el proceloso mar, firmé un manifiesto apoyándole...

—Ese manifiesto también lo firmé yo —dijo Vigil—. ¿Por qué te excitas tanto?

—Lo que es yo, ya no firmo más. Hasta aquí llego, no doy ni un paso más. ¡Que suelte a esos intelectuales que tiene presos y entonces volveremos a hablar!

Enfurrñado y de perfil, su estampa era imponente. Un rumor de tormenta que sonaba por los barrios detrás de la Catedral subrayó su ultimátum.

—Bueno, quizá llamar a esos tipos «intelectuales» sea un poco exagerado —dijo

Vigil—. Esos poemitas... no tanto escritos cuanto mecanografiados... Mecanógrafos reaccionarios a diez mil dólares la docena. —Pero sintió el soplo de un viento helado, carcelario, una oscura vergüenza de decir aquellas cosas, y buscó otro tema de conversación—. Mira cuántos macacos hay apostados en las azoteas.

—Tú dile que los libere y entonces sí, entonces yo regreso a la Isla, a pleno sol y con fotografías —prometió Augusto, tomando los prismáticos—. A ver qué le costaría facturarlos en un avión a Miami.

Sobre las azoteas se recortaban las siluetas de algunos hombres vestidos de negro y armados con fusiles telescópicos.

—Seguramente otean los balcones, las ventanas, en busca de francotiradores.

Enfocó los prismáticos hacia las terrazas de los otros dos hoteles de la plaza, donde ya se percibía un ajeteo de camareros sirviendo mesas y abriendo parasoles. Incluso creyó reconocer, sentado a solas en la terraza del Cornavin, el rostro afilado y las sedosas guedejas de uno de aquellos «nuevos filósofos» filonazis, yanquizoides, tan dañinos para la hegemonía del imaginario progresista. ¡Sí que era él!

—*¡O filho da puta do Cohen!*... —Soltó una risita entre dientes—. Ha madrugado, pero esta vez llega tarde, el miserable.

—¿Cómo es eso de que llega tarde?

—Yo abanderé primero la causa. La del Capitán, quiero decir. Fui el primero que habló sobre esta revuelta, en una tertulia de Radio Lisboa. Estuve muy elocuente, mal me está el decirlo. Ya sé que carece de importancia, pero *Le Monde* recogió mis declaraciones, y a él le duele. Le escuece, le escuece.

Vigil no salía de su asombro. ¡Pero si recuerdo perfectamente, se dijo, el momento en el semisótano de *Estrella Roja* en que yo, yo solito, armado con mi agenda y un teléfono, y mientras los gemelos Valdemont discutían si el que mejor interpretó a James Bond fue Connery o Moore, monté la campaña internacional en favor del Capitán! ¡Si yo solito soy la mitad de esta Revolución!

Recordaba los nombres de muchos escritores, músicos, actores, a los que había telefoneado. Recordaba incluso cuando habló por primera vez con Augusto sobre este asunto y le convenció de que apoyase la causa entre los estamentos literarios portugueses.

—*O filho da... arrasou a minha novela.* ¿Te lo dije? ¿Sabías?

¡Cómo no iba a saberlo! Cuando Cohen publicó aquella crítica demoledora en *Sagesse* —una revista de filosofía exquisita e ininteligible, con una tirada de cuatrocientos ejemplares y distribución restringida a dos librerías de París—, ambos, Augusto y él, se hallaban firmando libros en la Feria del Libro de Madrid. Una fotocopia del artículo, que le entregó a Augusto uno de esos buenos amigos que nunca faltan, le derribó como un hachazo. Se fue a su hotel y, hundido en la desesperación, se negaba a salir de su cuarto. Finalmente, su agente Matilde y su editor español celebraron en el mismo hotel una multitudinaria cena de desagravio para la que militarizaron a todos los escritores de sus «cuadras», como se dice en la

jerga editorial, y a cuantos críticos, editores y periodistas de izquierdas pudieron arramblar en las casetas de la feria. Durante la velada, seis veces se brindó por el desdichado Augusto, que presidía la mesa, céreo y callado, y muchas más se despotricó contra aquel facha de Cohen; a los postres, todos, con la copa en alto, se juramentaron para que el sacrílego francés no volviese a publicar ni una línea en la prensa española.

Vigil fue uno de aquellos invitados a la fuerza. También a él le gustaría una cena de desagravio de vez en cuando, también a él le vejaba la condescendencia de los críticos con sus novelas, pero procuraba achacar esa displicencia a que la literatura de género, tan reconocida y tan apreciada en otros países, en España seguía siendo considerada un arte menor. Pese a estos argumentos y otros sofismas, le hacían sufrir los dengues con los que aquellos críticos remilgados y señoritingos le perdonaban la vida. Pero nunca había visto a nadie tan afectado por una mala crítica como Augusto aquella noche. Estaba desarbolado. Sostener la cuchara o levantar la copa, y no digamos sonreír, eran cosas que le costaban esfuerzos ímprobos. Los comensales se desvivían por complacerle, pero Augusto no podía olvidar aquellos cuatrocientos ejemplares y cuatrocientos lectores de *Sagesse*. Ojalá cayeran muertos ahora mismo. Los cuatrocientos, de repente, fulminados. Sólo después de que Matilde le forzase a beber un par de whiskies logró sonreír y entrar en la conversación:

—No me quieran tanto, amigos míos, no me quieran tanto...

Todos a coro replicaron:

—¡Te queremos! ¡Te queremos! ¡Te queremos!

Todos le halagan, pensó Vigil, y algunos incluso toman notas en secreto de lo que hace y dice, para publicarlas cuando haya muerto. Cualquiera idea que vierta en sus novelas, por peregrina que sea (por ejemplo, esa del cementerio de tiranos en la Luna, con las tumbas de Atila, Felipe II, Luis XIV, la Reina Victoria, Franco, Salazar, etc.; o la alianza del Hemisferio Sur, liderado por los países mediterráneos, para combatir contra el norte sajón, protestante y mercantil; o el derecho que nos asiste a todos para votar en las elecciones presidenciales de Estados Unidos), merece titulares de prensa, dossieres en las revistas literarias. Estas lisonjas sin fin aceleran su caída en la senilidad. Quizá a mí me suceda lo mismo dentro de unos años. Viéndose proyectado en él (Augusto, como encarnación de su arrugado futuro, en el que repetiría naderías, se ofuscaría por una crítica negativa, mostraría su dentadura postiza, sería incapaz de rechazar la adulación... pero seguiría viajando sin descanso de simposio en debate y se mantendría imperturbablemente leal a las ideas de su juventud), Vigil se enterneció. Miró con recuperada simpatía a su interlocutor. Y cediendo a un impulso le preguntó:

—Dime una cosa, ¿conoces las novelas de Cándor?

—De nombre —Augusto sonrió con indulgencia. Pero se dio cuenta de que para Vigil la pregunta era importante y de que esperaba algo más.

—*A Matilde disse-me que o seu detective tem uma grande, grandíssima*

reputação, uma reputação universal... —Y... sí, él mismo lo había comprobado con sus propios ojos, unas semanas antes, en el hotelito del Algarve donde se había retirado a reposar tras poner punto final a *Utopía*^[5] —el hotel, por cierto, se lo recomendaba: muy tranquilo, nadie te conoce, y tiene playa privada.

En una hornacina del salón había una biblioteca casual, formada por los libros que los sucesivos huéspedes leen en la playa y luego dejan allí cuando se vuelven a sus países.

—¿No te parecen conmovedoras, mi estimado Vigil, esas bibliotecas de novelas baratas en diferentes idiomas, esas ediciones de bolsillo con sus llamativas portadas en las que campa la mancha semicircular que dejó una taza de café con leche, y con las páginas acartonadas por la humedad y el salitre? Sobre todo en temporada baja, en otoño. Si pones el libro boca abajo caen al suelo unos granos de arena de un día de playa que ya ha sido tomado por la noche eterna. Esos granos de arena nos parecen escapados de un reloj que midió sólo horas lánguidas a pleno sol, días tranquilos y felices... Bueno, pues en esa biblioteca azarosa y modestísima del hotel Marina, entre una novela de Noah Gordon y otra de Larry Collins, un melodrama rosa norteamericano y un libro sobre submarinos de la segunda guerra mundial, hallábase una novela de Cándor. ¡Incluso creo recordar el título! *Adiós, muñeca*.

—Se llama *Muérete, querida* —le corrigió Vigil—. Bueno, y qué, ¿la leíste? ¿Qué te pareció?

Augusto tardó unos segundos en recuperarse de la sorpresa. ¿Cómo se le ocurría a su colega interpelarle así?

—Bueno, comprende que yo estaba en cura de reposo, intelectualmente exhausto después del esfuerzo de escribir *Utopía*. Llevaba conmigo unos libros que me tenían muy ocupado: *La Odisea*, *Conversaciones con Goethe*, de Eckermann, y *La Biblia*; pero en cambio mi mujer sí que leyó tu novela, *Adiós, querida*, y me dijo: «Oye, el libro de ese amigo tuyo español es muy entretenido», lo que viniendo de ella, que es una dama de gustos refinados, rigurosos, puedes considerarlo un elogio descomunal. —Sujetó a Vigil por el codo, e inclinando la cabeza hacia él agregó en tono confidencial—: Y la gracia de la cosa es que había en el hotel una señora de derechas, de esas que van a la playa maquilladas y con collar de perlas, que, viendo a Elena con tu libro en las manos, le advirtió: ándese usted con cuidado, señora mía, creo que el autor es comunista. «Señora —intervine yo muy serio—, el comunista mayor de la República soy yo, Augusto, para servirla: comunista, divorciado y ateo, vivo con esta señora en pecado, y si no fuera porque estas modernidades ya me han cogido muy mayor, sería también maricón y transexual». Ya al oír mi nombre se santiguó con frenesí. ¡No me había reconocido! ¿Puedes creerlo?

Se reía con una risita mansa que comprendía y perdonaba a la señora aquella y en general a la humanidad ignorante.

Vigil pensó: ¿tengo que ofenderme o no? Ah, la ocasión era demasiado solemne para caer en pasiones ruines, porque el rumor, como un zumbido, que desde hacía un

rato venía oyéndose se hizo mucho más fuerte, y de repente irrumpió en la plaza una multitud que portaba picas con cintas de colores, pancartas y banderas rojas. En distintos puntos se levantaron con la mayor diligencia kioscos de bebidas y de comida, sombrillas playeras, tinglados y tenderetes. La gente se esparcía por todo el perímetro rectangular y curioseaba bajo los porches las tiendas más afamadas del país: una joyería, una peletería, un colmado, una cafetería centenaria donde se sirve un dulce muy fino y donde un rótulo de metal avisa de que allí una vez merendó Hemingway; observaba a los observadores, a los grupos de reporteros y de turistas, en camiseta y con la cámara fotográfica al cuello, que desayunaban en las terrazas de los hoteles; era rechazada por las persianas echadas sobre los escaparates oscurecidos, por las puertas cerradas a cal y canto, por la inaccesibilidad de las terrazas, custodiadas por guardias corpulentos e impasibles, con gafas negras; volvía desganadamente sobre sus pasos y se iba aglomerando alrededor de la catedral.

—Desde luego, a pesar de todos los trastornos que supone un viaje como éste y aún tomando en consideración los compromisos que he tenido que aplazar, la disciplina laboral que se resiente y hasta el dinero que nos cuesta, hemos hecho muy bien en personarnos aquí —dijo Augusto en un curioso tono vengativo—. Vale la pena este sacrificio de tiempo, trabajo y salud. Es evidente. Nosotros, los escritores con una cierta sensibilidad social, hemos de ser los notarios de esta *revolução*. Ya sabes que ese señor presidente antes de meterse en política dirigía una cadena de supermercados. ¿Cabe imaginar mayor grosería, o, peor aún, mayor prosaísmo? De los gobernantes de estas pobres gentes cabe esperar cualquier traición criminal. Pero con nosotros aquí es más difícil que se produzca una matanza. *¿Não acredita?*

Vigil no respondió, así le castigaba por su voluble comentario sobre *Muérete, querida*. A ver cómo encajaba el desaire. A través de los prismáticos observó algunos rostros en la multitud. Le asombró sorprender en el rostro de cada hombre y de cada mujer aislado en las lentes circulares cierta distracción, una especie de ausencia. Esa distracción allí tenía algo de desazonante, como la mirada de los animales enjaulados. Por esa distracción inconsciente del alma cada miembro de la masa se evadía mentalmente de ella, sustrayéndole su fuerza psíquica y debilitándola. Vigil tuvo un mal presentimiento. Pero ¿no se estaba llamando a engaño, no sería más bien él quien se hallaba en cierto modo ausente y triste, y le atribuía a la masa su propio desinterés?

En busca de ayuda, miró a la izquierda y vio el aguileño perfil, la mata de plateado cabello.

—*O Augusto havia de estar aqui e aqui estou.* —El tono determinado y la sonrisa desdeñosa no se dirigían a Vigil, sino a entidades superiores e intangibles, emparentadas con la Historia, la Moral, la Justicia y otras Entidades Superiores, con las que el distinguido escritor estaba en trato permanente. Se le había quedado adherida a la mejilla una miga de tostada con mantequilla.

Al pie de la empinada y ancha escalera que sube a la catedral se tendió un cordón de centinelas vestidos con indumentaria militar; sus facciones eran indias y la cachiporra y el brazalete con los colores de la bandera nacional les identificaban como miembros del servicio de orden de la Marcha por la Dignidad. Arriba, al pie de la fachada, donde en el pasado más o menos remoto se proclamaron solemnes declaraciones de independencia y donde cierto obispo insumiso y otros próceres fueron degollados ante multitudes atónitas y espantadas cuando intentaban franquear las puertas del templo, traicioneramente cerradas a cal y canto, apareció, como brotado del suelo, un encapuchado blandiendo un megáfono. La aparición fue saludada con un rugido de entusiasmo. Bienvenidos, bienvenidos a la solidaridad, hermanos y hermanas, gritaba el hombre dando unos pasos elásticos hacia la izquierda, y luego, volviéndose con una especie de brinco, desandaba sus pasos hacia la derecha. Mientras iba de un lado al otro lanzaba preguntas retóricas: ¿Sabemos todos por qué estamos aquí? Le respondió un rugido afirmativo. ¿Lo hemos olvidado? ¡No!, le respondieron. ¿Lo sabemos de verdad? ¡Sí! ¿Lo sabemos todos? ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí, reiteró él, estamos aquí para recordarle al pueblo y a los señores congresistas quiénes somos y qué queremos, y que ya nunca más, nunca, nunca, nunca van a poder ignorarnos!

Aquel hombre tenía el encargo de mantener a la multitud tensa y animada hasta que llegase el Capitán, que se demoraba porque siguiendo itinerarios secretos y enrevesados por los túneles del alcantarillado se había extraviado. Iba encantado por aquel laberinto subterráneo riéndose solo con la idea de que en el curso del mismo día, si no lo mataban, habría visitado las cloacas y el Parlamento, gozaría de la compañía de aquellas grandes ratas y la de los orondos senadores. Entretanto, sobre su cabeza, el «telonero» gritaba consignas a las que la multitud respondía con vivas y salvvas de aplausos cada vez más fervientes, porque el sol se había alzado sobre la ciudad, iluminaba plenamente la plaza y calentaba los ánimos. Una bengala se elevó hacia el cielo dejando a su paso un trazo vertical de humo rojo. Éste fue precisamente el momento que escogió Colores, casi completamente restablecido de una imponente resaca y tan animoso como de costumbre, tuviese o no resaca, para abandonar su cuarto y presentarse, con la melena goteando agua de colonia sobre la camisa y con la guitarra bajo el brazo, en la terraza del Savoy.

—Tranquilos, ya estoy aquí —repetía, doblándose hacia la multitud que le daba la espalda—. Gracias, chicos. Sí, sí, yo también estoy muy contento de veros.

—Siéntate, Colores, se te ve deteriorado. —Vigil le indicó el sillón vacío a su lado—. Tómate un zumo.

—Sí, me encuentro muy perjudicado, colega, ¿y tú cómo estás? No adelgazas, amiguete. ¿Quién es tu amigo el *jubileitor*?

—Hombre, por favor, no me digas que no conoces a Augusto; Augusto, el

escritor. —Vigil, muy divertido, afectó un escandalizado asombro—. Y éste es Colores, buen trovador y mejor amigo...

—Es un inmenso placer —dijo Augusto, inclinando la cabeza en un gesto lento y ceremonioso.

—Lo mismo digo. ¿Y qué clase de libros escribes?

—Oh, lo que me sale, lo que me sale —el portugués se encogió de hombros—. Nada de importancia.

—Augusto es Toisón, Toisón de Oro de las Letras —insistió Vigil—. ¿Es posible que no te hayas enterado?

—Llevo años en remojo —alegó Colores—. No me he enterado de nada, no he leído nada, no recuerdo nada. Soy el desdichado hombre sin memoria.

—El premio tiene sólo un valor simbólico —se apresuró a aclarar Augusto—. Y yo sigo siendo el mismo. No he cambiado. Al contrario: me parezco aún más a mí.

—Claro, claro —dijo Colores—. De todas maneras ese premio ¿no está muy devaluado? ¿No se lo dieron también a Céline, o a Cela, a un facha de esos?

—Me gustaría puntualizar, matizar lo que he dicho. —Augusto levantó el índice—. El premio, desde luego, no tiene más que una importancia simbólica. —Desde luego, había que considerar el hecho de que en el jurado figurasen dignidades muy considerables, pero él, sin embargo, prefería presentarse sencillamente como Augusto, un simple escritor, de la misma forma que otros son carpinteros o... electricistas; un simple escritor, insistía, que se sentía comprometido (ellos sabrían perdonarle si las palabras que pronunciaba levantaban algún eco solemne o pretencioso) con las causas progresistas y la emancipación de los pueblos oprimidos por el imperialismo y el neocolonialismo, ahora llamado «globalización».

—Descuide vucencia que lo tendremos en cuenta.

Colores devolvió el saludo ceremonioso al portugués, que acusó la befa y sujetó las gruesas gafas a modo de lupa para escrutarle como un entomólogo a un insecto: el trovador tenía un rostro enjuto y huesudo, en buena parte oculto tras unas grandes gafas de sol, y vestía camisa roja, pantalones tejanos color naranja y unas botas camperas. Extravagancia innecesaria, pensó Augusto. Un cantamañanas de campeonato. Wilbur se acercó para retirar el pesado sillón de la mesita y dejar espacio para que Colores se sentase. Al hacerlo descuidadamente, la caja de la guitarra topó con el posabrazos y el mástil pivotó hacia el centro de la mesa y barrió una taza.

—*Atenção!* —exclamó Augusto. Se había puesto perdido de café. Muy afligido, explicó—: ¡No tengo otra chaqueta! ¡Wilbur! ¡Quitamanchas! ¡Wilbur!

El anciano camarero blandía ya una servilleta blanca y un aerosol que Augusto, con mueca de espanto, dejó que le aplicase a la maculada chaqueta. Con aprensión vio extenderse sobre la mancha un anillo de espuma. Luego, mientras Wilbur enjuagaba con el trapo la leche vertida sobre la mesa y acto seguido se agachaba a recoger los pedazos de la jarrita de entre los pies de los tres huéspedes y las patas de

sillones y mesa, se quedó callado y cóncavo, imaginando que así contribuía a acelerar la acción limpiadora de los productos químicos. Colores pensó que debería ayudar al camarero, pero la guitarra y la gran fatiga acumulada se lo impedían, pues, como alegó, había pasado la noche en vela. Una joven, una admiradora, una belleza, se había presentado en su habitación con un álbum de autógrafos, y era tan simpática que luego se habían ido juntos al distrito de los canales, donde alquilaron dos piraguas, cada una con su remero. En una de las piraguas iban ellos, tumbados, con una neverita llena de botellas de cerveza y una linterna colgada de la proa para iluminar el agua: los peces se asomaban al charco de luz y boqueaban, echándoles besos; y en la otra piragua, que navegaba a su lado, un mariachi de guitarras y violines tocaba los boleros más lánguidos.

Augusto, inmóvil, escuchaba al cantante con desagrado pero sin atreverse a pronunciar palabra ni a hacer siquiera un gesto, pues parecía que la mancha crecía en vez de menguar, y si hablaba, incluso si respiraba profundamente, a lo peor se extendería por toda la chaqueta. Y Colores siguió evocando su noche mágica: él y la linda admiradora, de cuyo nombre ahora no podía acordarse, cantaron, rieron y se drogaron hasta mucho después de que los músicos se quedasen dormidos en su piragua, hasta que oyeron trinar a los pájaros sobre la laguna; en resumen, apenas había dormido un par de horas, y precisamente ahora, cuando más despierto y atento quería estar, se había quedado sin «gasolina», había agotado las reservas de «perico». ¡Ni fuerzas le habían quedado para afeitarse! Estas últimas frases se las decía, desde detrás de sus gafas negras, en el tono más voluble y desenvuelto, a Wilbur, procurando ganarse su simpatía, para que le consiguiese alguna sustancia estimulante. El camarero, de pie al fondo de la terraza, le escuchaba atento, sin decir palabra ni dar muestras de entenderle. Colores suspiró.

—¿Tú no comprender?... —Se dirigió a sus compañeros—. Vosotros, ¿apetece un traguito? —No obtuvo respuesta: Augusto seguía paralizado en su concavidad y Vigil tomaba notas en su libretita—. Trae *bloodymary* para todos, y tú tómate uno también, yo invito.

—Muchas gracias, señor, es que yo ya no bebo.

—Pero Wilbur, ¿ni una copita siquiera, para acompañarnos? Anímate, coleguita.

—El trago lo inventó el diablo —sonrió el viejo.

Seguía fluyendo gente a la plaza. Viendo la masa crecer e ir adensándose como la encarnación gigantesca, monstruosa, de los deseos y las ideas que él venía predicando de viva voz y por escrito desde hacía años, Vigil sentía una exaltación cercana al mareo, como el ladrón que fuerza la cámara del banco y encuentra muchos más bienes, dinero y joyas de los que esperaba. Quizás éste sea el momento más importante de mi vida, se dijo. Otros podían haber sido más placenteros, pero carecían de la trascendencia histórica de aquel acontecimiento clamoroso en el que estaba participando y cuyo relato requeriría las fuerzas creativas de un Víctor Hugo. Porque naturalmente, ya estaba pensando en escribir una novela o un libro

testimonial, reportajeado. Pensaba las palabras con que aquella misma tarde describiría para la prensa española el soberbio espectáculo que tenía delante, pero no lograba pasar de la interjección, de algunas frases trucas que garabateaba en su cuaderno. Quizá lo que cuadraba allí fuese una forma más lírica.

«Según avanza la mañana y el sol va caldeando la plaza —escribió—, el alma colectiva también se va caldeando. Se respira en el aire una alegre expectación y en los rostros se lee el orgullo por lo ya cumplido, la determinación de no dar un paso atrás, la convicción de obtener la todavía incierta victoria. Desgarra el aire el aullido de una consigna, un centenar de gargantas la repiten, el clamor fluye en poderosas ondas sobre el ondulante mar de cabezas... y la ola sonora rompe, estalla en un éxtasis que hace vibrar los vasos y las botellas en las mesitas». Chasqueó la lengua y soltó la pluma. Percibió que Wilbur maniobraba con una botella de vodka, un frasco de líquido color rojo sangre, aceiteras, pimienta: *bloodymary*, una idea estupenda; en cambio la metáfora de la ola le disgustaba. Era un fastidio: siempre que uno quería dar impresión de grandeza acababa recurriendo a los fenómenos de la naturaleza, y más concretamente, al mar, a las malditas olas y la navegación.

La masa se dilataba y contraía alrededor de algunas islas constituidas por las ambulancias blancas con la cruz roja y por los pequeños tendidos y comercios con barbacoas de las que se elevaban columnas de humo espeso y oscuro, alrededor de las cuales temblaba el aire recalentado. De vez en cuando un tenue soplo de viento caliente llevaba hasta la terraza del Savoy el olor dulce de las mazorcas de maíz asándose. En otras zonas, cuerpos y cabezas se balanceaban al ritmo de la música de los transistores; la música percutía contra las paredes y bajo los porches, y llegaba a sus oídos repetida en ecos, hasta morir bajo el estruendo del helicóptero que de vez en cuando aparecía en el cielo sobre la plaza, que le recibía con alegres abucheos. En el sector más cercano a la catedral, donde la aglomeración era más densa, una verticalidad de brazos alzados revelaba que se coreaba alguna consigna. Vigil se fijaba sobre todo en los grupitos que trataban de salir de la plaza y se abrían paso a contracorriente, luchando con los codos en las atestadas bocacalles, como si temieran que el éxito obtenido al reunir aquella fuerza imponente, que estaba aguardando, ansiosa, el momento de ser empleada, sólo pudiera desembocar en alguna catástrofe, y fuese urgente alejarse de allí. Él, sin embargo, no veía motivo de preocupación, salvo aquellos hombres armados en las azoteas.

—Qué anteojos más chulos —dijo Colores.

Eran un regalo personal de Fidel Castro, explicó Vigil. Aquel aparato de óptica formidable había pertenecido al Che Guevara, que lo llevó en Sierra Maestra y luego, durante su trágica campaña en Bolivia. La abolladura que presentaban bien podía haberla causado el impacto de una bala. A Vigil, en Barcelona, sólo se le había presentado una ocasión de usarlos, una noche, para asistir a una representación en la ópera.

De hecho, me encuentro en esta terraza como aquella noche en la ópera: la platea llena, la representación de la tragedia en marcha, Mercedes y yo en el palco, pensó. Vigil había accedido a asistir a una representación en el coso decimonónico cediendo a los ruegos de su esposa, que se movía como por su propia casa sobre aquellas alfombras rojas y entre los políticos pujantes, los negociantes, funcionarios, publicistas e intelectuales que habían tomado al asalto aquella fortaleza de unas clases altas en declive. La mujer venía insistiendo en alquilar un palco y alternar con esos sectores sociales emergentes, mientras que él, por el contrario, en los corredores por los que escapó de una representación especialmente tediosa, cuando cruzaba la vista con algún conocido o cuando se sorprendió a sí mismo reflejado en un espejo del foyer, entre colgaduras, terciopelos y oropel, se sintió un impostor. Esta sensación se trocó en una sorda, venenosa amargura en una sala apartada, de planta circular como las galerías panorámicas de antaño, sumida en la penumbra, en la que unas luces tenues como lámparas votivas iluminaban las pinturas de una galería que representaba escenas nocturnas de principios del siglo. Eran retratos de marquesitas pálidas con los ojos entornados, eróticos y hastiados, y el cuerpo envuelto en seda y joyas; una estaba al volante del automóvil detenido en el campo, con los faros encendidos, bajo un cielo estrellado de verano, y a Vigil le parecía que podía oírse el canto de los grillos; otra lucía antifaz y un joven con frac y máscara se la llevaba en volandas en un baile del Carnaval, y la tercera coqueteaba en un palco, terciopelo y oro, de aquel mismo teatro de la ópera. En esa cripta narcisista y celebratoria de la opulencia de antaño, de sus ritos y romances, que Valdemont festejó en sus novelas, destacaba, por la amorosa delicadeza con que el artista la plasmó, vestida con un vestido de noche rosa etéreo y escotado y guantes de cuero blanco hasta el codo, cierta marquesita célebre por su fiera belleza juvenil y recordada como leyenda urbana en todos los anecdotarios de Barcelona, porque una noche, estando ya entrada en años y con el rostro desfigurado por la sífilis que su marido le contagió, varios pistoleros entraron en su casa gritando vivas a la revolución y avisándola de que no se molestase en suplicar clemencia, porque se habían propuesto desvalijarla y matarla; a lo que ella, dirigiéndose a su aterrorizada camarera, replicó, en tono abrumado:

—Pero Ambrosia, ¿has oído?... ¡Qué ordinariez!

Fueron sus últimas palabras. Cuando Vigil descubrió el famoso retrato, recordó, de forma automática, esta anécdota que él sentía como una ofensa personal. ¡Ahí estaba la altiva condesita, la puerca vestida de rosa, incapaz de imaginar lo que le aguardaba! Vigil le apuntó con el índice y dijo: «¡Pum!». Luego salió de la salita circular y se consolaba pensando que cada una de sus novelas era una batalla ganada a esa anécdota sin duda apócrifa.

—¿Así que es usted *musicante*? ¿Hace *canzonetas*? —preguntó Augusto.

—Eso es, *canzonetas* —admitió Colores.

—¿Como Johann Sebastián Bach? —Augusto sonreía con malignidad. Se volvió hacia Vigil—. ¿Sabes? Esto me recuerda que cuando te dan... cuando te dan el premio ése, en el castillo del rey Luis II el loco, después de la ceremonia tienes que bailar un vals, no hay más remedio, no valen excusas. Bueno, pues como yo no sabía bailar, a Elena y a mí se nos ocurrió apuntarnos a una academia, en Lisboa...

Y se puso a describir como la cosa más singular del mundo el vetusto local de los «bailes de salón», al profesor amanerado que tenía allí su reino y su alumnado fantasmal, de gente común, sencilla: había dos oficinistas bancarios, dos amas de casa, incluso un proletario alegre había, y varios hombres y mujeres de mediana edad, administrativos, recién divorciados, que querían rehacer su vida y empezaban pacientemente por los pasos del Vals del Emperador... Ninguno de ellos leía nada, era gente de esa que trabaja y luego mira la televisión. Al hablar de ellos, Augusto recordaba sus rostros, y se sonreía con paternal ternura. Sí, los invisibles arabescos que trazaban sobre aquel parquet podrido por las termitas eran pases mágicos que les abrirían las puertas a una nueva oportunidad... Y todos los jueves durante dos meses, a la hora crepuscular, él y Elena se deslizaban entre aquellas parejas, repitiendo «un-dos-tres, un-dos-tres», sin que nadie le reconociera, a pesar de las veces que su foto salía en los diarios... Increíble, increíble...

—Brindo por ello, por esos bailes de incógnito —dijo Colores. Al alzar su vaso, Vigil descubrió que estaba vacío. Quizás se había bebido no una sino dos, o tres copas, no había forma de saberlo porque Wilbur retiraba con mucho celo y diligencia los vasos en cuanto se vaciaban, y porque la altura de la ciudad, el calor agobiante o la tensión nerviosa de la espera le daban una sed insaciable pero conjuraban los efectos del alcohol, o eso le parecía. Pidió ahora cerveza, con carácter de urgencia. Con los pies empujó bajo la mesa la mochila con el vino y las morcillas, no fueran a derretirse o freírse al sol. A Colores le complació la idea refrescante de la cerveza, siempre que fuera acompañada, dijo, de un trago fuerte. Si no puede uno empolvarse la nariz, dijo, por lo menos que no cese el riego continuo de alcohol. Al primer tequila y pensando en la muchacha de la víspera se le ocurrieron unos acordes y algunos versos de una nueva canción.

*Recuérdame: soy aquel...
hombre triste, triste, triste,
tra-lalala, tra-la-liste
mm, mm, uh... en un hotel*

Tenemos el chico, la chica, el hotel, esto funciona, por aquí vamos bien; pero para evitar que salga demasiado melodramático convendría introducir una nota de humor, un poco de color local y de autoironía:

*Recuérdame, soy aquel
gachupín que conociste...*

... al que apenas conociste...
... al que anoche conociste...
cuando buscaba un burdel.

—Conociste, conociste... —canturreaba—. *Te acuerdas de mí, yo soy / el muchacho loco y triste / con el que anoche dormiste / en tu cuarto del Savoy.* —No, no le salía.

—Este hombre —dijo Augusto, mordaz— es el arma secreta del gobierno. La Quinta Columna. El temible cantante letal. Estamos perdidos. —La plaza iba a vaciarse por completo sin tardanza, aventuró, los guerrilleros se rendirían incondicionalmente, y el Capitán se daría preso si el musicante exterminador no callaba.

Vigil pasó por alto sus ironías. A su entender toda crítica hacia sus compañeros de viaje debía supeditarse y ser atemperada por los intereses de la lucha. Le guardaba a Colores el respeto que a sus ojos merecía cualquier autor progresista —fuese poeta, actor, dramaturgo, pintor, músico o bailarín— que hubiera alcanzado el éxito: el éxito demostraba que los ideales progresistas se difundían. Y qué caramba, era un privilegio comparable a ver unas virutas de plomo convertirse en oro en el crisol de un alquimista asistir al nacimiento de una canción del trovador más popular de España y parte de Iberoamérica, cuya fecunda naturalidad no podía menos que admirar. La inocencia, o inconsciencia, o crasa ignorancia de Colores en todo lo relativo a la esfera de las ideas, sumada a su afilada intuición para el *kitsch* sentimental, le permitía componer canciones como churros, todas en el mismo espectro emocional, romántico y canalla, y no darse cuenta de que la mitad de los versos eran ripios y la mitad de los acordes, plagio. Todo eso que se ahorra, pensaba Vigil. Cada año el trovador publicaba un disco con diez o doce nuevas canciones, desbordantes de hombres abandonados, de borracheras y soledades, de mujeres crueles y putas de tierno corazón, un mundo de antihéroes y sentimientos tópicos tan comfortable como el de las novelas de Cóndor, pero menos ideologizado y por consiguiente todavía más accesible y popular; y así iba aumentando alegremente el ruido del mundo. No iban a ocupar las ondas sólo los cantantes conformistas y alienantes.

A todos les gustaban aquellas canciones, y algunas, para colmo, no estaban del todo mal, pensaba Vigil. Pero él jamás vestiría de rojo, como un adolescente o un diablo de teatro ruso...

—... en el jergón de un burdel...

Augusto había regresado a su tema preferido:

—*Você não está a acreditar na importância da minha novela...*

¡Qué pelmazo! Vigil tomó los prismáticos, se los llevó ostensible y ofensivamente a los ojos, y enfocó a la catedral. El espacio entre la fachada y la escalinata estaba otra vez vacío, y al pie de la escalera, en las primeras filas, sólo podía ver hombros,

cogotes y sombreros de paja; sin embargo una mujer con casaca de camuflaje y galones en las hombreras volvió la cabeza hacia la izquierda y apartándose de la cara la negra y lacia melena con un gesto femenino dirigió una luminosa sonrisa a alguien que tenía a la espalda. Vigil sintió un pinchazo en el corazón. Se parecía a Lupita, aquella valiente muchacha india que le llevó de noche hacia la selva. Varias veces había pensado en ella y, en su masía, una noche de invierno, junto a la chimenea, le había escrito un largo y encendido poema que luego ardió hasta las cenizas. ¿Era ella la mujer que ahora estaba viendo? Antes de que pudiera salir de dudas el telón de la cabellera negra volvió a ocultar el rostro. Sintió el impulso de levantarse y, atravesando la plaza, abrirse paso a codazos y empujones para reunirse con ella. Me llevaría cerca de media hora de lucha, pensó; cuando llegue a su lado, si es que entonces sigue allí, estaré empapado en sudor, reventado de cansancio, sin aliento y muy nervioso; haciendo caso omiso de la curiosidad de los demás, la toco en el hombro; se vuelve a mirarme:

—¡Qué alegría, Vigil! ¡Creí que ya no te volvería a ver!

Él jadea, no sabe qué decir, están ya muy juntos y los empujones de la multitud los pegan más aún el uno al otro. Siente contra el pecho los pechos de ella, y a la altura de la ingle, la presión de la pistola que Lupita lleva al cinto. Y los labios, plenos, con una sombra de vello, están tan cerca de los suyos que él siente en el rostro la caricia de su aliento.

—Me gustas mucho —dice Vigil.

Ella alza las cejas, se retrae:

—Así que te gusto. Me alegro. Tú también me gustas. Te encuentro interesante. Y el Capitán me ha dicho que eres un buen camarada. Pero ¿y qué?

—He pensado mucho en ti. Yo quisiera... no sé, no quiero perderte. Oye, cuando esto termine, después de lo del Congreso, ¿por qué no te reúnes conmigo en el hotel y charlamos? Si estás ocupada, no te importe llegar tarde, incluso de noche, yo estaré despierto y esperándote hasta avanzada la madrugada.

—¿Y de qué vamos a hablar? ¿Para qué?

Vigil se encoge de hombros.

—De todo esto. De ti.

—¿Y luego? —pregunta Lupita, muy seria.

Él no sabe qué contestar.

—¿Tú no estás casado?

Está a punto de decir «entre mi mujer y yo ya no queda nada», pero no quiere ser desleal con Mercedes.

Claro que él podría quedarse en Tierras Calientes, vivir en el fondo de la selva, en una choza de paja, entre árboles delirantes, en una algarabía de pájaros... Vivir allí. Comiendo tortitas de maíz. Sin libros. Una vez al mes la camioneta de Bibliotecarios sin Fronteras recorre los pueblos, le había dicho el Capitán, uno puede tomar prestados hasta cinco libros y al mes siguiente los devuelves y tomas prestados otros

cinco. Queda descartado que haya en la selva enchufes para la impresora. ¿Y si te quedas sin tinta para la pluma, o sin papel? ¿Habrá que permanecer mano sobre mano hasta que llegue un mensajero con unas resmas de contrabando? No, mejor sería llevarse a Lupita consigo a Barcelona, pero seguro que Mercedes no aceptaría que se alojase en el cuarto de huéspedes que habían habilitado en el pabellón del jardín, donde él podría, al amparo de la noche, deslizarse sigilosamente... entrando en el mundo del vodevil, de las puertas que se abren y cierran y la gente escondida en los armarios y bajo las camas. «Cariño, no es lo que piensas. Puedo explicarlo todo». ¡Ca, sería el divorcio, la ruina! Y a saber qué pasaría entonces con la masía, porque había registrado la propiedad a nombre de su esposa... Por otra parte, cómo desentonaría Lupita en su mundo. En cuanto la llevase al primer restaurante o de paseo por los bulevares le escandalizaría el despilfarro europeo; a ella es a quien habrá que explicárselo todo, el «hecho diferencial», el «agravio histórico», etc., y le parecerá que todo el mundo está malhumorado y discute por futesas, y cualquier noche le dirá que todos nosotros somos... que somos unos...

Estoy delirando, pensó, mesándose el cabello. No podía soportar ni un ripio más de Colores, ni otro brote de egolatría del portugués. En tono neutro, dijo:

—¿Qué os parece si bajamos a la plaza? Viendo a esta gente le entran a uno ganas de enviarlo todo al diablo y unirse a ellos.

—Te soplarían el peluco —dijo Colores, agarrando su vaso por encima de la guitarra—. Te volaría la cartera; las gafas, adiós para siempre. Y también la alianza y el dedo en que la llevas.

Vigil protestó que aquella gente no eran hampones, eran insurgentes.

—Conmigo no cuentas para aventuras —dijo Augusto—. Tengo problemas de respiración. Además, como siempre digo, el punto óptimo de observación de un objeto está situado lejos y por encima del objeto... Ese señor de ahí te está haciendo señales, Vigil, parece que te conoce.

Desde abajo les sonreía el rostro colorado y sudoroso de un veterano corresponsal de la prensa y la radio españolas. Les tendió la mano a través de la baranda.

—¡Señores, cuánto honor! ¡La flor y nata del pensamiento independiente ibérico! —su voz era un prodigio de ambigüedad: conseguía sonar a la vez adulator y despectivo, entusiasta y fatigado. Vigil le invitó a subir a la terraza, si es que disponía de unos minutos para tomarse una copa y contarles las últimas novedades.

—Con indescriptible placer, señores. Será para mí un privilegio inenarrable. Precisamente vengo del centro de prensa...

Aguardó a estar en un sillón y a que Wilbur le llevase una cerveza fresquita para dejar caer su bomba:

—¡El papa ha hablado, en el Vaticano, sobre este mitin!

Augusto alzó las cejas con escepticismo. El corresponsal insistió:

—¡Apoya la marcha! ¡Elogia al Capitán!

—¡Cómo! —se asombró Vigil—. ¿El papa se adhiere...?

El corresponsal consultó su libretita:

—Sí. Y también Dolly Parton.

—¿Qué pasa con Dolly Parton?

—Que se adhiere a la marcha.

—¿Quién es Dolly Parton? —Nadie se molestó en responder a Augusto.

—Pero el papa, el papa —preguntó Vigil con avidez—, ¿qué ha dicho textualmente?

El corresponsal volvió a consultar sus notas:

—Bueno... es una adhesión formulada con cierta ambigüedad muy vaticana: ha dicho que la Iglesia está al lado de los humildes, siempre y cuando se abstengan del recurso a la violencia, y que... No, nada más... lo demás es paja: que hay que hacer un esfuerzo, que todos debemos, el diálogo, bla, bla, bla...

—Bueno, ésa es exactamente la posición de Augusto —dijo Augusto, mostrando las palmas de las manos—. Sí al diálogo, no a la violencia. En esto el papa y yo estamos de acuerdo.

—Hay más adhesiones —el corresponsal hojeaba su libretita—. Y entre ellas, las de ustedes tres destacan con luz propia, cegadora.

Colores aventuró que todos los clérigos sin excepción, desde el curita del último villorrio hasta el papa de Roma, son pederastas. Llevan este mensaje escrito en el ADN: «Soy sacerdote, los niños me chiflan». A él mismo, en la escuela, un seminarista le había sentado en sus rodillas y... Vigil le interrumpió:

—Lo del papa es muy interesante, introduce una contradicción en el discurso del establishment... ¿Alguna novedad más?

—Sí, ciertamente, la oligarquía de aquí es muy beata —murmuró el corresponsal, pasando páginas—. Ah, a ustedes que tienen tanto sentido del humor esto les va a divertir... —había hallado una noticia curiosa: los servicios de seguridad del Capitán habían detenido en las afueras de la ciudad un autocar cargado de anarquistas italianos.

—Los han expulsado de la Marcha de la Dignidad por alborotadores y escandalosos —explicó—. Parece que en la carrocería del autocar habían pintado una gran cara de Bob Marley, con un gigantesco canuto entre los labios, y que los «anarquistas», vamos a llamarlos así, iban ciegos de ayahuasca y de peyote, hasta el extremo de que en momentos de suma exaltación gustaban de bajarse los pantalones y asomar por las ventanillas... asomar ese lugar, esa parte de la anatomía donde la espalda cambia de nombre.

Como los italianos salieron respondones y se negaban a irse, una patrulla del servicio de seguridad había aparcado el autocar en la cuneta y reventado los neumáticos a golpes de bayoneta.

—Parece que a esos chicos se les ha pasado el colocón de golpe —y el corresponsal rubricó el informe dando un largo trago a su cerveza.

Vigil inclinó la cabeza y cerró los ojos, satisfecho y aquiescente: una de las

primeras tareas de una revolución que no quiere ser destruida desde dentro era imponer su autoridad en sus propias filas y desactivar a los compañeros de viaje irresponsables, entre los cuales los aventureros, los retoños mimados y cosmopolitas de las sociedades opulentas eran la escoria, la hez. A Colores, en cambio, aquella coerción policial le pareció intolerable.

—Pero ¿cómo es eso —clamaba—, castigados sin merienda sólo por enseñar el culo y colocarse? Pero ¿qué clase de revolución es ésta, tan gazmoña y represiva? ¿Pero si ésta debería ser la fiesta de la libertad!...

—*Jogam-se hoje aqui questões de vida ou de morte* —replicó Augusto, imperioso—. *A revolução não pode ser confundida com uma partouze, com uma festa da libertinagem.*

—Sí, ya, de acuerdo —concedió Colores—. ¡Pero por un pasote sin importancia! ¡Por favor! ¡Qué sería la vida sin un analgésico de vez en cuando! —y reclamó a Wilbur más «petróleo», ya era media mañana y la resaca no cedía.

—Modestia aparte —dijo Augusto—, yo ya avisé de los peligros de confundir la alegría y despreocupación propias de la juventud, motor de la revolución, con el libertinaje, que lleva el gusano de su decadencia y de su final descomposición, en el personaje de Ulises, el protagonista de mi novela *Mensagem ao mundo*, protagonista junto con la estructura misma del relato, que también es un personaje, porque así el texto se constituye en un texto revolucionario sobre la revolución, o, como destacaron con generosidad excesiva esos distinguidos académicos del Toisón, *um tour de force para as estratégias novelescas do século XXI. Bem corto é que, em Portugal e em Espanha, poucos compreenderam a importância da minha novela. Poucos!* —Pero él se conformaba con cincuenta buenos lectores... Cincuenta, no pedía más, y sus libros estaban salvados.

El corresponsal, señalando la esfera de su reloj, apuró su trago y se despidió apresuradamente de la flor y nata del pensamiento independiente ibérico. Volvió a la plaza y se perdió entre la multitud.

En estas y otras gustosas pláticas se les pasaba la mañana.

—... Oye ¿ése no es Mermel? —Colores señaló a un hombre, aún joven y un punto entrado en carnes, vestido con un traje de hilo color hueso; acababa de bajar los tres escalones que descienden de la puerta del hotel a la plaza y pasaba a su lado sin verles—. ¡Eh, Mermel!

El alto funcionario de la ONU ya se alejaba, deslizándose de costado entre el gentío.

—¿O Mermel? ¿Dónde? ¿Dónde? —Augusto tomó los prismáticos y buscó al alto funcionario en la multitud, pero lo que apareció con todo detalle en las dos lentes de formidable óptica fue la cara del odioso Cohen, reclinado más que sentado en la terraza del hotel Cornavin, al otro lado del océano de cabezas. Conversaba con una elegante joven, acariciándose las guedejas de poeta romántico—. Oh, creo que el muy asqueroso la va a besar —masculló—. Tenga cuidado, señorita, era más honesto el beso de Judas. ¿Pero o Mermel, dónde está?

—¡Ahí! ¡Ahí! ¡Delante de tus narices, maldita sea! ¡Dame! —Colores, presa de impaciencia, le arrebató los prismáticos—. Ahora te los devuelvo.

Augusto, vejado, bajó las manos y las posó sobre los muslos. En su chaqueta seguía campando la mancha, oscura y ominosa.

—*O Mermel é meu amigo* —acertó a decir con una especie de gemido. Luego guardó silencio. Le afectaba el calor, echaba en falta a su mujer y su casa en Lisboa.

—Pues anda que no es extraño el tío —dijo Colores—. Pero ¿qué demonios hace?

Mermel parecía avanzar entre la multitud sin rumbo fijo, al buen tuntún, con el rostro demudado por un ansia devoradora. Atravesaba las filas en diagonal, apoyando las manos en unos hombros, y luego las pasaba a otros hombros, y luego a otros. Así se iba desplazando lentamente; ora se detenía durante unos segundos para observar con fijeza el perfil de un mocetón o de alguna muchacha, y aún a costa de grandes esfuerzos y molestando a mucha gente, a la que obligaba a moverse para abrirle espacio allí donde apenas lo había, era capaz de dar una vuelta completa alrededor de él o de ella, como si necesitase observarla desde todos los ángulos y empaparse bien de su apariencia, ora se ponía de nuevo en marcha, pasándose la mano por el cabello y presa de gran agitación. A veces estos manejos irritaban a alguien, y el funcionario recibía un empujón o un manotazo. Mermel hacía caso omiso de la ofensa y seguía avanzando. Poco a poco su deriva transversal le fue alejando del hotel; desapareció de la vista, tragado por la multitud, e inesperadamente emergió otra vez cerca de la terraza. Vigil reclamó los prismáticos: con ellos le sorprendió presentando excusas, lleno de terror, a un hombre más alto, que le gritaba y zarandeaba. A su lado, dos mujeres observaban la escena, la una con expresión reprobatoria, la otra indignada e incrédula.

Mermel forcejeó hasta zafarse y se alejó, hendiendo penosamente la multitud

como un vector azorado. ¿Qué le asustaba tanto? Los párrafos más sensuales de sus recuerdos de Sarajevo, publicados bajo el título *Haciendo el amor en el infierno*, revelan cómo en un ambiente de cataclismo, en el fragor del combate, bajo el estrépito horrisono de las bombas —y más exactamente: en el abandonado salón de una villa aristocrática, al amparo de la única pared que queda en pie y sobre los jirones de seda de una otomana coja— él amó a un ser humano (hombre o mujer, ¿eso qué importaba?) de ensortijada cabellera y ojos negros, con pasión redoblada, porque incluso a las puertas del infierno Eros le invitó a jugar. ¡El amor es más fuerte que la muerte: ése era el mensaje del libro! Este conocimiento y el de la naturaleza atroz de la guerra era lo que Mermel tenía que comunicar al mundo, el destilado de su experiencia. Viéndole ahora sudoroso, bajo el imperio de una pasión extraña y avasalladora, presa de pánico, Vigil recordaba con cierto malestar esas páginas del best seller, sus detalles románticos, sus escenas lúbricas. Cierta tarde de lluvia, se había entretenido leyéndoselas a su mujer, entre risas. Sí, habían pasado un buen rato degradándose con aquellas cursiladas y sintiéndose superiores a su autor. En cambio ahora, al recordar sus fantasías de un rato antes, en las que bajaba de la terraza para fundirse con el pueblo y ofrecer su corazón a Lupita, se sintió turbado, y más semejante de lo que le gustaría a aquel pobre hombre.

Ahora el rostro de Mermel estaba deformado en una mueca de frustración y odio. Vigil lo perdió de vista tras la columna de humo de una barbacoa; cuando reapareció estaba en un escorzo extraño, casi pegado al hombro de un indio que lo miraba con indisimulada repugnancia. Pobre Mermel, se dijo Vigil, lo está pasando fatal, eso está claro; pero ¿qué le pasa, qué hace exactamente? Si parece que... ¡Por Dios, actúa como *El hombre de la multitud* en el relato de Poe!

Ya no pudo seguir sus evoluciones porque se había presentado Heredia, el bailarín de flamenco; se le veía demacrado, flaco, el rostro translúcido como si llevase una bombilla encendida bajo la piel; durante medio siglo, después de una infancia miserable, había recorrido el mundo taconeando rabiosamente sobre los escenarios y adquiriendo de forma autodidacta, leyendo lo que le recomendaban amigos como Vigil, una formación marxista. No le había costado mucho comprender que quien tenía la culpa del hambre que pasó de niño era el capitalismo monopolista de Estado.

—Señores, ¿ustedes han contribuido a la causa? —les preguntó después de intercambiar los saludos de rigor—. Yo contribuyo con bastante dinero. Estoy pensando incluso en venderme el yate y entregar el dinero al Capitán, para que se compre unas ametralladoras, un cañón... Al fin y al cabo, el dinero no me lo voy a llevar...

—¿Cómo estás de eso? —preguntó Vigil.

—Y cómo quieres que esté.

Le envolvía un visible halo de gravedad y de serena tristeza, porque una temible enfermedad lo estaba devorando.

—Pero yo no me rindo, soy un luchador —explicó, tratando de sonar jocoso—.

Llamo a mi tumor *Capitalismo*, y me paso las veinticuatro horas del día combatiendo contra él.

Cuando creía haberlo vencido y haberse puesto fuera de peligro, los médicos le habían detectado otro tumor, al que ya le había buscado nombre:

—Le voy a llamar *Globalización*. ¿Qué os parece? —y las mejillas se le inflaron cuando dijo «globalización».

—Impresionante —dijo Vigil, estremecido.

El bailarín se daba golpes en el pecho con los dos puños:

—¡Toma, Capitalismo! ¡Toma, Globalización!

Tenía la mirada enajenada. Al poco rato anunció que tenía que echarse a descansar, y se retiró, para alivio del terceto. Se presentó un atlético cineasta californiano, famoso por sus películas conspirativas y paranoicas, que planeaba un guión, para un largometraje o una serie de televisión, en el que ligaría el asesinato de Kennedy —Kennedy volvería a ser zarandeado por los balazos en el descapotable— con la insurrección del Capitán y sus indios, y donde insinuaría la idea de que era la mafia americana la que financiaba a éstos para que las fuerzas de seguridad del Estado, entretenidas en combatirles, aflojasen la presión sobre los cárteles del narcotráfico que inundan de droga Estados Unidos... Le habían dicho sus «contactos» que la suerte del Capitán estaba echada, que no saldría vivo de la capital.

—Nosotros no hemos oído nada de eso —dijo Vigil, que le consideraba un simpático merluzo.

—Desde luego, lo ideal para él sería un final a lo Che Guevara —aseguró el cineasta, apoyándose en la baranda—: morir acribillado a balazos por un pelotón de ejecución. Supongo que un oficial del ejército, antes de dar la orden de fuego, le dejaría fumar un último cigarrillo. Imagínense al oficial dándole lumbre —sacó un mechero y lo encendió. Ah, estaba viendo cosas, imaginando escenas, secuencias enteras—. El oficial deplora tener que fusilar a un enemigo tan valiente. Y el Capitán, mientras aspira la última bocanada, se despide con la mirada de las montañas, esas montañas que él quiere tanto. Luego... simplemente, un plano de la colilla humeante cayendo al suelo, y otro plano de la bota aplastándola mientras suena el estampido de una descarga de fusilería. Y Fin. ¿Qué les parece?

—Soberbio —dijo Colores—. Pero se me ocurre que después de que caiga la colilla podría verse caer también... la capucha. ¡El Capitán quiere morir a cara descubierta!

—No es mala idea —el cineasta se frotó la barbilla, calibrando la imagen—. Aunque tal vez lo mejor sería que lo abatiese un francotirador de la policía, hoy, aquí, en esta misma plaza, rodeado de los suyos. Así sería inmortal.

—Y qué gran final para tu película. —Colores le guiñó un ojo.

—Sí, claro, eso también —admitió con llaneza el cineasta.

Al retirarse a su mesa se cruzó con Haas, el gran novelista alemán, que venía con su cachimba meditabunda a saludar a Augusto, cofrade en la hermandad del Toisón

de Oro, y anunció que en cuanto aquella kermesse concluyese se volvía a Freiburg; de hecho ya había puesto su casa en venta y tenía las maletas hechas, pero había demorado el regreso unos días para ver con sus fatigados ojos qué fin tenía la aventura del Capitán. La noticia de que se repatriaba disgustó a Vigil. Él había consagrado un par de artículos a difundir y encomiar la valiente, radical y progresista decisión de exiliarse en Tierras Calientes que había tomado Haas, incapaz de soportar ni un día más el egoísmo burgués, el racismo latente y la superficialidad de sus compatriotas. «Ahí os quedáis, declinantes europeos, con vuestra gran cultura sepulcral y vuestro fútil consumismo —había dicho Haas antes de tomar el avión que se lo había de llevar a Tierras Calientes para no volver nunca—; seguro que allí en el tercer mundo encontraré mucha miseria, la corrupción y el narcotráfico lo pudren todo, la vida no vale un pepino, todo eso es cierto, pero por lo menos las relaciones humanas son cálidas y hondas, las miradas son limpias, el gusto por la Vida y por los valores esenciales no se ha perdido del todo». Se instaló en una villa estupenda. Por desgracia no pudo resistir el clima.

—Un calor tan extremo... y las aguas, que no me sientan bien... y esto de que a todas partes haya que ir con guardaespaldas...

¿Y qué es un escritor, se preguntaba, si no puede hablar su idioma, ni nadie alrededor comprende lo que escribe? En aquella metrópolis loca, sus aires de bohemio añoso no despertaban la acostumbrada simpatía y Haas no era sino otro rico europeo susceptible de ser secuestrado por alguna patrulla de la policía y encerrado en un garaje mientras su mujer reunía el rescate. No, no, adiós, señores, sus próximas navidades serían blancas.

Se despidió, confiando en volver a ver pronto a Vigil y a Augusto, quizá en la feria del libro de Frankfurt, donde les regalaría su nuevo libro, un dietario de trasterrado.

—¡Esto parece el *Cock* a las tres de la madrugada! —dijo Colores.

—¡Sube y tómate algo, Tronchon! —dijo Augusto.

Estaba allí, sonriendo bajo sus grandes mostachos rubios, de guías húmedas y caídas, los mofletes sudorosos y deshinchados, empapada de sudor también la guayabera, el cocinero Tronchon, gran debelador de la comida rápida en general y de la cadena McDonalds en particular, contra la que había jurado odio eterno ante un fogón encendido en funciones de dios lar. Acusado por la fiscalía de París de poner una bomba en una hamburguesería, el caso fue sobreseído por falta de pruebas. Aquel escándalo hizo su fortuna. *Chez Tronchon* se llenaba cada noche, y el «chef de la dinamita» participaba en cuantos debates televisivos se celebrasen sobre gastronomía y progresismo, sobre nueva cocina y nueva izquierda; ahora estaba dudando entre optar a la presidencia de la República Francesa en los próximos comicios o abrir un restaurante de cocina francesa en el corazón del territorio enemigo: en la misma ciudad de Washington.

—¡Wilbur, un trago para el señor, que nos llega sofocado, y una ronda para los

demás! —El humor de Augusto mejoraba por momentos. Cuántos buenos amigos se acercaban a saludarle.

—¡Tú eres Vigil! —dijo Tronchon—. ¡Te reconozco por las fotos en la solapa de tus libros! ¡Qué ilusión me hace conocerte! En La Santé me leí de un tirón seis o siete novelas de Cóndor, no tenía nada mejor que hacer, así que en cuanto terminaba una comenzaba con la siguiente. *Adiós, muñeca*, ¡qué fenómeno!

—*Muérete, querida* —le corrigió Vigil—. Yo no me fío ya de nadie que no haya pasado una temporadita entre rejas. —Y aseguró al cocinero que seguía con mucho interés y simpatía la lucha de sus «Chefs revoltés».

Intervino Colores: él, en la cárcel, la verdad, no había estado nunca; pero un par de noches en comisaría sí que las había pasado o, así que podía imaginar...

—¿Por posesión de estupefacientes? —sugirió Augusto.

—Pues no, listillo —le guiñó un ojo—. Por conducir en estado de ebriedad, resistencia a la autoridad y escándalo público...

Vigil y Tronchon hablaban de escribir juntos un libro, una especie de manifiesto contra el imperialismo americano y en defensa de las gastronomías autóctonas y del derecho inalienable de los pueblos a una nutrición equilibrada, sana y sabrosa, o sea, en cierto sentido, a la felicidad.

El primer pueblo que tiene que sacudirse las cadenas grasientas del *fast-food*, dijo Tronchon, es precisamente el pueblo americano. Él cuando era joven recorrió ese triste país de costa a costa y avistó verdaderos ejércitos de obesos, rebaños de humanos elefantiásicos merodeando alrededor de las hamburgueserías, devorando perritos calientes chorreantes de salsas... En Cuba, por el contrario, bastaba echar una ojeada alrededor: ¡qué cuerpos más estilizados y elegantes tenían todos, hombres y mujeres, niños y viejos! ¡No se veía ni un gordo!

—Toma, porque pasan hambre —dijo Augusto—. Están flacos porque no comen.

—El bloqueo... —asintió Vigil, con un gesto de conmiseración.

A una discreta señal de Wilbur, Colores se fijó en un individuo apoyado con indolencia contra la puerta del hotel. Si el camarero no le hubiera hecho reparar en él hubiera podido pasar inadvertido durante todo el día, porque tenía el aspecto anodino y ausente ideal para su profesión. Colores se puso en pie, dejó con cuidado la guitarra en su sillón, y echando mano a la cartera le siguió al interior.

En el mismo hall, detrás de una columna y junto a un grupo de sofás en los que media docena de mujeres, envueltas en un denso tufo de perfumes, aguardaban clientes se produjo una rápida transacción. Colores estaba tan ansioso que el sobrecito que el desconocido le tendía cayó al suelo, ante los ojos de un guardia con un fusil y un mozo condenado por un hechizo a pasar eternamente la mopa por las espejeantes baldosas y fingir que no veía nada. Colores corrió al lavabo.

Y fue encerrado en ese cuarto de baño, después de inhalar la segunda raya de cocaína, cuando le pareció que por fin las acartonadas neuronas de su cerebro se reblandecían y humedecían, tendían puentes entre sí, y los acordes, la longitud de los

versos y las palabras empezaban a encajar:

*¿Me recuerdas? Soy aquel
Hombre solitario y triste,
El que bebió tanta hiel
En tu bar, con quien dormiste
En la cama del Hotel.*

Voy al hotel Savoy. Soy el hotel Savoy. ¡Ahora todas las rimas que pudiese necesitar acudían dócilmente a su conciencia a la primera llamada! Los versos se le ocurrían a más velocidad de lo que podía registrarlos.

Necesitaba imperiosamente la guitarra, para sacar la melodía que ya vibraba entre las paredes de su cráneo, chorreantes de endorfinas. Abrió el grifo, sumergió la cabeza bajo el agua y con la cabeza y los hombros de nuevo empapados regresó a la terraza. Le recibió una ovación estruendosa, un rugido de leviatán.

—Pero... si he venido de incógnito —balbuceó, palpándose las gafas de sol y comprobando que seguían en su sitio.

—¡Capitán! ¡Capitán!

Aparecido de no se sabe dónde ante la catedral, enmascarado con el pasamontañas negro de las fotografías y los programas de televisión, con las cananas cruzadas sobre el pecho y la pistola al cinto, el encapuchado en jefe blandía el megáfono y arengaba a los suyos.

—¿Qué somos?

—¡Insurgentes!

—¿Quién vive?

—¡La patria!

Desde la terraza del Savoy, no era más que un puntito negro que daba saltos de acá para allá.

—Nos dicen: «Tenéis una historia de sangre» —gritaba—. Sí, nosotros hemos derramado la sangre ajena y la propia, nosotros hemos salido a la guerra. ¡Pero no salimos a la guerra para hacer la guerra, sino para romper el círculo de oprobio!

Con voz rota, aguda, urgente, dijo que estaba allí para entrarle al diálogo y acabar con la guerra, y expuso los Quince Puntos de su plataforma para la paz. Vigil tomaba febriles notas en su cuadernito. Al cabo de unos días, cuando las transcribiese a su ordenador en Barcelona, no recordaría por qué le parecieron tan profundamente sabias y tan conmovedoras aquellas frases. Como el ron local, cruzado el Atlántico no sabían igual.

—Me recuerda —dijo Colores—, a Mick Jagger cuando era joven...

Augusto quiso saber quién era aquel Mick.

—¿Mick Jagger? El roquero que me cambió la vida. Ni más ni menos. Te cuento. La primera vez que le veo, a principios de los setenta, yo estaba en Londres, me había ido allí detrás de una chica inglesa que había pasado las vacaciones en mi pueblo...

—Colores hablaba a gran velocidad, comiéndose las palabras, sorbiendo por la nariz; parecía a punto de salir corriendo—. Llegamos a Inglaterra y las cosas se tuercen, a sus padres no les gustan mi aspecto ni mi pobreza, y a ella yo ya no le resulto tan gracioso ni tan exótico, sino sólo un pelanas sin oficio ni beneficio, mientras que a mí, en cambio, qué curioso, ella me parece mucho más hermosa, madura, enigmática y de todo. Con buenas palabras me dice púdrete, muérete, rompo contigo... Yo estoy desesperado, pero volver al pueblo con el rabo entre las piernas y responder a las preguntas que me harán mis amigos y parientes me parece ignominioso. Así que hago lo que todo el mundo: friego platos en un restaurante griego, con perspectivas de ascender a camaruta, que es un curro brutal pero ganas una pasta. El caso es que mientras friego platos, canto; canto, y canto y canto. El patrón se fija en que no lo hago del todo mal, y cuando algún cliente celebra su aniversario allí, me hace salir al comedor con la guitarra a cantarle el *Happy birthday* y el repertorio de Manolo Escobar, ¿vale?... Bueno, pues una noche, de vuelta a casa, veo en un escaparate de Piccadilly un televisor, y dentro del televisor, a Jagger cantando y dando esos saltitos. Y me digo: Colores, colorines, esto tú también puedes hacerlo, ¿por qué no pruebas? ¿Qué pierdes por probar? Me aprendo algunas canciones de los Rolling, me instalo en un túnel del metro y... chico, la gente se para a escucharme y me echa unos peniques. Adiós, Spyros, que me piro. Así empecé. Ésos son mis modestos comienzos.

—Nosotros, que hemos venido con las manos abiertas y el pecho desnudo, le preguntamos a esos señorones del Congreso: ¿Vais a asumir el diálogo hasta las últimas consecuencias? —preguntó el Capitán con voz ronca—. ¿Vais a hacer vuestra parte? Exigimos garantías de que nos vais a dejar ser parte de este país...

Habló del derecho que todo hombre tiene a una vida digna, del derecho que asiste a todos los hombres a que el sudor de su frente sea retribuido con un jornal justo, a educar a sus hijos, a llevar una vida que no sea una permanente y extenuante carrera de obstáculos cuyo premio es la mera subsistencia... De vez en cuando le interrumpía una ovación y entonces bajaba el brazo con el que sostenía el megáfono y aguardaba en posición de firmes a que se restableciera el silencio antes de proseguir. Vigil, sabiendo que las cosas más llamativas de los discursos se dicen en los primeros minutos y que luego se suele reiterar las mismas ideas, cerró el cuaderno y tomó los prismáticos. A su alrededor, en las mesas de la terraza sonaban las melodías de los teléfonos móviles. También de las cananas del Capitán colgaban varios móviles. Se le ocurrió llamarle. El bochorno era insoportable, el aire irrespirable ardía en la garganta y en la plaza empezaban a declararse las lipotimias, a desplomarse la gente como pesos muertos. Hubo un lapso de confusión general, de corrimientos de masas, de abrir angostos y vacilantes pasillos entre el gentío para que pudieran transitar los camilleros de la Cruz Roja.

—... años más tarde —seguía contando Colores— me toca ser telonero en una gira de los Rolling. ¿Os imagináis? Eran inaccesibles, siempre rodeados de guardaespaldas grandes como armarios roperos. Ni siquiera los pude saludar. De los

cinco conciertos que dimos en cinco ciudades españolas no me escucharon ni una sola vez, mientras yo cantaba ellos estaban en el camerino haciendo yoga. Pero la noche del último concierto me encuentro a Mick en el corredor del *backstage*, me acerco a él y le digo: «Mick, colega, te debo lo que no está escrito; ¿apetece una rayita, colega?». Y qué creéis que me responde. ¡Nada! ¡No dice nada! ¡Me mira con terror y sale corriendo!

El Capitán aprovechó para hacer una pausa y pidió a uno de sus compañeros una botella de agua. Mientras aguardaba a que se la trajesen, atendió un teléfono móvil, y como había olvidado desconectar el megáfono, se le oyó decir:

—¡Por el amor de Dios, Vigil! ¡Ahora no es momento! ¡Estoy hablando a la multitud!

—¡Te he traído unos regalos de España! ¡Unas morcillas! —farfulló Vigil; ahora se daba cuenta de que estaba bastante borracho—. ¡Morcillas... de las que a ti te gustan! ¡Y una botella de Vega Sicilia!...

El Capitán desconectó el móvil y reanudó su discurso. Pasase lo que pasase aquella tarde en el Congreso de los Diputados, dijo, el movimiento ya había cosechado un triunfo magnífico: el hecho de que estuvieran tantos hombres y mujeres allí, pacíficos pero resueltos a exigir su derecho de vivir...

Augusto estaba deslumbrado:

—¿Quién le escribe los discursos a ese hombre? Lo que dice es una síntesis de Walt Whitman, de los filósofos de la Ilustración y del sermón de la Montaña. ¡Ese hombre ha leído! ¡Es un militar instruido! ¿Y qué decir de su admirable sentido de la estrategia? —agregó. Por discreción y modestia, se calló que, a su entender, algunas de las ideas del Capitán parecían proceder directamente de sus libros. Ya algunos periodistas y analistas habían señalado, dijo, que aunque el Capitán empezó con Castro y los sandinistas por modelos, había sabido entender que la caída de la Unión Soviética hacía inviable la guerrilla clásica, y se había inventado sobre la marcha un modelo nuevo, que se podría llamar la «guerrilla mediática», a medio camino entre la agencia de publicidad y la fuerza de choque, que tanto dispara lemas como ráfagas, para eludir el destino de tantos movimientos insurgentes que le precedieron y fracasaron más o menos estrepitosamente; se refería al MIR de Venezuela, las FARC colombianas, el EGP, el FAR y la ORPA de Guatemala...

—El FMLN de El Salvador, Sendero en Perú, Tupamaros en Uruguay... todos aplastados por la CIA —dijo Vigil sombríamente.

—¡Y en Bolivia... el Che! —Colores blandió el puño cerrado.

—Ahora, si el Congreso le recibe, si le dejan hablar allí, implícitamente «legalizan» el movimiento a los ojos del mundo —dijo Vigil—. De manera que sólo con que entre y salga vivo del edificio habrá obtenido un éxito. Además, dadas las cualidades oratorias que le adornan, su discurso puede convertirse en un arma de propaganda colosal. Y si, por el contrario, el Congreso se cierra en banda y le abuchea o no le deja hablar, la clase política quedará como lo que es: un sanedrín

reaccionario, una turba de plutócratas cerrada al diálogo. Pase lo que pase, él gana y el régimen pierde. Yo preveo una crisis del Estado, puede pasar cualquier cosa, incluso su demolición.

—Sí, lo que dice el Capi es muy bonito, pero la verdad es que como no pegue cuatro tiros bien pegados... —murmuró Colores.

—¿Qué? Como no pegue cuatro tiros, ¿qué? —preguntó Augusto, desabrido.

—Es una marcha pacífica —dijo Vigil, con el tono de quien explica algo obvio a un niño. ¿A quién podía llamar y contarle que estaba allí? En España estarían todos durmiendo.

—Si no pega cuatro tiros se lo comerán con patatas —insistió Colores—. La poli, si no te ve dispuesta a todo, no te respeta. Hay que repartir leña. La derecha no entiende otro lenguaje.

A mi mujer, no, pensó Vigil.

—Es una marcha pacífica, como mi distinguido colega acaba de explicarle —reiteró Augusto masticando las palabras—. Pacífica, pacifista y pacificadora. Ahí radica toda su gracia y su poder de convocatoria mundial. *Parece-me que quem não entende outra linguagem não é a direita, mas você.*

Colores porfió en que sin cargarse a dos o tres banqueros y algún ministro, por lo menos, no había revolución que valiese y aquello terminaría como el rosario de la aurora.

—Terco, obstinado —murmuró Augusto—. Tozudo.

—¿Tú mismo pegarías esos tiros? —preguntó Vigil con genuina curiosidad—. ¿Sabes manejar un arma, disparar?

—¿Yo? —rio Colores—. ¡Pero si no sé ni manejar un abrelatas!

—¿No aprendiste en la mili?

—No hice el servicio. Me fingí loco.

—*Pouco lhe custaria* —dijo Augusto— *a simulação.*

—Es curioso —dijo Vigil—. Tu colega Fortún también se libró así, fingiéndose majareta. Parece que se pasó quince días en el Hospital Militar dando saltos y volteretas y pegando berridos por las esquinas hasta que lo licenciaron.

—Todos los que nos dedicamos a esto de cantar para las gentes tenemos que estar un poco chiflados —dijo Colores—. Si estuviéramos cuerdos, a ver quién es el guapo que se sube al escenario.

—*Sim, e mais louco parece-me o público* —masculló Augusto.

—¿Qué dices? —Colores se sonrió—. Me parece a mí que menos guapo me estás llamando de todo, ¿no es verdad? ¿Es que no te gusto, abuelito?

—Vamos a llamar a Fortún —Vigil tecleó en su móvil—, a ver qué tal soporta la huelga de hambre.

—¡Fortún! ¡Fortún! ¿Me oyes?

—Vigil ¿tú crees que estas son horas?

El veterano juglar de la canción protesta, Fortún, alias La voz de lija, hubiera debido estar con ellos en aquella terraza. Repetidamente, cuando Vigil programaba el viaje y hacía la ronda telefónica de amigos y conocidos para proponerles una cita en ultramar con la Historia, él le había prometido que allí estaría, sin falta; de hecho, con lo agilipollado, mercantil y reaccionario que estaba el mundo, más de una vez le habían entrado ganas de colgar la guitarra, tomar las armas y luchar codo a codo con el Capitán. Si no lo había enviado todo a hacer puñetas era en consideración a su madre, que estaba, la pobre, muy delicada de salud, y a su ex esposa, que en caso de no cobrar una mensualidad de la pensión que él le pagaba era capaz de enviar a su abogada a buscarle al fondo de la selva. Imaginaba a la temible picapleitos a medio devorar por una anaconda pero sin dejar de blandir un impreso lleno de sellos y tamponazos, en el que se le reclamaba el abono de la suma estipulada por el señor juez en sentencia del tal del cual, contra la que no cabe recurso. ¿Qué dirían los indios ante este espectáculo bochornoso? No, mejor era olvidarse de la acción directa. Pero si sólo se trataba de un viaje de apoyo, de estar presente en actitud solidaria y desafiante, incluso de cantar gratis en algún campus, desde luego que sí, que Vigil contase con él.

Por desgracia Fortún tenía un temperamento artístico muy acusado, en las gestiones de orden práctico era perezoso, había ido demorando la reserva del billete de avión hasta última hora, y cuando al fin se decidió a franquear la puerta de una agencia de viajes y hablar con una graciosa mujer gafotas, conectada a un ordenador y a un teléfono, no quedaban plazas libres en los vuelos que le convenían. O eso le dijo a Vigil. Era un alivio tener excusa para ahorrarse el viaje transoceánico, las horas muertas en aeropuertos laberínticos donde se habla en otras lenguas, las malas noches en lecho extraño, por no hablar del precio del billete y el hotel, precisamente en momentos en que alcaldes de derechas recién electos le estaban cancelando conciertos, denegando las subvenciones solicitadas y decretando en las radios silencio sobre su nuevo y combativo disco.

—Pensándolo bien, iba a ser más útil a la causa de la antiglobalización, y su testimonio sería incluso más llamativo, si permanecía en Barcelona y se unía al centenar de inmigrantes del África negra que se habían encerrado en la iglesia de la plaza del Pino.

Como tantos otros fugitivos de la miseria y las guerras tribales, estos «sin papeles» habían entrado en España clandestinamente, arrojando mil peligros, y tras varias semanas peregrinando por cunetas y descampados, llegaron a Barcelona, donde encontraron el apoyo y la hospitalidad del párroco de la iglesia del Pino, sacerdote enteco, melifluo, bondadoso, que les repartió mantas y sacos de dormir, se

pasaba las horas muertas observándoles desde la celosía del confesionario, emocionado de ver por fin su templo lleno a reventar, y se erigió finalmente en su portavoz ante la prensa, la policía y los curiosos que rondaban el portal. Los «sin papeles» no tenían o no habían sabido imaginar otro sistema de presión para asegurarse de que las autoridades no los enviarían de vuelta a casa que declararse en huelga de hambre; si el alcalde no satisfacía sus reclamaciones —derecho de ciudadanía y un empleo—, la llevarían «hasta las últimas consecuencias», es decir, a morir de inanición en el románico templo.

Cuando Fortún, con su vieja guitarra en bandolera y en compañía de su colega y ex amante la juglar Celeste (y su inseparable acordeón) entró en la pequeña, oscura, fría iglesia, ya hacía dos días que el encierro había comenzado y la atmósfera se podía cortar con un cuchillo. Al ver lo que ya antes hubiera debido imaginar: que la nave y las capillas laterales estaban atestadas de hombres de tez muy oscura, vestidos con monos y anoraks y con mantas sobre los hombros, a modo de abrigo, todos varones y ni una sola mujer, Celeste sintió aprensión, pero Fortún lanzó su magnífica carcajada, esa carcajada de marino de los siete mares que dice: «¡Sí a la vida!» porque ha vivido mucho, se ha chalado un poco, ya nada le sorprende pero todo le divierte, y ella, más tranquila, se puso a cantar, acompañándose de su acordeón, *El cóndor pasa*. Fortún la alentaba con una mirada cariñosa. Estaba contento y decidido a resistir algunos días. En el macuto llevaba varios frascos de vitaminas, Redoxon, Hidroxil, Ferritina, y dos botellas de JB, para ayudarlas a bajar. Mientras ella cantaba *Guantanamo*, empalmaba con *Los pajaritos* y a renglón seguido con *La respuesta está en el viento*, e iba encadenando canciones hasta agotar su versátil repertorio, él se preparaba para tomar el relevo preguntándose si aquellos compañeros subsaharianos entenderían o no el lenguaje metafórico de *El pastor se va a enterar*, ese himno generacional:

*Cuando la van a esquilar
bala la ovejita: ¡Basta!
Cuando la van a ordeñar
La vaca también muge: ¡Basta!
y hasta los toros de casta
se niegan a torear...
¡El pastor se va a enterar!*

Dos generaciones de jóvenes antifranquistas corearon esos versos y berrearon el estribillo (*¡El pastor se va a enterar!*) en conciertos clandestinos o tolerados a regañadientes; y ahora que son mayores, a veces, cuando la familia duerme, se levantan de la cama y en pijama, con un cigarrillo entre los dedos, mirando por la ventana la tranquila noche de la ciudad, escuchan en sus tocadiscos, muy bajito, la canción evocadora. Para Fortún es un fastidio cantarla en cada concierto desde hace veinte años; incluso alguna vez había sentido que se le cerraba la garganta y el alma

le caía a los pies cuando le reclamaban «¡La ovejita! ¡La ovejita!», pero en fin, uno se debe a su público. Nunca se sabe cuándo una canción va a calar, ni por qué gustaron tanto *El pastor se va a enterar* y *Mi abuelo me aconsejaba* (esa conmovedora evocación de un viejo republicano, derrotado en la guerra civil, que aconseja a su nietecito no te rindas jamás, sigue luchando por los mismos ideales, vendrá un mañana mejor; luego el abuelo muere y le deja en herencia un reloj de pared; y cada vez que consulta la hora, el nieto recuerda las palabras del abuelo y piensa que ya está más cerca el mañana mejor). O *No era esto, compañeros, no era esto*, esa cantinela levítica:

*No era esto, compañeros, no era esto
por lo que murieron tantas flores
por lo que lucharon mis mayores
por lo que grité mil canciones
por lo que tanto protesté y protesto:
¡No era esto! ¡No era esto!
El futuro que anhelamos,
la igualdad que reclamamos,
las huelgas que convocamos,
todo por lo que luchamos,
¡No era esto! ¡No era esto!*

En cambio otras canciones, las que más le había costado componer, ésas precisamente pasaban sin pena ni gloria. En la iglesia del Pino, tras unos tientos estimulantes a su arsenal farmacéutico, Fortún estaba dispuesto a cantarlas todas, el repertorio completo; al fin y al cabo aquella gente asustada y extranjera constituía un público diferente, virgen, sería interesante ver cómo reaccionaba. A lo mejor hacían coros o daban palmas, quizá entre las mantas y petates que cubrían el pavimento del templo guardaban algún instrumento musical autóctono, de aquella experiencia solidaria podían salir incluso algunas ideas musicales. La acústica del templo, desde luego, era magnífica. Y en el peor de los casos le quedaría la satisfacción de hacer el bien, y el ayuno forzado le ayudaría a recuperar su silueta, liberándola de esos kilos de más que durante los últimos años se le habían ido pegando a la cintura y que tan mal efecto hacían al final de los recitales, cuando en respuesta a los aplausos levantaba el puño, con un clavel rojo.

—¡Te pregunto que cómo va esa huelga! —gritó Vigil—. ¿Me oyes?

—¡Hola, sabandija! A ti sí que se te oye fatal.

—Es que tengo la boca llena. Marisco excelente. Langosta. Percebes. Gambitas a la sal, ¡huy qué buenas están!... Es broma.

—¡Ah, miserable! ¿Dónde demonios estás? ¿Dónde te escondes ahora que las cosas se ponen bravas?

La experiencia de permanecer en la iglesia con aquellos camaradas negros estaba

siendo tan interesante que había olvidado por completo la Marcha de la Dignidad y el viaje que tanto le preocupaba la semana anterior.

—¿Dónde voy a estar? En la plaza. Frente a la catedral. Con Augusto y con Colores, la mejor compañía. Viendo a la Historia en marcha. Ante un millón de hombres y mujeres que han dicho basta, como tu ovejita, y se han puesto en pie. Oye, es una lástima que no estés aquí, el ambiente te encantaría. Augusto, Colores, Mermel, Haas, Tronchon... todo el mundo se aloja en nuestro hotel.

—... ¿Viendo en marcha qué?

—La Historia, la Historia en marcha.

—... ¡La muy puerca!...

—Sí —Vigil recobró la seriedad—, a veces parece que por cada pasito adelante que da, retroceda otros dos: lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer.

—¿A qué leches viene ahora citarme a Gramsci? Yo no estaba maldiciendo la Historia, a quien maldigo es a la puerca de Celeste.

—Ah, ¿está contigo? Salúdala de mi parte. ¿Lleva consigo su inseparable acordeón?

—¡La muy...! ¿Es que no lo oyes? ¡Claro que está aquí, cómo iba a quedarse tranquilita en casa, ella siempre tiene que estar oliendo donde guisan!

—No, no lo oigo. Dime Fortún... ¿Siguen ahí los exvotos? Cuando yo era niño, muy cerca del ábside, a la izquierda del altar mayor, había un lienzo de pared cubierto de exvotos. ¿Los ves? Si los ha retirado, pregúntale al cura dónde...

—Al cura no lo he visto en todo el día. En cuanto a ella... Le tengo dicho que no se contonee y que no sonría, y sobre todo que no se muerda la lengua enseñando la puntita. Pero no puede evitarlo, sufre ese tic nervioso, tiene que enseñar la maldita lengua... Oye, Vigil, llevamos todo el día aquí y huele a chivo que tumba. Ya te imaginarás la tensión que se respira, entre el hambre, el encierro, y Celeste con sus sonrisas. Las caras de esta gente son un poema. De verdad que no las tengo todas conmigo.

—Sí, me hago cargo. —Imaginó, estremecido, a Fortún y Celeste, el uno con su guitarra, la otra con su acordeón, cantando a dúo canciones quejumbrosas a los macilentos inmigrantes; y a éstos sentados o tumbados sobre sus mantas pringosas, mirando a aquella rubia idealmente linda, grandota y sana, succulenta como la princesa de sus fantasías.

—¡Lo que faltaba! —Fortún lanzó una blasfemia—. ¡Un apagón! ¡Ahora nos hemos quedado sin luz!

A las llamas temblorosas de los cirios y de las bujías rojas del sagrario, los rostros de los encerrados debían de parecer más enigmáticos y amenazadores.

—No quiero dejarme llevar por el pánico —dijo Fortún—, pero estos tipos cuchichean entre sí y nos miran de una forma más rara... Yo creo que el hambre los está volviendo locos...

—Tranquilízate. Piensa un poco. Oye, sin ánimo de ofender a los compañeros

subsaharianos: ¿no te parece que Celeste debería salir del templo? Por nada del mundo quisiera incurrir en ideas sexistas, racistas o xenófobas, pero ¿no te parece que, dadas las condiciones objetivas, sería prudente? ¿Me oyes? Haz salir a Celeste.

—... Si no es eso lo malo. Lo malo es que anoche, uno de estos tipos me dijo que son caníbales... —dijo Fortún, con voz trémula.

—Oye, déjate de bromas —dijo Vigil.

—Que no, que no son bromas. Se ve que en su tribu se zamparon a más de un misionero. Parece que bien sazonados saben de rechupete. Un gusto parecido al del cachorro de antílope. Y a propósito, ¿te he dicho ya que desde ayer no se ve al párroco? —Lanzó una especie de grito susurrado—. ¡No! ¡No!

—¡Fortún! ¿Pasa algo malo?

—¡No se acerquen! ¡Atrás! ¡Atrás!... ¡Socorro!

—Oye, me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—¡No!... ¡No!... ¡Por favor!...

El alarido que lanzó Fortún fue tan fuerte y agudo que Vigil tuvo que apartar el teléfono de la oreja. Cuando volvió a acercarlo oyó una carcajada perversa y en el acto se cortó la comunicación.

Por fuerza tenía que ser una broma de mal gusto de aquel guasón alcoholizado, famoso y temido entre sus amigos por sus inocentadas. Era de todo punto imposible que una cosa así sucediese en Barcelona... Allí, como en el Cielo, no pasaba nada.

Mientras tanto, el Capitán se había sentado a fumar su pipa en las escaleras, tras cederle el megáfono a otro enmascarado que vestía una sotana descolorida, con los bajos harapientos, entre cuyos flecos asomaban unas botas militares. Se trataba de uno de los misioneros exasperados por la miseria de sus feligreses que cambiaron el cáliz por la metralleta Uzi. Hablaba de Jesucristo como el mayor inconformista de todos los tiempos, el más encendido revolucionario, crucificado por incitar a las multitudes a rebelarse, según cuentan los Evangelios en el pasaje del sermón de la montaña. Vigil se quedó ensimismado; volvió con la imaginación a la iglesia del Pino donde hizo la primera comunión en compañía de otros veinte niños, todos disfrazados de marinerito, todos con un misal blanco en la mano. La pared de los exvotos se adelantó desde el fondo de la memoria y ofreció a su análisis el espectáculo grotesco de brazos, manos, piernas y pies de cera, que cuelgan en montón pavoroso; desde las vidrieras los haces de luz irisada caen sobre los bancos, donde los marineritos aguardan el momento de comerse por primera vez la carne del Crucificado. Asociados a aquel rito de paso acudieron otros recuerdos infantiles. Una calle sombría del Chino, tan angosta que podías saltar desde tu balcón al balcón de enfrente. Y dentro del piso, también sombrío y angosto, el padre, encorvado sobre el teléfono: «Vigil, para servirle a Dios y a usted... Sí, Vigil... Por favor, póngame a los pies de su señora». Él, el hijo, el conocido escritor, le ha comprado un piso con calefacción central, luz natural y demás comodidades, pero llega demasiado tarde, el viejo vencido, ahora sombra chinesca, ya no se atreve a salir de su topera.

—*¿Não me entendes?*

—Ah, disculpa, Augusto. Estaba distraído...

El portugués se inclinó hacia él, mirándole con una pena infinita.

—*Você não está a perceber a importância da minha novela.*

—¿De qué novela me hablas?

Augusto abrió y cerró dos veces la boca, como si masticase, como un caballo, y luego dijo con deliberada parsimonia:

—Estaba hablando de mi humilde contribución al neorrealismo, estaba hablando de *Ida y vuelta*^[6]. ¿La has leído?

La brusca pregunta le pilló desprevenido, se sintió en falta.

—¿Ésa cuál era? —dijo—. Escribes tantas que las confundo. Refréscame el tema...

—*Ida y vuelta*. Se deja ver en la cara que pones que no la has leído.

A Vigil no le quedaba escapatoria. Se encogió, pidiendo clemencia, al confesar.

—Creo recordar... algo... vagamente... la leí. Pero hace tanto tiempo...

—Ya veo que dejó honda impresión en tu espíritu —dijo Augusto con mordacidad—. En esa novela gana el bien. ¡Claro que se trata de una ficción! ¿Has leído *El periplo del Porvenir*^[7]? ¿No? ¿Tampoco?

—Pues no, tampoco. Pero a qué viene este interrogatorio. —Vigil estaba molesto. ¿Con que Augusto no juzgaba necesario leer las novelas de Cóndor, pero reclamaba que él leyera las tuyas? Esa diferencia de rasero le pareció la prueba de una soberbia injustificable. Pero al darse cuenta de que su interlocutor tenía el semblante demudado y parecía muy dolido, se ablandó.

—... No te enfades, por favor. Tengo mala memoria, pero ya sabes que te sigo, que te voy siguiendo.

—Ta, ta, ta. No las has leído. Estaba seguro de antemano, sólo quería confirmarlo. —Cambió de tono, fingiendo ahora despreocupación—. ¿Sabes que hace tiempo que pienso en despedirme de la literatura? Sí, en jubilarme como escritor.

—¡Pero qué dices, con el bien que tus libros le hacen a la gente!

Augusto rechazaba los halagos negando con la cabeza. Quizá fuese que sentía el peso de los años, pero estaba llegando al convencimiento de que las grandes molestias que se tomaba no valían la pena. Él escribía tozudamente, concienzudamente, «novelas de ideas», así llamadas porque lejos de conformarse con entretener o emocionar al lector proponen ideas concretas sobre nuestra vida, de qué trata, e incluso cómo sería mejor... Cada una afrontaba alguno de los grandes problemas de nuestro tiempo: la explotación del ecosistema, la esclavitud del tercer mundo por el capitalismo globalizado, la alienación de las masas a través de la televisión y el trabajo mecanizado, la muerte de la ética y de los valores morales, sustituidos por un confort cada día más cínico y el entretenimiento más frívolo, el amor sustituido por la pornografía, la soledad creciente. Escribir cada una le llevaba dos años de intenso trabajo. Durante esos dos años no pensaba en ninguna otra cosa, no vivía más que para la novela, valoraba todo lo que le sucedía y todo lo que percibía en función de si podía o no transformarlo en material para la novela. Lo que le alejase de su escritorio le ponía de mal humor. En fin: al cabo de dos años, reventado de fatiga y de tensión, pero ilusionado, ponía el punto final. Le enviaba el manuscrito a Matilde, que al día siguiente le llamaba para decirle, invariablemente: «Es tu mejor libro, es lo mejor que has escrito nunca, me has conmovido, me has hecho reír y llorar, voy a intentar conseguir para esta espléndida obra de arte la atención que se merece, y le dejaré claro a los editores que se merece mucha, mucha atención».

—... Luego —siguió explicando, cansino y dolido—, la editorial trabaja con eficacia, se trata de un editor concienzudo, atento a los detalles, al papel, a la composición, a la imagen en la portada, etc. El libro ya está en la calle. A ti te ha llegado por correo un ejemplar, con mi dedicatoria, «A mi amigo Vigil, hermano y cómplice en tantas ideas, tantos combates, tantos congresos». La crítica dice que el

esfuerzo ha merecido la pena. Pero tú, tú no me lees. Eso me entristece. O sea, todo el proceso está bien, se lleva de forma profesional e inobjetable, salvo el último paso: que tú no me lees. Lo he hecho lo mejor que he podido, lo mejor que hubiera podido hacerlo cualquier hombre. Pero no te he convencido. No me lees. Voy de mi casa a la Academia, alguien me grita «Sigue, sigue, ánimo, maestro, tus novelas nos enseñan a pensar y a vivir y a soñar»...

—¿De verdad te gritan eso por la calle? —preguntó Vigil con desconfianza. El otro se encogió de hombros:

—Muy a menudo. Una vez me dijeron algo así. Pero ¿leerme tú, *Vigilzinho*? ¡Ca! No, no me lees, prefieres el periódico. Apartas a un lado *El periplo del Porvenir*, donde asumo riesgos, donde me juego mi pequeña reputación literaria para proponer una salida a este estado de espantosa confusión, de desánimo, de repliegue, de desmovilización en el que están hundiéndose las fuerzas progresistas desde que derribaron el muro... Apartas *Mensaje al mundo*, donde propongo (lo digo sin falsas modestias) una idea-fuerza capaz de proteger las conquistas del Estado del bienestar y donde renuevo, en la medida de mis pobres posibilidades pero con la mejor voluntad, el argumentario contra el fatalismo economicista... para leer el diario, incluida la tira cómica, el editorial y la página de deportes —soltó una risita en *stacatto*, sin alegría—, y relees tu propia tribuna, no sea que se haya colado alguna errata... Mientras tanto, yo escucho discursos que dicen que soy el orgullo de mi país. Dono mis manuscritos, mis documentos y mi correspondencia a la Biblioteca Nacional, con la única condición de que se conserve todo sin abrir hasta cien años después de mi muerte, para asegurarme de que sus revelaciones, algunas muy jugosas, sobre estadistas y poetas, no lastiman a nadie. El día de mi aniversario, el Presidente de la República me telefonea para felicitarme e interesarse por mi salud. Me dice: «¡Excelentísima eminencia, por desgracia no tengo tiempo para la literatura, los informes técnicos y las cuestiones de Estado me absorben hasta el último minuto, pero mi esposa le está leyendo a usted con profundísimo interés!». Vigil, ¿tú te lo crees? ¿Te lo crees?

—Pues... si un Presidente de la República lo dice, no puede ser verdad.

—Tampoco yo me lo creo. Ni el presidente, ni su esposa, ni ningún ministro, ni ningún subsecretario me leen. Pondría la mano en el fuego: ni el más ocioso de los jefes de negociado.

Por hacerle cambiar de tema, Vigil le preguntó a qué «idea-fuerza» se refería.

—Fundar una nueva religión —explicó Augusto, en tono de presentar una evidencia aplastante en la que absurdamente nadie había reparado—. Si el valor supremo de nuestro mundo, su característica espiritual más obvia, es la supeditación de todas las cosas al dinero y la fe ciega en él, que es la suprema abstracción en la cima de un orden dogmático, religioso... contra eso lo que necesitamos no son ideologías que tarde o temprano serán desmentidas por los hechos, sino una dogmática trascendente pero progresista, con muchos ritos bonitos y solemnes, con

una casta sacerdotal que se frustra y se sublima, con un sumo pontífice, con todo eso... Fíjate, aquí, donde estamos nosotros. —Un gesto de su brazo abarcó la plaza entera—. Tú estarás de acuerdo con que este movimiento insurgente de los indios y sus caudillos encapuchados, con todas sus limitaciones, su aventurerismo, su peligrosa espontaneidad, es la primera manifestación de una epidemia de descontento que se extiende por los cinco continentes y la señal de una nueva etapa en los movimientos de revuelta de izquierdas.

—Es cierto, éste es un momento fronterizo, decisivo...

—¿Y te parece una casualidad que esa nueva etapa empiece, precisamente, delante de una catedral? ¿No te parece más bien un síntoma clamoroso?

No tengo que invitarle nunca más a hablar en un simposio, pensó Vigil. Ya se ha rayado. Pero ahora había que seguirle la corriente.

—Supongo que lo primero que habría que hacer —dijo, titubeante—, es formar un equipo para redactar los dogmas, los mandamientos, los evangelios de esa nueva religión de izquierdas que tú dices que necesitamos.

—Y el primer mandamiento de esa religión... —intervino Colores, mientras abría el sobrecito de la cocaína y lo depositaba sobre la mesa: había decidido que no tenía por qué ocultarse en el cuarto de baño para ponerse a tono; si algún poli le llamaba la atención, le untaría con unos cuantos pesos y aquí paz y después gloria... Al que le apetezca que se sirva, hay barra libre... El primer mandamiento debería ser «Amarás y amarás y amarás»; porque como decía John Lennon, lo único que necesitas es amor.

—¿Y quién le ha pedido su opinión a nuestro ilustre musicante? —preguntó Augusto, con irónica solicitud.

Colores se bajó las gafas hasta la punta de la nariz para observarle. Tenía los ojos literalmente inyectados en sangre.

—*All you need is love* —repitió.

Dicho lo cual dio las hostilidades por terminadas calándose de nuevo las gafas y pulverizando meticulosamente la cocaína con la punta de una uña larga y negra.

—A propósito de amor... —dijo— esta madrugada, al regreso de los canales, resulta que la chica se había olvidado el álbum de autógrafos en mi cuarto, así que se volvió conmigo —se llevó a la nariz la uña cargada de polvo blanco. Augusto le observó mientras inhalaba, agitaba la cabeza, se apretaba las fosas nasales. Tenía rostro de patán, con la barba muy cerrada, la frente muy estrecha, la cabellera muy espesa para su edad, y el aspecto general, especialmente las uñas, le parecía repulsivo—. Al cabo de un nanosegundo estamos los dos desnudos como dos ranitas, la tumbo en la piltra y estamos empezando a... ya me entendéis, cuando se fija en el walkman, que estaba sobre la mesita de noche. Cuando salgo de viaje suelo llevarlo con unos auriculares dobles, es muy útil para discutir con músicos... Bueno, pues la chica y yo nos ponemos los auriculares, subo el sonido al máximo y entra en tromba en nuestras cabezas mi último disco, *La sirena de la fábrica*. Seguro que lo conocéis. ¿No?

Rasgueando la guitarra, se puso a tararear:

*Noche, vino, luna llena
Tus labios para besar.
A la orilla de la mar
Agoniza una ballena.*

Guiñó un ojo al rostro impávido de Augusto, y prosiguió:

*Tengo que dejarte, nena,
Ha sonado la sirena,
La jornada va a empezar.
Cuando me embargue la pena
Tendré algo en que soñar,
Noche, vino, luna llena.*

—Pues no, no la conozco —casi gritó Augusto.

—Oh, es una canción insignificante, la compuse en diez minutos —dijo un acorde final.

—Se nota —dijo Augusto.

—... Aunque ya se han vendido un millón de copias.

—La ponen todo el día por la radio —confirmó Vigil—. Todo el santo día. *Noche, vino, luna llena, el dulce rumor del mar...* —No le quedaba más remedio que oír esa canción y otras de la misma categoría en antesalas médicas, en toda clase de comercios, en metros y taxis, en ferrocarriles. Los gañidos amorosos y los reclamos salaces de una legión de analfabetos eran la banda sonora de su vida.

—Exacto, exacto —dijo Colores—. Bueno, el aparato del aire acondicionado se había estropeado y sudábamos como gorrinos, pero ahí nos tienes a los dos cabalgando, ella encima de mí, yo encima de ella, mientras por nuestros oídos entraba a toda potencia mi voz, mi música, mis canciones. No os podéis imaginar qué gozada es sentirte lleno de tu propia voz, oírte a ti mismo cantar mientras disfrutas de una chica guapísima sabiendo que ella también está poseída por tu voz y por tus versos... Os digo que fue un festival. Nos caímos de la cama a la moqueta y alcanzamos juntos el éxtasis oyéndome cantar aquello de...

Olvida a este vagabundo loco...

—En mi vida había encontrado un ente tan disoluto, sicalíptico y escabroso —masculló Augusto.

—Es tu mejor canción —dijo Vigil—: *Olvida a este vagabundo loco... búscate un hombre mejor... uno que te pegue poco... que no te duela su amor.* ¿Pero esto qué tiene que ver con la religión de izquierdas?

¿Cómo pueden no entender algo tan obvio?, pensó Colores. Estos tíos, mucho escribir y leer y comerse el coco, pero de la verdadera vida, de esa que él se bebía a

grandes sorbos, no sabían nada.

—Está clarísimo —dijo—. Os lo voy a explicar.

—No, no hace falta —dijo Augusto—. Se entiende, se entiende.

Estaban entretenidos en esta charla y desatentos a cuanto ocurría en la plaza, cuando cierta calidad anticlimática en el ruido ambiental, un perceptible relajamiento de la atención en la masa y una disposición al movimiento les avisó de que la concentración estaba concluyendo. Con la misma imprevisibilidad con la que aparecieron ante la catedral, el Capitán, el sacerdote harapiento y el cordón de centinelas habían desaparecido. Ahora dominaba el escenario la mudez pétrea de los santos del portal. La plaza se empezó a vaciar por sus esquinas como una gran bañera por desagües embozados.

«El gran acontecimiento acaba de suceder y es como si no hubiese sucedido», pensó Vigil. Los ataques de vértigo existencial que sufría con creciente frecuencia le dejaban en un estado de ánimo melancólico y abatido, y pensaba demasiado a menudo y con vana angustia en el tiempo perdido en la cárcel, hacía ya tantos años. Entonces le daba por pensar en las generaciones como en comunidades de lemmings, los roedores suicidas del Ártico que se despeñan en masa. Las personas pasaban por el escenario del mundo y luego lo abandonaban, como ahora el Capitán frente a la catedral, y antes que él, millones de personas que a lo largo de los siglos fueron gastando aquellos escalones y de las que ya no quedaba nada.

La función ha terminado, ¿qué quedará, pensó, de esta reunión de tantísimos hombres y mujeres, con su pasado lleno de sacrificios y su misterioso futuro? Un relato apenas, que él escribiría. Y hasta alcanzar esa meta, una gran agitación, un febril ir y venir. De vuelta en España, unas semanas más tarde, se enteraría de que después de escuchar el discurso de Capitán miles de personas que se habían ido sumando a la marcha para poder cruzar el grande y peligroso país y llegar sanos y salvos a la capital, se dispersaron en los arrabales y empezaron allí una nueva vida, en moradas de cartón o de uralita, no menos laboriosa y miserable que la que dejaron atrás. Otros, abrumados por la inmensidad de la megalópolis, por la dureza de sus calles al parecer infinitas y por la hostilidad de los ciudadanos, decidieron regresar a sus poblaciones en el linde de la selva, pero no sin tomar un desvío para detenerse en tal o cual ciudad y visitar a unos parientes a los que no veían desde hacía mucho tiempo; y así, durante días y semanas, grupos de andariegos y caravanas de coches, de camionetas o de carromatos tirados por animales cruzaron todos los itinerarios a lo largo y ancho del país, y en todas estas comunidades de ocasión se disolvió como azucarillo en el café la gran masa que los jefes guerrilleros habían reunido y conducido a la capital.

Pero ahora todavía buena parte de los congregados se mantenía en su sitio, dando vueltas sobre las mismas losas, renuentes a marcharse por las buenas y sin haber obtenido un resultado tangible de su peregrinación. No sabían qué se esperaba que hicieran en las siguientes horas, ni si sus jefes iban a dirigirles la palabra otra vez, en el caso de que salieran vivos del Congreso.

Vigil observó que podría llegar hasta el centro de la plaza por varios corredores expeditos, desde allí perforar la multitud, ya menos densa, en la dirección que prefiriese, y alcanzar con cierta facilidad cualquier área. Quizá ahora podría reunirse con Lupita. La buscó con los prismáticos. Vio a un orador que peroraba de pie sobre una caja de frutas y había logrado interesar a unas pocas personas; ¿de qué hablaría tan acaloradamente? De algo trascendental, que unos metros más allá carecía por completo de interés. Más a la derecha un grupo mucho más nutrido había formado un corro y se cantaban canciones... En otro punto vio alzarse sobre las cabezas, volando muy alto, los bolos de un equilibrista, y luego caer. En el semicírculo que habían formado sus espectadores descubrió a Mermel: la chaqueta arrugada, con un desgarrón en el hombro, despeinado, el rostro empapado en sudor y contraído en una mueca de rabia diabólica, miraba a izquierda y derecha y pugnaba por colocarse precisamente allí donde la gente estaba más apretada...

Hasta la tuna se había presentado: unos muchachos con guitarras y laúdes y sus características capas negras con cintas de colores; el más lanzado daba saltos agitando la pandereta, y otro pasaba la gorra.

Pero de Lupita, con sus ojos negros y profundos, no quedaba ni rastro.

Entre los porches de la pared de enfrente se había instalado un tinglado donde se representaba una pantomima sobre la perfidia de un ricachón (a juzgar por la chistera) que pretendía casarse con una chica india, pero ella desdeñaba su acoso y sus ofertas matrimoniales, pues adoraba a un joven y atractivo campesino... Luego aparecía un guerrillero enmascarado y pateaba al de la chistera... El movimiento de la multitud fue perfilándose, tomando dirección. Torcidas columnas sorteaban los grupos inmóviles y los tenderetes de comidas que obstaculizaban el paso y se dirigían hacia alguna de las salidas. Una de estas corrientes desfilaba junto a hotel Savoy. El caudal humano al pasar se apoyaba contra la tarima de la terraza y hacía crujir el maderaje. Sobre el pasamanos de la baranda asomaban unos rostros llenos de curiosidad, y otros inexpresivos, atontados por la fatiga; y de vez en cuando un par de ojos negros y brillantes contemplaban a los huéspedes en sus butacas de mimbre con verdadera admiración, con asombro de descubrir la existencia de seres tan atildados, tan cómodamente instalados, tan bien servidos por Wilbur, afortunado hermano de raza por quien muchos se cambiarían sin pensárselo dos veces. Aquellos extranjeros eran la prueba de que la vida amable no siempre se esconde tras altos muros y cinturones de sicarios armados, en espacios inaccesibles, sino al contrario, estaba cerca, al alcance, por decirlo así, de la mano.

Colores acariciaba las cuerdas de la guitarra y ronroneaba ensimismado; Vigil y Augusto devolvían las sonrisas a aquella gente que iba pasando y les dedicaba miradas curiosas, y hasta saludaban agitando la mano, como cordiales astros del cine a la entrada de un festival, aunque observando con aprensión la baranda que crujía y temblaba como si de un momento a otro la presión de la multitud fuera a arrancarla de cuajo. De aquel fluido se destacó una señora de mediana edad, con gafas redondas,

que le aseguró al portugués:

—Usted es Augusto.

—Me temo, señora mía —apretó las manos igual que cuando pedía al público de alguna sala de actos que no le quisiera tanto— que sí, soy ese Augusto, qué le vamos a hacer.

Ella abrió los ojos como platos:

—¿Y por qué habría que hacerle nada? He leído todos sus libros —tenía un acento de amor fanático y urgente, porque la estaban empujando y apenas podía mantenerse asida a la baranda—. ¡Todos! ¡Qué bien nos entiende a nosotras, las mujeres! Usted, para mí, es Dios.

Dicho esto, se dejó arrastrar por la masa y desapareció de la vista, agitando la mano en alto en señal de despedida. Augusto se sintió reconfortado; sólo por vivir aquel instante de comunión platónica con la desconocida (¡todos sus libros!) ya había valido la pena someterse a las incomodidades del viaje, el día bochornoso, las groserías del «musicante». Todo lo dio por bien empleado. Y durante largo rato le pareció seguir viendo a lo lejos los dedos de la mano agitándose todavía por encima de las cabezas, borrosas en la bruma de su miopía. En el mismo exacto lugar donde esa alma gemela, ese ángel, le había declarado su admiración, un joven se agarró a la baranda y gritó: «¡Colores, Colores!». Éste levantó la cabeza, alzó las cejas.

—¡Dales caña, Colores! ¡Caña a los ricos! ¡Y a los polis! ¡Eres chido!

El cantante le dirigió un gesto afable.

—Lo absurdo de la fama es que es un malentendido —le comentó a Vigil—. Yo no compongo mis canciones para dar caña a nadie. Yo lo que quiero es aportar belleza al mundo y pasar un buen rato, y nada más...

—¡Eh, Colores! —Desde la baranda, aplastado contra los barrotes, ahora le observaba una cara hosca; de repente, como si se le hubiera disparado un mecanismo, gritó:

—¡Burgueses, comemierdas!

No daban crédito a la existencia de aquel súcubo que parecía surgir de un sueño y que con lentitud de sueño se echó hacia atrás para tomar impulso, y proyectándose de inmediato hacia delante hasta topar con los barrotes, les lanzó un escupitajo. Colores no se inmutó al recibir el impacto en la mejilla: en los conciertos de sus inicios se había acostumbrado a sufrir la agresión de públicos catetos, alérgicos a su poesía urbana y a su indumentaria abigarrada, adquirida en mercadillos londinenses. El pago de sus emolumentos compensaba esas humillaciones que le habían dejado sobre la ceja izquierda el recuerdo de una cicatriz. Gajes del oficio, de la fama. Notaba deslizarse la saliva por su mejilla.

—¡Wilbur! —llamó.

El camarero acudió agitando la bandera blanca de una servilleta y abominando de la juventud de hoy día.

—Miedo me da que alguno de mis nietos salga así —dijo—. Por eso me empeño

en proporcionarles estudios, cueste lo que cueste.

—Me parece que esto está lleno de fascistas parapoliciales —le interrumpió Augusto—. Esto ha concluido, ¿no sería más prudente seguir los acontecimientos por la tele, disfrutando de ese adelanto formidable que es el aire acondicionado?

—No sé. Me gustaría —dijo Vigil— hacer algo práctico por esta gente. Algo, aparte de escribir. Algo tangible.

—Yo apporto también una sustancial contribución económica —puntualizó Augusto—. Contribuyo a financiar un ambulatorio—. Desgrava en Hacienda, pero es dinero.

—Pues yo le voy a dedicar una canción a los guerrilleros —dijo Colores—. Una canción sobre la íntima soledad del revolucionario en una sociedad alienada y hostil. Una canción protesta, como las de antes, pero con marcha. A ver qué les parece esta rumba, mis cuates...

Carraspeó, ajustó un par de clavijas, y acariciando las cuerdas, bisbiseó:

*¿Me recuerdas? Soy aquel
Hombre derrotado y triste
Con el que anoche dormiste
En la cama de un hotel...*

—¿Qué tiene que ver el Capitán con esos versículos? —se escandalizó Augusto—. Eso que nos ha cantado nuestro ilustre maestro musicante paréceme otra canzoneta narcisista como hay miles.

Vigil asintió, con una sonrisa benigna:

—A mí me parece que más que sobre la guerrilla, la canción va sobre la fan que fue contigo a los canales.

—Es que para mí —se defendió Colores— la revolución bien entendida comienza por uno mismo. El compromiso social lo entiendo desde la subjetividad, a nivel de individuo... en base a sus propios sentimientos...

—Qué majadería... —suspiró Augusto—. En tiempos de Lenin le hubieran fusilado por aventurerismo irresponsable. Pobre revolución... Ya no aguanto más, me estoy abrasando.

Y anunció su inapelable decisión de entrar en el hotel de inmediato, pero no se decidía, porque temía el momento de encontrarse solo en su cuarto. De pronto reparó en el tipo con gorra verde que les observaba con insolencia desde la baranda.

—Y usted, ¿qué mira?

También Vigil se fijó en el individuo de la gorra con logotipo de Greenpeace. Le sonaba su rostro largo y delgado, presidido por una nariz aparatosa y la mirada dura e inexpresiva. ¿Pero de qué podía sonarle? ¿Cuándo había tratado él con semejante rostro de criminal?

—Soy Paco —dijo.

Como Vigil hacía esfuerzos por reconocerle, le aclaró:

—Paco, el de Bilbao. ¿No te acuerdas de mí? —La voz era átona, perezosa—. Hace tiempo, en Barcelona, nos vimos un par de veces. Te pasé mi libro.

—¡Paco! ¡Qué bien! —con una especie de entusiasmo temeroso, Vigil se inclinó hacia delante para tenderle la mano a través de la baranda; el otro, después de unos instantes de vacilación, se avino a estrecharla como si condescendiese a algo desagradable.

Vigil recibió aquella muestra de rechazo casi con gratitud. Algunas veces, en el curso de los últimos años, durante ciertos viajes de degustación a los que le invitaba una sociedad gastronómica de Bilbao, y también cuando leía la noticia sobre el estallido de una bomba o sobre el asesinato de un periodista, un concejal o un policía, en fin, cuando el País Vasco le venía a las mientes, se había acordado de Paco y se había reprochado el trato que le dio.

Este reencuentro casual le brindaba una ocasión excelente para reparar aquel entuerto, zanjar deudas y quitarse de la conciencia a aquel hombre que al fin y al cabo era hijo del pueblo como él y no tenía culpa de no ser inteligente. Ahora lo único que Vigil tenía que hacer era ser extremadamente amable durante un rato.

—Wilbur, marchando un trago para el señor. Anda, Paco, sube a sentarte con nosotros y cuéntame qué es de tu vida. ¿Qué haces por aquí? ¿Has venido al mitin?

—No, si te parece pasaba por aquí buscando el jai alai —respondió, desabrido pero sin énfasis. Miraba de soslayo, con expresión malhumorada; parecía a punto de soltar los barrotes y dejarse arrastrar por la corriente humana, pero Wilbur dejó sobre la mesa de Vigil una copa de cerveza, y esa copa escarchada y tentadora le hizo cambiar de opinión; abriéndose paso a pura fuerza hasta los escalones laterales, sin consideración por la gente, a la que empujaba y daba codazos, subió a la terraza. Sí, se dignó a aclarar sentándose en la butaca que quedaba libre en la mesa de Vigil, de espaldas a la plaza, por supuesto que había venido al mitin del Capitán.

—Estos señores son Augusto y Colores. Aunque supongo que ya los habrás reconocido. —Vigil agregó en tono irónico—: Aquí estamos los tres en misión de «vigilancia revolucionaria».

—Mucho gusto. Yo soy Paco. Sí, las canciones de Colores molan.

Al oír su nombre, el trovador levantó la vista de la guitarra; echó un vistazo al desconocido que se estaba bebiendo su copa, supo que alguien con aquel aspecto —la camiseta, el chaleco y la narizota— no podía ser persona de importancia ni

proporcionarle diversión de ninguna clase, murmuró un «hola», reclamó por gestos más trago, y siguió rumiando su canción.

—*En la cama de un motel. En el Desperado Hotel.*

—¿Así que el señor también es miembro de la cofradía de los locos, de la infame turba? —preguntó Augusto con el tono engolado que a él le parecía de amable complicidad.

—¿Qué cofradía es esa? —respondió Paco con desconfianza.

—Quiero decir que usted también es escritor, ¿no? ¿Qué clase de libros escribe? ¿Ficción, ensayo?

Paco hizo un ademán de rechazo.

—Escribí ese libro. Y la verdad, no era peor que tanta morralla como se publica. —Pero la literatura ya no le interesaba, ahora se dedicaba a la vida real. Marketing, exportación...

—Interesante —murmuró Augusto, y se desentendió de él, recobrando su pose erguida y patricia. Qué fresco estaría ahora mismo en su habitación, pensó, con el aire acondicionado a toda potencia, el ordenador portátil, el teléfono para hablar con su esposa, y una novela de Hermann Broch... en vez de aguantar a tanto mediocre y tanto impertinente.

—Oye, el teléfono de Cecilia, ¿tú lo tienes? —Paco se dirigió a Vigil—. Yo es que hace años que la he perdido la pista. Me gustaría...

—Oh, tampoco la veo desde hace mucho tiempo —respondió evasivo.

—... llamarla un día, restablecer el contacto.

—Se casó con un canadiense que hace negocios y creo que viven a las afueras de Vancouver.

—Ah... Vancouver...

—Es lo último que supe de ella. Creo que ya tienen un par de pequeños policías montados del Canadá.

Paco no entendió la broma. Está claro, se dijo Vigil, que los años no le han mejorado, al pobre. Sigue siendo un simplón pero ya no es ingenuo, ahora tiene reproches que hacerle al mundo, cuentas por cobrar.

Mientras Paco daba sorbos a su bebida —hacía primero unos buches, como si se enjuagase la boca— decidió que no debía desperdiciar aquella oportunidad que se le presentaba de prestarle un servicio. Le acercó la pluma y el cuaderno.

—Apúntame tu número de teléfono, y en cuanto llegue a Barcelona buscaré el de Cecilia y te lo pasaré.

Paco se puso a escribir concienzudamente, y Vigil le preguntó si se alojaba allí, en aquel hotel.

—No, en otro.

—Ah, ¿en qué barrio?

—Bueno... uno, hacia allí —con un ademán vago sugería lejanía, o quizás era que se avergonzaba de su alojamiento.

—Bueno, pues haces bien porque este hotel, el Savoy, es un timo: el más caro de toda la ciudad, con diferencia.

Paco marcó una pausa para otro ruidoso sorbito.

—Bueno —pellizcó la visera de la gorra—, yo me lo monto, más o menos. Papeo gratis en el restaurante de unos colegas. Y billete y estancia corren por cuenta de la empresa.

Vigil supuso que esa «empresa» sería alguna ONG, una de aquellas entidades a las que consideraba con simpatía desdeñosa, porque su praxis y sus valores estaban más cerca de la caridad cristiana, la compasión y la misericordia que de los ideales de solidaridad, justicia y venganza que animan al verdadero revolucionario.

—Así que sigues metido en ese mundillo. Muy bien, muy bien. ¡Pero esta vez que no se te ocurra ponerte a ocupar fincas! —dijo en tono zumbón.

—Descuida, tío, he madurado.

—Y aparte de eso, ¿te ganas la vida? ¿Sales adelante? ¿Estás bien? —¿Podía preguntarle si necesitaba alguna clase de ayuda? Ah, pero según cual fuese la respuesta sería volver a empezar desde el principio.

—Estoy como estoy —dijo Paco—. Bueno, se me han perdido unos colegas. Aparte de eso, bien. Pero a ti sí que te va bien, ¿eh? Te vi un día en la tele.

Vigil emitió una risita de compromiso.

—Hombre, sí, la televisión me da bastante la lata. Piensa que *Cóndor* se publica en quince países.

Paco pareció alegrarse torcidamente.

—Cómo se ve que la globalización también tiene sus cosas buenas. Fíjate que cuando nos conocimos no se me ocurrió... no me imaginé que llegarías a... —sacudió la cabeza—. ¡Si hasta yo he leído una de esas novelas tuyas! Te estarás forrando, ¿no?

—Hombre... Pues... sí, sí, algún dinero entra... —A Vigil no se le ocurría cómo cambiar de tema y presentar sus excusas por aquella ofensa menor y ya vieja, pero ni olvidada ni perdonada, como revelaban su propia desazón y la actitud de su interlocutor, susceptible y rencorosa; al margen de eso no tenía nada que decirle ni le interesaba nada de lo que él pudiese contarle. Le doy conversación quince minutos más, decidió, cuando llegue a Barcelona le envío el teléfono de Cecilia, y después de estos dos pasos consideraré la deuda saldada.

—Desde luego, es paradójico que el primer detective comunista y libertario de la literatura criminal obtenga tal éxito en los países capitalistas.

La expresión de Paco, con los ojos entornados y las cejas en alto, proclamaba una filosófica indiferencia hacia esta clase de paradojas.

—Te estarás poniendo amarillo de ganar dinero —insistió monótonamente, pero con una punta de maligna satisfacción, como si le encantase haber descubierto en su interlocutor un vicio oculto, un secreto de familia del que pudiese sacar partido.

¡Qué diablos, no hay nada de qué avergonzarse!, pensó Vigil, he trabajado muy

duro para conseguir lo que tengo, no me han regalado nada.

Había olvidado lo irritante que Paco podía llegar a ser. Se volvió hacia Augusto.

—Y ahora viene lo del cine. Polanski quiere adaptar *Muérete, querida* —le dijo—. ¿No te lo había contado?

Augusto dio un respingo.

—No, no me lo habías dicho.

—Pues sí, Matilde está negociando los últimos flecos con la Twenty Century Fox. —De joven, agregó, aquella perspectiva le hubiera emocionado, ahora sólo sentía una especie de curiosidad, era una lástima que las cosas siempre llegasen cuando uno ya no las disfrutaba.

—Bueno, yo en tu lugar me lo pensaría dos veces antes de firmar con Polanski —dijo Augusto—. Como artista está acabado. Y dicen que rodar con él trae mala suerte. Es gafe.

¡Ah, qué viejo mezquino y envidioso! ¡Con que a su mujer le había gustado *Cóndor*! Decidió darle otro disgustillo:

—... Y hablando de la tele... Televisión Española quiere hacer una serie, doce capítulos más uno.

Pero se arrepintió de estas palabras porque Augusto respondió con una risita; y para peor, Paco lanzó un silbido admirativo y a continuación exclamó: «¡La de pasta que supondrá eso!». Vigil le encaró para explicarle que en el fondo el éxito no cambia nada en la vida de los escritores, porque todos, por ejemplo Augusto, o él mismo, alcancen la celebridad o malvivan ignorados, siempre hacen lo mismo: estar sentados a una mesa, volcando palabras de la mente al papel, durante horas y horas, y así todo el día, y a la mañana siguiente vuelta a empezar. Tiene algo que ver con la locura. Bien mirado, se trata de una psicopatología prestigiosa.

Paco agitó una mano, aventando esas ideas sin importancia:

—Ésa es la regla del tres —dijo—. La televisión. Cuando una novela mola, la pasan por la tele. No falla. La regla del tres.

Augusto soltó otra risita.

—Pero cuidado, a ver a quién eligen para tu detective —siguió Paco—. Que no te cuelen a alguien estilo Harrison Ford. Diles que mejor estilo Val Kilmer, que está más cachas y es más joven. Ese personaje tuyo, si no recuerdo mal, es un amargao pero se liga a unas jacas imponentes, ¿no? Las vuelve a todas locas y él se deja querer un rato pero pasa de ellas, porque es un amargao. Bueno, pues a alguien estilo Harrison Ford esas jacas lo dejarían en los huesos en diez minutos. En cambio Val Kilmer se las merienda de dos en dos.

Pilló con los dedos la rodaja de limón en el fondo de la copa y se puso a chuparla, con aire soñador.

—... claro que... no creo que a las tías de verdad les vaya ese rollo de amargao y sabihondo, pero en la novela quedaba guapo, muy intenso. Te lo digo en serio.

—Me alegro, me alegro infinito —suspiró Vigil.

Augusto acudió al rescate:

—Escucha, Vigil, la compañía es grata pero el sol implacable, yo abrásome. Cedo al instinto de conservación, voy a recluirme en mis aposentos. ¿Por qué no me acompañas? Nos vamos a enterar de lo que suceda en el Congreso mejor que aquí exponiéndonos a una insolación.

Vigil recogió la pluma y la libreta, la cámara de fotos, el móvil, los prismáticos, y lo fue distribuyendo todo por los bolsillos de su guayabera y su pantalón; finalmente recogió la mochila.

Colores declinó acompañarles, prefería seguir rumiando sus versos cojos sobre el hombre tristísimo y abandonado en el hotel.

—Paco, ¿nos disculpas, verdad? —dijo Vigil—. Me he alegrado mucho de volver a verte. Pero tú quédate el rato que quieras. Wilbur te servirá lo que te apetezca, cárgalo a mi cuenta.

—Tu número de teléfono —exigió Paco—. Dame tu número de teléfono en Barcelona.

La plaza seguía vaciándose. Vigil le entregó su tarjeta de visita y siguió al portugués, que ya alcanzaba el fresco vestíbulo.

Merodeaba por el vestíbulo un hombre robusto y trajeado con ostentación, de unos 30 años de edad, con el cabello reluciente de brillantina y un walkie-talkie en la mano, dirigiendo al equipo de guardias armados con fusiles de repetición que había contratado para hacer frente a posibles asaltos y echar a cualquier indio harapiento que quisiera colarse en su hotel. El gran temor de Barcenilla era que cien o doscientos de aquellos peregrinos que atronaban la plaza entrasen en tromba y se derramasen por los pisos, forzasen las puertas de las habitaciones y no fuera posible echarlos antes de que desvalijasen y pasaran a degüello a algún que otro cliente. Cosas así no eran en absoluto imposibles en aquel país de locos donde Barcenilla aún tenía que hacer méritos durante un par de años más antes de ascender al Área Europa. Gracias a Dios la jornada estaba transcurriendo sin contratiempos, ya iba cuesta abajo y él había recobrado la tranquilidad. Cuando vio entrar en el recibidor a los dos acalorados novelistas se abrió paso entre un grupo de ejecutivos extranjeros que discutían la conveniencia de aprovechar ahora que los ánimos en la plaza parecían calmados para, saliendo del hotel de una vez, lanzarse a los negocios de compraventa que allí les habían traído y la zona de los divanes en la que algunas muchachas en minifalda oteaban la llegada de clientes de mediodía mientras fingían dar sorbitos a sus refrescos, se plantó ante ellos, se presentó como Barcenilla, gerente del hotel, y les preguntó si lo encontraban todo a su gusto. Sí, le respondieron, todo de maravilla, pero ahora que se lo preguntaban, Augusto se percataba de que no, algo no estaba bien:

—Ese pobre camarero suyo —dijo, cariacontecido—. Paréceme que no tiene ya edad para andar sirviendo mesas, y menos aún bajo este sol candente, este sol de justicia.

Vigil asintió: ya hacía años, dijo, que debía de haber cumplido la edad de jubilación.

—¿Ah, se refieren a Wilbur? —preguntó alegremente Barcenilla—. Sí, andará por los ochenta. Entiendo que su estampa no hace un gran efecto, pero no me resigno a echarlo; total, nos cuesta un dólar al día, y dónde va a estar mejor que aquí el viejo Wilbur. Lejos del Savoy se mustiaría.

—¿Un dólar? —Vigil y Augusto se tensaron como cables.

—Bueno, almuerzo incluido, y además están las propinas. Para un indio no está nada mal.

—Se deja ver que no tiene usted corazón —dijo Augusto con desdén helado, olímpico—. Sepa que yo estoy con ellos. Soy uno de ellos. ¡Yo también soy un indio, un descamisado!

—Señores, piensen que aquí, en Tierras Calientes, las cosas se ven de otra manera... Aquí...

—Aquí, y allí, y en todas partes, esto tiene un nombre —dijo Vigil—: esclavismo.

A renglón seguido exigió el Libro de Reclamaciones.

A Barcenilla se le caía el mundo encima pero acertó a decir:

—Señores... cómo no, señores. Lamento... Acompañenme a recepción... —Y mordiéndose los labios, sabiendo que en aquellos instantes se iba al demonio un año entero de buenos informes y méritos para ascender en el escalafón y que su traslado al prometido paraíso del Savoy-Viena se posponía hasta quién sabía cuándo, pero negándose, por un prurito de orgullo, a pedir clemencia, Barcenilla entregó el Libro de su Destino, se apartó y le dio la espalda a los dos escritores justicieros, que pasaron unos minutos llenando una página con recriminaciones al principio indignadas, luego cómicas e hiperbólicas: «clama a los cielos», «abuso intolerable», «un pobre anciano», «esclavismo».

Firmaron con muchos arabescos y se metieron en el ascensor. Su complicidad en aquella causa justa, en aquella batallita ganada contra el Racismo, la Xenofobia y la brillantina les había acercado, disipando los recelos de la mañana. Augusto ofreció su cuarto para seguir las noticias, charlar y eventualmente tomar un tentempié, y Vigil aceptó. Le convenía relajarse, dijo; el tipo de la terraza le había sacado de sus casillas. Era un pelmazo.

—Ah, sí, es de una estupidez sinfónica —asintió Augusto—. Con esa arrogancia injustificada. Y ese aspecto de *maquereau* de provincias. De ludópata de tragaperras. Por no mencionar esas canciones tan vulgares, que sólo pueden complacer a una sociedad con el sentido estético y poético corrompido hasta el tuétano...

—¿Hablas de Colores? Colores es un elemento político valioso. Eres injusto con él, le juzgas sin conocerle —protestó Vigil—. No te diré que sea muy inteligente pero siempre se puede contar con él para firmar un manifiesto, acompañarte a la cabeza de una mani o agitar un mitin con sus canciones. Comunica muy bien con la masa. Pero no, yo me refería a Paco, el de la gorra de Greenpeace. Es más fuerte que yo, no lo soporto.

—Bueno, está claro que tampoco él te aguanta a ti —entraban en su cuarto y Augusto saludó con un suspiro de alivio la atmósfera fresca, el sillón que parecía abrirle los brazos y el ordenador tranquilizadamente abierto sobre el escritorio—. De hecho te odia. ¿Preparas tú algo de beber?

Vigil sacó de la nevera unas botellas de cerveza y llenó dos vasos:

—Hombre, entiendo que un poco de rencor me lo guarde, pero de ahí a odiarme...

Augusto sonreía, feliz en su butaca:

—¿Pero tú de dónde sacas a estos elementos?

Vigil reflexionaba. ¿De verdad Paco le odiaba? ¿Le odiaba? ¿A él? ¿Pero si a él todo el mundo, menos cuatro fachas y tres pijos, le quería!

—Es una historia que tiene su miga —dijo—. Sucedió hace unos años, a finales de verano. Fue una época horrorosa. Yo estaba sometido a una presión casi insoportable y no disponía de un minuto libre: mi hermano había muerto y yo tuve

que encargarme de las exequias, del entierro, de buscar apoyo psicológico para mi padre, en fin, de todo ese espantoso trastorno; además, había tenido que redactar una ponencia para que el secretario general del Partido la leyese durante el congreso...

—Te comprendo, sé lo que se siente —dijo Augusto, apoyando la mano sobre el corazón—. Yo he perdido a mis padres, y piensa que se me fueron el año antes del premio. ¿Te das cuenta? Fue de unos meses que no se enterasen de que me daban el Toisón.

—Sí, qué lástima —dijo Vigil—, seguramente se hubieran ido mucho más contentos.

Qué le vamos a hacer, decía el amplio gesto de Augusto.

—En fin —prosiguió Vigil—, de todo eso tenía que encargarme y todo eso lo tenía que escribir mientras despachaba por fax y teléfono con mis traductores al alemán, finés y serbocroata, que me bombardeaban con sus dudas sobre el léxico del personaje del «Asuquiqui», el confidente que aparece en *Cóndor en problemas*, que es gitano y habla en una especie de caló-catalán muy gracioso... pero cada consulta de cada uno de ellos me llevaba media hora de teléfono. Para colmo estaba a punto de expirar el plazo de entrega de mi nueva novela, para la que me habían prometido un premio literario muy goloso. Tenía redactadas las primeras cien páginas, y sabía ya por qué habían matado al taxidermista y quién era el asesino y cómo iba a descubrirlo Cándor mientras el inspector Cerdosa, confundido y torpe como siempre, arrestaba a la madre superiora de un convento de hermanitas de la caridad. ¡Un buen golpe de humor! Pero aún quedaban cien páginas por escribir y necesitaba trabajar durante quince días sin sufrir interrupciones, de manera que había cancelado mi participación en algunos debates en la radio y la tele, y hasta renuncié a un viaje al que me habían invitado... En fin, había suspendido, aplazado o cancelado todos los compromisos profesionales y familiares salvo las tribunas en la prensa; me encerré en la redacción de *Estrella Roja*, un sótano donde no llama nadie ni hay quien te moleste. Llevaba allí una semana trabajando a buen ritmo y calculaba que aún tenía por delante otra igualmente intensa, cuando suena el teléfono. Descuelgo. «Hola, Vigil», me dice esa voz cachazuda, sin acento, como de zombie. «Hola Vigil, soy Paco». ¿Paco? No sé, no te conozco. «Soy Paco —repite—, y te llamo de parte de Cecilia». Esta Cecilia es una amiga que vive fuera, nos vemos de pascuas a ramos. Paco me dice: «Cecilia me ha dicho que estás muy bien conectado en el mundo editorial, que conoces a todo el mundo y que de hecho, bueno, eres escritor. Yo he escrito una novela, quisiera que la leyese y que me diceses tu opinión, y si te mola, en fin, si te parece que es publicable, lo que querría es que me recomendases a algún editor...».

—¡Ah, en estos casos hay que negarse siempre! —dijo Augusto.

—¿Por qué? En principio, me gusta ayudar a los escritores noveles, a los jóvenes prometedores; si tienen talento de alguna clase y puedo ahorrarles la dureza y la dificultad de los primeros pasos, ¿por qué no?... Sólo que éste no podía llamar en un momento más inoportuno. Le pedí que demorásemos un poquito nuestro encuentro,

que al siguiente mes podría dedicarle toda mi atención. Pero él no podía esperar tanto: al cabo de tres días sin falta tenía que estar en Bilbao. Así se hundiera el mundo, el jueves él tenía que estar en Bilbao. ¿No podía yo hacer un esfuerzo y dedicarle mañana un ratito, ni que fuera media hora?

—Y podías, claro.

—Pude. Quedé con él. En Canaletas a las doce. Allí esperé mientras pasaban turistas, trileros y gandules, orates de todo color y procedencia, pero ni rastro de un tipo con un manuscrito bajo el brazo. Esperé diez, quince minutos impacientes, y cuando ya había decidido largarme y me encaminaba hacia la boca del metro, volví la cabeza y vi llegar, Rambla arriba, muy lento y relajado, a un tipo que empezaba a dejar de ser joven y que llevaba bajo el brazo un mazo de papel con toda la pinta de ser un manuscrito. Ay, en cuanto le eché el ojo comprendí que me había dejado enredar, que me las veía con un escritor pésimo, un juntapalabras, un emborronador de cuartillas.

—¿Por su aspecto lo adivinaste? —preguntó Augusto—. Es cierto que cara de intelectual no tiene...

—Iba en pantalón corto y camiseta estampada con un lema antinuclear. Vale, un tipo concienciado. Pero lo que me escamó fue su calzado. Esas zapatillas de tenis de la casa Victoria, sin cordones y con la lengüeta levantada, son toda una bomba semántica. ¿Conocisteis en Portugal las zapatillas Victoria? A mí me disgustaba su blandura, esa manera de llevarlas con el talón plegado, a modo de pantuflas; el que las calzaba proclamaba: «Estoy inerme, no voy a luchar ni defenderme, estoy seguro de que el mundo será clemente con mi pachorra». Eran menos un calzado que una bandera de rendición incondicional, signo de gente que viene a visitarte y se sienta en el suelo usando el sillón como respaldo, gente anarcoide, en el fondo inofensiva y fácilmente recuperable por el sistema...

»Nos saludamos, le pedí el manuscrito, me lo puse bajo el brazo, decidido a volver corriendo a la redacción, pero la curiosidad pudo más y eché una mirada a la primera página, donde podría leer el título, que suele ofrecer un primer dato orientativo; allí, confirmando mis peores augurios, decía:

«CONXITA»

por Pako

—¿Éste es el título? —quiso asegurarse Vigil—. ¿La novela se llama *Conxita*?

—Pues sí... —dijo Paco—. Claro que si no te gusta se puede cambiar.

—No se trata de que me guste o no me guste. Pero oye, ¿Tú firmas Paco? —Vigil estaba asombrado—. ¿Ése es tu *nom de plumme*?

Paco se encogió de hombros y ladeó la cabeza, visiblemente incómodo.

—No, si a mí tampoco me hace ninguna gracia —dijo—. Cuando se publique... en fin, si se llega a publicar, la firmaré con mi nombre completo, como Dios manda.

Lo que pasa es que mi hermana pasó el manuscrito al ordenador y se gasta estas bromas tontas...

Ya estaba dicho casi todo. Raro sería, muy raro, pensó Vigil, que a aquel título y aquella firma correspondiese un libro recomendable. Aun así, le invitó a tomar un café, con ánimo de sondearle sobre su formación y conocimientos. Quizá pudiese buscarle algún empleo como corrector o traductor.

Ya en la cafetería Moka le preguntó por sus escritores de cabecera. Jack London era su preferido, pero pronto admitió que sólo había leído *La llamada de la selva* y *El vagabundo y las estrellas*. Malo, le dijo Vigil: es difícil escribir correctamente sin conocer a los clásicos, sin antes haber leído mucho. Él mismo no hubiera podido concebir a *Cóndor* si antes no se hubiese empapado bien de la estética de Chandler, de su adjetivación, de su atmósfera...

Paco hizo mea culpa. Soy un bruto, confesó. Pero la culpa no era del todo suya, de niño no había tenido maestros ni ejemplos que emular, y luego la vida le había llevado de aquí para allá sin rumbo ni meta. Creció en un hogar modesto, aculturalizado; su padre, un borrachín, desapareció cuando él era apenas un chaval. En cuanto acabó el bachillerato su madre le buscó un empleo. Durante doce años trabajó como portero de un parking, dentro de una cabina de vidrio, con un pequeño televisor para matar el tiempo cuando no entraban o salían coches. Todo esto lo contaba sin aspavientos, sin compadecerse de sí mismo. Se suponía que mientras trabajaba en el parking se iría sacando una carrera, pero él ya sabía que los estudios no se le daban bien. Un buen día, influido por Jack London o simplemente harto de ver pasar los coches, fue a ver al gerente, cobró el finiquito e inmediatamente emigró a Londres, donde pasó dos años intensos aunque sin oficio ni beneficio.

Esa triste historia le recordó a Vigil las dificultades y el íntimo malestar de sus años mozos y le despertó cierta simpatía por Paco. Ciertamente a su edad él ya había devorado lo más significativo de la literatura universal y sufragado la edición de su primer libro de poemas^[8], pero sabía que hoy día era más difícil cultivarse literariamente que en sus tiempos, cuando la cultura era una llave que abría muchas puertas y la literatura tenía una importancia social decisiva. Le dijo:

—Bueno, lo de Londres es un punto a tu favor, supongo que hablarás un inglés impecable —fácilmente, con un par de llamadas, le podría encontrar algún empleo eventual como traductor.

—*Uan biar* —dijo Pako.

—¿Cómo?

—Esto lo único que sé decir en inglés: ¡*Uan biar*!

—¿Cómo que «uan biar»? ¿Pero no acabas de decirme que viviste dos años en Londres?

—Bueno, exactamente un año y diez meses. ¿Sabes qué pasó? Llegué a Londres con el número de teléfono de mi primo, que me hizo sitio en su casa. En aquella época, aunque uno fuera extranjero tenía derecho a cobrar el seguro de desempleo, o

sea que viviámos sin currar. Con el dinero del paro íbamos tirando, piso tampoco pagábamos porque viviámos en un squat, como allí lo llaman. O sea, éramos okupas. La electricidad la pillábamos empalmando un cable al alumbrado público. Éramos cinco, todos españoles, no había por qué mezclarse con los guiris, y las pocas veces que no quedaba más remedio que entenderse con ellos, uno de nosotros que sabía inglés, Mikel se llama, nos hacía de intérprete. Y bueno, lo que pasa en estos casos: si no dominas la lengua no te alejas de tu guarida. En comunidades así se forman, ya sabes, lazos muy fuertes, una forma de vida apretada. Vives para el grupo, volcado al grupo. Todo cuanto necesitas, que es poco, puedes encontrarlo en el grupo. De manera que con decir *uan biar* ya estaba al cabo de la calle... Y también *uan mor biar plis*, que quiere decir...

—Sí, entiendo lo que quiere decir.

Paco rebullía en su asiento, inquieto, notando la pobre impresión que estaban causando sus confesiones. Más adelante, al recordar aquella conversación, Vigil se preguntaba por qué le dio tanto coraje aquello del *uan biar* y se dijo que no hay cosa más triste que asistir a la forma en que la estupidez de los hombres deja pasar, echa a perder, rechaza las oportunidades de salvación que se les presentan: le dolía porque ilustraba, a sus ojos, la tragedia bufa del ser humano, capaz de derrochar tan neciamente sus potencialidades y talentos, que le permiten, por ejemplo, trasladarse volando, como por arte de magia, de Bilbao a Londres, para vivir allí en calidad de parásito y sin aprender nada; sólo a decir: *One beer, please! One more beer! Please!! Beer!*

—El ser humano —dijo— es un multimillonario que va a Montecarlo, entra en el Casino, juega a la ruleta, gana un céntimo y regresa muy contento a casa.

—¿Cómo? —dijo Paco.

—Muy satisfecho. Frotándose las manos. —Pensó en sus compromisos inaplazables y en que debería levantarse en aquel mismo instante y largarse sin añadir ni una palabra más, dejando allí plantado a aquel necio. En casos así no valía la pena perder ni un segundo.

Paco quiso hacerle ver que de todas formas aquella experiencia londinense no había sido estéril, que le había aprovechado:

—Fue una etapa muy bonita y enriquecedora, maduramos mucho, los cinco. Aprendes a vivir en grupo, aprendes... tolerancia... y si hubiera aguantado allí un par de años más quizás hasta hubiera entrado en una nueva dinámica y hubiese acabado por aprender inglés...

—Y hubieras hecho muy bien entrando en esa nueva dinámica —dijo Vigil—. ¿Por qué te fuiste?

—Porque un buen día apareció Charito. Una tía maravillosa. Tenía los ojos azules, una melena larga, rubia... Cuando Charito te sonreía te dejaba una impresión de serenidad divina, como si te mirase una santa. A mí, desde luego, me volvió loco. ¡Llegué a cortar flores en Kew Gardens para regalárselas! Kew Gardens, unos

jardines, un parque muy grande que tienen allí. Cuando yo la ayudaba en la cocina, pelando las patatas, por ejemplo, o le arreglaba un pinchazo de su bici, hablábamos un montón, y a veces ella al acabar me frotaba el brazo y me decía «qué enrollado eres, Pakote». Pero al final con quien se enrolló fue con Mikel...

—Entiendo —Vigil se estaba empezando a poner muy nervioso.

—En la casa no había puertas, y por las noches, desde mi piltra, les oía jugar en el cuarto de al lado. Jugaban mucho, ¿sabes? Charito no conocía el pudor. Aquella situación se me hizo cada día más cuesta arriba. Pero volver a Bilbao tampoco quería. Me puse en contacto con un par de ONG, me alisté en la primera que aceptó cooperantes sin formación académica, y en cuanto pude, salté a Guatemala... a construir una escuelita para los niños pobres...

Después de cenar y desearle a su esposa las buenas noches, se llevó al dormitorio de invitados el manuscrito de Paco, junto con un bolígrafo y un cuaderno para tomar notas de lectura, una copa de Rémy Martin y un habano «Robusto» de Partagás, y se acostó, reclinado sobre grandes almohadones. Tales eran las condiciones ideales para la lectura, y así, en veladas con muchas horas por delante, había leído a Balzac y a Zola; a Sartre, a Neruda, a Gorki; había leído y releído a Hammett y Chandler, y, durante una convalecencia muchas veces añorada, la obra completa de Dostoievski, tan formativa. La posición horizontal, los placeres narcóticos del tabaco y los vapores alcohólicos le ayudaban a colarse por la puerta verde de entrada a los ensueños de la literatura. Vigil consideró el mazo de papel llamado *Conxita* con el debido respeto, porque sabía que el espíritu sopla donde quiere y no hay que descartar la posibilidad de que un asno haga sonar una flauta por casualidad o de que un lego en las cosas del arte redacte, por ejemplo, una confesión vibrante, llena de emoción auténtica, o, como sucede más a menudo, una novela indigente y deshilvanada pero que contra todo pronóstico hechiza al lector con un encanto inefable.

Ninguno de estos dos casos era el caso que le ocupaba. *Conxita* era una novela policíaca ambientada en los lodazales de la contracultura juvenil bilbaína de los años ochenta: había yonquis muriéndose de sobredosis por las esquinas de las Siete Calles, pandillas de mozos arrastrándose de tasca en tasca, altos hornos echando azufre a la ría y llamaradas y humo tóxico por la boca de sus chimeneas, coches de etarras escapando de noche, perseguidos por coches de la policía. El relato lo contaba, en primera persona, su protagonista, el joven Zigor.

Zigor está empleado como celador en un almacén de maquinaria, y cada tarde, a la salida del trabajo, pasa por la plaza donde toca la guitarra su amigo del alma, el músico callejero Joseba, para irse juntos a una tasca del casco viejo donde se zampan unos «bokatas» y se beben unos «gin-kas». Luego se retiran al piso destartado que comparten como hermanos siameses. A veces, antes de apagar la luz, hablan y hablan hasta bien entrada la noche de todo lo divino y lo humano; a la mañana siguiente despiertan con resaca:

—¡Menuda la ke pillamos anoche, koleguita! Tengo un *Black and Decker* en marcha dentro de la cabeza, jo, jo, jo.

—¡Kuidao no te dañe la neurona! Yo me bebí veintisiete potes y el último me sentó mal, ja, ja, ja.

Zigor y Joseba son inseparables, a pesar de que están locamente enamorados de la misma mujer: una espléndida, cautivadora belleza, llamada Conxita. Tiene los ojos azules, la melena rubia, los pechos altos y turgentes, las piernas largas y bien torneadas. El óvalo del rostro es perfecto. De su sonrisa emana una serenidad divina. Cuando camina contoneándose por los bulevares, la gente se vuelve a mirarla. No conoce el pudor: en su magnífico piso de la avenida López de Haro, lleno de espejos

y alfombras, se desprende de su ropa, firmada por los grandes modistos franceses, de sus medias caladas y su lencería fina, y hace dulcemente el amor con Joseba y con Zigor, conduciéndoles a cimas de placer que nunca habían conocido. Pero luego no les permite descansar y quedarse a dormir, para desayunar juntos al día siguiente, como sería el deseo de los dos amigos, sino que han de irse en seguida, aunque eso sí, con la dulce promesa de volver pronto a verla. Porque Conxita es una mujer enigmática con una vida secreta: a veces desaparece y se pasa días enteros sin dar señales de vida; de repente ya está aquí de nuevo, tan guapa como siempre, y muy misteriosa le pide a Zigor y a Joseba, que, claro está, quieren saber dónde se había metido: «No me hagáis preguntas».

—*Hay una parte de mi vida ke debe permanecer secreta. Hay kosas en mi turbio pasado ke es mejor ke no sepáis, por vuestro propio bien.*

—*Pero...*

Vigil empezó a ponerse nervioso; se puso a leer en diagonal, pasando las páginas con ferocidad. De vez en cuando consultaba el reloj y se decía que si no apagaba la luz y se dormía de inmediato al día siguiente la fatiga le impediría escribir bien. Cerraba los ojos para darse un respiro, se imaginaba a Paco sentado a una mesa, con la pluma en la mano, en actitud alerta (a la caza de las palabras, de las ideas escurridizas), y en todo eso veía una réplica burlona de él y de sus hábitos de trabajo. Le veía sentado en la cocina del squat de Londres, relamiéndose mientras escribía aquellas páginas, proyectándose en el personaje de Zigor. Se lo imaginaba en la tasca de Bilbao donde su alter ego se reunía con Joseba; los imaginaba a los tres —el aciago aprendiz de escritor y sus dos criaturas fantasmales— cenando aquellos tristes «bokadillos» de pan seguramente gomoso y de embutido rancio; imaginaba los «gin-kas» ulcerantes que ayudaban a Paco a soñar con Conxita, con Joseba y con Zigor. Entonces volvía a abrir los ojos, prefería seguir leyendo:

Un buen día Conxita desaparece. Zigor y Joseba se inquietan y deciden investigar, a ver qué puede haberle pasado. Se cuelan en su casa, curiosean en su agenda de teléfonos y descubren que llevaba una doble vida: mantenía relaciones con un empresario «maketo», miembro destacado de la alta burguesía. ¿La habrá secuestrado él, la habrá asesinado? La pena y la preocupación por Conxita, la espantosa sospecha de que su adorable cuerpo ha sido despedazado, repartido en varias bolsas de basura y arrojado a las papeleras de la autopista Bilbao-Vitoria, inclina a nuestros amigos a beber más y más *gin toniks de Kas*. Joseba quiere resolver el caso *dándole un par de hostias bien dadas* al malvado maketo para arrancarle la verdad, pero Zigor le convence de que *hay ke ser más astutos*, y de que lo mejor es *espíar a ese kabrón*. Una noche, aprovechando que el maketo ha bajado a Madrid en viaje de negocios, se cuelan en su piso, que es suntuoso y está *lleno de kuadros de Velázquez y bandejas de plata de ley*. En la pared principal del salón encuentran un retrato de Franco, de tamaño natural, dedicado de su puño y letra *a mi fiel vasallo*, y en la despensa echan mano de una botella de whisky de la *akreditada marca Chivas...*

Se la están bebiendo a morro, cuando irrumpe el maketo, apuntando a nuestros amigos con una pistola y sonriendo diabólicamente:

—Vaya, vaya, a kién tenemos aki, ké sorpresa tan agradable... —dijo el maketo—. Nada menos ke los señores Zigor y Joseba, ¿verdad? Me temo mucho, mis keridos amigos, ke la situación en ke nos konocemos sea muy komprometida para ustedes... Vayan rezando sus oraciones...

—¡Maldito kabrón! —exclamó Zigor—. ¿Dónde está Conxita? ¿Ké has hecho con ella?

Augusto hizo un signo de impaciencia.

—Me tienes en ascuas —dijo—. ¿Cómo acaba la novela?

—Nunca lo sabremos —respondió Vigil, sombrío—. Tiré el libro contra la pared y acto seguido agarré el teléfono y llamé a mi amiga para cantarle las cuarenta. Pero cuando oí su voz, entre las crepitaciones y el zumbido de la larga distancia —qué milagro, ¿no?—, sólo pude reprenderla bromeando: «Ceci, cariño, por favor, como vuelvas a endosarme a un tipo como este Paco... voy a tener que reconsiderar nuestra amistad».

Cecilia se alegró de la llamada de Vigil, con el que no hablaba desde hacía una eternidad, y celebró que Paco y él hubieran establecido contacto con unas risas que a Vigil le en cogieron el corazón porque la demora y el eco con el que las oía subrayaban la distancia, y porque sugerían que lo que pasase a este extremo del hilo carecía para ella de auténtica realidad. Ellos dos, Paco y Vigil, eran recuerdos devueltos a la vida en un formato acústico gracioso, como dibujos animados agitándose en otra dimensión. Luego ella comprendió que Vigil estaba de veras disgustado, y trató de excusarse y divertirle con el relato de cómo había aparecido en su vida de funcionaria internacional el asteroide Paco.

Una noche, Cecilia asistió al cóctel que la embajada española ofrecía a un equipo de jóvenes cooperantes recién llegados al país. El embajador era un sujeto ordenancista y un poco chapado a la antigua. Aquella noche en la cancillería le contrarió que ninguno de los cooperantes llevase corbata, una informalidad rayana en el desacato; si las cosas seguían aquella deriva, pensaba el diplomático, pronto la gente empezaría a acudir a la embajada en chándal, y aun en calzoncillos, ¿por qué no?; pero le alteró mucho más que, ya durante el primer brindis por España, uno de los invitados, precisamente el peor vestido y de mayor edad, anunciase que «pasaba un ciento por ciento de patrioterismos», que no había viajado tan lejos para hacer el paripé en cócteles de embajada ni para construir una escuelita que no contaba siquiera con presupuesto para un maestro y que antes de un año desaparecería devorada por la selva, en el mejor de los casos, porque en el peor serviría para cuadrricular las mentes de los niños pobres y adaptarlos al sistema, o sea para que encajen y acepten el expolio de sus vidas, en beneficio de las «cincuenta familias» propietarias del país. Mientras ellos estaban cenando opíparamente y bebiendo champagne, la inmensa mayoría de la población estaba sumida en la miseria y el hambre... Pues bien, él,

Paco, no había llegado allí para quedarse de brazos cruzados ante aquellas injusticias, sino que pensaba «mimetizarse con el terreno» para «pasar a la acción» cuanto antes mejor. Ante los estupefactos diplomáticos y sus avergonzados compañeros, aquel exaltado exponía estos planes blandiendo en una mano una copa de martini y en la otra un canapé de tortilla de patatas, cocinada por la esposa del embajador en persona.

El embajador, en cuanto recobró el aliento, le invitó a abandonar aquellos salones en el acto; el castigo era severo, porque el barrio de los diplomáticos quedaba lejos del hotelito del centro donde se alojaban los cooperantes. Paco no debía ser consciente de las implicaciones de su soflama y del tono extremadamente insolente que había empleado, porque la expulsión le dejó atónito; y tras una pausa para encajarla, puso rumbo a la salida con la cabeza gacha y arrastrando los pies, como un párvulo castigado sin merienda. Cecilia le siguió hasta la puerta. La muchacha tenía un gran corazón que se había enternecido con la franqueza suicida y la vitalidad de aquel infeliz. Le alcanzó en la entrada y se ofreció a acercarle al centro en su coche. Pero en vez de dejarle en el hotelito y regresar a la fiesta, se fue con él de copas y Paco le habló de sus veraneos infantiles en una aldea entre montes, de las vacas que ordeñaba, de sus años en el parking, de un amor imposible en Londres, de sus ansias de fuga, que le habían llevado allí, de que había escrito una novela, pero, como era completamente ajeno a los cenáculos literarios, «las capillitas y las mafias», y no tenía contactos de ninguna clase en la industria editorial, lo más probable era que no se llegase a publicar. Le habló, sobre todo, de su obsesión por servir para algo.

—Yo lo que quisiera es ser útil en esta vida y realizarme como persona, ¿entiendes, Cecilia? No ser un fardo, un frustrado. ¿De qué te ríes? ¡Tonta!

Al día siguiente en el hotel no sabían nada de Paco. Ella no volvió a tener noticias suyas hasta verlo una semana después, en la pantalla del televisor: estaba custodiado por dos agentes de policía y esposado junto a otros cuatro europeos a los que la voz melodramática del locutor definió como «provocadores al servicio de potencias extranjeras», y que más bien parecían vagabundos. Los cinco, tres alemanes y un danés muy compungidos, y Paco, bajito y desafiante, habían sido detenidos cuando dirigían a un grupo de campesinos en una «ocupación de fincas». Habían cortado unas alambradas, hollado los sembrados de un cacique y forzado la puerta de un cobertizo, donde extendieron sus mantas y encendieron una fogata. Parece que también sacrificaron algunas gallinas e invitaron a almorzar a unos peones a los que luego adoctrinaban sobre las bondades de la colectivización, hasta que llegó la policía para dispersar la reunión y detener a los dirigentes. Como prueba de la inmundicia catadura de los agentes extranjeros, los telediarios emitían una y otra vez la secuencia de la detención de Paco: todos pudieron ver en sus televisores al energúmeno de los ralos y despeinados cabellos y la sucia camiseta agitándose como un demente, rechazando a gritos y a manotazos a los agentes de policía que no sin dificultad le inmovilizaban los brazos y le pasaban las esposas:

—¡No me toques! ¡Que no me toques, joder! ¡No se os ocurra tocarme! —vociferaba—. ¡Sicarios!... ¡Matones!... ¡Verdugos!

Aquella aventura hubiera podido costarle cara si Cecilia no hubiera desplegado una enérgica actividad en favor suyo. Le visitó en la cárcel, le hizo llegar ropa de abrigo y dinero, presionó al embajador para que abandonase su complacida pasividad y movilizase influencias, se ocupó de las formalidades para liberarle, abonó el precio de las gallinas sacrificadas. Finalmente, recuperó su pasaporte y pudo llevarlo al aeropuerto. Allí, antes de despedirse y darle consejos de hermana mayor —que dejase de dar tumbos por la vida, que se plantease proyectos a medio plazo, por ejemplo, aprender un oficio—, le habló de Vigil y le apuntó en un papel su número de teléfono.

En cuanto él llegó a Barcelona, le llamó desde una cabina de teléfonos del aeropuerto: Hola, Vigil. Soy Paco.

Lo primero que vino a la conciencia de Vigil cuando sonó el despertador fue que aquella tarde tenía cita con él; sólo cuando se estaba echando encima el ligero kimono con su nombre en caracteres japoneses bordado en seda, regalo de un congreso en Tokio sobre literatura policíaca, que usaba a modo de batín, se acordó de su propia novela, en la que aún tenía que trabajar muchas horas febriles antes de que el jurado del premio goloso, tras luengas y enconadas deliberaciones, fallase a su favor, según lo acordado entre Matilde y el editor. Al calzarse las sandalias de madera suecas (simposio en Malmö) le entró otro acceso de cólera fría hacia el cooperante de las zapatillas Victoria. En el comedor, junto a la cristalera que daba al jardín, por donde entraba a raudales la luz de la mañana, la criada sirvió el desayuno, que despachó sentado frente a su mujer, leyendo los periódicos como tenía por costumbre y sin intercambiar con ella palabra, pues de jóvenes, siendo novios pobres, habían pactado no hablarse antes de las siete de la tarde salvo en caso de emergencia; así se ahorrarían muchas trivialidades, preservarían el matrimonio de la rutina y él ganaría mucho tiempo para pensar, leer, escribir. Con el paso de los años este pacto había resultado una bendición y Vigil sólo lamentaba que no hubieran fijado la moratoria de silencio hasta la hora de la cena. Pasó a su despacho e inmediatamente se puso a escribir los dos artículos del día: el primero, criticando el cierre de un periódico que la jefatura de ETA utilizaba para transmitir órdenes a sus comandos («¡Matad a Fulano!», «¡Matad a Mengano!») y blanquear el dinero de las extorsiones. Vigil lo sabía, pero era muy, muy sensible y quisquilloso con la libertad de expresión, por la que tanto había luchado durante el franquismo... y ¡qué caramba!, tampoco estaba de más crearle dificultades al Gobierno a cuenta de sus pulsiones represivas, fuesen reales o imaginadas. En el partido nacionalista que se repartía con ETA el poder en el País Vasco tenía, además, a algunos amigos muy majos que cada año, mientras le cebaban con guisos de un cocinero famoso, le cebaban también con anécdotas que demostraban la miseria intrínseca y el fracaso histórico, cuando no la maldad pura y dura, del Estado español, y cuán necesario es desguazarlo para liberar a los pueblos que, pese a todas las apariencias de prosperidad y hasta de opulencia, viven en su seno encarcelados. Sobre estos temas Vigil no tenía las ideas claras, pues no veía forma racional de conciliar los ideales solidarios de las izquierdas con la egolatría del discurso nacionalista, y por otra parte los asesinatos a sangre fría no le parecían bien, incluso cuando la víctima era un concejal o un periodista de derechas. Así que comía y callaba. En general, sin embargo, simpatizaba con aquellas ideas porque a la gente conservadora, reaccionaria, a los vencedores de la guerra que perdió su padre, le caían muy mal. Escribió que el cierre de aquella revista, liberticidio impuesto por un juez servil con el Gobierno, era una nueva agresión de la ultraderecha franquista, centralista, casposa, siempre latente y a menudo operativa «en los escenarios de nuestra vida *nominalmente* democrática». En cuanto puso el punto final y sin

concederse siquiera un respiro para decirse «Toma ya, y al que le pique lo de *nominalmente*, que se rasque» ni dar señas de enterarse de la entrada de la criada con el servicio de té (había extendido el pacto de silencio al servicio doméstico) se puso a escribir el otro artículo, mofándose, con aquel sentido del humor tan suyo, menos gracioso que ácido, del ministro de Obras Públicas, al que se le caían los aviones y le descarrilaban los trenes con asombrosa frecuencia. Al cabo de una hora ya había enviado por correo electrónico los dos artículos a sus destinatarios. Se duchó. Otros tribunales, después del esfuerzo de concentración y agresividad realizado durante la escritura de aquellos artículos, hubieran quedado intelectualmente exhaustos; a Vigil le servía más bien para calentar motores. Después de una pausa para ducharse y vestirse se enfrentó a un nuevo capítulo de su novela premiada. Escribió de un tirón diez folios en los que Cóndor encuentra pistas, noquea a un sicario, rechaza con un comentario cáustico el soborno que le lleva la hija de un banquero, y después de soltarle una parrafada que empieza «Ustedes, los ricos, son todos iguales: se creen...» se acuesta con ella. Ahora sí dio por concluida la tarea de la mañana. Iba a salir de casa camino al aperitivo cuando le telefonearon de una emisora de radio que celebraba una tertulia, casualmente sobre las últimas torpezas del ministro de Obras Públicas, ¿qué opinaba sobre ellas el famoso escritor progresista? Se permitió algunos sarcasmos sangrientos sobre la ejecutoria del ministro y sobre su cara de bestia parda. A cualquier hora del día, aseguró, parecía estar a las cinco de la madrugada, en la barra de una whiskería de carretera, chicleando con la camarera. Desplegó una crueldad inusitada. Los tertulianos, fingiendo escandalizarse, jaleaban sus agudezas y la voz meliflua del locutor le interrumpía de vez en cuando para repetir a la audiencia que la emisora no compartía necesariamente las opiniones de sus colaboradores esporádicos. Luego, a micro cerrado y en tono risueño, le previno: «Caray, Vigil, has estado increíble; cuando entras a matar... Pero a ver si el ministro te mete una denuncia». No caerá esa breva, le respondió. Sería una publicidad demasiado buena para mis libros.

—También a mí, una vez, un fascista me llevó a los tribunales... —De vez en cuando, Augusto intentaba meter baza en el monólogo, pero Vigil no se lo permitía:

—Te cuento todo esto con tanto detalle —le dijo— para que te hagas cargo de mi estado de ánimo aquel día y comprendas lo que luego pasó. El caso es que agarré el manuscrito de Paco, salí corriendo hacia el restaurante donde estaba citado con el secretario general del partido y varios miembros del comité central para discutir mi ponencia para el Congreso, y...

La ponencia había sido aceptada, y todos estaban ya pelando cigalas cuando Vigil recibió en su móvil la llamada de un abogado muy conocido anunciándole que acababa de interponer en el juzgado de instrucción número 1 de Madrid una denuncia contra él por alusiones calumniosas y atentado al honor de su cliente el ministro, honor que el conocido abogado tasaba en una muy alta suma. Esta llamada incordió a Vigil todavía un poco más, porque el conocido abogado era uno de los más correosos

y sañudos de la capital; así que se quedó preocupado y pensando en que debería llamar también él a su abogado. El coñac le sentó mal, como solía sucederle cuando bebía después de haber trasnochado, y fue al encuentro con Pako con un sabor agrio en la boca, con el manuscrito de *Conxita* bajo el brazo, y en un estado de ánimo soñoliento y de gran irritación.

Le había citado en una terraza de la plaza del Sol. Acababa de pedir café y sentado a una mesa, de cara a la plaza, repasaba lo que iba a decirle a Paco, cuando éste apareció por detrás, saliendo del bar por detrás de él como Orson Welles en *El tercer hombre*, se sentó frente a él y sin más preámbulos, mirándole de hito en hito con ojos que no pestañeaban, le preguntó a bocajarro:

—¿Has leído mi novela?

—Hola, Paco, buenas tardes.

—Perdón, buenas tardes. Perdón.

Llevaba una camiseta con un letrero que decía *Mi hermana ha estado en Venecia y lo único que me ha traído es esta asquerosa camiseta*, y calzaba las Victoria sin cordones.

—La he leído.

—Ah. ¿Te ha gustado?

—Bueno, tiene cosas... —Viéndole tan ansioso, Vigil se apaciguó un poco y quiso ganar tiempo para inventar algunas mentiras piadosas—. Explícame, ¿qué prisa tienes por llegar a Bilbao? ¿Te espera allí una novia, un puesto de trabajo?

—¿Trabajo? ¡Ja!... ¡No, hombre, es que mañana empieza la Semana Grande!

—¿La qué?

—¡La fiesta mayor! A las fiestas de mi ciudad yo no puedo faltar, así se hunda el mundo. Pero dime, ¿qué quieres decir con eso de que mi novela «tiene cosas»? ¿Qué clase de cosas?

Los propósitos condescendientes de Vigil desaparecieron en el acto. Ahora reconsideró su idea inicial de contarle a Paco las mentiras piadosas y las medias verdades que suelen decirle los escritores a sus colegas para darles la impresión de que aprecian su trabajo. Con aquel cabestro sin afeitar y en camiseta no valía la pena de ser hipócrita ni delicado. En ese momento el camarero les traía los cafés y Paco aprovechó para pedirle «un bocata», pues se había levantado tarde y aún no había almorzado.

—¿Un bokata con «K»? —masculló Vigil. Le sulfuraba el vello canoso que asomaba a sus mejillas, el bocadillo a deshoras y sobre todo su osadía: porque mientras comía a dos carrillos, Paco le dijo que si la novela se publicaba y si tenía éxito para emprender una carrera literaria, pensaba enmendarse «en mi maldita costumbre de no leer».

—Tengo que hacer un esfuerzo, lo reconozco. Algún día voy a pedirte una lista de las quince mejores novelas que jamás se hayan escrito. O por lo menos, las diez mejores de todos los tiempos. Las leeré dos veces cada una, y a lo mejor así aprendo

algunos trucos. Pero dime, colega, volviendo a lo de antes, ¿qué «cosas» tiene, qué cosas son esas que tiene mi libro?

Vigil veía en su cara huellas de sufrimiento, huellas de su periplo por ciudades y continentes, por carreteras, por campos, descampados y tascas, buscando algo a lo que acoplarse. En otros rostros, esos signos que deja el hábito de sufrir sin entender por qué y probablemente sin necesidad solían despertar su simpatía, pues él también había sufrido, ¡y de qué manera! Pero los padecimientos de aquel sujeto eran consecuencia de la pereza, de la desidia, pensaba él; consecuencia de esa manera de caer en los sitios por las buenas, tirándose con los ojos cerrados y fiado a la suerte y a la tolerancia del prójimo a un squat de Londres, a una ocupación de fincas, a una novela. Por culpa suya había perdido una noche de precioso y contado tiempo, sí, por culpa de aquel que ahora se había zampado el bocadillo y, frotándose las manos para sacudirse las migas, le decía:

—Bueno, colega, pronuncia el veredicto que me tienes en ascuas. ¿Qué te parece *Conxita*? ¿Tiene nivel para publicarse o crees que habría que darle un repasillo?

Buscó inspiración en la plaza, por donde pasaba una muchacha que llevaba a su perro de paseo. En la mesa de al lado la observaban dos jóvenes con gafas oscuras; de hecho, casi todos en la terraza llevaban gafas de sol: el aire era templado, el cielo, de un azul mate, lechoso, sin una nube, como cada día, y la luz de finales de verano refractaba en el pavimento. De cada farol pendía una banderola con las dos máscaras del teatro griego, la una risueña, la otra llorosa, anunciando una representación municipal. Vigil quiso ganar tiempo:

—Oye, es curioso, esos héroes tuyos, esos chicos, Zigor y Joseba, ¿no son medio etarras?

—¿Etarras? —respondió con estupor y alarma—. ¿Por qué? No... Mira, colega...

—... Es que como siempre están tomando gintoniks de Kas... que supongo que será por la «alternativa KAS», ¿verdad?... Y llaman a la policía «cipayos» y «txakurras»... Bueno, todo eso es vocabulario terrorista, ¿verdad?

—No, mira, colega... Déjame que te explique... es que en esos ambientes se habla así... En los ambientes donde se mueve Zigor, los ambientes en que operaba yo en Bilbao... Allí uno anda en cuadrillas, y, sí, es verdad que en la mía varios colegas están metidos en ese rollo... ese rollo chungo. Todos sabemos quiénes son, y el que no lo sabe lo sospecha... Pero claro, ¿qué vas a hacer? Y en el fondo son chavales majos... pero por salir del aburrimiento, por hacer algo, por una comedura de coco... se fueron metiendo en ese rollo. Yo no, ¿eh? Que conste, yo estoy limpio... A mi madre le preocupaba que yo cayera en eso, pero no. Yo no. Eso no tiene futuro, precisamente yo me largué del Estado para no verme envuelto en ese rollo. De hecho, he escrito *Conxita* para no tener que volver.

—¿Entonces, ese vocabulario, y esa especie de elogio a un «comando»?...

—¡No! ¡No!... ¿Qué elogio? ¿Dónde? ¿Dónde has visto eso? —se asustó Paco.

—Anoche, poco antes de dormirme, me pareció leerlo entre líneas ¿no? Y no

creas que te pregunto estas cosas porque yo sea un facha centralista, todo lo contrario, simpatizo con la lucha del pueblo vasco por su emancipación; pero, claro, de eso a incurrir en apología del terrorismo... Y no veas en esto una censura ¿eh? Pero es que nadie te lo querrá publicar, no vale la pena ni intentarlo.

—No, mira tío... —Paco estaba abrumado por la necesidad de explicarse y desmentir sus sospechas—. Mira, tío, ya te digo, es que de tanto oír esas cosas a uno se le pegan sin darse ni cuenta... Se contagian, ¿comprendes? Pero todo eso se puede sacar, se quita.

Vigil no soltaba presa:

—Claro que entiendo. Son cosas que pueden pasarle a cualquiera, ¡pero no a un escritor! ¡Precisamente escribir consiste en tener una estrategia en el uso del lenguaje! ¡En darse cuenta de las palabras que uno pronuncia!

El manuscrito descansaba en la mesa, entre los dos, como un perro muerto. *Conxita*, por Pako. Éste miró su obra y dijo:

—Bueno, vale. Pero aparte de esos defectos, que se pulen con un buen programa informático de corrección de textos, y eso lo hace mi hermana en un plis-plas, aparte de eso, la novela, sinceramente, ¿qué te parece? Sinceramente.

Entonces fue cuando se le ocurrió la idea perversa; siendo Paco tan rematadamente estúpido, le iba a insultar y el muy bobo ni siquiera se daría cuenta.

—Bueno, verás. Los personajes... los personajes no acaban de funcionar —dijo—. Ella, *Conxita*... ¿Qué te voy a decir de *Conxita*? Yo la veo como una fantasía onanista, como un dibujo de cómic porno. Es el estereotipo de la clásica tía buena, no es real.

—Pues está inspirada en una chica que conocí —se defendió Paco.

—Bueno, es posible que existan mujeres así, seductoras, misteriosas, interesadas y a la vez generosas; pero no es verosímil que se interesen por dos tipos tan sórdidos como Zigor y Joseba.

—¿Tú crees? Bueno, es que figura que a ella le hacen gracia... están medio enamorados...

Resistía valientemente erguido a la demolición de todas sus ilusiones, y sólo el temblor de un labio denunciaba lo que estaba padeciendo.

—Mira, ¿quieres que te sea franco? —dijo Vigil—. Como novelista todavía estás un poquito verde. Yo no puedo recomendar tu novela a ningún editor. Ninguno la aceptaría, y yo haría un triste papel. Pero te voy a decir lo que podrías hacer.

—... pero si se publica cada cosa...

—Tradúcela al euskera. Haz que te la traduzcan, y luego tú dices que la escribiste en euskera. Seguro que encuentras editor en seguida, y que te dan alguna subvención, algún premio de los que reparte el gobierno vasco... Además, en ese idioma no vas a encontrar mucha competencia, ¿verdad? Quizás incluso pongan *Conxita* como lectura recomendada en las ikastolas...

Pako se mantuvo en silencio mientras encajaba la bofetada. Luego, con tristeza de

perro apaleado, dijo:

—Qué malo eres...

—Y en fin, ésa es la triste historia —concluyó Vigil—. Un pobre diablo llega de muy lejos, viene a hablar conmigo, le golpeo y se va. Desde el momento en que me dijo «qué malo eres», me he acordado de él de vez en cuando y me he sentido en deuda con él.

Augusto le preguntó por qué.

—Creo que como progresista fallé al ensañarme con un infeliz. Me faltó piedad. Abusé de mi autoridad. Por eso me ha alegrado verle ahora en la plaza e invitarle a charlar y a beber. Ha sido una forma tácita de presentar excusas. ¿No te parece a ti lo mismo?

Augusto contuvo un gesto de impaciencia. Se aburría. No había prestado mucha atención a la historia, se había distraído pensando que le gustaría hablar con su mujer, y así había perdido el hilo del relato. Lo único que había entendido era que aquel tipo de Greenpeace había sido ofendido. Este pobre Vigil se explica tal y como escribe, pensó: áridamente, con todo lujo de detalles, desconoce los beneficios de la elipsis, por eso está condenado a escribir novelas mediocres.

—Bueno, Augusto, ¿qué te parece?

Hubiera podido responderle que la vida está llena de episodios desgraciados como el que acababa de narrarle, de ínfimas injusticias, de mezquinas, innecesarias crueldades; nos parecen importantes cuando creemos tener por delante mucha vida para deleitarnos en las dudosas delicuescencias del masoquismo mental; pero cuando, como él, uno está dando los últimos pasos por la vida; cuando uno ya ha sufrido un ataque al corazón y es capaz de recordar esa sensación de mareo del instante antes de desvanecerse, y cómo vibraba, en la pared de su gabinete (donde a la sazón estaba escribiendo, como siempre), el retrato al óleo que le hizo un amigo ya muerto, cómo temblaba y se hacía borroso, entonces uno siente su identidad, su conciencia, como un asunto de mecánica; ya no se juzga a sí mismo en términos de inocencia o culpa, ya no distrae tiempo para remordimientos ni otras emociones estériles.

—Creo que la importancia exagerada que mi ilustre amigo le da a este asunto en el fondo baladí es la prueba de que su corazón es grande, grande, espacioso y sensible —dijo, suponiendo que eso sería lo que Vigil quería oír.

—Sí, pero...

Sin prestarle atención, Augusto se acercó a la ventana y apoyó la cabeza contra el vidrio. Todavía quedaba gente en la plaza, pero los tiradores ya se habían retirado de las azoteas y al pie de la catedral se había instalado una camioneta del Ejército. En la terraza del hotel, ahora desierta salvo por el musicante, que seguía abrazado a su guitarra y ajeno a cuanto le rodeaba, el sillón en el que hacía un rato él estuvo sentado permanecía en la exacta posición en que lo había dejado al levantarse para entrar en

el hotel, ligeramente torcido en relación a la mesa, de la que el camarero Wilbur se había apartado un poco para escuchar, cabizbajo, lo que le decía el gerente Barcenilla, cuya cabellera engominada brillaba al sol como un espejito... ¿Por qué ahora Wilbur juntaba las manos e imploraba, por qué caía de rodillas? Barcenilla le señaló la plaza con gesto imperioso, y el viejo camarero, tras despojarse de la chaqueta y dejarla sobre el respaldo del sillón, bajó la escalerilla, entró en la plaza y desapareció de su vista, confundido con la multitud.

—Supongo que lo habrá enviado a algún recado —murmuró Augusto.

El gerente, con los brazos en jarras, miró alrededor y descubrió a Colores tocando la guitarra; se puso a aplaudirle. El trovador alzó el rostro de la guitarra y le dijo algo. Barcenilla se echó a reír. Trabaron una conversación animada, y de vez en cuando soltaban una carcajada. ¿De qué podían reírse? Pues seguramente hablan de mí, pensó Augusto, el uno comenta lo tonto y amargado que soy, y el otro le responde que en toda la mañana no he dejado de chincharle y que sólo el respeto a mis canas le ha disuadido de darme una paliza...

... Cuando yo, que me tomo la vida en serio y escribo como los ángeles, duerma bajo tierra y nadie lea mis libros, el músico atorrante, que es joven, seguirá zascandileando por el mundo, riendo, cantando y haciendo cabriolas sobre los escenarios. Quizá se acordará de mí cuando tenga que dar un concierto en Lisboa, al pasear por un parque donde me habrán levantado un monumento. Reconocerá mi rostro y mis lentes de piedra; verá, a los pies de mi efigie, a una vestal de undosa cabellera tendiéndome una corona de laurel, una corona de piedra. Grabadas en el pedestal, verá mi nombre y las fechas de mi nacimiento y de mi muerte. El musicante se recogerá un momento y luego solemnemente dirá: «Yo lo conocí. Era un pelmazo». Y luego, algún día, también él desaparecerá como si hubiera sido un espejismo... Una gran aspiradora nos va succionando. Dentro de unos años, no muchos... alguien contemplará esta plaza desde esta misma ventana y no verá ni rastro de nosotros. Ni se le pasará por la imaginación que nosotros estuvimos antes...

Le gustaba la imagen de dios como una aspiradora. Que va succionando cucarachas hasta dejar el pavimento de la plaza completamente limpio. Tenía que escribirlo, no se le fuese a olvidar.

—... Lo que yo tenía que haberle dicho a Paco... —decía Vigil.

—Escucha, amigo mío, me encuentro muy fatigado. Horriblemente fatigado. Achaques de la edad. No te ofendas, pero es im-pe-ra-ti-vo que me eche a descansar.

Sin atender a las condolencias de su colega, con los ojos entornados como si ya estuviese entrando en el sueño, le acompañaba hacia la puerta y le empujaba suavemente, pero con firmeza, al corredor.

Después de teclear un par de atropelladas frases en el ordenador (*Eternidad: una gran aspiradora absorbe por la boca de su tubo cromado espíritus, cuerpos, cosas; no deja nada. En la bolsa, polvo, borra, pelos y cucarachas. Allí me esperan mis padres*) encendió el televisor y se recostó en la cama, pero quien apareció en la pantalla no fue el Capitán, contra lo que esperaba, sino el papa: una cabecita con la tiara hundida hasta las orejas, que apenas asomaba sobre el alféizar de una ventana, y una manita oscilante que bendecía a una multitud. Farfullaba letanías ininteligibles que probablemente predicaban algún dogma anacrónico. La figura de aquel polichinela vestido de blanco que tanto daño había hecho y seguía haciendo a la causa del progreso y la emancipación de los pueblos le despertó una simpatía inesperada. «Su santidad», como lo llamaba una untuosa voz, se retiró poquito a poco, fue sustituido en la pantalla por la cara del arrobado locutor, y Augusto lo imaginó desplazándose lentamente por salas de columnas bajo las altas bóvedas vaticanas, apoyado en un taca-taca de oro macizo y bajo la atenta mirada de una monja forzada, lista para sostenerle cuando tropezase. Qué largo camino había recorrido el señor Wojtyla desde el pueblecito polaco de su infancia. El señor Wojtyla, que un día debió de ser un niño preocupado por el mal y la expiación, camina doblado por la cintura y a punto de quebrarse bajo el peso de su inmensa responsabilidad —nada menos que la salvación del mundo, nada menos que frenar con sermones la entropía universal—, hacia quién sabe qué oscuras recámaras. «Soy como él, yo también hablo en latín para vosotros, me comprenderéis cuando haya muerto», se dijo Augusto. Ahora desfilaban por la tele los anuncios comerciales, y mientras pulsaba un botón enviando señales infrarrojas a los campos catódicos en busca de los guerrilleros, decidió que hasta la tarde del día siguiente, cuando salía el avión de regreso a Lisboa, permanecería en el hotel. Se había ganado el derecho a no salir de aquella bendita atmósfera de aire acondicionado. Renunciaba a la adquisición de una chaqueta. No estaba dispuesto a morir de un sofoco o de un infarto mientras buscaba una sastrería. Si el Capitán, enterado de su presencia allí, quería hablar con él, que viniese al hotel. ¿Y por qué no habría de querer, si tal vez conservaba la vida gracias a la presencia en la ciudad del influyente escritor pastoreando a una grey intelectual imponente? En la pantalla, un galán maduro, bronceado, de sienes plateadas, le preguntó a una joven rubia y muy linda, que figuraba ser su esposa o su amante:

—*Marianela, tengo que hacerte una pregunta muy seria, y exijo que me respondas la verdad.*

Marcó una pausa dramática, y luego agregó en tono solemne:

—*¿Marianela, te acostaste con Fernando, mí mejor amigo?*

La rubia le miró con desafiante intensidad, y hasta alcanzó a separar los labios para pronunciar la respuesta, pero en aquel preciso instante terminaba el capítulo,

apareció el título (*Mujeres engañadas*), y mientras los créditos desfilaban por la pantalla sonó la canción del serial:

*Mujeres engañadas
por hombres traidores
que nada mereeeecen...*

¡Qué gran final de capítulo!, se admiró Augusto. Lástima que mañana a estas horas estaré volando y me iré sin saber si Marianela es leal al canoso o si le engaña con Fernando... Cambió de canal otra vez. Allí hablaban del caníbal alemán. Los jueces habían determinado, explicaba el asombrado y disconforme locutor, que Braun —ahora se le veía en pantalla: un rostro anodino, unos labios finos y apretados que a Augusto le sugerían el carácter un poco maniático de ciertos burócratas— recuperase la libertad porque en Alemania no está penado el canibalismo.

Los legisladores alemanes que redactaron el Código Penal debieron de ser, pensó Augusto, señores cabales y metódicos, de digestión pesada, gente racional incapaz de imaginar siquiera la posibilidad de que conviniese tipificar el canibalismo como delito. En eso podía pensar Augusto, en ese fallo, esa paradoja. En lo que no podía pensar era en qué soledad abisal y qué clase de locura había de padecer el otro tipo, el que se había ofrecido a Braun como cena. Consultó el reloj y telefoneó a su casa. Sonó una docena de veces la señal de llamada, pero su mujer no descolgaba. Y sin embargo, tan seguro como que tenían un supletorio en la alcoba era que Elena no se habría quedado a dormir en casa de ningún *Fernando* de serial, pues los que fueron los *mejores amigos* de Augusto o estaban muertos o habían dejado de serlo. Ella estaría allí, escuchando esos timbrazos con un ojo abierto y el otro cerrado.

Probablemente, pensó, sabe que soy yo pero no quiere responder. Lo que menos le apetece es recordar que está casada con la gloria de la literatura nacional. En estos momentos es presente, es soltera de nuevo, vive sola o, mejor aún, con la criada. Con los brazos y piernas abiertos en cruz bajo las sábanas, abarcando toda la anchura de la cama, toda para ella, aguarda a que dejen de sonar esos antipáticos timbrazos.

Quiere disfrutar del recuerdo de la salida de anoche, y sabe que bastaría con descolgar para que la voz del marido irrumpiese, con todos los años de su vida juntos; entrará estrepitosamente ese tren de innumerables vagones arrollando el delicioso duermevela en el que flotan algunas sensaciones de la velada: poca cosa en el fondo, una figura de tango dibujada en la pista de baile, un vago deslizarse, una insinuación susurrada, devaneos, coqueterías, palabras ligeras... ¡Ah, por fin han cesado los timbrazos!

Seguro que ella está pensando, se dijo Augusto, que hacía tiempo que no se sentía tan viva como anoche. Después de una cena con su hermana y su cuñado, cena alegrada por abundante vino, se dejarían caer por una discoteca, donde ella seguro que bailó con varios desconocidos y se divirtió rechazando los avances de un galán no más joven que su marido, pero sí más jovial. «Monteiro, procurador, ¿y tú?».

Llevaría en el bolsillo del blazer un escudo de capitán de yate, y seguro que olía a tabaco y a loción de afeitar y a pesar de todo ella accedió a bailar con él y encuentra gracioso su galanteo. Ahora, recordando cómo la llevaba flotando por la pista, murmurándole al oído piropos grotescamente románticos, hilarantes, al son de las tontas canciones de moda que Augusto no soporta, saca un pie de las sábanas y observa las secuelas del baile: la ampolla en el talón y las rojeces en el pulgar agradablemente candentes... Tuvo que corregir varias veces la posición de la mano derecha del procurador bailón, que tendía a deslizarse por espalda abajo, claro que esa tendencia exploratoria, se dice Elena, o debería decírselo, era impersonal, genérica: por ella expresaba su voluntad la especie, más que el individuo-procurador su genuino deseo. Esas tentativas especulativas las convocó una exigencia ancestral... Augusto lo hubiera sabido expresar mucho mejor por escrito. Y como ella, tirando de unos dedos llenos de sortijas y anillos (en el más aparatoso de los cuales Augusto pudo ver, a miles de kilómetros de distancia, la pequeña, minúscula «M» heráldica), corregía ese deslizamiento sin darle importancia ni fingirse ofendida, Monteiro se sintió animado a suponer que ella sólo trataba de mantener las apariencias y que estaba autorizado a proponerle:

—Podríamos ir a otro sitio, aquí con tanta gente no se puede ni respirar... ¿Dígame, le gustaría que fuésemos a otro sitio, a un lugar más tranquilo?

—¿Quiere llevarme a otro sitio? ¿Adónde?

Monteiro escrutó la expresión apenas irónica de su rostro y decidió que a una mujer como aquélla, claramente una señora, una gran dama, no se le podía mencionar todavía la cama.

—Adónde usted quiera. —En un raptó de inspiración agregó—: ¡Al fin del mundo!

Ella sonrió enternecida:

—Pero es que allí nos recibirá mi marido.

¡Pero esta réplica, este diálogo chispeante, quiso gritarle Augusto desde la otra orilla del Atlántico, ya lo he usado en otra novela!

¿Adónde iría ella, que no le encontrase? Porque si el planeta no fuese tan pequeño y entre las calles empinadas de Lisboa, la pantalla del televisor y los libros de la biblioteca de Augusto no estuvieran contenidos todos sus fenómenos y todas sus formas y variantes, si en algún lugar las cosas fuesen diferentes, aprovecharía ahora que está sola y tiene por delante un día entero para hacer las maletas e irse.

En esta fantasía de evasión se recreaba, doliente, Augusto en su cuarto del hotel Savoy. Ella le dejará una nota de adiós, una nota por otra parte, muy cariñosa, para que él la encuentre a su regreso. ¿Dónde? Sobre el escritorio. ¿Y qué hará él cuando la haya leído? Torcerá el semblante, se le caerá el alma a los pies, oírà alrededor el silencio insoportable... y luego la archivará en el cajón donde guarda los documentos y las notas para la autobiografía que está demorando hasta que cumpla los setenta y cinco años, edad a la que tiempo atrás decidió que pasará a limpio las perfidias y los

agravios que ha venido recibiendo a cambio de sus logros, evocará a las grandes personalidades que han procurado su amistad y confiará la sagrada antorcha de la firmeza y la esperanza a las jóvenes generaciones. Entre esas páginas, quizá le dedique a ella algún párrafo... Hasta entonces, con el corazón sangrante, seguirá como si no pasase nada.

No hay sitio, no hay sitio alguno. En los primeros tiempos de su relación fue esa disciplina, esa obstinada voluntad que literalmente lo arrancaba de sus brazos y le llevaba a su escritorio lo que le subyugó. A ella le intrigaban los intelectuales y artistas y en general cualquiera que estuviese obsesionado por su trabajo. ¿Qué encontrarían allí? Luego le admiró su abnegación por la causa de la bondad universal. Él estaba siempre disponible para colaborar con escritos de urgencia o discursos allí donde el Partido le reclamase, allí donde la causa le necesitara, ya fuese en las antiguas colonias, apoyando al caudillo de algún movimiento de liberación nacional, en manifestaciones parisienses contra tal o cual guerra, en las campañas electorales en Lisboa o en el fondo de las provincias lluviosas del norte, donde no había más remedio que hablar en centros cívicos o parroquiales. Sí, también en cantinas, ateneos, residencias de ancianos, incluso en parvularios.

Desde luego que era agradable viajar a lugares exóticos donde se les recibía como a príncipes bohemios y donde a menudo se encontraban con parejas como ellos; gente de culturas diferentes pero con lecturas, experiencias y opiniones parecidas, con las que trababan una amistad inmediata. Pero lo fascinante era asistir al funcionamiento de la máquina verbal de Augusto, artefacto misterioso capaz de segregar, en cualquier circunstancia y tras unos instantes de reflexión, ocurrencias, silogismos, espirales de sentencias e imágenes evocativas, asociaciones de ideas diferentes a cuantas ella hubiera oído antes. A veces, tumbada en el diván con un libro, al alargar la mano hacia el servicio de té y alzar la vista, le había contemplado —la curvatura de la espalda larga y ancha sugería una densa concentración de fuerzas y de voluntad de poder—, preguntándose qué conejo blanco estaría sacando de la chistera el prestidigitador; y hasta alguna vez imaginó que si aguzaba el oído podría escuchar el rumor de los engranajes de su mente en marcha. Un rumor sin duda melodioso.

Desde la «verbena popular» organizada por el Partido en la que se conocieron bajo un castillo de fuegos artificiales, y él le preguntó «Pero ¿de qué planetas hemos caído usted y yo para encontrarnos aquí?», se le abrieron las puertas de una fiesta secreta a la que estaban invitados las inteligencias más refinadas, los espíritus más sensibles de la historia de la cultura. Formaban una comunidad de miles de hombres y mujeres, cada uno con un perfil acusado y llamativo, y cada uno se había traído a sus propios amigos y parientes. No hay poetastro tan deleznable que no haya escrito por lo menos un verso que merezca la pena, decía Augusto, y parecía que él recordase ese verso de cada uno, también de los menores y los más ignorados. Y el verso que él citaba venía a demostrar que injustamente había caído en el olvido. El mundo se revelaba como un lugar de infinitas variaciones habitado por personajes fascinantes,

también en los errores que cometían: el hecho de que estuviesen muertos era del todo secundario, pues su quintaesencia perduraba, a disposición de Augusto y de ella. La pareja vivía en un estado de permanente exaltación. Y cuando la frase o la figura eran demasiado oscuras, ininteligibles, y Elena no comprendía su belleza o su verdad, él se la explicaba situándola en su sentido y en su contexto histórico e intelectual, relacionándola con precursores y herederos, y así resultaba que cada verso estaba conectado con los demás, cada nombre ligado a una docena de otros nombres en parentesco espiritual de primer grado; y no era la menor, entre tantas maravillas, comprobar que los mejores autores eran, de una u otra forma, sabiéndolo ellos o no, progresistas (como Augusto y ella), mientras que los de derechas o indiferentes a la pobreza y la injusticia social invariablemente resultaban mediocres. Este hecho tenía una feliz y sencilla explicación, decía Augusto: si la prosa no está transida de sentimientos humanitarios, de empatía con los pobres, de solidaridad, resulta fría, frías las palabras y también el lector se queda frío.

Claro que algunos casos parecían escapar a esta regla general. Pero no había que llamarse a engaño: el talento de éstos era engañoso, pasajero, sus obras «no quedarían».

La sirvienta irrumpe en el dormitorio con la bandeja del desayuno. Tras emitir un sucinto parte meteorológico, quejarse protocolariamente de algunas enfermedades terribles que padece su marido y recibir las no menos protocolarias condolencias del ama, aunque, piensa la sirvienta, valdría la pena glosar ciertos curiosos síntomas y otros detalles con los que podrían pasar un rato estupendo, esta mañana la ve rara, ausente, está claro que quiere quedarse sola. *Exit* la criada. Elena se bebe el zumo de naranja, mordisquea una tostada con mermelada, bebe el café y coloca la bandeja sobre la mesita de noche para seguir siendo imaginada por Augusto. Fue precisamente en sus primeras impertinencias hacia aquella sirvienta, las primeras manifestaciones de impaciencia para con sus torpezas y demoras, que se produjeron al poco de regresar de las fiestas en el castillo de Baviera, durante aquellos meses en que él, solicitado de todas partes, apenas pudo escribir una línea, donde Elena fijaba el inicio del declive del hechicero. Venía reventado de fatiga, sumido en un humor irritado e impaciente que fue derivando a la más sombría apatía.

Fue perdiendo la jovialidad y su carácter se fue agriando. Cuando ella se lo reprochaba siempre había una causa justificante: a los compromisos sociales y literarios le sucedieron los problemas de salud que empezaron a manifestarse y tomar presencia creciente en sus vidas. Manías y pensamientos obsesivos hicieron su aparición. Ahora de los viajes que emprendía para charlar con tal o cual estadista africano o suramericano (incluso europeo, en alguna señalada ocasión) regresaba nervioso, malhumorado, despotricando contra la trivialidad del mundo y la necedad de la gente. Los tiranos a los que había apoyado siempre —y que en nada sustancial habían cambiado su manera de comportarse durante las últimas décadas— perdían su simpatía, de repente le decepcionaban, le parecía que se dejaban corromper, que no

eran verdaderamente «puros» ni estaban a la altura de la Historia.

Cada vez era más implacable con los demás autores. La lección permanente de literatura que fue vivir a su lado se convirtió en una lección de desafecto a los demás. El sentido del humor hizo mutis.

El abanico de sus citas de memoria se fue cerrando, el panteón de los varones admirables reduciendo: ya siempre repetía las mismas sentencias de autores clásicos y bien muertos, a menudo para criticar su ingenuidad o referirse a renglón seguido a algún episodio poco decoroso o poco edificante de su vida. Los viernes y los sábados por la noche, al regreso de las inevitables cenas en la ciudad, desmenuzaba con resentida malicia tal comentario desafortunado de algún comensal o la vulgaridad de su esposa, hasta después de que Elena hubiese apagado la lámpara.

Convertido en la «insobornable conciencia crítica nacional», encarnación viva de la Lengua, sentía el mundo entero como una responsabilidad propia, y el mundo estaba empeñado en demostrarle cada día, minuciosamente, que no funcionaba como él sabía que debía funcionar.

Los homenajes que le rendían le parecían exageradamente aduladores y desencaminados. «Ese estúpido no ha entendido nada», decía apartando el periódico donde acababa de leer un panegírico de su última novela. En cambio los elogios ponderados le parecían capciosos: seguro que ocultaban una crítica. Cuando leía alguna excepcionalmente negativa, la atribuía a rencores y odios, mezquinas venganzas de oscuros enemigos del porvenir de la Humanidad ligados con lazos más o menos estrechos a la extrema derecha y a las agencias norteamericanas, que se vengaban en su literatura de su inquebrantable adhesión a las causas del progresismo.

Se hacía más susceptible cada día. Si en un viaje no le alojaban en un hotel de cinco estrellas se sentía menoscabado en su dignidad y lo sentía también como un desprecio a su país. Pero si el hotel era de lujo, entonces deploraba el despilfarro, el confort exagerado e innecesario, la arrogancia de los huéspedes, el servilismo del servicio.

Uno de los rasgos más turbadores de su misantropía era la lúgubre, estúpida manía que había adquirido, al enterarse de la muerte de algún conocido, de exclamar: «¡Uno menos!», locución que subrayaba con una especie de risita nasal o resoplido.

Al principio lo hacía con los adversarios políticos o literarios. ¡Uno menos! Pero luego, también con los compañeros de viaje, con escritores comunistas y hasta con parientes y amigos. ¡Uno menos! ¡Uno menos! A Elena le empezó a parecer que de vez en cuando emanaba de él un olor deprimente. ¿Qué olor sería ese? «¡Olor a muerto, a muerto!», gimió Augusto.

Como Elena no respondía —abstraída en sus propios pensamientos o en los que le endosaba la fantasía masoquista de Augusto—, hubo de resignarse a colgar. En ese momento llamaron a la puerta.

Era un camarero portando una bandeja de plata, y en la bandeja un sobre con el escudo del hotel, y en el sobre, que Augusto desgarró después de murmurar gracias y cerrar la puerta en las narices del camarero, una nota perfumada:

Maestro: ¿sería mucho atrevimiento invitarle a un champancito en mi cuarto para brindar por usted? No le conozco, pero le admiro, su fama le precede.

Firmaba *Fascinada (room 505)*.

Arrugó la nota y la echó a la papelera. Demasiada experiencia tenía para no saber que entre las lectoras que le escribían «fascinadas» y reclamando conocerle muchas estaban desequilibradas y alguna era peligrosa. Luego miró la televisión, donde el payaso Kikirikí, aún con la sonrisa de maquillaje, se había puesto muy serio para decir:

—... *este oficio nuestro quizá sea, como ninguno otro, una reiterada y permanente expresión de humildad...*

La elasticidad de la cara de Kikirikí, con su gran boca viciosa, le disgustaba; y también el verde de la moqueta del cuarto, supuestamente relajante, y en las paredes, las pinturas etnicistas que representaban a los dioses bárbaros, unos dioses antipáticos, con los ojos saltones y boca de saurio. En el televisor las tonterías sucedían a las catástrofes; y frente al ordenador portátil, abierto sobre la mesa como un misal en su atril, la chaqueta manchada que colgaba del respaldo de una silla dibujando un pliegue extraño le llevó a pensar en otras prendas de vestir de la literatura: el gabán de Gogol, el abrigo con que se cubría Raskolnikov tumbado en su diván, la gabardina de Rodrigo, el protagonista de *El río triste...*

Él también se sentía triste y solo lejos del Tajo, en aquel espacio funcional e impersonal del cuarto de hotel. ¿Es posible que en esta metrópolis no haya siquiera una persona, pensaba, que sepa quién soy, con la que valga la pena hablar y me demuestre que todavía estoy vivo? ¿Y si se animase a conocer a *Fascinada (room 505)*? Pero no: cuando uno representa, como representaba él, la dignidad de su país y de su lengua, de ninguna manera puede presentarse ante una dama con la chaqueta manchada o en mangas de camisa. Era inconcebible.

Cinco minutos después estaba llamando, en mangas de camisa, a la puerta de la habitación 505.

Le abrió una muchacha alta, envuelta en una toalla blanca que le cubría desde el

pecho hasta el arranque de los muslos.

—¡Me he equivocado! ¡Seguramente un error numeral! —se asustó Augusto—. *Desculpe Sua Excelência...* le presento millones de disculpas.

—No, no, maestro, usted es Augusto... el gran novelista. —La alegría brillaba en sus ojos y con la cabellera envuelta en otra toalla tenía un aspecto fresco y gracioso; en los hombros desnudos brillaban gotitas de agua—. Pase, pase, por favor.

—*Mas, minha senhora... o mais prudente, tendo em conta as nossas circunstâncias indumentarias... perdone usted...*

—Es usted quien ha de disculparme a mí —suplicó ella—. Quería ponerme guapa y me estaba dando una ducha. La verdad es que no le esperaba tan pronto. —Agarró del brazo a Augusto, que hacía ademán de retirarse—. Pero ahora que estamos juntos no le dejo escapar. —Abrió la puerta de par en par y se hizo a un lado.

Era joven y a él le pareció bonita, pero todas las jóvenes le parecían bonitas y remotas como unicornios. Por fin, con pasos cautelosos, holló el territorio desconocido. La gran cama abierta, con las sábanas arrugadas y el cobertor floreado en el suelo, le produjo una sensación de desorden y ambigüedad; a un hipotético observador aquello le parecería equívoco; se dijo «*error, error, salgamos de estos aposentos*» y dio media vuelta, pero ella ya había cerrado la puerta y avanzaba hacia él contoneándose.

—Tome asiento, maestro. Ahorita sirvo el champancito. —Y se puso a trastear en la pequeña nevera.

Sentado en un sillón idéntico al que tenía en su cuarto, paseó la vista alrededor: la moqueta verde era la misma, los mismos muebles, los mismos cuadros de divinidades crueles, el mismo espejo y la puerta entornada que daba al baño. Un verso vino a sus labios:

—*El espejo que soy* —murmuró— *me deshabita...*

—¿Perdón? —le sonreía la joven en toalla, de rodillas ante la nevera.

—... Así que a usted, Fascinada, le gusta la literatura.

—Pues claro, maestro. Luego me tiene que echar una firmita en mi álbum, con su dedicatoria. Que no se nos olvide.

¿Y dónde estaba ese álbum? También se echaba en falta, en aquel reflejo de su cuarto, el ordenador portátil. Era un misterio que la gente corriente pudiese vivir sin escribir, en tal ausencia de gravedad y de dirección. Eso tenía que ser como andar sin dejar huellas y sin proyectar sombra; se necesitaría mucho valor para andar así, o ser muy modesto, o muy inconsciente.

La oyó decir «trae suerte», y la vio acercarse sosteniendo en alto la botella, de la que brotaba el líquido espumoso como de una fuente, y con dos copas en la otra mano: un ser frágil, al borde de la extinción, con una sonrisa deslumbrante.

—Maestro, lo primero, un brindis por su premio.

—De esa maldición hace ya tres años —masculló Augusto—. Si le parece, brindemos más bien por usted.

—No, mejor por usted, maestro.

—Bueno. Pues brindo por mí.

Al tomar la copa, sus dedos se rozaron y reparó en las uñas lacadas en escarlata; y al bajar la mirada más aún, con turbada modestia, descubrió que calzaba zapatillas de tacón alto con un pompón rosa en el empeine, como las vedettes del cine de antaño cuando interpretaban a grandes seductoras y a cortesanas a punto de caer tuberculosas en castigo a su frivolidad.

—En Europa ya no se llevan *chinelinhas* tan... tan graciosas —tragó saliva— por lo menos desde 1950.

—¿No le gustan, maestro? ¿Quiere que me las quite?

—No, no se preocupe, al contrario —se apresuró a decir Augusto—. Tráenme remembranzas de mis años mozos.

—¿A que son sexys? Aquí todas las chicas tenemos un par —dijo ella, acucillándose a sus pies y alzando la copa—. Por sus futuros éxitos. Por la felicidad. Por el futuro.

Augusto suspiró.

—Sabe usted, señora mía... Yo contemplo mis éxitos pasados con el más desenfadado escepticismo, y no soy tan ignorante como para creer que me queda mucho futuro.

Ella hizo un gracioso mohín:

—No diga eso que me rompe el corazón. Yo le veo aún joven y lleno de energía. Es usted un viejito bien verde.

—¿Cómo que verde?

—Aquí le decimos verde al señor madurito pero vigoroso, lleno de vitalidad y de atractivo, como usted.

—Gracias, gracias... Usted me halaga. —Con las manos apretadas como si se abrazasen, se sumió en profunda reflexión, de donde por fin emergió para decir—: Aunque la verdad es que siento algunos dolores en el costado, y la columna vertebral me da la lata, sobre todo por la mañana, al despertar... —Sin poder contenerse refirió sus dolencias físicas, enunció los eufónicos nombres de las medicinas que le recetaban «sus médicos», e iba a comentar las cualidades y rarezas de carácter de aquellas celebridades cuando sorprendió a la muchacha disimulando un bostezo. De inmediato cambió de tema—. ¿Y usted, señora mía, a qué se dedica?

Fascinada titubeó. Antes estudiaba, pero luego se casó, y ahora, teniendo que encargarse de las labores domésticas y todo eso... Además de que su marido prefería...

El venerable escritor, que escuchaba distraídamente, la felicitó, pues la de estudiante era la mejor etapa de la vida, el estado ideal del ser humano. Quién pudiera pasarse la vida aprendiendo. ¿Y qué estudiaba ella?

—Bueno, me gustaría, me veo de médico... Pero mejor hablemos de usted.

—Ah, qué bien. Para médico, como Namora... *Coitadinho, ja morreu*. ¿Ha leído

usted algo de él? ¿No? *Minas de San Francisco, La llanura de fuego.*

—Pues... Me suena de nombre, nomás.

—*El río triste*, ésa es con diferencia su mejor novela... Yo he de confesar que le hice la vida un poco difícil, porque él no era... él tenía otra mentalidad política, un poco elitista a mi modo de ver, y en aquellos años de la dictadura... Incluso los que estábamos en contra del tirano estábamos entre nosotros divididos, enemistados... los unos peleados con los otros... Y para él, claro está, hubo de ser doloroso verme surgir de la nada y florecer, como autor, un poco *au-dessus de la mêlée*. —A Namora ya nadie lo leía, dijo. Una prosa provinciana, lo que era inevitable dadas las circunstancias, *uma prosa que cheira a tabaco frio*. Era el olor de la época, en su opinión. Bueno, pues él, o Namora, era médico, médico en la provincia, como lo fueron Bulgakov, Baroja, Céline (todos equivocados, por cierto, todos de derechas), y al igual que ellos, en cuanto pudo sustituyó el estetoscopio por la estilográfica para escribir esas novelas de médico rural, y *El río triste*... el río triste que es el Tajo, claro, y también el río de la vida...

La novela, que no estaba mal, que no estaba nada mal, de verdad, explicó Augusto, empieza con un oficinista gris, del todo insignificante, que un día cualquiera sale de su casa como cada mañana y cruza la calle para aguardar el autobús en la parada que queda enfrente de su portal. Como cada mañana, desde la parada envía un desmayado saludo a su mujer, asomada a la ventana, y ella se lo devuelve con otro gesto igual de desganado.

—Ha de ser lindo querer siempre a la misma persona, ¿no es cierto? —dijo ella—. Te enamoras una vez, y ya. Yo en cambio me he divorciado ya dos veces.

Augusto ya había comprendido que aquella muchacha sentada a sus pies no podía decir nada que valiese la pena escuchar. Pero era tan atenta. No me he explicado bien, le dijo, le estaba diciendo que ese intercambio de saludos tiene poco que ver con el cariño, es un automatismo que sólo obedece a la costumbre, una rutina que con el roce de los años y de las decepciones ya ha perdido las últimas impregnaciones de amor.

—Ah, pues entonces —la joven frunció el ceño—, es una pena, me parece a mí.

—¿Verdad que sí? *Mas isto é precisamente o mais comovedor da novela do coitadinho do Namora*: cómo muestra nuestra condición humana, que en alas de una pulsión que a veces parece heroica y a veces patética no se resigna a renunciar a los últimos apolillados ropajes para representar las reiteradas pantomimas del amor. Cuando lo único que queda del amor son códigos sin sentido, signos de un alfabeto perdido, ritos periclitados... —respiró hondo, volvió en sí—. Así pues, y ciñéndome al argumento... en fin, si es que no le aburro...

—Usted no me aburre en absoluto, todo lo contrario.

—¿Le interesa, entonces, esa novela?

—Me interesa todo lo que usted me diga.

Mujer muy agradable, pensó Augusto.

—Bueno, pues el oficinista, que se llama Rodrigo, sale de casa con la gabardina al brazo, saluda a la esposa asomada a la ventana, y ella, que se llama Teresa, le devuelve el saludo y aguarda, aburrida, a que llegue el autobús que se lo llevará a la oscura oficina donde quema su vida desde hace treinta años. El día transcurre, cae la noche, y Rodrigo no vuelve a casa. Tampoco regresa a la mañana siguiente. Ni al otro día. Ha desaparecido. La policía investiga y encuentra una pista: encuentran su gabardina, olvidada en un banco del trasbordador que cruza el Tajo. Qué hacía esa gabardina allí, en ese ámbito transitorio y húmedo, es todo un misterio, porque la oficina de Rodrigo está al otro lado de la ciudad. Esa gabardina, allí, es una incongruencia y un enigma. —La joven hacía una mueca y Augusto le preguntó—: ¿Le duele algo?

—Tengo una rampa. Pero siga nomás, siga hablando, maestro, que yo le escucho.

Se había levantado y daba pataditas al suelo, ahora una pierna, ahora otra, y él percibió que los tacones la obligaban a tensar los músculos de las piernas, y las rodillas y los muslos se marcaban bajo la piel tersa. «¿Qué diría o *coitadinho Namora* si volviera de ultratumba y me viera hablando de su libro a estas piernas rotundas? —pensó—. ¿De qué más podía hablar, después de haber mencionado la gabardina fluvial, la gabardina lluviosa?». No le podía decir a aquella joven que de vez en cuando, al hojear ese libro, como hojeaba tantos para constatar de nuevo que él escribía incomparablemente mejor que los demás, pero que era posible espigar en los demás algún acierto meritorio, veía al difunto escribiéndolo bajo una lámpara, Namora, bajito de estatura, Namora, su cara inteligente, su lisa calva...

—Por cierto que en *Últimas tardes con Teresa* también hay una escena interesante protagonizada por una gabardina. ¿Usted, como todo el mundo, habrá leído la novela de Marsé?

—¿Y usted, maestro —preguntó ella, afectando un travieso recelo—, todo el tiempo me dice nombres para que yo me dé cuenta de que soy una ignorante?

Él le aseguró que no.

—A mí no me importa, ¿sabe? Yo ya sé que lo soy. Ese es mi gran complejo. Pero usted no me haga caso y siga contándome, ¿qué le pasa a esa Teresa? ¿Es linda?

—Sí, es linda, es joven, sus padres son ricos...

—A mí las chicas lindas me gustan también, igualito que los chicos. Yo creo que en el fondo todos somos bisexuales. ¿A usted no le parece, maestro?

—Pues, tal vez —dijo Augusto.

Ella lanzó una risita.

—No, pero hábleme de esa novela.

—Cuenta que un joven pobre se cuela en la fiesta que dan unos señoritos en el jardín de su torre barcelonesa. Es una noche perfumada y fresca de principios de primavera. O de otoño, quizá, no recuerdo. El chico pobre, confiado en que su aplomo y la oscuridad conspiran a su favor, aguarda en un rincón, al amparo de las sombras de un árbol, a que se presente una oportunidad para seducir a alguna chica.

Entonces llega a la fiesta, avanzando desde la calle por el sendero de grava, la joven rubia, con la gabardina echada despreocupadamente sobre los hombros, el cinturón colgando y la hebilla repicando en la grava... Y claro está, queda deslumbrado...

—¿Repicando en la grava?

Augusto vio en sus ojos que aunque se esforzaba no entendía de qué demonios le estaba hablando, y pensó que ya era hora de volver a su cuarto. Pero en vez de eso se arrellanó en la butaquita y siguió hablando con una voz más lenta y grave de la claridad de aquella gabardina echada con negligencia sobre los hombros de Teresa y del cinturón suelto... El mundo de las fantasías literarias, dijo, es la guardarropía de un teatro donde cada autor pilla personajes, situaciones, metáforas y disfraces ya usados por otros. Él estaba convencido de que aquellas gabardinas de Rodrigo y de Teresa, personajes tan diferentes, incluso metafóricamente opuestos, eran la misma. Y no sólo eso: creía que la Teresa de Marsé era, con treinta años más a sus espaldas, la Teresa de Namora.

—Ay. Ahora soy yo la que necesita una gabardina o un albornoz. —El nudo de la toalla se había soltado, la prenda había caído al suelo y ahora la joven se hallaba completamente desnuda, y manos arriba como si le hubieran dado el alto, pero en absoluto turbada, frente al venerable escritor.

Éste dijo en un tono supuestamente festivo:

—Espero que no me considere usted un pícaro, señorita, si le digo que encuentro que se desnuda usted con asombrosa facilidad. —Y volvió al tono meditabundo y quejoso—. La gabardina de Rodrigo, el gabán de Raskolnikov, el paletó de Akaki... esas prendas preanuncian la mortaja... ¿Quieres saber una cosa? —¿Y por qué llevaría aquella joven el pubis rasurado? Seguramente sería una costumbre étnica, propia de Tierras Calientes—. Te aseguro que si pudiese volver a empezar no sería escritor. Sería médico, como tú, y nada más que médico. O bien caudillo revolucionario, como el Capitán. En fin, me dedicaría a algo que tuviera efectos benéficos tangibles, palpables. Las novelas, en cambio... cada libro mío es un mensaje a la humanidad que le dice: cuidado que por ahí vas mal, cuidado que si sigues así te estrellas; y el mundo, sordo a mis esfuerzos, empeora, y mis lectores, como es lógico, sólo guardan de mis libros vagas nociones de ambiente y clima, algunas imágenes y la confortable sensación de que leyéndome se han hecho más buenos, más humanos, sin necesidad de comprometerse a fondo...

Harto de hablarle a aquel pubis, se puso en pie y empezó a dar vueltas por el cuarto:

—... Para colmo, cualquier rufián de la radio o parásito de la televisión se atreve a ponerse en pie de igualdad conmigo. Yo escribo, escribo, y el mundo engulle mi trabajo, mi autenticidad, mi compromiso social, como si nada; luego, con la misma indiferencia, me engullirá a mí, no dejaré residuos.

Se quedó callado, meditabundo. Luego miró alrededor. Aquellos muebles, aquella moqueta, aquellas duplicidades y repeticiones.

—¿Puedo abrirte de par en par las puertas de mi corazón? Cada noche me acuesto temiendo la hora del despertar, porque por la mañana se me presenta un dolor de espalda atroz. Los doctores no saben qué los provoca. Eso, para empezar. Mis padres han muerto, mis amigos van cayendo como moscas, cada año asisto a ocho o nueve funerales. Eso, para continuar. En estos momentos mi mujer arrastra la maleta por algún aeropuerto tratando de escapar de mí. Si le ofrecen plaza en el próximo viaje a la Luna, la compraría. No puedo reprocharle que el subconsciente le diga: «Estarías mejor viuda», como se lo dice a todas.

—Oh, no digas eso —suplicó ella—, tan mala no puede ser tu señora.

—No es que sea mala. Es que tiene ganas de divertirse. Yo la comprendo muy bien. Yo también quisiera de eso. Pero sé que es como si quisiera tirarle de la cola al diablo. Soy un hombre abatido y solo, estoy entrado en años, desamparado, sin hogar, sin futuro, sin amor, sin ilusión, escribo en el vacío, para nadie, cada mañana al afeitarme veo en el espejo el rostro del último lector que puede comprenderme: es una momia que disimula. Me ve y se dice: ¡Aquí está otra vez ese tipo lamentable con sus pelos blancos y su dolor de espalda y sus ideas geniales que no sirven para nada! ¡Aquí estoy yo otra vez! ¡Otro día más, lleno de mí mismo! De mis cositas, de mis ideítas. ¡Me aburro a mí mismo!

—No digas esas cosas que me partes el corazón —ella se había decidido a tomar el control de la situación. Se adelantó y tendió la mano hacia él—. Haré algo por ti. Siéntate, siéntate ahí donde estabas.

—Pero... ¿qué vas a hacer?

—Siéntate.

—¿Cómo? —se dejó caer en el sillón.

—Gabardina no tengo, pero tú imagínate que llevo una sobre los hombros, como a ti te gusta —decía ella mientras trataba de alcanzar la hebilla de su cinturón—. Verás qué bien te sienta. Te vas a morir de gusto.

Augusto trató de ponerse en pie, pero ella le empujó con firmeza.

—No... —dijo él—. Déjalo...

Ella le dirigió una mirada suplicante:

—¿Prefieres que follemos?

El venerable escritor respiró hondo. ¿A quién se le ocurría hablarle de Namora y de su dolor de espalda a una desconocida en cueros? El sol de la plaza, se dijo, me ha licuado el cerebro.

—Mira, te agradezco sobremanera tu gentileza pero no estoy de ánimos para contactos íntimos, contactos que, además, la alianza de oro que llevo en el dedo anular... —tragó saliva—... me veda de forma terminante... —alcanzó a decir con voz ronca. Luego sintió que los ojos se le cerraban y el arrebol le encendía las mejillas. Cuando volvió en sí, la encontró tendiéndole un álbum.

—Échame una firma, corazón.

En la tapa, un rótulo con caligrafía inglesa decía: «Mi libro de autógrafos».

—No faltaría más —dijo Augusto—, pero me he dejado la estilográfica arriba, en mi cuarto.

—Yo te presto un bolígrafo, corazón.

Mientras lo buscaba, él hojeó el álbum y leyó docenas de nombres de amigos y conocidos que habían firmado, muchos debajo de unas palabras cariñosas: «Recuerdo de una noche inolvidable», «A mi loca cabrita», «Con gratitud», «A mi inolvidable hechicera». Otros dibujaban unos labios, un corazón atravesado por una saeta, una flor. En las últimas páginas reconoció las firmas de Haas, de Cohen, de Mermel, de Tronchon...

En el corredor, más allá de la puerta, que había quedado abierta, una pareja muy atildada que pasaba se había detenido involuntariamente al ver a aquella joven desnuda, de pie junto a un viejo que sostenía un libro y una pluma. Debemos de parecer una alegoría, pensó Augusto. La última firma era la de Colores, que incluso había garabateado unos versitos. No quiso leerlos. Pasó la página, y en la siguiente escribió: «El río más triste»; debajo estampó su nombre, envuelto en una rúbrica rica en volutas y arabescos.

Vigil vio en la tele a aquel papa siniestro, responsable de la caída de Polonia y, con ella, de toda la Europa socialista, en manos del capitalismo salvaje; qué extraño que ningún cardenal ambicioso le envenenase, aunque sólo fuera para no tener que seguir descifrando sus balbuceos. Cóndor podría investigar ese caso, descubrir al asesino... y felicitarle calurosamente. A continuación, el peinado de una actriz del serial *Mujeres engañadas* le recordó a Cecilia; admiraba a aquella mujer que le había entregado generosamente a Paco lo más precioso que tenía, parte de su propio tiempo; imaginó la extraña pareja que formarían la culta, distinguida, cosmopolita muchacha y el ignorante narizotas, bebiendo y bailando salsa en los locales nocturnos, las discotecas y cantinas de una mestiza y calurosa ciudad centroamericana. Les vio caminando juntos por calles arboladas con ceibos o con palmeras, en un atardecer perfumado del trópico, y en una noche cuajada de estrellas. Paco se alojaría en su chalet durante unos días, pasaría las horas tumbado junto a la piscina mientras ella recorría oficinas burocráticas, cumplimentaba instancias y prodigaba sobornos para que le dejaran levantar el vuelo. ¿Cecilia, con Paco? ¿Ella, el ángel al que él había respetado y admirado tanto, en brazos de aquel bobo? La imaginó desnuda, afiebrada por el deseo, ayudando a Paco a sacarse la camiseta que decía *Mi hermana ha estado en Venecia y lo único que me ha traído es esta asquerosa camiseta*. Tomó el mando a distancia y cambió de canal. Ahora, el alemán que se había comido a un amigo (un varón tristísimo al que había conocido en la internet), declaraba a la salida del tribunal:

—*Ya en el colegio fantaseaba con comerme a un amiguito...*

Cambió rápidamente de canal y por fin encontró noticias sobre el mitin en la plaza de la catedral. Los datos —el número de participantes, los casos de lipotimias y de deshidratación, la cantidad de mazorcas, de quesadillas y de litros de agua consumidos, la total y virtuosa ausencia de alcohol, de reyertas, de muertos— le inspiraron un par de artículos que se había comprometido a escribir «en caliente». Tecleó con la celeridad y seguridad de juicio acostumbradas mientras de reojo permanecía conectado al fluir de la Historia y de sus mil chifladuras por la pantalla y deploraba que la batalla campal entre anarquistas y policías en Atenas, la explosión que rasgó de parte a parte el velo del templo de Jerusalén, el incendio en Moscú, el gas letal fluyendo por los túneles del metro de Tokio y otras catástrofes viniesen a arrebatarse al Capitán y a los suyos los espacios más destacados de los noticiarios.

Aunque las redacciones en Madrid y Barcelona aguardaban esos artículos^[9] como agua de mayo, no quería hacer balance de la histórica jornada y ponerles punto final hasta enterarse de cómo había ido el debate en el Parlamento y la disposición del Presidente a negociar los quince puntos del Programa de Alternativa Progresista y Democrática. Como a aquella hora la sesión, para bien o para mal, tenía que haber

concluido, decidió que ya podía telefonear al Capitán. Pero su teléfono comunicaba. Matanza tribal en Congo. Magnicidio en Cachemira. Marea Negra en Alaska.

Volvió a telefonearle. Y le llamó otra vez al cabo de cinco minutos —bomba en Belfast, tres muertos—, y al cabo de otros cinco —coche bomba en Bilbao, tres muertos—, y otra vez, y otra. Y aunque el teléfono móvil del Capitán permaneció *desconectado o fuera de servicio* durante toda la tarde, él porfiaba, echando, cada vez que colgaba el aparato, una melancólica mirada a la mochila de las morcillas con la que había cruzado el Atlántico y que tendría que volverse con él a Barcelona...

Por fin al anochecer se enteraría con bastante detalle de lo sucedido en el Congreso: el Capitán y otros cuatro encapuchados entraron escoltados por algunos guardaespaldas que el ministro del Interior había puesto a su disposición para protegerles de los desaires e incluso posibles agresiones de los diputados más exaltados, los ultramontanos que acaudillaba el congresista Morán (un energúmeno al que muchos además tenían por uxoricida, pues su esposa, una pobre mujer, que siempre estaba asustada, había desaparecido un buen día sin dejar rastro). Éstos llevaban años exigiendo una acción contundente y sin contemplaciones del Ejército contra los indios felones, y estaban muy irritados porque el Presidente y sus ministros, gente blanda, indecisa, ingenua, en vez de hacerles caso y rociar la selva con napalm abrían las puertas del Parlamento a aquellos pinches facciosos.

Los facciosos se sentaron en el último banco del hemiciclo, hacia donde convergieron todas las miradas: ciertamente aquellos tipos con uniforme militar y pasamontañas eran allí una extravagancia. Contribuía a la atmósfera carnavalesca el atuendo penitencial que había elegido para la ocasión el comisionado Alvareda, un sayo frailuno que él mismo había cosido con tela de saco y del que había prometido al Sagrado Corazón de Jesús no desprenderse hasta haber devuelto la paz a la patria. La sesión, supo Vigil, comenzó muy mal: los guerrilleros nada más tomar asiento volvieron a levantarse y se pusieron a discutir acaloradamente si debían o no irse de inmediato y reanudar las hostilidades, pues, contra lo acordado en las negociaciones previas, el presidente de Gobierno no se hallaba presente; estaba en un improvisado viaje de Estado a Washington, según les explicó, rogándoles paciencia y confianza, el comisionado. En realidad el Presidente se hallaba muy cerca, en su palacio, pero no en condiciones de participar en la sesión o pronunciar discurso alguno. Estaba aturdido a base de tranquilizantes y encerrado en el refugio nuclear subterráneo, en cuyo aislamiento absoluto se hundía con frecuencia creciente (su perro, un setter más bien lelo, se quedaba a la puerta, aullando a la muerte) en busca de silencio, y para eludir las frustraciones que conlleva el ejercicio del poder, a menudo tras haber comprobado que las órdenes que impartía no se cumplían, que las reformas económicas, de eficacia probada en otros países, no eran efectivas, que el funcionario al que había nombrado para que sustituyese en un cargo de responsabilidad a otro que había sido sorprendido con las manos en la caja se corrompía también en seguida. No había forma humana de que el país funcionase como su cadena de supermercados.

Había demasiados imponderables. Aquel día, antes de encerrarse en ese mausoleo, dio plenos poderes a Alvareda para negociar.

El comisionado recordó al Capitán, y éste, a los suyos, que muchas vidas, la esperanza de las comunidades que ellos representaban, el futuro de la patria y quizá de toda América, dependían de que aquel encuentro no fracasase por una cuestión menor. Los ánimos se serenaron. Los encapuchados volvieron a sentarse y encendieron las pipas. Apenas el olor perfumado del tabaco empezó a difundirse por las filas de escaños, un bedel se acercó a recordarles que allí estaba prohibido fumar. La presidenta del Congreso, célebre por su carácter autoritario y viril, le enmendó:

—Deje usted que esos caballeros fumen cuanto gusten, hoy vamos a ser especialmente tolerantes y laxos en el cumplimiento de las ordenanzas, si sus señorías no se oponen.

Gobierno y Oposición despacharon los debates ordinarios con la máxima premura y en las réplicas y contrarréplicas renunciaron a sus turnos de palabra para acelerar el orden del día y llegar cuanto antes al apartado de Ruegos y Preguntas. Era en el marco de ese último tramo de la sesión donde se le había reservado la palabra al Capitán.

Pronunció un discurso largo y solemne como requerían las circunstancias, constatando que sólo por el hecho de celebrarse, aquella sesión era ya una victoria, pues implicaba que la Nación reconocía el Movimiento que él y sus camaradas representaban como interlocutor, a título de igual legitimidad que cualquiera de los partidos legales del «Sistema» —«sistema» y «partidos» cuya calificación dejaba para mejor ocasión. (Inquietud y carraspeos en los bancos del Gobierno y murmullos en los de la oposición.)

—Victoria para todos, también para ustedes, mis queridos enemigos —dijo el Capitán—. Sí, les he llamado «queridos», porque a ustedes tengo que agradecer que me perfilen y me definan con su hostilidad y con su odio... ¿Cómo no iba a quererles, si les debo mi ser?

Pero no era el momento de mirar al pasado. Era el minuto cero de una nueva era, y la posibilidad, para todo el país, de una reconciliación que él había venido a proponer, y que se resumía en los Quince Puntos...

El comisionado respondió con un discurso más breve pero igualmente meditado y solemne, en el que se felicitaba de la pacífica presencia de los guerrilleros en el Parlamento. Sólo cabía interpretarla como una implícita aceptación de las reglas de juego que el pueblo se había dado a sí mismo, en forma de Constitución. El diálogo, dijo, es la esencia de la democracia, y la democracia, la única vía de progreso para los pueblos y de resolución pacífica de los conflictos. En cuanto al Gobierno, estaba dispuesto a perdonar los delitos cometidos hasta la fecha, a crear un Grupo de Estudios en el que participarían representantes del Gobierno y de la guerrilla, a estudiar a fondo los quince puntos...

Los encapuchados se consultaron con la mirada. Aquello era mucho más de lo

que esperaban. No daban crédito a lo que oían, recelaban de que se tratase de algún engaño.

—Le adelanto que de esos quince nosotros asumimos, ya antes de abrir negociaciones, los relativos a la mejora de la educación, a la instalación de hospitales, a la electrificación de las aldeas... —dijo el comisionado. Y tras proponer fecha, lugar de encuentros, agenda y presupuesto para el Grupo de Estudios, miró de frente al Capitán—: Antes se refería usted a la hostilidad y el odio que supuestamente nos mueve. Pero qué hostilidad ni odio, si somos todos hermanos en Cristo Nuestro Salvador, que murió para redimir nuestros pecados...

Al Capitán casi se le cayó la pipa de la boca. El comisionado con su infinita tolerancia le estaba ganando la partida y dejándole sin argumentos para seguir la guerra, y desde luego el sayo era una novedad icónica magistral, comparada con sus ya muy vistas capuchas.

—¿A qué estamos esperando? —bramó Morán, el energúmeno—. Vamos a por ellos, que son nomás cinco.

Estaba obviamente borracho, y suerte que a la entrada los bedeles, que le conocían bien, le habían retirado el «hierro», porque cuando estaba bebido lo dominaba un espíritu violento; luego, concluida la sesión, y cuando los Capitanes se retiraban por los atascados pasillos del Congreso hacia el comedor, donde les aguardaba un «refrigerio patriótico», y se entretenían en un corro y otro, respondiendo a una pregunta de los periodistas o atendiendo a la interpelación de un senador, parece que fue ese mismo Morán el que se agarró al Capitán y trató de arrancarle el pasamontañas, manoteando y berreando, mientras varios guardaespaldas trataban de reducirlo:

—¡Te voy yo a *perfilear*, verás tú cómo te voy a definir, pinche capucha de la gran chingada!

En la puerta de Vigil sonaron unos golpes destemplados, y se oyeron los gritos de Colores en el corredor:

—¡Abre, pedazo de comunista!

Entró colgado, más que abrazado, de una hermosa joven que olvidó presentarle, y arrastrando por la moqueta su vieja guitarra. Quería que Vigil escuchase la canción que acababa de componer en homenaje a la Marcha por la Dignidad y dándole su opinión confirmase o desmintiese su presentimiento de que iba a ser una bomba.

—Me he inspirado sobre todo en el Capitán —farfulló, sentándose en la cabecera de la cama—. Lo imagino como un hombre solo, un hombre que tiene que ocultar el rostro tras una máscara impersonal, ¿vale?, un hombre cargado de terrible responsabilidad, que viaja... Viaja por todo el mundo... Va en busca de dinero para financiar su Revolución. Está abatido y solo, entrado en años, desamparados, sin hogar, sin futuro, sin amor... Viaja en busca del amor. ¿Correcto?

Vigil se encogió de hombros.

—De entrado en años, nada. Todavía es joven —le corrigió—. Y más que amor,

yo diría que lo que busca es solidaridad y justicia. Pero tienes razón en que los que buscan justicia y solidaridad, los que luchan por esos valores, los revolucionarios, lo que hacemos es elevar a una escala superior, general, a nivel de la humanidad en su conjunto, la busca del amor particular... Por eso se podría definir la revolución como el éxtasis del amor, amor a la enésima potencia.

Sentándose en una silla, Colores encajó la guitarra sobre sus piernas cruzadas.

—Bueno, es lo que vengo diciendo. El Capitán viaja por todo el mundo en busca del amor —insistió—. Anda, echa un poco de gasolina en un vaso para aclararme el gaznate, y te la canto en primicia mundial.

—La canción es... bestial —dijo la muchacha. Se había sentado en el suelo, a los pies del trovador, y sonreía de oreja a oreja para hacerse aceptar por aquel señor tan serio y que hablaba tan bien—. Colores es el mejor cantante del mundo, ¿no le parece?

—Ah, Vigil, te presento a la chica de la que os hablaba, la chica de anoche. Se llama... Y él es el famoso escritor —dijo Colores.

La muchacha le miró con mucho interés.

—Después tiene usted que venir a mi cuarto y echar una firma en mi álbum —dijo—. ¿Vale?

En dos tragos, Colores apuró la copa y poniéndose mortalmente serio dijo:

—No sé si llamarla *Marcha por la Dignidad* o *Blues del Hotel Savoy*.

Avionazo en Guatemala, no hay supervivientes.

—Apaga esa tele —dijo Colores. Y se echó a cantar bajito, enternecido, la canción que empieza:

*Cuando llego tú te vas,
tú llegas cuando me voy,
del Marriot, el Diplomat,
el Admiral o el Savoy.*

De vuelta en Barcelona, Vigil encontró a los gemelos Valdemont cambiados, rejuvenecidos, muy animosos y diligentes. De vez en cuando, incapaces de refrenar la alegría, de forma intempestiva se echaban a cantar. Cuando les pedía algún documento o alguna carpeta que quería consultar se lo llevaban patinando desde los archivadores a su escritorio. Sorprendía a uno siguiendo embobado el vuelo zigzagueante de una mosca, al otro sonriendo beato cuando el polvoriento rayo de sol que entraba por el tragaluz le daba en la cara, y pronto supo Vigil que el mérito de aquellos cambios de humor correspondía a una estudiante belga, becada por el programa Erasmus, que mientras él se hallaba de viaje por Cuba y Tierras Calientes había realquilado una habitación del piso de la calle Aribau: la viuda Valdemont había decidido sacar algún partido del gran auge del turismo. Ahora la economía familiar era más boyante y aseada.

—¿Y cómo es esa estudiante? —quiso saber Vigil—. Aunque a juzgar por lo acicalados que vais últimamente, seguro que será atractiva, pizpireta.

—Sí, es un ángel. Y se la ve muy saludable —le respondió uno de los gemelos—. Rebosa salud.

—Se llama Honor, como la actriz que hace de *Pussy Galore* —explicó el otro.

—En *Goldfinger* —aclaró el primero.

En efecto, ahora se perfumaban con colonia, se afeitaban a diario, llevaban los zapatos lustrosos; de esos cambios de costumbres y humor dedujo Vigil lo que sucedería de forma irremediable en el plazo máximo de quince días:

La belga Honor ni siquiera se habría fijado en ellos; para ella, los hermanos formarían parte del mobiliario del piso en el que había caído por un golpe de pésima suerte; serían sombras furtivas entre negras cómodas y aparadores y lámparas con pantalla de pergamino llenas de quemaduras, hasta que el uno a continuación del otro, o quizás los dos al unísono, tras sacar valor de una frasca de ginebra, la acorralarían en el vestíbulo o la harían salir al dintel de su cuarto para declararle su amor. Honor trataría de rechazarlos con delicadeza, disimulando la repugnancia que le inspiraban. A partir de ese día, consumidos de tristeza, rondarían su puerta suspirando. Languidecerían a ojos vistas. No había que descartar una interpelación de la viuda Valdemont a la estudiante, en un momento en que las dos estuvieran solas en el piso: «Señorita, ¿no ha hecho sufrir ya bastante a mis nenes? Decídase ya por el uno o por el otro y deje de jugar con sus sentimientos». Ésa sería la gota que colmaría el vaso: una mañana, al alba, Honor saldría de puntillas del piso, bajaría furtivamente las escaleras con la maleta en la mano y el corazón en vilo, alcanzaría la calle y se alejaría, ebria de libertad, para no volver. Y ellos volverían a su apatía habitual de cadáveres de permiso.

Pasaron las semanas sin que su profecía se cumpliera. Y cuando uno de los hermanos le dijo a Vigil, con aires misteriosos, que aquella noche tenía que

acompañarle a un lugar secreto porque quería presentarle a una persona muy especial, pensó que se había equivocado de medio a medio y que la estudiante al fin se había decantado por uno de los dos pretendientes, el que ahora le acompañaba Rambla abajo; al fin y al cabo tampoco sería aquélla la primera vez, se dijo, que una extranjera germánica o eslava se enamorase de un barcelonés engañada por el exotismo del lugar y el desconocimiento del idioma, que conspiran para que parezca interesante, sesudo, reflexivo, un novio idiota. Aquel debía ser uno de esos casos y ahora el afortunado Valdemont querría hacerse valer ante los ojos de la novia presentándole a su jefe, el novelista conocido en medio mundo. Vigil estaba dispuesto a engañarla y alabarle el gusto. A él qué más le daba.

Pero el lugar de la cita resultó ser el hotel Oriente, muy cerca ya del mar; el nene Valdemont le acompañó hasta la puerta del ascensor y allí se despidió diciéndole: «Piso quinto, habitación doscientos catorce». Vigil subió, creyendo ahora que iba a ser víctima de una fiesta sorpresa y al entrar en esa habitación se encontraría con una veintena de amigos, cada uno con una copa en alto, y en el centro de todos, Matilde, que propondría el brindis para celebrar la medalla que acababa de imponerle el ayuntamiento.

En vez de esto, encontró una alcoba de atmósfera caldeada en la que flotaba un olor de medicinas y de acetona. Las pesadas cortinas estaban corridas sobre los balcones. Recostado en el lecho con baldaquín, junto al que había una mesa auxiliar atestada de medicamentos, de libros y botellas, un anciano, minúsculo entre las almohadas y el edredón, le saludó con un gesto vago de la mano.

—Me perdonará que no me levante, señor Vigil, pero es que estoy... agó-ni-co.

Siguió una risita cascada, rematada con un acceso de tos.

—¿No sabe quién soy? ¿No lo adivina? ¿Tanto he cambiado en sólo una eternidad? Imagíneme con bigotito negro y mucho pelo, y un buen traje, hecho un pincel...

—Se parece usted mucho a Valdemont.

Le reconocía de las fotos de los años sesenta, porque aunque ahora la cabeza era monda, el autor de *Los álamos de los caminos* y de *Los álamos talados* llevaba las mismas gafas de pasta negra de entonces, aparatosas como prótesis. De las raídas bocamangas del batín de guata asomaban las manos sarmentosas, y en la muñeca izquierda llevaba un cronómetro de submarinista. Quería hablar con Vigil y le había mandado llamar, le dijo entre toses y carraspeos, porque desde hacía muchos años él, Valdemont, era el primer lector de todos sus libros, el primero, de hecho le leía en manuscrito, con detenimiento, con la máxima atención. Apreciaba su laboriosidad a menudo desorientada, aplaudía sus logros, conocía y comprendía sus flaquezas y quería ofrecerle una colaboración que no podía menos que beneficiarle.

—Usted dirá lo que quiera decirme —dijo Vigil con sequedad. Observó de reojo los libros tirados sobre el sofá y al pie de la cama, y trató de leer los títulos en los lomos—. Para serle franco, yo le daba a usted por muerto, muy muerto, muertísimo.

—Sí, claro... —Valdemont miró al techo y prosiguió en un tono menos festivo—: Quizás antes de plantearle mi modesta proposición debería explicarle mis motivos para ocultarme durante tanto tiempo en este hotel. Le confesaré que en aquellos tiempos convulsos de la transición presencié tantos cambios de chaqueta y tanta vileza que el mundo me hastió... Luego, no me duelen prendas por confesarlo, cogí miedo... Quizá usted recuerde aquellos años como una fiesta, pero créame, las gentes de bien vivíamos con el alma en vilo. Operaban aquellas bandas anarquistas, ETA y GRAPO, el Ejército del Pueblo Catalán y el Frente de Liberación de Cataluña... Se puso de moda atarte al pecho una bomba de relojería y luego exigir rescate. O pagáis o la detonamos. A varios conocidos míos les pasó. Y cuando le pegaron dos tiros en las piernas a un joven prometedor, por escribir un libro polémico contra el espíritu de la época, pensé: «Hasta aquí podíamos llegar, Valdemont, viejo amigo, lo más prudente será que durante una temporadita te mimetices con el terreno». La verdad es que desaparecer de aquella escena también me convenía por ciertos conflictos conyugales de cuyo detalle le voy a hacer gracia...

El gerente del hotel era amigo suyo, prosiguió Valdemont, y le ofreció refugio allí, en aquella habitación. A Vigil le sorprendería saber lo fácil que es soltar lastre, todo el lastre, y ya no ver a los seres queridos, renunciar a las cosas, reducirse a lo esencial. Se encontró estupendamente en su nueva vida, tenía todo lo que necesitaba: cama, comida, calefacción, el trabajo que le pasaba la agencia. Más adelante, cuando le pareció que el orden público se había restablecido y que podía salir sin peligro... le dio pereza. Lo fue posponiendo. Fueron pasando los años, a un gerente le siguió otro, y luego otro...

Jadeó, fatigado por el largo discurso, alcanzó trabajosamente un vaso de la mesita, lo allegó a la boca con las dos manos y tragó ruidosamente...

—Lo primero déjeme decirle que usted no tiene que considerarme un adversario por discrepancias políticas que al fin y al cabo ya quedaron más o menos zanjadas con la muerte del Caudillo. Sé que para los perdedores históricos, los humillados y ofendidos, ¿verdad?, por usar una expresión dostoievskiana, es psicológicamente imposible renunciar a una forma u otra de desquite, aunque sea, como en su caso, sublimado en la sublime dimensión de la literatura. Pero alégrese, esto no es grave, si nos llegamos a entender: no es grave, le digo, porque con los años he comprendido que, en literatura, el «mensaje», la opinión del autor, sus ideas políticas, su heroísmo o bellaquería, es lo de menos, ¿verdad?... El lector sabe que esas cosas son la ganga del tiempo y no le da más importancia. ¡Y obra con mucha sensatez!

Una risa que desembocó en un ataque de tos interrumpió su discurso. Hubo de secarse las lágrimas con un pañuelo, beber un líquido amarillento de otro vaso, volver a acomodarse sobre las almohadas. Al concluir estas operaciones se dio cuenta de que Vigil seguía de pie.

—Pero tome una silla, hombre. ¿Sabe usted por qué le he querido ver, por qué descubro ante usted el enigma de Valdemont?

En un jarrón sobre un mueble oscuro, un ramo de flores un poco mustias esparcía efluvios de pantano.

—¿No lo sabe? Los nenes me han dicho que usted les trata bien, con respeto, que no les grita nunca. Ellos, desde que comparten esa novia, quieren que todo el mundo sea feliz. Me lo han pedido ellos. Y por qué no, si de tanto leerle también he acabado por cogerle cariño. Tiene usted suerte.

Al pie de la cama, una torre semiderruida de manuscritos (los inconfundibles mazos de papel unidos con lomo de tela o espiral metálica) llevaban estampado en la portada el tampón rojo MAL (Matilde, Agencia Literaria).

—¿Suerte de conocer al padre de las adorables criaturas?

—Suerte porque voy a explicarle lo que en mi cualificada opinión, perdone la inmodestia, le falta a usted y cómo puede obtenerlo para desquitarse de una vez. Pero antes de explicarle esas carencias déjeme felicitarle porque también hay en usted cosas dignas de admiración.

—Oh, me halaga usted, Valdemont, me adula. —Vigil por fin se sentó.

—... Tiene usted una fuerza, una tenacidad y una energía de superviviente verdaderamente asombrosas, sin duda enraizadas en las frustraciones y estrecheces de sus años jóvenes, ¿verdad? Usted lucha, usted escribe, usted publica, usted persevera, usted no desfallece, y sin embargo los años van pasando y ya empiezan a no pasar de uno en uno sino de tres en tres, de bisiesto en bisiesto, van talando los álamos, van talando los álamos, como dice Timoteo, el chico pasmadito de mi libro, y usted sigue sin escribir una novela definitiva, una buena novela.

Vigil se forzó a seguir sentado.

—Las de usted son horrorosas —dijo.

—No, no se ofenda, por favor —suplicó Valdemont—. La culpa no es suya. Usted ha sufrido mucho, demasiado, y eso, lejos de ser una universidad que libra conocimientos maravillosos, le ha tarado, amigo mío, le ha dañado para la alegría de vivir, el juego, la poesía. Para ser un buen escritor, como lo era yo, le falta alegría y le sobra rencor. Usted mismo se da cuenta de que cuando mete alguna broma en sus novelas se nota metida con calzador, no tiene usted (se lo digo con toda mi simpatía) ni pizca, pero es que ni pizca de gracia. Lo que en mi juventud se llamaba «chispa», no tiene. No hay ligereza en su prosa, las frases pesan como peso muerto. Amigo mío, ¡es usted un aburrido!

—Horrorosas. Horrorosas. Váyase usted al diablo, Valdemont —Vigil se levantó.

—Siéntese. Siéntese por el amor de Dios —gimió el anciano—. ¡No se vaya antes de escuchar mi oferta! ¡Es una proposición que no podrá rechazar! Siéntese, siéntese y escuche.

Vigil, que ya estaba junto a la puerta, volvió sobre sus pasos y se apoyó en el respaldo de la silla.

—No, pero siéntese.

—Así estoy bien. Le escucho.

—Mire usted —jadeó Valdemont—, lo que a usted le falta, a mí me sobra, y viceversa. Yo tengo encanto, ritmo, ligereza, yo era un excelente bailarín, las mujeres se me rifaban en la Parrilla del Ritz. Se lo diré claramente: me hace ilusión resucitar, escribir una última novela. Ahora bien, lo que yo no tengo ya son bonitas historias que contar, ni tampoco la complicidad de mis contemporáneos. No se me ocurren historias. ¿De qué puedo hablar si la sociedad en la que crecí ya es pura fantasmagoría? Cuántas veces, querido amigo, me levanto, me acerco a ese balcón, aparto la cortina, abro los postigos, miro la Rambla, y en seguida entiendo, con tristeza, créame, que esos que pasan por ahí abajo y yo ya no tenemos absolutamente nada en común. Y sin embargo, sigo teniendo ganas de dar placer a lectores desconocidos, ganas de barajar palabras, de poner en marcha ciertos mecanismos mentales, de repetir actividades que en el pasado, cuando era joven, se me dieron bien...

Entonces, por fin, formuló su propuesta: Vigil alquilaría la habitación contigua; así podrían verse tan a menudo como fuese menester para ir resolviendo los problemas que surgieran en el curso de la redacción: iban a escribir juntos una novela de *Cóndor*, la mejor de la serie. Se repartirían las tareas de la siguiente manera: Vigil pondría la letra y Valdemont, la música. Vigil se inventaría la trama, decidiría quién es el asesino, en qué momento el detective suelta el discursito progresista y en qué momento seduce a la chica, y Valdemont, respetando escrupulosamente todo eso, pondría estilo, gracia, escritura.

—Pero ¿por qué se enfada? ¡No se vaya, Vigil, por el amor de Dios! ¡Espere! Bueno, vuelva cuando quiera. Cuando se le pase el berrinche y comprenda, recuerde que aquí le estaré esperando.

Vigil se encontró en las Ramblas, mirando una ventana cerrada a cal y canto en el segundo piso del hotel Oriente. ¿Desde cuándo sabían aquellos gemelos grotescos que su padre estaba vivo?, se preguntó. ¿De verdad acababa de ser vejado de forma tan inmundada allí arriba? ¿O estaba despertando de una pesadilla?

No transcurrió mucho tiempo hasta que publicó una nueva novela de *Cóndor*, ambientada en Tierras Calientes. Vigil llevaba mucho tiempo descontento con la recepción crítica de sus obras y ambicionaba dar un salto a la literatura «de calidad». Con *El árbol de la lluvia*^[10], a cuya redacción dedicó tres meses en lugar de las ocho semanas habituales, dio un vuelco a su estilo, tratando de incorporar al género policial los hallazgos y exigencias estilísticos de la novela moderna. Hay una veintena de voces narrativas, diferentes niveles de lenguaje, desde el habla coloquial a la erudita, docenas de personajes, y Cóndor no es más que un testigo de los acontecimientos, un observador de la imponente, misteriosa figura del caudillo guerrillero, un hombre atormentado por las dudas y por la responsabilidad. Si el esfuerzo se saldó con un relativo fracaso comercial (y poco le costó a Matilde convencerle, repitiéndole «has de ser más clásico, más clásico», de que en adelante se dejase de experimentos y fuese a lo seguro) fue, entre otros motivos, porque *El árbol de la lluvia* apareció en las librerías al mismo tiempo que *Yo, antropófago*, las memorias del caníbal alemán. La industria de la literatura criminal estaba dando señales de sufrir una revolución copernicana. Los lectores tenían ya el gusto estragado y reclamaban platos más fuertes. Que el protagonista y narrador de los libros fuese un detective ya estaba muy visto, muy sobado. Mucho mejor era que el protagonista fuese el criminal. El libro podía presentarse como una ficción, pero si se trataba, como en el caso de *Yo, antropófago*, de un testimonio real, de una confesión autobiográfica, miel sobre hojuelas. Al jefe de promoción del grupo editorial que publicaba los libros de Vigil y que también había contratado el de Braun, se le ocurrió que ambos autores hiciesen juntos la gira de promoción, de esta manera un libro apoyaría al otro y se crearían sinergias empresariales entre los dos productos. Y así, en dieciocho capitales de provincia Vigil tuvo que sobreponerse a la repugnancia que le provocaba aquel hombre pulcro, de frente abombada y labios finos a menudo distendidos en una sonrisita taimada que reclamaba indulgencia, comprensión, que prometía «no voy a hacerlo más», estrecharle la mano (la misma con que cocinó a su amigo Bernd), y pasarse las horas sentado a su lado, ya no en las librerías del estilo de la Cosmos de Valladolid, sino en las dieciocho sucursales de unos grandes almacenes, firmando libros codo con codo. El caníbal hablaba un español muy correcto; en el colegio tuvo una maestra excelente y mantenía frescos sus conocimientos gracias a los culebrones venezolanos, le explicó un día. En público tenía mucho más éxito que Vigil; frente a él se formaban largas colas, generalmente de muchachas muy jóvenes, algunas con el brillo de la locura en los ojos; Vigil notó que a éstas el caníbal les escribía, con un rotulador verde, con caligrafía apretada y picuda, dedicatorias más largas. Acudieron juntos a platós televisivos y a emisoras de radio, donde muy a su pesar encasillaban a Vigil en el papel de autor tradicional,

razonable, inofensivo, pantuflista, frente al excitante y rabiosamente moderno rompedor de moldes Braun, heraldo del horrible porvenir. En los hoteles los alojaban puerta por puerta. En Zamora se encontraron con que no había plazas libres, y Vigil tuvo que oponerse enérgicamente a la pretensión de un gerente de que compartiesen habitación. Siempre que le era posible eludía el compromiso de cenar juntos, pero a veces, cuando les acompañaba algún responsable editorial o alguna autoridad local, no quedaba más remedio que someterse y compartir manteles. Tarde o temprano, estos invitados le pedían a Braun que satisficiera su curiosidad sobre algún aspecto de su parafilia. El caníbal no se hacía de rogar. De forma autodidacta se había hecho erudito en la historia de la antropofagia y disponía de un repertorio de anécdotas y chistes sobre el tema que no se cansaba de repetir. A la hora de los postres se entregaba sin pudor a las confidencias. Casi todos acababan riéndole las gracias; Vigil estaba entre los que acababan la cena con el estómago revuelto.

La gira de promoción acabó en Lisboa, donde pudo zafarse de su compañía y reunirse con Augusto, que le llevó a cenar sardinas en una terraza de la Alfama. La brisa llevaba aroma de mar. En una ventana alta alguien tocaba a la guitarra un fado nostálgico. Las sardinas eran muy frescas y el vino reconfortante. Más allá del parapeto volaban en círculos las golondrinas. Habían llegado temprano, había un poco de claridad y en una plaza empinada todavía jugaban unos niños, cuyos gritos y risas recordaron a Vigil a los niños que vio años atrás en un claro de la selva, mientras esperaba al Capitán. Por primera vez en mucho tiempo se sentía relajado y en paz consigo mismo y con el mundo. Augusto le felicitaba por los comentarios elogiosos que *El árbol de la lluvia* había merecido en los suplementos literarios de Lisboa; también él se había sentido inspirado por aquella experiencia que compartieron y llevaba tiempo dándole vueltas al homenaje en forma de novela que quería tributar al Capitán.

—Teniendo en cuenta mi edad, quizá sea la última que escriba —le dijo—. Espero que me alcance el tiempo a terminarla, porque a cada una le sacrifico tres años. Mostraré a esa gente desheredada, en su larga marcha hacia la capital, mostraré sus grandes esperanzas, su secreta grandeza, su belleza... —El protagonista iba a ser un indio, un pobre campesino, pero sensible e ilustrado gracias a los libros que le va prestando un viejo profesor... Un viejo profesor europeo, exiliado y ya de vuelta de todo, que le transmite su experiencia, sus inmensos conocimientos... A su vez, cuando estalla la revuelta, ese profesor descubrirá que no puede mantenerse al margen, que debe comprometerse, que su vida ya no puede seguir igual...

Mientras hablaba, el crepúsculo se había cerrado del todo. Ya era de noche, había luz en algunas ventanas. Los niños de la plaza ya no se podían ver pero aún se oían sus voces. A la conciencia de Vigil vinieron unos versos:

*Confusa la historia
y clara la pena*

Iba a ser, dijo Augusto, una novela llena de lucidez, y también fulgurante de esperanza, de luz... Y Vigil contestó educadamente: «Augusto, querido amigo, estoy convencido de que será una maravilla». Luego se calló. Aprovechaba la oscuridad para llorar en silencio, impávido, sin mover un músculo.

Esa novela permanecerá siempre en la ignota dimensión donde están las novelas imaginadas y nunca escritas, pues cuando Augusto empezaba a redactarla sufrió un grave proceso depresivo que le esterilizó para siempre. Las malas lenguas, los envidiosos que nunca faltan, atribuyeron su pavoroso hundimiento a los celos por el Toisón de Oro de las Letras que ese año recibió, contra todo pronóstico, otro escritor portugués. Para colmo, el nuevo premiado empezó a pasar largas temporadas en Cuba, hizo reiteradas declaraciones a favor de la Revolución, trabó amistad con Castro. Cuando Augusto vio al achacoso tirano en la televisión elogiando la literatura «valiente y leal» de su nuevo amigo, al que se veía al fondo de la imagen, departiendo con Gabo, cayó fulminado por un ataque que dejó seriamente mermadas sus facultades creativas. Curiosamente, su carácter se dulcificó. Pasaba la mayor parte del día durmiendo, y a la atardecida se hacía llevar por su abnegada esposa al jardín, y debajo de un tilo, con una mantita sobre las rodillas —en esto se parecía a Pound—, recibía benévolo a los jóvenes literatos que venían a oírlo y contemplarlo, sentados a sus pies.

De regreso a Barcelona, Vigil encontró entre el numeroso correo que le aguardaba la primera carta de ETA reclamándole el pago de una suma enorme en concepto del llamado impuesto revolucionario. Esta carta comenzaba en tono burocrático (*por la presente nos dirigimos a usted para notificarle...*), seguía en tono imperativo (*en concepto de cotización obligatoria*) y concluía con sombrías amenazas: en caso de que el destinatario no pagase, «*la organización se vería obligada a tomar las medidas de represalia oportunas contra sus bienes y su persona*». A continuación detallaba el procedimiento del pago, la fecha y la hora en que tenía que encontrarse en Hendaya, donde recibiría nuevas instrucciones en su teléfono móvil. Al pie del texto estaba estampado el emblema de la banda criminal, el hacha y la serpiente. Hasta entonces este tipo de extorsión se cebaba exclusivamente en los empresarios vascos, pero, como le explicaba una posdata manuscrita, con él hacían una primera excepción.

Tiene que ser un error o una broma de muy mal gusto de algún facha al que le habrá sentado mal algo que he dicho o escrito, pensó Vigil; él había sido siempre un buen amigo del pueblo vasco. Decidió hacer caso omiso de la carta, darla por no recibida. Pero al cabo de unas semanas recibió la llamada de una voz gangosa, distorsionada y muy agresiva, que le preguntó si creía que le habían olvidado: ¿Les tomaba por imbéciles? ¿O era que no le tenía apego a su vida, a su vida de gilipollas? Abonaría de inmediato al *pueblo vasco* lo que le debía; de lo contrario se habían acabado para siempre las novelitas de policías y ladrones. Último aviso. Paga o eres

hombre muerto. Unos días después metió un abultado fajo de dinero en un macuto y emprendió el viaje al sur de Francia. Durante todo el trayecto fue imaginando cómo sería la reunión y repitiendo mentalmente las cosas que diría a los *activistas*. Llevaba consigo fotocopias de algunos artículos que había publicado a lo largo de los últimos años, en lo que defendía el derecho del pueblo vasco a la autodeterminación, incluido uno en el que a veces había pensado con un poco de vergüenza pero en el que ahora cifraba muchas esperanzas, donde dejaba entender que al enterarse del asesinato del almirante Carrero, el brazo derecho de Franco, había descorchado una botella de champagne Veuve Clicquot. Nunca he escrito ni una sola palabra, pensaba decirle a los activistas en cuanto se encontrase cara a cara con ellos, ni una sola palabra de condena a un asesinato, quiero decir, a una «acción», sin a continuación explicarla en su contexto histórico, de correlación dialéctica de las fuerzas enfrentadas en el «conflicto», etcétera. Pero estos y otros argumentos se desmoronaron cuando se vio en el reservado de una pastelería frente a aquella narizota y aquellos ojos inexpresivos.

—Paco —dijo con desmayo.

—Casi me había olvidado de ti —explicó la voz átona, de zombie— pero al verte en la terraza del Savoy, pensé: éste me las paga.

Apartó el pastelito que se estaba comiendo y se puso a contar los billetes; hizo un alto para decir:

—El año que viene recibirás otra cartita.

Y siguió contando, parsimonioso. Vigil se mantuvo en silencio. Sabía que hablar no serviría de nada. Buscaba consuelo en la idea de que al ritmo con que la policía iba deteniendo uno tras otro a los cabecillas de la banda, con un poco de suerte al año siguiente Paco ya estaría entre rejas. Quizá ETA se olvidaría de él. Sentía una fatiga infinita.

—Yo ahora me doy el piro —dijo Paco—, pero tú te quedas aquí quince minutos más. Termina el pastel, está buenísimo.

Una vez solo, a Vigil se le ocurrió que aquél era un lugar muy poco apropiado para cobrar extorsiones. El pastel estaba rico, en efecto, en eso seguro que no había engaño. Se lo fue comiendo despacio, cucharadita a cucharadita. El hilo musical difundía esa canción de Colores, titulada «Blus del hotel Savoy», que tan popular se hizo y que todavía hoy suena regularmente en la radio.

*¿Recuerdas? Nos conocimos
facturando el equipaje.
No volveremos a vernos
hasta que acabe el viaje.*

*Cuando llego tú te vas,
tú llegas cuando me voy,
del Marriot, el Diplomat,*

el Admiral o el Savoy.

*Sheraton, Waldorf, Ritz, Hyatt,
Hilton, Palace, Monopol,
Esplanade, Panorama,
Forum, Plaza o Metropol.*

*Uno se obliga a tomar
por esforzada victoria
el fracaso de viajar
si hace noche en el Astoria.*

*Y siente que le compensa
del naufragio personal
tener cuarto reservado
en el Intercontinental.*

*Tras las puertas numeradas,
la humanidad trashumante
parodia un millón de veces
su rutina extravagante.*

*En su guarida de lujo
cada fugaz inquilino
se cree especial,
pero actúa como el del cuarto vecino.*

*Hay quien enciende la tele,
quien ahorca su chaqueta,
quien descorre la cortina,
quien oculta la maleta,
quien estudia la nevera,
quien abre el grifo del baño,
quien recuerda pesaroso
que ya estuvo aquí hace un año,*

*quien baja corriendo al bar
a por chicas o a beber,
quien implora a centralita:
—Póngame con mi mujer,*

*y hay quien guarda el cubrecamas
espantoso en el armario
y las sábanas le llaman
severas como un sudario.*

*Ambassador, Belvedere,
Atlantic, Holyday Inn,*

*Windsor, Yalta, París, Praha,
Adlon, Balkán o Algonquin.*

*Ascensoristas, «room service»,
botones y camareros,
todos van uniformados
como antiguos caballeros.*

*La chapa con raros nombres
(Wilbur, Yania) en la solapa
y el escudo del hotel
en la aguja de corbata.*

*La de cosas que habréis visto.
¿Podéis decirme quién soy?
¿Por qué vivo en los hoteles?
¿Para qué y adónde voy?*

*Viajo solo, sin amor,
entrado en años, perdido.
Podría vivir mejor,
pero no sé, no he querido.*

*El único señor libre
y elegante, en un hotel,
es el negro de la puerta,
de chaqué rojo: el bedel.*

*Cuando llego, tú te vas,
tú llegas cuando me voy.
Tienes suerte de no verme
cuando estoy en el «Savoy».*

La voz escasa y ronca de Colores, el tono crápula y sentimental que sugería la fatiga de haberse pasado la noche haciendo el amor y la tristeza de una despedida... hicieron soñar a millones de cajeras de supermercado, sirvientas, oficinistas, gestoras de fincas, abogadas, guías turísticas, azafatas, proletarias, amas de casa... Fue un éxito colosal, el mayor de su carrera.

El trovador encargó a su hermano, que le llevaba las cuentas, que el 0,5 por ciento de los beneficios del «Blus del hotel Savoy» se entregase a alguna ONG que operase en Tierras Calientes, porque había compuesto la canción como homenaje al Capitán y quería ser fiel a su compromiso de solidaridad con los indios rebeldes. Sin embargo su hermano le hizo comprender que al pagar los impuestos como todo hijo de vecino ya estaba contribuyendo al bienestar de los desfavorecidos, y él pagaba sumas fabulosas en concepto de impuestos, podía estar más que satisfecho del bien que hacía. Eso sí que era comportarse como un ciudadano solidario, y lo otro, en cambio,

sería recaer en la vieja y superada caridad cristiana, en el paternalismo neocolonialista. Estos argumentos convencieron plenamente a Colores.

Probablemente, en algún sitio perdido en el centro de América, el capitán llegó a oír esa canción. El guerrillero ya era sombra de lo que había sido. En la Marcha por la Dignidad había dilapidado toda su energía y los últimos cartuchos de su arsenal táctico y retórico. Era como si se hubiese quedado sin recursos o hubiera perdido la sintonía con la longitud de onda en que antes transmitía tan fluidamente sus mensajes al mundo.

Su aventura llegó al cenit con la agresión frustrada del parlamentario Morán, aquel energúmeno que trató de desenmascararle, gritando «¡capucha de la gran chingada!». Después, a la salida del Congreso, el Capitán desapareció en la multitud de sus seguidores. Años después corrió el rumor de que sus camaradas, celosos de su fama o furiosos por haber malgastado en la Marcha por la Dignidad el capital político acumulado durante casi dos décadas de lucha, lo habían ejecutado.

Según ese rumor, los ulteriores pronunciamientos del Capitán sobre algunos conflictos internacionales, y una estúpida carta abierta que envió a varios jefes de Gobierno convocándoles a una *jornada de debate intergaláctico* para resolver los graves problemas que afectan al mundo y plantar cara *al pensamiento único y la globalización* son obra de un impostor o de un loco.

Otro rumor, igual de verosímil, dice que sigue vivo, apartado de toda actividad política, y que reside en Londres. Desde allí, cuando ya no soporta más la lluvia y los cielos grises, viaja al Ampurdán y pasa algunos días en la masía de un amigo, leyendo, bañándose, descansando de sus incontables batallas no libradas pero que se llevaron su tiempo y energía, mientras al otro lado de la puertaventana su huésped escribe. El Capitán cambia algunas palabras con un jardinero magrebí, y luego se queda solo, tumbado al sol, con mirada perdidiza. Le gustaría que su amigo dejase ya el ordenador y se reuniese con él junto a la piscina para seguir contándole anécdotas de sus años en la selva y cotejar ideas sobre la marcha del mundo... Pero Vigil escribe, y escribe, y escribe...

NOTA DEL AUTOR

Los personajes de esta novela son fruta exclusivo de la imaginación del autor y no se refieren a personas reales.

El autor no comparte necesariamente lo que digan ni se responsabiliza de lo que hagan sus personajes.

El verso de la página 246 es de Octavio Paz; los del la página 281 son de Antonio Machado.



Ignacio Vidal-Folch (Barcelona, 1956) es un escritor y periodista español. Ejerce en *El País* y en la revista *Tiempo*. En TVE presenta el programa de literatura *Nostromo*. Como periodista ha sido corresponsal de *La Vanguardia* en Europa central y oriental.

Desde principios de los años 80, colaboró en diversos cómics y coordinó *Bésame mucho*. Además, en colaboración con el dibujante Miguel Ángel Gallardo Paredes, ha publicado el cómic titulado *Roberto España y Manolín: En defensa de la democracia* (1997). Irrumpió en el panorama literario español a mediados de los años ochenta, con una novela que anunciaba, ya desde su mismo título, uno de los temas que luego serían recurrentes en su producción literaria: los entresijos del arte contemporáneo y su difusión y comercialización. Se trata de *El arte no paga* (1985), obra a la que siguió, dos años después, una nueva incursión del escritor barcelonés en el género de la narración extensa, titulada *No se lo digas a nadie* (1987). También cultivó la narrativa breve, en la que alcanzó un galardón tan prestigioso como el premio NH de relatos, otorgado a su obra *Más lejos y más abajo*. Su recopilación de cuentos más aplaudida es la publicada bajo el título de *Amigos que no he vuelto a ver* (1997), obra en la que ofrece un lúcido y variado recorrido por la casuística del perdedor. Su mayor notoriedad como escritor la alcanzó a finales de los años noventa con la publicación de la novela titulada *La cabeza de plástico*, en la que volvía a adentrarse en el mundo del arte, las galerías y los marchantes para poner de relieve los fraudes y las miserias que envuelven a casi todos los que viven inmersos en él. Su faceta como cronista de aguda capacidad de observación y refinado rigor intelectual se recoge en el volumen *Barcelona: Museo secreto* (2009) una singular guía literaria de la ciudad,

y en *Lo que cuenta es la ilusión* (2012), un millar de comentarios, seleccionados del diario personal del autor, que cuentan lo que nos pasa y nos proponen una mirada humorística y melancólica. Su última obra publicada es *Pronto seremos felices* (2014), por la que ha merecido el Premio Ciutat de Barcelona 2014.

Notas

[1] **Argumento:** Una sociedad secreta de financieros conspira para dar un golpe de Estado. Proyectan una dictadura pilotada por un general ultraderechista. Creen que podrán aprovechar la inevitable caída de la bolsa para comprar baratas empresas que luego cuando el golpe fracase revenderán caras. Si el golpe, contra todo pronóstico, triunfa, los beneficios que se derivarán para ellos serán incalculables...

La hija drogadicta del general, Laura, se ha fugado de casa con su «camello» y amante. El general contrata a Cóndor, el detective cáustico, comunista y sentimental, para que la encuentre y la devuelva a casa.

Cóndor encuentra el cadáver del camello, y luego a la chica. Laura está mentalmente desequilibrada, porque su padre la violó regularmente desde que cumplió los diez años. Cóndor descubre también que el general, enamorado de su hija y loco de celos, mató al camello; al mismo tiempo se entera del golpe de Estado en ciernes y lo desbarata. El general intenta matarle, pero Cóndor es más rápido con la pistola.

Al final, los financieros eluden la justicia y siguen libres para emprender nuevos negocios sucios. La novela acaba con una cena de Cóndor y Laura a la luz de las velas, a modo de despedida: pertenecen a mundos demasiado diferentes, su relación es imposible. El último párrafo, de forma más bien melancólica, cuenta lo que comieron y bebieron esa noche.

Interés literario: 2

Interés comercial: 6

Valoración: Personajes en general esquemáticos, con el agravante de que el protagonista (ese Cóndor desengañado), es un plagio descarado del Marlowe de Chandler. Trama salpicada de irritantes sermones izquierdistas. No es de recibo que el detective adoctrine a la chica sobre los males del capitalismo, cuando lo que debe hacer, lo que el lector espera, es que se la tire, y no se la tira, sino que la adoctrina.

Este lector propone que el autor incluya unas cuantas escenas de sexo, concretamente en los capítulos 7 y 14, y unos cuantos asesinatos más, uno de ellos con acuciosa descripción de la sangre y la herida. Así la novela satisfará las expectativas del potencial público. De lo contrario, resignémonos a vender los habituales 1.000 o 2.000 ejemplares. —V. <<

[2] **Argumento:** Estamos en los últimos días del franquismo. El honesto, pero tontorrón comisario de policía Cerdosa visita a Cóndor para sonsacarle: ¿tiene pistas sobre los asesinatos de tres obreros de la fábrica Ratera y Cía? Cóndor está investigando ese caso por cuenta del comité de empresa de esa firma. Todas las pistas apuntan al líder sindical Pedro. Al registrar su piso, Cóndor encuentra pruebas decisivas: el cuchillo manchado de sangre, unas zapatillas deportivas también ensangrentadas. Aunque una oscura intuición le dice que Pedro es inocente, a Cóndor no le queda más remedio que informar a Cerdosa. El líder sindical es detenido, condenado a muerte y ejecutado. Pero Cóndor no se da por satisfecho y tras muchas pesquisas y revolcones con la atractiva secretaria del dueño de la fábrica, señor Ratera, y con su no menos atractiva cocinera descubre que éste visitaba a menudo a la actriz asesinada. El asesino, sin embargo, no es Ratera, sino su hijo, un chico subnormal. Su padre lo sabía, pero le tenía cariño, y encubría sus crímenes. De hecho, lo encubría toda la burguesía de la ciudad: al fin y al cabo, ¿qué valor tiene para esos tartufos la vida de unas pobres trabajadoras comparadas con la de un cachorro de su podrida, compacta, estanca y elevada clase social?

Valor literario: 4

Valor comercial: 9

Opinión crítica: Personajes estereotipados, acción inverosímil, uso pálido del idioma, didactismo insufrible, ritmo moroso, exceso de páginas, estilo chandleriano rayano en el plagio, erotismo de baja estofa a mansalva... esta novela lo tiene todo para convertirse en un best-seller internacional. Es tan mala que hay que publicarla de inmediato. —V. <<

[3] **Argumento:** Tatiana, una espectacular belleza eslava de ojos rasgados, piernas largas y misterioso pasado, se instala en Madrid y contrata a Cóndor como guardaespaldas. Varios matones tratan de asaltar una y otra vez el chalet del Viso donde vive la bella, pero Cóndor los repele a tiros. El comisario Cerdosa, harto de recoger cadáveres del jardín, amenaza al detective con que si mata a un sicario más, sólo uno, le retirará el permiso de armas. (Pero luego, cuando Tatiana le hace una carantoña, Cerdosa queda ridículamente prendado de ella). Cóndor y Tatiana pasan juntos día y noche, hablando de política y de Rusia, y copulando frenéticamente. Poco a poco el detective va descubriendo que ella es la hija del ministro ruso de Energía, hombre honesto y decidido a resistir las presiones de un lobby de inversores americanos y mafiosos rusos para que privatice un gaseoducto muy rentable.

Tras poner a Tatiana bajo la protección de su secretaria Gertrudis, Cóndor viaja a Moscú, investiga en el hampa, comprueba que en Rusia se vive peor y con menos esperanza e ilusiones ahora que durante el comunismo, y tras intercambiar balazos con varios sicarios en el Kremlin, entabla un duelo a muerte con el jefe del lobby en las salas de la galería Tetriakov. El malo recibe el último y mortal balazo... frente al cuadro *Lenin escribiendo* «¿Qué hacer?» de Vidaloff.

El camino está despejado y Tatiana ya puede volver a casa. En el aeropuerto de Barajas se despide, muy emocionada, de Cóndor, y del comisario Cerdosa, que le regala un peluche, reproducción de Chulín, el oso panda del zoo de Madrid. Pocos días más tarde Cóndor lee en la prensa que el ministro ruso de energía ha sido cesado y que la primera medida de su sustituto será privatizar el gaseoducto.

Valor literario: 4 (o 4 ½, tal vez)

Valor comercial: 8

Opinión: ¡Bingo! ¡Bingo! ¡Bingo! La trama simple y el estilo ramplón garantizan para esta novela un futuro espléndido. Bien por los elementos exóticos (mafia rusa) y las ensaladas de tiros. Bien, aunque demoren la acción, por las digresiones políticas de Cóndor, sus menciones melancólicas a la Revolución y nosotros que la quisimos tanto, su nostalgia por lo que pudo ser y no fue: esas jeremiadas conectan con las frustraciones vitales de los lectores. Bien, muy bien, las escenas eróticas. Yo sugeriría potenciar los personajes secundarios (esa secretaria Gertrudis, por ejemplo, se podría enamorar de Cerdosa y ponerse coqueta cada vez que le ve) para ir rodeando al protagonista con una especie de familia de secundarios...

Y ahora en serio: este lector, que es gato viejo y gato escaldado, este humilde lector, este solitario, este enterrado vivo, sabe que se excede en sus atribuciones y competencias de ultratumba, pero quiere hacer constar que le resulta inexplicable que

estas zafiedades se sigan escribiendo y editando, un siglo después de la *Carta de lord Chandos*, que hubiera debido reducir al silencio a la humanidad entera. ¿Cómo se permite el autor de *Cóndor y la muñeca rusa* tanta autoindulgencia y grafomanía, después de que el gran Hofmannsthal escribiese aquella frase decisiva: «Las palabras se me deshacen como ceniza en la boca»? ¡Misterio! —V. <<

[4] *Y Fidel mandó a parar*. Denso y «ponderado» reportaje sobre los logros de la revolución cubana especialmente en los terrenos de la educación y la sanidad. Un alegato, lleno de bella indignación moral, contra el bloqueo de Estados Unidos. Incluye una larga conversación nocturna sostenida en el jardín de la villa que el Estado puso a disposición del autor, conversación durante la cual el Comandante abre su corazón y revela su íntimo desdén por el poder, al que sin embargo se aferra «porque si yo me jubilo al día siguiente teníamos a los marines paseando por el Malecón», y su frustrada fantasía de vivir en un pueblito al fondo de la provincia, donde sería el maestro de la escuela primaria. El autor pasa de puntillas sobre los aspectos más odiosos del régimen pero en aras de una fingida neutralidad le reprocha ciertas imperfecciones, como los excesos de la burocracia, los privilegios de los turistas, la holgazanería y la corrupción, que a Fidel también le preocupan y a las que quiere poner remedio, aunque es difícil, es difícil. Las páginas más vigorosas son las dedicadas a glosar a dos personalidades ilustres, ambas con monumento en el centro de La Habana: el Che Guevara y Ubre Blanca, la vaca que ocupó tantas portadas de la prensa cubana cuando Castro la ordeñaba, obteniendo cantidades record de leche.

Valor literario: cero;

Valor comercial: 6.

Opinión del lector: otro libro pornográfico. —V. <<

[5] **Argumento:** En un espaciotiempo simultáneo y paralelo al nuestro se desarrollan ciertas utopías que la Historia ha desechado aquí, en este mundo. Un hombre, un sencillo empleado lisboeta, descubre un acceso a esa realidad paralela a través de un «pliegue dimensional» —sea eso lo que sea—, y un domingo, día de fiesta, pasa al otro mundo esperando encontrar allí, vivita y coleando, a su esposa aquí ya fallecida. Y por cierto que la encuentra, y además encuentra una sociedad perfecta, donde la utopía del socialismo con rostro humano se ha realizado. Reina allí la igualdad, la justicia y la felicidad. Pero llega el lunes, y nuestro humilde oficinista tiene que regresar a su mundo y llegar puntual a su oficina. Decide llevarse consigo a su amada, pero ésta, al cruzar el superferolítico «pliegue dimensional» y entrar en nuestro espaciotiempo, cae muerta otra vez. Al llegar a su oficina nuestro héroe cuenta lo que ha visto, nadie le cree, lo toman por loco, lo encierran. En el hospital encuentra a muchos otros supuestos locos que en realidad han cruzado el «pliegue dimensional». Etcétera.

Valor literario: 7

Valor comercial: 7

Recomendación: La prosa precisa, meticulosa, rumiante, relamida, se despliega página tras página, y sobre ella se va mostrando el ideario del autor, la doctrina beata. Ahora bien, las escenas del manicomio (fundamentales) no son verosímiles, debido a la falta de documentación, de autenticidad, de detalles coloristas. Yo recomendaría al autor que en aras de la verosimilitud se pasase una temporadita en un hospital psiquiátrico. Los lectores se lo agradeceremos. (Es broma) Se venderá, se venderá, palabra de V. <<

[6] **Argumento:** Un joven sensible, con fanática pasión por la pintura, desafía los convencionalismos de su familia y de la ciudad provinciana donde vive y emigra a Lisboa, con el objetivo de retratar a parias y menesterosos. Tras arduos esfuerzos creativos, obtiene reconocimiento y éxito. Pero cegado por la soberbia, olvida sus ideales juveniles, lleva una vida frívola, se casa con una aristócrata. Veranea en el Caribe. En consecuencia su arte se resiente y se vuelve decorativo y banal. Cuando su hijita, después de larga y dolorosa enfermedad, muere, él entra en crisis, regresa a su pueblo, reencuentra el amor puro de sus años mozos, funda una academia donde los niños pobres aprenden a pintar gratis...

Valor artístico: 6

Valor comercial: 8

Opinión del lector: Correcto y publicable en términos generales. Muy hábil lo de la niña muerta, es algo que nunca falla. Las lectoras llorarán a gusto. ¡Que lloren! ¡Que lloren! —V. <<

[7] **Argumento:** Después de unos días fondeados en Tahití, los marineros de la fragata «Porvenir» se amotinan, a imitación de los de la «Bounty». Pero en vez de cometer las torpezas que condujeron a éstos al cadalso, se organizan para hacer las cosas bien. Embarcan a sus mujeres tahitianas y se hacen a la mar, huyendo de los barcos de guerra que su graciosa majestad envía en su persecución. Navegando sin cesar, pescan, celebran asambleas nocturnas para acordar el rumbo, procrean y se multiplican. Cada año se detienen en alguna isla escondida para construir otro barco y de inmediato vuelven a zarpar. Así acaban reuniendo una flota invencible.

Valor artístico: 6

Valor comercial: 8

Opinión del lector: Fábula política sobre la autogestión y las comunas. Dese pronto a las imprentas tan galana exposición. Pero yo le recomendaría al autor que en vez de marineros felones y apestosos escribiese sobre gente guapa, superficial y encantadora. Que nos haga soñar. Bellos palacios. Secretos de familia. Cosas así. —V

<<

[8] *Goya vive en mi escalera*, ed. Gorki, Barcelona 1965. (N. del E.) <<

[9] Ambos, recogidos en la imprescindible antología *Contra Franco, Bush, Aznar y otros*. Ed. Universal, Barcelona, 2005. (N. del E.) <<

[10] **Argumento:** Mi querida Matilde: te devuelvo este manuscrito sin leerlo. La prosa desaliñada de estos autores de hoy día y su chatura espiritual son superiores a mis fuerzas. Ha llegado la hora de talar el álamo más alto. Acuérdate de vez en cuando de tu más rendido y constante admirador.

Valor literario:

Valor comercial:

—V. <<